



# El sueño de Endimión

Fernando Bellón





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantopus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

# **El sueño de Endimión**

Relatado por

**Severo Ramires**

caballero de la Orden Menguante de la  
Federación de Repúblicas de YBARIA

y por

**Metodio Mazón**

íncrito faro de energía dialéctica en el  
Reino de VEETÓNICA

Y recogido de ambos por

**Fernando Bellón**

## **Prólogo**

El Reino de Veetónica y la Federación de Repúblicas de Ybaria estuvieron a punto de colisionar a causa de una imprudencia cósmica. Fueron días de gran angustia, ignorada por la población. Mas todo se resolvió, y las dos naciones (los dos universos, propiamente hablando) pudieron seguir su órbita sin mayores daños.

Este libro se ha escrito para que las masas veetónicas e ybáricas puedan salir de su inopia, y sepan a qué tipo de peligros estuvieron expuestas.

En la primera parte, un noble y altruista terrateniente (Severo Ramires Saldaña, del universo Ybaria) y un marchengueliano profesional (el ínclito Metodio Mazón, del universo Veetónica), cuentan su versión de cuanto pasó, cómo pasó y quiénes fueron los protagonistas destacados.

La segunda y última parte es una narración anónima de las semanas previas al inminente desastre.

Ofrecemos al lector un resumen esquemático de los escenarios.

## **Ybaria**

El primer universo, Ybaria, era una federación de repúblicas al borde de la fragmentación. Pero este riesgo inminente llevaba cinco siglos pendiente sobre un territorio que se fue amalgamando con el paso del tiempo, las intrigas, las persecuciones, las alianzas, los discursos feroces, las guerras de baja intensidad, y una doble matanza planetaria de la que se escapó Ybaria por los pelos.

A pesar de todo, o a causa de todo, la ciudadanía ilustrada esperaba que el momento de la explosión no tardaría en llegar, y la casta dirigente y sus sicofantes se preparaban cada día para ello.

Diversos protagonistas conducían con tesón Ybaria a la catástrofe. En general sin mala intención y con el mejor propósito.

Estas noticias las narra *Severo Ramires Saldaña*, caballero de la Orden Menguante de Esteparía, una de las repúblicas federadas. Su sobrino,

el reconocido astrofísico Onésimo Bravo Ramires, organizó la de Dios es Cristo cuando se filtró que había descubierto petróleo por accidente en su búsqueda de neutrinos, de antimateria y de agujeros negros.

El general García y su hija adoptada Ariadna Galvão, una elite de conspiradores carolunios y otros personajes de diversos orígenes y calañas aparecen implicados en este lío, uno de cuyos escenarios fue “Le Sommeil d'Endymion”, un burdel selecto de París.

### **Veetónica**

El segundo universo, Veetónica, era un reino sosegado con una población decidida a no alterar ni las cosas ni su ritmo. Los análisis sociológicos, los resultados electorales y las tribunas académicas coincidían en destacar el carácter conservador de la ciudadanía. Si bien había desacuerdo en la interpretación del concepto “conservador”. Para unos, era...

Pero esta polémica nunca interesó a los veetónicos, para la mayoría de los cuales las palabras *lucha* y *combate*, con frecuencia empleadas por los políticos en ejercicio y su corte de sicofantes (calumniadores profesionales), eran un disparate

divertido, como los chistes.

Tampoco les interesaba la polémica al profesor Cachos de Pera y a la profesora Ariadna Galvão, el primero de Física y la segunda de Matemáticas, ambos en el instituto Fleming de la ciudad costera y provincial de Sbaria.

Esta pareja de hecho y luego matrimonio, unida por el destino o por el azar, se implicó en el combate político de un modo por completo casual.

*Metodio Mazón*, narrador de este mundo Veetónico, catedrático de Psicología Social en la universidad de la capital, Recópolis, no compartía esa opinión. Para él la lucha de clases era la partera de la historia. Tan convencido estaba Mazón de que el azar había puesto a su alcance unas circunstancias irrepetibles, que no necesitó mucho fuelle teórico para alimentar su disposición a luchar a brazo partido contra la inercia del pueblo y los obstáculos sociopolíticos, con el objetivo de convertir Veetónica en la potencia proletaria que había predicho el gran Marchenguel, pensador alemán, agitador y barbudo, creador de una doctrina caudalosa e impenable.

## Guía del lector

(Por orden alfabético)

### Federación de Repúblicas de Ybaria

*Andreas Tischbein.* Mago e ingeniero ecologista en Freedonia, ecoaldea en la finca “A Toca da Raposa”.

*Aquilino Maeztu.* Abogado y economista, supervisor de las empresas de Severo Ramires Saldaña.

*Brigitte/Manolita.* Cortesana de Cecabastos residente en París. Amiga de Severo Ramires Saldaña.

*Carlos Galvão.* Profesor de Física Cuántica en Sydney y Lisboa. Padre putativo de Ariadna Galvão. (Véase *Ariadna Galvão* en Veetónica)

*Carlos Quinto.* Próspero abogado de causas administrativas. Nacido en Carolunia, república rebelde de Ybaria. Buen amigo de Severo Ramires Saldaña.

*Concepção Galvão.* Aldeana de Freedonia y economista del equipo de Aquilino Maeztu.



*General García.* Director de O.D.R.E. (Oficina para la Defensa de la Razón de Estado). Suegro de Onésimo, padre de Ariadna.

*Jaime.* Sobrino tercero de Carlos Quinto, afectado de una rara anomalía.

*Onésimo Protos Ramires,* director del departamento de Astrofísica de la Universidad de Estepária. Esposo de Ariadna Galvão.

*Petra Leverkus.* Teniente de artillería del ejército australiano en misión de paz en Burundi. Amante del general García y madre de Ariadna.

*Severo Ramires Saldaña,* narrador de la peripecia en Ybaria. Tío de Onésimo. Terrateniente ilustrado y medioambientalista. Doctor en Historia Antigua.

### Reino de Veetónica

*Abulafia (coronel).* Jefe del S.I.R.V. o Servicio de Información del Reino de Veetónica.

*Ariadna Galvão,* Matemática superdotada,

casada con Cachos de Pera.

*Atanasio Rocín*, banquero. Padre de Cordelia Rocín y esposo de Rosario Arrizabalaga Mendieta.

*Cachos de García*, teniente coronel del ejército de Veetónica, desaparecido sin dejar rastro.

*Cachos de Pera*, profesor de física en el instituto Fleming de Sbaria. Dirigente de “Massa Crítica”.

*Clemens Scheuermann*, funcionario de la Stasi en el *Hauptverwaltung Aufklärung* o *HVA*, Departamento Superior de Información o aclaramiento o contraespionaje.

*Cordelia Rocín*, hija del banquero Rocín. Dirigente de “Massa Crítica”.

*Corto Caballero*, también conocido por el *Chino*. Dirigente de “Masa Crítica”.

*Demetria Stzakos*, también conocida por la *Estacazos*, dirigente de “Massa Crítica”.

*Huarte( doctor)*. Psiquiatra de los servicios de inteligencia.

*Jristo Katranjiev/Pancracio Ejido*. Dirigente de

“Massa Crítica”. Sociólogo y psicólogo.

*Metodio Mazón, ínclito.* Narrador de los acontecimientos en Veetónica. Secretario general de la Asociación de Progresionales de las Artes. Profesor de Psicología Social en la Universidad de Recópolis.

*Rosario Arrizabalaga Mendieta.* Viuda del banquero Rocín y madre de Cordelia.

*Verónica Pérez/Deidre Prendergast.* Madre (difunta) de Cachos de Pera.

## **Primera parte**

# **LOS PEREGRINOS DEL ANUNCIO**

*Severo Ramires Saldaña* habla desde Mundo *Ybaria*

*Metodio Mazón* habla desde Mundo *Vetónica*

## **Capítulo primero**

(Habla *Severo Ramires Saldaña*, de Mundo Ybaria)

## La bolsa de petróleo

Los rumores sobre la existencia de una fabulosa bolsa de petróleo en el subsuelo de Esteparía se dispersaron a tanta velocidad y en tantas direcciones, que en cosa de días se transformaron en noticia. Ante la despreocupación incómoda de la OPEP por el raro descubrimiento, la cotización de las petroleras en las bolsas del mundo empezó a oscilar como vara de zahorí.

Influyentes comentaristas financieros especularon sin la menor vergüenza. Algunos se extrañaron a media voz de que en suelo tan viejo como el de Esteparía, ancha república federada al occidente de Ybaria, en el sur de Europa, con grandes afloramientos precámbricos, hubiese sedimentos bituminosos. Los escépticos del cambio climático aprovecharon para vociferar con júbilo que la maldición del agotamiento del petróleo acababa de recibir un golpe de muerte.

Hasta el *Financial Times* publicó un editorial que cayó como una losa, si bien el propósito de la dirección del diario era el contrario, aflojar las tensiones bursátiles.

La presión sobre Onésimo Bravo Ramires, sobrino de éste que narra, Severo Ramires Saldaña,

un servidor, se tornó insoportable. Así que desapareció.

*Chief Executive Officers* (CEO) y capitostes de la energía fósil intentaron ponerse en contacto con él, sin éxito, y se convirtió en el máspreciado trofeo científico del planeta.

Onésimo Bravo Ramires, director del departamento de Astrofísica de la Universidad de Estepária, había descubierto por accidente una bolsa de petróleo bajo el suelo de su región, incluso bajo el suelo de la capital autonómica y co-capital estatal, Cecabastos, originando un serio desorden inmobiliario.

Antes de desaparecer, aseguró a media voz que él no estaba “en condiciones de afirmar ni negar nada”.

Las autoridades académicas, científicas, económicas y políticas de la República Federada de Estepária y de la Federación de Repúblicas de Ybaria reprochaban a media voz su equívoco silencio. La consecuencia inevitable fue que el secreto se convirtió en una cañería rota de la que fluyó un escándalo oleaginoso.

Mientras tanto, los próceres de Estepária,

dueños de suelos recalificados y de latifundios, se marcharon de francachela en alegre procesión a París para celebrar el inminente salto exponencial de su riqueza en “Le Sommeil d'Endymion”, célebre prostíbulo de fortunas azarosas.

Alguno de ellos, al pasar a mi lado en el Casino de Cecabastos, se inclinó sobre mí con estudiada indiscreción y me invitó a acompañarles en el viaje. Yo tenía enemigos en esa pandilla de terratenientes, que debían de haber copiado su naturaleza y su apariencia de un panfleto izquierdista, eran hienas sin piedad ni educación. Suponían que el petróleo a punto de emerger del subsuelo anegaría mis ricas viñas y mis preciados olivares. Eso me obligaría a vivir como ellos, en el desenfreno del pelotazo inmobiliario, en este caso el pelotazo de aceite fósil.

Así que me propuse hablar largo y tendido con mi sobrino Onésimo Bravo Ramires para obtener testimonios científicos del hallazgo.

### **El laboratorio en sombras**

Valiéndome de un manajo de llaves de repuesto que Onésimo guardaba en mi casa, me introduje con discreción en la antigua mina que servía de laboratorio al científico. Tenía derecho a



hacerlo porque el terreno y las instalaciones me pertenecían. Al colarme en ellas tuve la vaga esperanza de encontrar escondido a mi sobrino en alguna de las galerías inservibles, porque conocía su cobardía inveterada. Exploré varias sin resultado. Me daba cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, pero perder el tiempo es una excelente manera de liberar a la conciencia de preocupaciones, y afinar la intuición.

Caviloso, di algunos paseos por el pequeño vestíbulo que precedía al laboratorio principal, con paredes revestidas de azulejos representando escudos de armas de ciudades de la república federada de Carolunia, recios agricultores cosechando cereal, nobles obreros (casi todos inmigrantes de otras repúblicas federadas) produciendo en fábricas, muelles con barcos cargando y descargando riquezas fabulosas. En uno de los rincones asomaba su cornamenta un morlaco, único testimonio del lugar donde se hallaba la mina, las dehesas de Esteparia, ochocientos kilómetros al suroeste de Carolunia.

Había visitado el antro una sola vez, invitado por mi sobrino, muy orgulloso de su cueva científica. Para entrar en el centro de operaciones había que vestir un traje de un tejido blanco esterilizado tras cada uso, y unas pantuflas del mismo material. Dudé

de si disfrazarme o no de cazador de partículas, mientras seleccionaba del manojó la llave que abría la puerta del *sancta sanctorum*. Al dar con la apropiada, la dejé incrustada en la cerradura sin girarla, y me dirigí al armario de los monos estériles, vestí uno, calcé mis zapatos con los patucos blancos y pasé.

Me recibió una bocanada de aire cálido y la más negra oscuridad. “Este hombre se ha marchado para no volver”, pensé.

La única vez que había conseguido hablar por teléfono con Onésimo para preguntarle sobre los rumores del descubrimiento, le había encontrado esquivo, asustado. Ahora no dudaba de que el hombre había huido presa del pánico, pero con la serenidad suficiente como para clausurar el laboratorio y, de paso, supuse, para borrar las pruebas de lo que curiosos como yo o incluso más avisados pudieran encontrar en la cueva científica.

Yo ignoraba dónde se encontraba el interruptor que iluminaba el laboratorio. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra aclarada por las luces del vestíbulo, y traspasé el umbral. Palpé la pared a derecha e izquierda de las jambas, y, sin poder explicar cómo, el espacio se iluminó. Deduje

que era un mecanismo automático estimulado por el movimiento del cuerpo al entrar.

El lugar tenía un aire clínico, como el control de radioterapia o resonancias de un hospital ultramoderno. En las paredes había láminas enmarcadas con paisajes de playas y montañas carolunias, un par de vitrinas con instrumentos electrónicos que podían ser de medida o sucedáneos tecnológicos para confundir al lego, una estantería de obra con unos pocos libros, y dos puertas acorazadas a ambos lados de una amplia mesa de control llena de interruptores, palanquitas, ventanitas apagadas, un teclado de letras y algoritmos matemáticos, y varias pantallas de ordenador sin actividad apreciable. A un extremo de la mesa de control había un portátil semiabierto, como una tecnoboca dispuesta a cerrarse sobre quien osara acercar la mano. Las puertas acorazadas no tenían cerradura, y se abrían mediante una rueda encajada en medio de la hoja metálica, como en los submarinos.

Una de ellas conducía, según me había explicado Onésimo, a una antigua galería con aparatos preparados para detectar el paso de neutrinos procedentes del espacio, la mayoría del Sol, que atraviesan la Tierra, sus plantas y sus animales como si cruzaran cuerpos huecos. Por lo

que recordaba, también servían estos aparatos para reconocer la presencia de partículas de materia oscura que compone, sin que nadie haya sido capaz de confirmarlo experimentalmente, la mayoría del inmenso Cosmos.

La otra puerta daba a una galería circular en la que el astrofísico estaba construyendo, dijo, un pequeño acelerador de partículas, necesario para algo relacionado con la energía de fusión.

En mi anterior visita al antro tecnológico no había pasado más allá de las puertas de acero. Me había limitado a dar por buenas las explicaciones de Onésimo, a quien había cedido en préstamo y sin pago de renta aquella mina en desuso.

Durante unos minutos, mientras recorría con los ojos el centro de control, pasando de unas montañas nevadas con esquiadores congelados a playas con bañistas también congelados (ambos dos escenarios carolunios), evalué los riesgos de traspasar el umbral de aquella caja fuerte de partículas fugaces. La insistencia gráfica carolunia se debía a que los mantenedores de aquel sepulcro tecnológico eran financieros de la república insatisfecha. Más tarde conocerá el lector la razón de esta paranoia.

Si los sofisticados mecanismos estaban desconectados, no podía correr ningún peligro. Pero, ¿y si no lo estaban? El silencio en el antro era total. Pegué la oreja primero a una de las puertas metálicas y luego a la otra, sin percibir el menor rumor. El único y leve zumbido era el de los fluorescentes.

De pronto, a mi espalda, sonó un clic. Me di la vuelta sobresaltado y alerta, y una visión fugaz me heló la sangre. En el vestíbulo, a cinco metros de mí, flotaba el gato de Cheshire de Alicia con máscara de hecatombe nuclear, y en un instante se evaporó. Pudo haber sido un espejismo o un efecto de la tensión acumulada. Pero yo vi algo terrorífico.

### **El sueño de Endimión**

“Le Sommeil d'Endymion” estaba situado muy cerca de la Gare d'Austerlitz, escondido tras un deteriorado edificio con ventanas de estuco, tímpanos y falsos fustes, y coronado por mansardas napoleónicas tan sucias como el cielo de París en invierno. Su vestíbulo trasnochado disuadía a la mayoría de los turistas.

En términos literales, el hotel, llamado Girodet-Triossion, era la tapadera de “Le Sommeil d'Endymion”, el prostíbulo de lujo. Sus clientes eran oportunistas sin escrúpulos de media Europa, que

habían hecho su fortuna de golpe (y porrazo), deseosos de pagar atenciones exclusivas de ricos de toda la vida.

Este era el perfil sociológico de la pandilla de estepários que viajó desde Cecabastos a París a celebrar su inminente fortuna dando rienda suelta al príapo.

Lo irónico del caso es que la banda había conocido el prostíbulo gracias a mí, que les había informado en un arranque de superioridad, para humillar a aquellos bandoleros del comercio y de la industria. Yo conocía “Le Sommeil d'Endymion” por haber hecho alguna visita en mi juventud, no por iniciativa propia, sino para sacar de allí a mi padre, y evitar que malgastara lo que quedaba de la fortuna familiar, que él había heredado de mi industrial abuelo. Recuerdo que, ignorantes de la naturaleza del lugar al que nos había dirigido un compañero de cuchipandas de mi padre, acudimos allí mi hermana y yo. Mi padre acababa de tener una bronca con mi madre, y los tres nos temíamos que el tipo se jugara su patrimonio a la ruleta o a las cartas. Porque mi hermana y yo dimos por supuesto que “Le Sommeil d'Endymion” era una casa de juego, no de citas. No nos desengañó mucho, la verdad. Al salir con nuestro padre cogido entre los dos, como si le lleváramos

preso, mi hermana murmuró algo ominoso, que si no encerrábamos a papá en una residencia, ella acabaría sus días en un establecimiento como aquel del que le sacábamos a rastras.

Vuelvo a la historia de Onésimo, el hijo de aquella.

No estaba en el prostíbulo. Y al parecer nadie tenía constancia de que se encontrara en París. Regresé a mi pequeño y exquisito hotel de la calle de Viarmes, propiedad de un viejo compañero de Universidad de la Sorbona, que hizo un doctorado sobre la poesía del Siglo de Oro de Ybaria cuando yo realizaba el mío sobre las guerras sociales (de los socios) que dejaron exhausta a la República de Roma antes de transformarse en Imperio.

El recepcionista del hotel, un apasionado filatélico que bromeaba sobre los sellos de correos del Imperio Romano, me dijo que había tenido una visita. Un señor de Ybaria que hablaba un buen francés y que se había presentado como *monsieur* García. Al describirlo no tardé en identificar al general García, suegro de Onésimo. García había dejado un teléfono al que le tenía que llamar tan pronto me entregaran su nota.

Lo hice en la habitación, sentado frente al

balcón, desde el que se veían unas grúas levantadas en el recubierto *Trou des Halles*, el agujero de las Halles, que yo había conocido cuando era estudiante, testigo de las obras faraónicas de derribo y desescombro de las viejas naves. Décadas después, las obras seguían sin acabar, a pesar de los jardines y hoteles de lujo que asediaban a la centenaria Bolsa de Cereales, redonda como un panteón, también visible desde mi ventana.

—Severo, ¿ha venido usted a París buscando a su sobrino?

—Sí, mi general —nada más pronunciar el tratamiento, me acordé de que García aborrecía que un civil le llamara “mi” general. Le parecía algo servil. Pero ya era imposible rectificar.

—Yo, también. Pero acaban de informarme de que está en Cecabastos.

—¡Demonios! ¿Dónde? Le he buscado por todos los rincones de Estepária...

—Dentro de dos horas vuelo a Ybaria. Si se viene usted conmigo, hablamos.

—Pero yo no tengo billete para hoy...



—Déjelo de mi cuenta. Le espero dentro de una hora en el *meeting point* Tal y Cual de Orly. ¿Viene?

—Por supuesto, m... general.

—Por cierto, su capricho de no llevar teléfono móvil me ha hecho perder mucho tiempo...

¿Era aquello un reproche o una afirmación de superioridad? Conocía poco yo al general García. Las próximas horas en su compañía me iban a desorientar todavía más.

Ybaria, mi patria, es un país... Prefiero recurrir a una fuente menos apasionada. Esto es lo que dice un informe de cierta agencia extranjera colgado en Internet, confundiendo “Federación” con “Confederación”.

*Confederación de Repúblicas de Ybaria (CRY).*

*Capital política, Cecabastos, también de la República Federada de Estepária, en el centro oeste del territorio.*

*Capital económica y financiera, Compluto, en el centro geográfico.*

*Capital menoscabada e informal aunque*

*efectiva, Badeluna, cabeza de la República Federada de Carolunia, al norte y al levante del país, y en conflicto perenne con el resto de Ybaria.*

*600.000 kilómetros cuadrados de superficie en forma de paralelepípedo. El mayor país de Europa después del Imperio Ruso. Cincuenta millones de habitantes. Renta per cápita.... (Una serie de cifras que no vienen a cuento)*

*Próspera nación al sur del continente europeo, constituida por una endeble confederación de cuatro repúblicas, cuya dirección se disputan los estepários (**República de Estepária**, en el centro-oeste, capital Cecabastos), los carolunios (**República de Carolunia**, norte-levante, capital Badeluna), los vandalusos (**República de Vandalusia**, al sur, capital Qúrtuba), y los lusitanos (**República Lusitana**, hacia Poniente, capital Olisipo).*

*Los estepários se creen elegidos por el Destino para gobernar la península y las antiguas colonias establecidas a lo largo de los siglos en varios continentes, por el hecho de haber sido siempre agentes movilizados de la unión estatal. La decadencia del colonialismo ha afectado su confianza en sí mismos, y se han fragmentado en facciones. Los **lusitanos** constituyen una variedad racial de los estepários; entre ambos pueblos han*

*existido siempre unas relaciones históricas tensas, de uniones y separaciones periódicas.*

*Los **carolunios**, que se dicen descendientes de tribus arias de origen remoto, fueron siempre enemigos de los estepários por disputas dinásticas en la época de los reinos, y también porque habiendo sido elementos clave en la union estatal, jamás fueron reconocidos aunque sí recompensados. A veces apoyaron a los lusitanos en sus periodos de secesión. Los conflictos no se acabaron con la constitución de una Confederación de Repúblicas, tal como esperaban que sucediera quienes la forjaron. Acostumbrados al comercio y promotores industriales, los carolunios controlan junto con los **cantabrunos** del norte (región autonómica dentro del territorio estepáριο, y fuerza y raíz moral, material y espiritual de los pueblos centrales) la economía y las finanzas de la república.*

*L o s **vandalusos** fueron tribus invasoras procedentes del norte de Europa, convertidos en la Edad Media a una religión monoteísta furibunda y excluyente, portada por otra invasión menor de una pequeña tribu procedente de Mesopotamia. A pesar de haberse laicizado, están influidos por sacerdotes de allende el mar Levantino enriquecidos por el petróleo, y corren el peligro de derivar en furiosos monoteístas, convencidos de que la mejor manera de*

*salvar a la Humanidad es convertirla, aunque sea a sangre y fuego.*

*Avanzado el siglo XX, el reino de Ybaria sufrió un golpe de estado militar. Mientras en el planeta se sucedían dos guerras mundiales y algunas más locales, Ybaria se mantuvo al margen y neutral, se dice que por la prudencia de su milicia, poco inclinada a las batallas fuera de su territorio después de haber perdido casi todas sus colonias menos las africanas. Precisamente una acumulación de conflictos con guerrillas en los territorios africanos todavía no descolonizados dieron lugar al derrumbamiento de la dictadura, la independencia de las colonias africanas y la instauración de una Confederación de Repúblicas.*

*La lengua común de Ybaria es el ybario, mezcla del antiguo estepáριο-cantabruno, con incrustaciones del carolunio, el alentejano y el vandalusio, lenguas de la misma raíz, salvo el cantabruno, que es un misterio filológico.*

Esta visión de Ybaria no es incorrecta, solo está deformada por el interés espurio de quien la ha redactado. Ybaria no tiene mayores tensiones territoriales, económicas o políticas que Francia. Es una nación próspera.

También es una nación con una pobre visión de sí misma. Sus ciudadanos creen vivir una crisis secular. Se esmeran tanto en esta falsa idea, que están pendientes de que en cualquier momento, su país se desgarre y desaparezca del mapa. Tan convencidos están de ello que se diría que lo desean.

La realidad es que se trata de uno de los países más estables del planeta. La tragedia que sus ciudadanos creen estar a punto de vivir no llega nunca, no se observa en ninguna ciudad, en ningún pueblo, en ninguna cordillera, en ningún valle. Pero lo que describen sus medios de comunicación, sus analistas políticos, sus intelectuales más o menos orgánicos, incluso sus servicios de inteligencia es un escenario catastrófico.

El general García era el director del servicio de inteligencia de Ybaria. Su nombre oficial es Oficina para la Defensa de la Razón de Estado, O.D.R.E. García era estepario, y su oficina se hallaba en Compluto, la ciudad más grande de Ybaria, en el centro geográfico del país, desde donde se dirige la nación, si bien el Parlamento y la residencia presidencial se hallan en Cecabastos, sosegada, aunque populosa, ciudad provinciana.

Que García era el director de O.D.R.E. me lo

comunicó él mismo en el avión. Y me advirtió de inmediato que su autoridad estaba amenazada por las insidias de un grupúsculo de carolunios que hacían lo posible por destituirle. Aquella muestra de confianza en mí me provocó suspicacias.

García se pasó casi la hora y media de viaje diciendo disparates. Al principio yo creí que estaba bromeando. Pero al ver que no variaba su discurso, empecé a pensar que algo de lo que contaba podía ser cierto, y que las barbaridades con que adornaba su retrato de la Federación de Repúblicas de Ybaria eran una cortina de humo o un bosque de palabras para despistar a un oyente enemigo de la patria, que hubiera intervenido no sé qué canal de comunicación, porque viajábamos solos en primera clase, y García hablaba en susurros.

En el aeropuerto internacional de Torrejón, García me condujo hacia una salida VIP sin control de pasaportes. Exhibió un documento mágico que hacía cuadrarse a todos los policías que intentaban interceptarnos. Entonces formulé este pensamiento: o este tipo es un impostor genial, o si no lo es, más vale que le destituyan pronto de su cargo, una clique de carolunios, de lusitanos, de estepários o de vandalusos, da igual.

## La mina

Un helicóptero nos trasladó al general García y a mí del aeropuerto de Torrejón a Cecabastos, a cuatrocientos kilómetros de distancia hacia Poniente. Y desde el aeródromo de la ciudad, un coche oficial se hizo cargo de nosotros. De noche cerrada, nos detuvimos frente al chalet adosado donde vivía Onésimo Bravo Ramires, en un barrio suburbano que terminaba abruptamente en un erial pelado hasta el horizonte. A unos metros de la puerta del garaje había un vehículo ocupado por un tipo que saludó con inclinación de cabeza al general. Me pregunté si mi sobrino estaba en detención domiciliaria.

—Hable con él —me dijo García sin moverse de su asiento, señalando la entrada de la vivienda, unas escaleras adornadas con dos toritos policromos en la parte alta y dos gallos lusitanos todavía más policromos en la parte baja.

—¿Usted no viene? —pregunté sin disimular la preocupación.

—No hace falta. Si no le importa, le haré una visita a su casa mañana, para estudiar una estrategia.

—¿Una estrategia para qué? —había sobrepasado los límites de mi asombro.

—Para localizar a mi hija.

—¿A Ariadna?

—También desapareció. Pero no la hemos encontrado. Es posible que Onésimo tenga alguna pista. Con nosotros no quiere hablar.

Al abrir la puerta, Onésimo echó un vistazo al coche que vigilaba su casa, e hizo una mueca de fastidio.

Onésimo Bravo Ramires tiene el tamaño de un oso con una cabeza insignificante y cara de búho. Pero de oso no tiene un pelo. El único pelo sobre su cuerpo está sobre su cráneo, liso y abundante, marrón oscuro, quizá teñido. Un flequillo monacal tapa su sapientísima frente a dos dedos de sus cejas, desordenadas como las de un bolchevique vieja guardia. Acababa por entonces de cumplir cuarenta años.

—Sigues sin usar móvil, ¿verdad? —fueron sus palabras de saludo al cerrar la puerta.

Asentí sin decir palabra. Algo me decía que



debía hacerme el mudo.

Nos dirigimos al salón-comedor, un lugar con aspecto de rastro por la variedad de muebles, casi todos caros. Había sólidas estanterías rebosantes de películas enlatadas en cintas, y muchas más en “deuvedés” y en una cajita misteriosa que llaman, según entiendo, Rayo Azul, *Blue Ray*. Mi sobrino es un apasionado del cine, en especial del cine más raro e incomprensible que se rueda en el planeta.

Señaló un sofá estilo rococó revisado por un diseñador postmoderno, indicando que me sentara. Lo hice con gran esfuerzo. Él se acercó a la mesa, una roca informe con un grueso tablero de cristal, y se puso a escribir algo en un cuaderno. Mientras tanto, me preguntaba sobre el viaje, sobre París y sobre el estado de ánimo de su suegro ante la desaparición de su hija adoptada.

Entendí que debía seguirle la corriente, y le contestaba con estereotipos y monosílabos. Arrancó la hoja del cuaderno y me la puso ante las narices. Decía: “Esta casa está llena de artilugios. Vamos a hablar como si no lo supiéramos. Pregúntame lo que quieras, y yo te contestaré. Tengo preparado un discurso de despiste. Vamos a intentar ser naturales. O.K.?” Asentí con energía, aceptando el reto.

A pesar de los esfuerzos que hicimos, la conversación fue de besugos, al menos es lo que me pareció. Onésimo se mostraba tranquilo e incluso complacido, al contrario de lo que yo esperaba.

—Voy a ducharme, me cambio y nos tomamos algo, ¿vale?

—Sí, claro.

—Si quieres, te puedes poner una película. Tienes cinco mil en ese disco duro, por si las analógicas no te apetecen —señaló una caja negra del tamaño de una funda de gafas.

—No estás hablando en serio, ¿verdad Onésimo? Los ordenadores me importan un carajo, y la mayoría de las películas que te gustan me parecen abominables — era la única afirmación que no me sonó falsa en toda la conversación.

Onésimo me tendió otro papel que acababa de escribir. “Vamos a mi despacho en la mina. Tengo aparatos inhibidores por si también han pinchado aquello.”

Y se perdió escaleras arriba con sus andares de plantígrado microcéfalo.

Para entretener la espera, me puse a repasar las estupideces que habían salido de la boca del general García durante el viaje.

La obsesión más paranoica de García era la República Federada de Carolunia, y en concreto una suerte de liga semi-secreta de industriales y financieros, casi todos de la capital, Badeluna y de una localidad turística de elite, Emporió, que conspiraban en todos los escalones del Estado para debilitarlo y hacerse con el poder de Ybaria. Éste era, según García, el propósito final de la banda de filibusteros con yate. Habían urdido una falsa trama con la que despistar al país. Su lema era “Ybaria nos roba”. Empleaban cantidades ingentes de dinero en propagar la falacia, dinero obtenido del estado ybario por ingeniosos procedimientos filibusteros. A la vez, financiaban las ilusiones separatistas de las cuatro repúblicas (incluida la suya propia). La más avanzada de todas era la de Esteparía, sobre todo la región occidental, que lindaba con Lusitania. La pandilla de terratenientes descerebrados, que en aquellos momentos se encontraba dando rienda suelta a sus príapos en París, estaba infiltrada de secesionistas de toda laya, desde okupas incendiarios (sus propios hijos) hasta directores regionales de bancos, compañías eléctricas y comunicaciones. Sin embargo, insistía García, la estrategia de los

desalmados carolunios no era desmembrar Ybaria, sino arrancar sus raíces para plantar las suyas propias; es decir, apoderarse de la Federación y establecer un gobierno despótico basado en la supremacía carolunia.

“Si consiguen su propósito”, me advertía en voz baja el general, tan baja que el zumbido de los motores del avión ahogaban la mitad de sus palabras, “tienen previsto hacer una carnicería con los elementos más radicales del separatismo estepario y carolunio. Se presentarán como adalides de la unión patriótica, que ellos dirigirán en exclusiva, claro.”

También aseguraba García que los carolunios financiaban las investigaciones más costosas de mi sobrino en su cueva tecnológica. Confiaban en que el talento del científico les dotaría de instrumentos que les colocarían a la cabeza del planeta, que carolunizarían despiadadamente.

El general era un fanático de la tecnología, a la que odiaba con cordial superstición. No solo había dotado de los mejores instrumentos de detección y neutralización a la Oficina para la Defensa de la Razón de Estado, sino que había conseguido que la presidencia de la república dedicara una fortuna para reunir a los mejores científicos ybarios en un

instituto tecnológico que competía con los mejores de Europa y de las Américas. No había podido evitar García, lamentaba, que a la cabeza de aquel organismo se pusiera a un carolunio, si bien los informes de la O.D.R.E. sugerían que no pertenecía al clan de los subvertidores del orden.

Ybarria había llegado a un estadio superior de desarrollo tecnológico. Poseía el segundo índice más elevado de teléfonos móviles del mundo, una línea de banda giga-ancha de transmisión de datos a disposición libre de la población, y había iniciado un experimento con un presupuesto elevadísimo ofreciendo una variedad infinita de posibilidades a través de los cables giga-anchos. Eran éstos de un material muy barato pero complicado de fabricar, cuya patente era del Estado, capaces de transportar toda la información, todo el entretenimiento y toda la porquería producida en los mil rincones del planeta. Los carolunios sediciosos no tenían ni arte ni parte en estos logros, de los que ansiaban apropiarse.

El colofón de este discurso fue un atropellado panorama apocalíptico que coincidió con el aterrizaje del avión, y me hizo sufrir como si en las pantallitas colgantes estuvieran transmitiendo un documental sobre accidentes aéreos.

El general García estaba convencido de que esta ascensión imparable hacia la esfera tecnológica era una monstruosidad que provocaría el caos y el retroceso de la humanidad a dos siglos atrás, cuando la revolución científica empezaba a extenderse por cuatro continentes. El quinto, señaló con despreocupación de experto en guerras coloniales, era África, que jamás se repondría del saqueo de seres humanos y materias primas de los siglos XIX y XX, y no tardaría en convertirse en una jungla impenetrable habitada por fieras despiadadas, y por tanto sería la reserva de una nueva humanidad por segunda vez desde la aparición del *homo sapiens*.

La conspiración de carolunios era consciente de tal destino inexorable, y lo fomentaban con la previsión de que su ingenio, su laboriosidad, su perseverancia y el hecho comprobado (por ellos) de que los carolunios eran una raza diferente y superior; todo esto les preservaría y facilitaría su designio de dominar el planeta.

Por las escaleras apareció el plantígrado microcéfalo en atuendo deportivo, haciendo girar un llavero de coche en la mano derecha. Se acercó a la cristalera que daba a la fachada y apartó el visillo lo suficiente como para escrutar el exterior sin ser visto. Nos dirigimos al garaje en el sótano, y nos metimos

en un todo terreno de flamante azul marino. Onésimo arrancó y accionó la apertura de la puerta. Al final de la rampa se veía el morro del vehículo de vigilancia de O.D.R.E.. Alertado por el motor y los gemidos de la puerta, apareció la figura del agente, que mudó la expresión de desconcierto de su cara en mueca de espanto, porque nos echábamos encima de él. De un salto se apartó hacia el lado opuesto de su propio vehículo, e hizo bien, porque Onésimo se lo llevó por delante de un ruidoso cacharrazo. El parachoques del todo terreno debía de ser de titanio, porque apenas se deformó.

No imaginaba yo que mi sobrino fuera un hombre de acción además de un genio de la astrofísica y de las partículas elementales. ¿Qué podía haberle sucedido para arrancar de él su inveterada cobardía? Quizá estaba probando algo que había visto en una de sus miles de películas. Aunque sospeché que lo que intentaba era neutralizar el vehículo de vigilancia para que no nos siguiera.

La urbanización estaba en un extremo de Cecabastos, y tuvimos que atravesar la ciudad para llegar a la carretera que conducía a la mina. Me extrañó que Onésimo manipulara la radio sin ningún resultado, porque era un manitas, capaz de hacer funcionar un teléfono móvil aplastado por un tanque.

No era la radio, era un inhibidor de frecuencias.

—¡Ya está! Somos invisibles. ¿Qué te ha dicho García de Ariadna?

—Que ha desaparecido, y que tú sabes dónde está.

—¡Ojalá! Pero no tuve valor para seguirla. Se ha metido en un agujero negro.

—¿Se ha ido? ¿Te ha abandonado? ¿La han raptado? —dije, con intervalos en cada una de las preguntas.

—No lo sé, tío. He intentado averiguarlo, pero los gorilas de mi suegro no me han dejado en paz. He pasado varios días en la mina intentando encontrar una explicación, pero al final renuncié: la única forma de averiguar dónde narices ha ido Ariadna es seguirla, y no he tenido valor.

—Pero... —No se me ocurría ningún argumento, porque las palabras de Onésimo me resultaban mistericas.

Hasta que llegamos a la mina, y nos encerramos en ella con el todo terreno, no inició Onésimo su explicación ordenada.



## Acontecimientos imprevistos

La carretera de Cecabastos a la mina tecnológica de Onésimo Bravo Ramires es la misma que lleva al pantano de Tavira, y luego se adentra en la república federada de Lusitania. A ambos lados de la ruta poseo yo tierras donde pastan toros bravos entre olivares milenarios. Cada vez que las cruzo me viene a la memoria una evocación que escribí siendo todavía joven, al poco de heredar la finca de mi padre, muerto víctima de la cirrosis. La publiqué en un diario local. Se titulaba “Acontecimientos imprevistos”.

*Sometidas por Roma las tribus ybáricas que poblaban su territorio, lo que hoy se conoce por Estepária fue una provincia notable del Imperio. Una Villa Iulia, nombrada así quizá por afecto a los primeros césaes, mantuvo una lenta decadencia de cereal, olivo, vid, corcho y bellotas, hasta que, a comienzos del siglo V, una banda de alanos merodeadores la arrasó, despreciando sus riquezas.*

*Décadas antes, cierta mañana, una jabalina acosada por un cazador cruzó los encinares de la antigua Estepária a la velocidad del rayo, zigzagueando en el denso sotobosque, y marcando en él un estrecho sendero que bien pudo ser la firma de clausura de una época. Un esclavo de reciente*

*manumisión recordó las palabras decadentes del amo de Villa Iulia, el équite Quinto Cornelio Catón, una tarde serena de septiembre, cuando las costuras del Imperio se descosían en la Galia y en la misma Italia, poco antes de que Gerontius instalara en Tarraco como emperador a Máximo, y que Ataúlfo se casara con Gala Placidia en Narbona. Escribió Quinto Cornelio: “Que no se malogre esta belleza, oh dioses manes. Que nada la altere. Que la belleza agrícola perdure, sea lo que sea de mí, de mis hijos y del Imperio. Que los acontecimientos imprevistos sean siempre propicios a la naturaleza”.*

*Muchos de aquellos árboles se talaron con el paso tedioso de los siglos.*

*De la hermosa quinta romana sólo quedaron sus cimientos, una ruina arqueológica que rescató un museo local veinte siglos después de su esplendor, subvencionada por cierto patricio ilustrado (mi padre, cuando aún estaba en sus cabales). En sus cercanías emergió la ciudad de Cecabastos, cabeza de la región occidental de Esteparia.*

*Permanecieron los olivos, provechosos para sus dueños, y muchos alcornoques, abastecedores de corcho a los humanos y de bellotas a los puercos*

*Sin embargo, las selvas de espléndidas encinas, con su bóveda oscura y su tronco*

*imperturbable, se redujeron a islas arbóreas o a ejemplares aislados que decoraban la cresta de una colina o una concavidad en la suave orografía de la región.*

*Las grandes dehesas, que también albergaron toros de estampa arrogante, se habían reducido a casi nada. Solares con desechos de construcciones fallidas, grúas oxidadas y hormigoneras en desuso invadían los cotos. Hasta los amplios olivares habían sido víctimas de la urbanización; algunos árboles decrepitos, habían sido trasplantados a parques periurbanos de Cecabastos con canales y montañas de arteificio coronadas de esculturas insensatas.*

*Pero lo que más había consumido el paisaje primigenio fue una gran presa hidroeléctrica, la mayor del continente, según la propaganda. La presa de Tavira...*

Fue el inicio de mi pasión conservacionista. Poco después favorecí la instalación en mis tierras de una comunidad de jóvenes neorurales llamada “Freedonia”, que se ha mantenido próspera, cultivando la tierra de acuerdo a los sueños ilusorios de Rudolf Steiner. Por mi parte me aseguré de que tanto mi aceite como mi vino, nada ilusorios, fueran biológicos. La constancia ha sido rentable, porque

exporto botellas de ambos líquidos a medio mundo, y no puedo abastecer todas las demandas que registro en mi central de operaciones, no muy lejos de la mina tecnológica, también una de mis posesiones, como ha quedado dicho.

Que aquella maravilla preservada durante siglos, a pesar de los embates de la irracionalidad y del progreso, estuviera ahora en peligro por la codicia que enciende el petróleo allí donde se detecta, me tenía en vilo desde que se propagó el rumor.

El lamento me salió espontáneo del alma al desviarnos de la carretera, y pasar junto a la aldea biodinámica, un cortijo immaculado con casas de paja y adobe y rodeado de un bosquecillo de encinas, y una alameda en torno al lavadero que recoge aguas de un par de acuíferos todavía sin contaminar.

—Olvídate de esas preocupaciones, tío Severo —me dijo Onésimo—. No hay petróleo. Es un cuento chino, mejor dicho, un cuento carolunio.

—¿Co... cómo dices?

—En realidad no fue idea mía, sino de un gilí de mi equipo, que hizo una broma siniestra cuando cerré el laboratorio y les di vacaciones. Lo que había

pasado tenía que mantenerlo en secreto hasta poder explicármelo yo a mí mismo. Le dijo a su novia que habíamos descubierto petróleo y que yo les había echado para quedármelo todo. La novia es una Erasmus inglesa que estudia periodismo.

Y a continuación me expuso una lección de física que todavía no estoy seguro de haber entendido. En resumen era más o menos esto:

La masa y la energía son lo mismo, si bien se miden con magnitudes distintas. Una y otra se vinculan por la velocidad de la luz, según enunció Einstein, y ha quedado probado por todas las experiencias. El factor de conversión de la masa en energía es el número 300.000, bueno, algo menos, al cuadrado.

Pero la conversión es imposible de conseguir. Incluso la propia naturaleza no puede explotar toda esa energía, siempre se desperdicia la mayor parte. Por ejemplo, la energía del petróleo e incluso de explosivos como el trinitrotolueno solo utiliza una millonésima parte de la energía de esos materiales en reposo. La energía producida en el interior de las estrellas por la presión de la gravedad de su masa gigantesca, en el Sol sin ir más lejos, se difunde por el espacio, expulsada por la fuerza de los átomos del

núcleo rechazando las presiones monstruosas que sufren.

Para extraer toda la energía almacenada en un trozo de materia sería preciso hacer que ésta chocara con una cantidad equivalente de antimateria. Si fuera esto posible, se acabarían los problemas de abastecimiento de calor y de fuerza motriz, pero también se acabaría la vida, porque habría estallidos por todas partes.

La formación de las galaxias y de las estrellas a partir del gas y el polvo que inunda el espacio-tiempo después del *Big Bang* obedece a un ecosistema en el que se van creando y destruyendo de modo natural, espontáneo, materias pesadas, desde el oxígeno al plutonio, todo regido por leyes físicas invariables.

Onésimo investigaba la energía de fusión y la formación de agujeros negros, tras el colapso de determinadas estrellas. Una estrella tres veces mayor que el Sol puede llegar a reducir su tamaño a una bola de pocos kilómetros, y luego a nada, a una singularidad, algo tan denso que lo captura todo, hasta la luz. Un agujero negro.

En el otro extremo, las leyes de la física cuántica muestran que el tejido invisible del universo

está cuajado de agujeritos negros. Onésimo buscaba uno en la mina.

Estaba obsesionado. Y Ariadna alimentaba su obsesión, del mismo modo que alimentaba su libido con una actividad erótica sin reposo. “Cuando no estábamos trabajando, estábamos fo..., bueno, tú me entiendes”, confesó con una risita que parecía un rebuzno.

Los conocimientos matemáticos y de física de las partículas elementales de Ariadna, profesora en el departamento de Astrofísica de la Universidad de Estepária, eran un capital valiosísimo para Onésimo. Además, su habilidad con los sofisticados sistemas informáticos era una leyenda viva. Sus últimos algoritmos la habían puesto tras la pista de la materia oscura. La lógica matemática indica que la materia oscura existe, de otra manera no se explica que el Universo no se haya disuelto en el espacio-tiempo debido a un exceso de expansión. Pero jamás se ha materializado en ningún experimento. Hasta que Ariadna tropezó con ella. Si es que lo hizo, se reservaba Onésimo, porque lo que investigaba en serio Ariadna era el bossón de Higgs, la clave del Modelo Estándar de la Física de Partículas (MEFP).

Un día se produjo el milagro. Pero todos los

milagros tienen un coste. El precio de éste lo pagó ella misma. Un acontecimiento imprevisto.

Esta parte de su discurso la pronunció Onésimo cuando ya estábamos en el interior de la mina, en el espacio lleno de aparatos, ordenadores y todo tipo de teclados e interruptores, donde habíamos entrado sin enfundarnos en ningún mono.

—El Cosmos impone sus leyes para equilibrar el mundo, leyes que a veces tienen efecto al cabo de miles de millones de años y en condiciones extremas. Pero los seres humanos nos hemos propuesto entrar en el interior de los átomos y de las estrellas. Esto puede ser apocalíptico, si no nos andamos con tiento.

### **Centro de Energía de Fusión**

Onésimo Bravo Ramires no rebajó su eco apocalíptico, sentado en una silla con ruedas, moviéndose sobre ella por su antro tecnológico, científico peri-rodí-patético. Varias veces pensé que estaba tomándome el pelo, porque se quejaba de cosas como que a la Humanidad le quedaban menos de cinco mil millones de años de vida, en cuanto el Sol empezara a degenerar y se expandiera hasta más allá de Júpiter, engullendo la Tierra y lo que quedara vivo en ella. Esto le parecía algo tan espeluznante como si estuviera a punto de suceder. Me pregunté si



mi sobrino se creía capaz de vivir hasta entonces o se consideraba inmortal. Pensé que era más prudente dejarle desahogarse y serenarse.

A continuación dijo cosas más aceptables, pero en el mismo tono moralista.

—El modelo de explotación de la naturaleza que empleamos los seres humanos tiende al agotamiento de los recursos del planeta.

—Sí, ya lo sabemos —intervine al fin—. Pero qué tiene que ver eso con el final del Sol dentro de miles de millones de años. La humanidad puede haberse aniquilado antes a sí misma antes, ¿no?

—No me gusta este Cosmos —murmuró. Y luego, en voz más alta y templada—: El progresismo conservacionista de hoy en día mantiene tesis muy viejas y reaccionarias: el espacio vital, la lucha por el control de la tierra, del agua, de las materias primas, aunque dichos de otra manera. Creemos que los países democráticos no se enfrentarán entre ellos, que eso es cosa del pasado, de regímenes totalitarios. Pero las bases de la subsistencia son las mismas. Las consecuencias son catastróficas. Antes, las guerras por el territorio se hacían para ganarse. Hoy no se salvará nadie gracias a ese empeño de que las guerras las hagan los miserables del planeta. Nos van a

invadir, tío Severo, nos van a invadir.

—Onésimo, permíteme que te desvíe del tema. No hemos venido aquí para jeremiadas. Quiero que me digas qué ha sucedido con Ariadna.

Se levantó y abrió una de las puertas blindadas. Entramos, y después de recorrer un corto laberinto de pasillos, desembocamos en una sala del tamaño de un ábside de ermita románica. En medio había una monstruosa bobina de cobre. Me vino a la cabeza la película “El doctor Frankenstein”, que sin duda formaba parte de la colección de mi sobrino.

—Es un toroide —aclaró, al ver mi desconcierto—. El aparato imprescindible para crear energía de fusión. Aquí dentro giran átomos de deuterio, un isótopo del hidrógeno, que al chocar entre sí forman un átomo de helio. La energía que se desprende de esta fusión es fabulosa. Con una bañera de agua se puede producir toda la energía que consume un ser humano a lo largo de su vida. El problema es que para conseguir aproximar dos átomos de hidrógeno se necesita una temperatura superior a la del núcleo del sol, millones y millones de grados. El sol cuenta con su masa, su gravedad irresistible que aproxima protones entre sí, a pesar de su repulsión magnética... Las cargas del mismo signo

se repelen. Te suena, ¿no? Este toroide forma un túnel por donde giran como locas las partículas. El campo magnético que se crea permite mantener como suspendida en él la temperatura aterradora que conseguimos, cientos de millones de grados, que fundiría cualquier recipiente.

—Esto es mucho mejor que el petróleo —dije.

—Más limpio, infinitamente más eficaz... pero difícilísimo de conseguir para uso doméstico o industrial. Esto es un banco de pruebas...

—Que financia...

—Un grupo de ricachones carolunios.

—Ricachones...

—El gobierno de Estepária no ha querido aportar nada, pero a los carolunios no les duelen prendas.

—¿El gobierno no lo sabe? —le provoqué, alimentado por la idea de que los carolunios financiaban su sedición con dinero de las arcas de Ybaria.

—No es cosa mía.

—¿Y cómo van los experimentos?

—En un callejón sin salida. Pero mis benefactores no tienen ni idea. Y eso a pesar de que ellos han impuesto su equipo, un grupo de ingenieros carolunios. Pero son tipos mediocres. Los buenos que tienen trabajan fuera de la Federación. Hay otros Centros de Energía de Fusión del tamaño de varios estadios de fútbol en Europa, en Norteamérica y en China. Me han propuesto trabajar con ellos. Pero a mí la energía de fusión me importa un pimiento.

Onésimo se dio media vuelta y emprendimos el camino hacia el centro de control. Se sentó en la silla con ruedas, y se desplazó con ella a un lado y a otro de la consola llena de pantallas, indicadores, palancas y botoncitos de colores. Ahora me parecía un oso enjaulado en un zoológico de astrofísicos. Se quitó las pequeñas gafas, guiñó varias veces sus pequeños ojos y se cogió con las manos su pequeña cabeza de ave nocturna. Al bajar las manos dio con una de ellas en el ordenador portátil a medio abrir, y lo cerró de golpe. Se asustó.

—Tío Severo... No podemos hacer nada. En las semanas posteriores al accidente me ha torturado una duda dolorosa. ¿Es Adriana mi mujer o es una impostora? —dijo entre suspiros melodramáticos que

restaban autenticidad a su lamento.

—¿De qué accidente hablas, Onésimo?

—Sabrás que la materia oscura se llama así porque no emite radiación electromagnética. Se deduce que existe, porque la gravedad medida es muy superior a la visible.

—Por favor, Onésimo, otra clase de física, no...

—No es una clase de física. Es que nuestro interés experimental está centrado en los neutrinos y en las partículas subatómicas. Interactuar con ellas es muy trabajoso, es pesado, es un coñazo. Ariadna, que sabe más que yo de este tema, me ayudaba en hacer algunos turnos de vigilancia, a la caza y captura de neutrinos, bariones, fotones, muones, bosones... en un túnel —señaló la otra puerta de acero — construido aprovechando la mina, y dotado de aparatos sofisticados...

—Que también paga Carolunia con el dinero de todos los ybarios...—le corté de malhumor, porque no suponía yo a mi sobrino un rehén del dinero espurio por amor a la ciencia.

—No. Es dinero limpio, de la universidad.

Bueno, casi todo. Los aparatos son un préstamo europeo... Déjame acabar. Una de las hipótesis de la física de las partículas elementales es que el Universo está plagado de pequeñísimos agujeros negros. Matemáticamente se puede deducir. Pero desconocemos por completo lo que hay o puede haber dentro de un agujero negro, sea del tamaño de una estrella, sea del tamaño de un neutrino. Todo eso pertenece al ámbito de unas leyes físicas desconocidas, que existieron solo durante una millonésima de una millonésima de una millonésima de segundo después del *Big Bang*, diez elevado a menos 35 segundos. Ariadna estaba obsesionada con utilizar las matemáticas como palanca para colarse en ese resquicio espacio temporal primigenio. Todo lo que sabemos de eso es el Modelo Estándar de la Física de Partículas, en el que ella es experta.

«Yo, quizá por complejo o por envidia profesional, me burlaba de ella. En una de esas ocasiones debí de pillarla de mala uva, porque me tiró una taza vacía, que tuve que esquivar. Cayó detrás de una consola, sin hacer el menor ruido, a pesar que la pared era de ladrillo y el suelo de hormigón. Pero como estábamos de buen humor, nos echamos a reír.

«Yo me agaché para recoger la taza, pero no la

encontré. Ariadna se asomó entre la consola y la pared, sin hallar nada. Empezamos a preocuparnos. Entre los dos movimos la consola de su sitio, registramos en los cables por si se había quedado atrapada en ellos. Nada.

«Entonces, al volver a colocar la mesa y sus cables, vi que los dedos de mi mano desaparecían a la vez que sentía un hormigueo, un calambre. Di un tirón del brazo y le di un codazo tremendo a Ariadna en el pecho. Rabiosa, me dio un puntapié. Luego se echó sobre mí y tanteó con su mano el lugar en el que había desaparecido la mía. También la suya se evaporó en el aire.

«No podía ser otra cosa que un agujero negro, o lo más parecido a un agujero negro.»

—Me estás contando una película, Onésimo. De las malas. Tengo entendido que la gravedad de un agujero negro es infinita. Nada puede salir de él, ni siquiera la luz. ¡Cómo vas a meter la mano en él y a sacarla como si tal cosa!

—Puedes pensar lo que quieras. Pero ese sumidero se ha tragado a Ariadna.

—¡Delante de tus narices! —dije con sarcasmo.

—No. Vino sola a la mina, sin avisarme. Fue al día siguiente del descubrimiento. Nadie la ha vuelto a ver desde entonces.

Me levanté y empecé a darle la espalda. Me había hartado aquella comedia de ciencia ficción. Dos dementes en un día superaba mi cuota de aguante. Entonces, Onésimo me tomó de un brazo y me condujo a través de la puerta blindada que todavía no habíamos traspasado

A diferencia del antro del toroide, que estaba a oscuras hasta que Onésimo prendió la luz, en este ámbito había una penumbra, una fosforescencia. Nos adentramos en un verdadero laberinto guiados por la luminosidad, y fuimos a parar a un espacio más bien estrecho, con una serie de paneles en los muros. Más allá había una habitación repleta de aparatos, en realidad el extremo de un túnel por donde corría una serie de tubos y de cables. Las luces cenitales estaban apagadas, pero un resplandor azulado envolvía los tubos.

Onésimo se detuvo ante una consola que estaba desplazada de la pared. Cogió una taza que había sobre ella y la lanzó contra el muro de ladrillo. Antes de chocar contra él, la taza fue devorada por una boca invisible.



—¿Dónde está? —pregunté yo, admirado por el truco.

—Puedes buscarla con la mano.

—Ni por mil millones, sobrino.

Mi escepticismo me hacía pensar en un truco. Miraba por aquel espacio en busca de algún artilugio. Le pedí que encendiera todas las luces. El ámbito se iluminó. No percibía nada que sugiriera un apaño. Finalmente alargué el brazo hacia el lugar donde había desaparecido la taza. Dejé de ver mi mano a la vez que sentía un calambre. De pronto se apoderó de mí un instinto demencial, y metí todo el brazo en aquel abismo invisible, tanteando. Di con algo, y extraje el brazo. En la mano llevaba una sandalia de mujer.

Onésimo se volvió hacia un cajón de la consola retirada y sacó de él otra sandalia idéntica, pero del otro pie.

—¡Ya tenemos las dos! Ariadna las debió de perder en su viaje.

## **Capítulo Segundo**

(Habla *Metodio Mazón*, de Mundo Veetónica)

## La mujer voladora

La mujer se echó sobre Cachos de Pera con violencia, y él pensó que le caía de lo alto.

—Perdone, caballero, me he torcido el pie — se disculpó, apoyando su mano derecha en el hombro de Cachos—. Hace un calor veraniego, ¿verdad?

A Cachos le desconcertó la familiaridad de la mujer, como si le conociera de antiguo. Él era la primera vez que la veía. Sus ojos azules irradiaban simpatía.

Era finales de noviembre, y un sol de justicia despeñaba rayos ardientes desde su cénit, a la una de la tarde, mediodía en el meridiano de Greenwich, que pasaba por el mismo ayuntamiento de la ciudad de Sbaria, villa populosa del reino de Veetónica, a la orilla del mar Levantino.

La mujer era más baja que Cachos, de pelo pajizo y ondulado, eminente busto resaltado por un ajustado jubón verdoso de punto, y falda de cuero carmesí por encima de las rodillas. Sus piernas muy blancas, la piel poblada de puntitos rojos, como si acabara de depilarse con una cuchilla estropeada. No llevaba medias y lo más curioso es que iba descalza. Cachos calculó que podía tener ocho o diez años

menos que él, esto es, en torno a treinta. Una chica atractiva, aunque en su rostro había una pizca de vulgaridad, algo incómodo, enigmático. La tenía tan cerca que le era imposible mirarla en su conjunto sin ofenderla.

—Me llamo Ariadna —dijo ella tendiéndole la mano.

—¿Ariadna? —repitió Cachos, mirándole los pies.

—Sí. Le extraña que vaya descalza, ¿verdad? He tenido que huir de un perro y he perdido las sandalias.

—Yo soy Cachos de Pera, profesor de Física en este instituto —dijo señalando a su espalda un edificio desaseado, con el triste aspecto de la arquitectura docente, llamado Fleming—. ¿No serás la nueva profesora de Matemáticas?

—Sí. Es posible que lo sea —contestó ella como si le agradeciera la idea.

—Ahí enfrente hay una zapatería —señaló Cachos, que seguía fascinado por los pies de la mujer.

—He olvidado el monedero en casa.

—Yo te pago las zapatillas.

—Que sean sandalias.

—Sandalias. Vamos.

Y cruzaron la calle.

Conocí al profesor Cachos de Pera poco después de este episodio, y tardé algo más en saber que era funcionario en excedencia del Servicio de Estudios Sociales, Operaciones y Sondeos (S.E.S.O.S.)

La experiencia administrativa había aleccionado a Cachos sobre la fragilidad de las cosas más sólidas. Los estudios del instituto, los públicos y los reservados, se basaban en análisis objetivos, elaborados con lógica inapelable. Mera apariencia.

Aquellos mamotretos llenos de cuadros indigestos no eran el resultado de miradas desapasionadas e independientes, sino especulaciones cocinadas con desparpajo por sollastres, pinches atrevidos y sin vergüenza. El escenario que se desprendía de ellos era no solo incoherente sino contradictorio, como la vida misma,

por eso no levantaba suspicacias.

El archivo de asuntos candentes del S.E.S.O. estaba lleno de basura.

Permita el lector que me presente a mí mismo. Soy Metodio Mazón, intelectual orgánico que goza del respeto académico, y narrador de esta historia que se desarrolla en el reino de Veetónica.

### **Massa Crítica**

El archivo de asuntos candentes de S.E.S.O.S. podía estar lleno de basura, pero las cabezas de directivos veteranos como el doctor Abulafia contenían un retrato fiel de las fuerzas políticas y sociales que operaban bajo una aparente e inocua realidad, a espaldas de la ciudadanía que las soportaba.

Cachos de Pera se preguntó a lo largo del primer trimestre como profesor de Física en el Instituto Fleming si el Servicio al que había dedicado largos años era consciente de que algo se estaba cocinando a fuego muy lento en la enseñanza media de Sbaria.

Ignoraba si el desasosiego juvenil se había contagiado a otras ciudades del estado. Sospechaba

que sí. Y se preguntaba si sus antiguos colegas del Servicio estarían analizando aquella novedad inquietante. Pidió una excedencia porque su trabajo como analista se había convertido en un paseo por una feria de atracciones sin derecho a subirse a las atracciones. Era no solo aburrido sino también humillante para un profesional como él. Cachos no era hombre de acción, pero sí con responsabilidad moral, y deseaba ser útil a la sociedad que le pagaba por el eficaz uso de sus conocimientos.

Al término del primer trimestre la inquietud vaga de Cachos se convirtió en alarma. Fue invitado a una reunión de profesores de instituto de la ciudad. Pensaba que se trataría de una cita sindical, un encuentro fraterno o un acto protocolario. Acudió para pulsar el estado de ánimo de los profes y sus preocupaciones. Y se encontró con un mitin preparado con celo político.

Descubrió que un grupo de docentes desasosegados se proponían desviar el aburrimiento de los estudiantes universitarios y de enseñanza media hacia la acción política. Eran tipos que teorizaban desde sus cátedras sobre las corrientes sociopolíticas y la forma de influir en ellas. Algunos venían de Recópolis, la capital del reino.

Al principio, la impresión de Cachos le llevó a conclusiones erróneas. Al entrar tomó de una mesa un ejemplar de una revista con ensayos políticos, que pagó con onerosa inconsciencia a la chica que vendía folletos, revistas y chapitas con lemas contundentes. Abrió al azar la revista y leyó: “La violencia epistémica impide que los saberes que se generan en latitudes diferentes de la matriz colonial del poder se reconozcan como conocimientos válidos. Creemos que para subvertir esta violencia hay que reconocer las epistemologías del sur”. Contuvo el impulso de huir. Pensó, “si hablan en estos términos, me marchó sin esperar ni cinco minutos”.

No tuvo que salir corriendo. Los discursos de los ponentes fueron comprensibles y alguno de ellos brillante. No así el turno de preguntas, casi todas en el lenguaje esotérico del panfleto, que los ponentes desmontaron con habilidad.

En resumen, Cachos concluyó que el desapego juvenil era interpretado por los reunidos como ansiedad ante un futuro incierto, algo que podía servir de detonante de un movimiento desestabilizador dirigido por sabios maestros.

Para los apóstoles congregados en Sbaria aquello era, de momento, una fantasía. Pero



especulaban que si una fuerza intelectual intervenía en el tumulto de acciones, ocupaciones, y frágiles campamentos urbanos de los jóvenes, lo espontáneo y efímero podría convertirse en sólido y duradero (un proceso de rarefacción política, pensó el profesor Cachos). Así lo mantenía uno de los docentes rebeldes más activos, que aseguraba conocer a personas de gran altura intelectual, profesores de varias universidades del reino, dispuestos a dar el paso o *sorpasso* a una izquierda esclerotizada, etc.

En este punto veo la oportunidad de hablar sobre mí mismo. Soy profesor de Psicología Social en la universidad de Recópolis, la capital de Veetónica, y por tanto nada ajeno a lo que algunos de mis jóvenes colegas tramaban. Solo diré que mi formación es materialista, dialéctica e impregnada de las experiencias políticas de aquellas vanguardias que han puesto en práctica, con mayor o menor fortuna, las elucubraciones y consignas del gran Marchenguels.

No estaban las cosas en Veetónica como para propiciar una revolución, y mucho menos una revolución con sangre. Las actividades y las propuestas de mis colegas eran un sueño, una bravata étlica o una pataleta infantil, como ya advirtió el ruso Ulianov, heredero preclaro del gran

Marchenguels. No tuve más remedio que involucrarme en aquella orgía intelectual, porque haberme quedado al margen me habría provocado insomnio moral. La conspiración se hacía sin precauciones ni sigilos.

Aquello empezó a adquirir dimensiones llamativas, conferencias, ponencias, estudios y publicaciones de sello socio-político, que incluso se presentaban en jornadas inocuas para el bien general, pero arrebatadoras para quienes asistían a ellas con esperanzas incendiarias. Algunos subían a la palestra con la actitud de los *tribuni populi* en la Roma de los hermanos Gracco. Qué barbaridad, qué situación.

El olfato profesional de Cachos le advertía de las características conspirativas del fenómeno, en especial por la personalidad iluminada de un puñado de docentes, que recorrían el país con celo apostólico, y empezaban a asomarse a las tertulias televisivas con un descaro que calaba en la opinión pública.

Sin siquiera planteárselo, consiguió “infiltrarse” en el comité directivo provincial de “Massa Crítica”, el nombre provisional del organismo conspirativo.

Instalado en él le conocí yo, en una reunión no

pública de la que daré cuenta en seguida. Descubrí pronto sus capacidades, por encima de los alucinados que formaban parte de ella, y calculé, sin equivocarme, que pronto sería cooptado a la dirección nacional.

### **Las matemáticas pesan**

La coincidencia de dos circunstancias decidieron la ascensión de Cachos de Pera, profesor de Física del Instituto Fleming, al comité directivo provincial de “Massa Crítica”.

Una fue que su centro educativo albergaba al grupo de estudiantes más rebeldes de la ciudad de Sbaria. Las acciones de los jóvenes airados eran virulentas, y cogían siempre por sorpresa a la policía, o la recibían a pedradas detrás de contenedores de basura ardiendo. Convertidos en héroes de la disidencia juvenil encolerizada, el movimiento político en ciernes acogió al profesor del Fleming como una oportuna joya y la metió de golpe en su caja fuerte.

La segunda circunstancia fue un fracaso pedagógico que Cachos de Pera había padecido inmediatamente antes de una de las reuniones.

Había estado esa mañana intentando explicar

sin éxito a sus alumnos las leyes de la termodinámica, y al tomar la palabra en la asamblea de “Massa Crítica”, dio en comparar la entropía con el malestar ciudadano, sobre todo el de los más revoltosos.

“La entropía es el calor o fuerza desaprovechada”, dijo. “Como las acciones de nuestros estudiantes indignados. Son un fenómeno probabilístico, que puede causar impacto o no, depende de circunstancias, que vienen a ser como las variables o magnitudes en un sistema sometido a intervenciones que conducen a su equilibrio.” Ante la perplejidad de los asistentes, inició una explicación más compleja, pero de inmediato se dio cuenta de que no le entendían ni tenían interés en hacerlo, y centró su discurso. “El equilibrio de un sistema es su estado de máximo desorden. Esta paradoja semántica puede ser la clave de una actitud política de 'Massa Crítica', si sabe aprovechar el desorden causado por la ira de los jóvenes en el camino hacia el poder de una formación política nueva. En este caso de un modo antientrópico, porque del desequilibrio irreversible que rige la naturaleza puede derivar el equilibrio político, el poder, la fuerza.” Y observando el rostro casi demudado de algunos, pronunció en un tono taumatúrgico: *Die Kraft, die Macht*. La contundencia del idioma alemán causó efecto.

Uno de los líderes de la capital que asistía a la reunión como observador de novedades se le quedó mirando, y dijo: “El compañero Cachos ha dado en el clavo. Las leyes de la Física deben servirnos como ejemplo en nuestra búsqueda de una estrategia científica para devolver el poder al ciudadano, arrebatándoselo a la clase política corrompida”. Aquel tipo que miraba a la concurrencia con ojos de conocer el secreto de casi todo, acababa de colocar a Cachos de Pera en el pequeño Olimpo del emergente movimiento popular.

En ese instante, Cachos percibió que “Massa Crítica” era algo más que un experimento para captar la energía desperdiciada por los estudiantes indignados. Era un partido político en toda regla, y acababan de cooptarle a la dirección.

Vanidoso por su irresistible ascensión buscó al día siguiente en el instituto Fleming a la mujer descalza. Necesitaba ostentar ante alguien su inesperado éxito. Nadie sabía nada de ella, aunque era algo conocido que el puesto de profesor o profesora de Matemáticas estaba vacante, cosa que Cachos conocía porque le tocaba dar clase en un turno que se repartían entre varios profesores.

Pero al salir del instituto la vio aparecer tras una esquina, dirigiéndose a la entrada andando por la acera, calzada no con sandalias sino con unas

zapatillas toreras que la infantilizaban. La perspectiva le permitió observarla con detenimiento. Había cambiado de indumentaria. Estaba peinada y en lugar del jersey ajustado vestía una camisa abierta que exhibía parte de sus senos imponentes. La falda era de vuelo, también corta. La piel palidísima de sus piernas no estaba llena de puntitos rojos. Al verle, la mujer le sonrió con un afecto especial. Eso le pareció a Cachos, predispuesto a todo lo que le aproximara a la belleza caída del cielo.

Ariadna le explicó que acababa de recibir los papeles administrativos para su incorporación al centro. E hizo un gesto hacia atrás con la mano en que llevaba un abultado sobre. A su espalda, cerca de la esquina, había un tipo con uniforme y mochila de cartero. El tipo desapareció de pronto, es decir, Cachos dejó de verlo. No parecía que se hubiese movido tras la esquina, sino que se hubiera evaporado, cosa absurda. Singular también era el rostro del individuo, la mitad de su cara era normal, la otra mitad parecía hundida como si fuera de material maleable y hubiera recibido un golpe.

Cachos entró con Ariadna al instituto y la acompañó en los trámites que debía realizar. Luego se fueron a un bar de menús llamado “Guantánamo”, donde solían comer algunos profesores, funcionarios del cercano Instituto Nacional de Previsión y

oficinistas diversos.

—Las matemáticas están escritas en la piel del Cosmos —estaba diciendo Ariadna cuando retiraron el plato vacío de crema de legumbres y depositaron ante ella un trozo de emperador a la plancha con un pimiento, medio tomate y una patatita sin pelar.

—Y en las entrañas del Cosmos están la Física, la Química y la Biología —intervino Cachos.

—Que tienen una armazón matemática.

—La realidad física consiste en ecuaciones de movimientos. Calor, luz, resistencia. Todo lo que en la naturaleza no parece moverse es engañoso —murmuró Cachos desde alguna galaxia lejana.

—Las matemáticas son algo más que ecuaciones o ideas —Ariadna reaccionó desde mucho más cerca—. Las matemáticas constituyen el mundo, no son una metáfora. Reducir la realidad a fórmulas es una falsificación de la realidad. La naturaleza se rige por leyes que son mucho más que una serie de fórmulas o ideas flotando dentro de nuestras cabezas, son piezas inexorables, pernos de la realidad. Existe un mundo que podemos medir además de ver y palpar. Las matemáticas y las otras ciencias de la naturaleza son realidades complejas,

objetivas, que los legos no entienden, pero que persisten en la vida y en la materia inorgánica —se quedó muda un segundo, metió en su seductora boca un trozo de emperador, lo masticó, y recalcó—: El mundo de las ideas es una falsificación.

Cachos sonrió, una manera de expresar que se le escapaba el razonamiento. O más bien que el razonamiento le importaba bastante menos que el hecho de que saliera de una cabeza adorable.

—Yo soy materialista, eh —arguyó por si acaso—. Aunque el materialismo no encaje con mis sentimientos y mis emociones. Sí, sí, las emociones son interacciones eléctricas en las sinapsis del circuito neuronal. Pero no sé de ninguna terapia eficaz que utilice fórmulas matemáticas y físico-químicas para tratar los malos rollos. Debe de ser por eso que es imposible que la conciencia se describa a sí misma, y menos con números y medidas.

—Quiero que sepas una cosa, soy una mujer casada.

Lo que más desconcertó a Cachos fue el timbre de la voz de Ariadna. Hasta ese momento había sido femenino y melodioso. Pero de pronto se había vuelto hueco, metálico, áspero. Tardó unos segundos en reponerse.



—Y ahora que lo sé, ¿qué supones que debo de hacer?

—Lo digo por si acabamos en la cama.

A medida que contestaba, la voz de la mujer volvía a su timbre normal, como si sus cuerdas vocales se estuvieran liberando de una interferencia.

Era la primera vez que Cachos de Pera ligaba con una mujer apetecible hablando de ciencia y no mediante aproximaciones eróticas cada vez más explícitas.

### **Etiquetas**

La primera vez que me encontré con Cachos de Pera tuve la impresión de que le había visto antes. Repasé el archivo de imágenes de mi memoria enciclopédica, y no tardé en dar con la que había provocado ese *déjà vu*. Se trataba del retrato que el pintor Anton Graff realizó de Heinrich von Kleist poco antes de que el poeta se pegara un tiro en el paladar, a principios del siglo XIX.

Cachos de Pera era un tipo insignificante, igual que von Kleist, aunque la inocencia de su rostro, en especial su mirada de resignación, era algo que atraía a las mujeres como un imán. Esta cualidad siempre

me ha resultado antipática, porque mi figura, dicho a la francesa, es la de un sátiro. Mi cabeza es demasiado grande para mi corpulencia (que no es pequeña), una esfera tan sólida como una bala de artillería del asedio y toma de Constantinopla; mis ojos son pequeños y precisan de lentes, mi boca, abultada, con un bigote negro montado sobre el labio superior. En definitiva, tengo rostro de turco de cuadro barroco. Y a pesar de ello, seduzco. Suelo ser muy bueno en casi todo lo que me propongo.

Cachos de Pera me cayó en gracia.

Se diferenciaba del retrato de von Kleist en el flequillo y en que tampoco tenía esa melenita napoleónica lamida que estuvo de moda durante medio siglo XIX entre los jóvenes románticos. Cachos se peinaba hacia atrás. Aunque si su cara me hizo evocar a von Kleist fue por algo relacionado con el carácter. Aquella primera vez no lo supe, pero cuando le conocí más comprendí que era un hombre sin acabar. Esto, que parece un defecto mayor, le convertía en un varón atractivo para muchas mujeres, esclavas de su instinto maternal. La que le acompañaba a la reunión de profesores de instituto donde le conocí era una rubia de pelo ondulado, sonrisa imperturbable, ojos de felino simpático y cuerpo garrido, que enseguida deseé. Era la Ariadna

ya mencionada.

Yo asistía a la reunión como invitado. Mi crédito en los círculos de la izquierda es casi inagotable. Dicho por mí parece engrimiento, pero la verdad es la verdad, la diga el telediario o el porquero de Agamenón.

Mi calidad de intelectual orgánico me ha hecho pasear por un sinfín de organizaciones políticas, incluidas las afectas al renegado Trotski. En ninguna he naufragado. Soy un superviviente de la izquierda a mis sesenta y pocos años. Y esta solidez moral es el cimiento de mi crédito. Jamás he aceptado sobornos. Jamás me he aprovechado de las circunstancias para enriquecerme. Y aunque sé que pocos me aprecian con afecto auténtico, todos me temen, a mí, a mi dialéctica, a mi visión marchengueliana irreprochable, a mi suave y dúctil dogmatismo.

Observar las actuaciones y movimientos de aquella “Massa Crítica” me había convencido de que se trataba de un intento capaz de agregar en él a lo más activo y ambicioso de la izquierda realmente existente. Uno de sus líderes me había requerido a aquella reunión en Sbaria, advirtiéndome que conocería a un profesor digno de atención. Creo que

me invitó porque confiaba en mi discernimiento y en mi astucia para colocar a aquel desconocido una etiqueta que le identificara con algo. Los académicos llevamos los bolsillos llenos de etiquetas, y a veces damos con hechos o personajes imposibles de etiquetar. Estas incertidumbres son mi fuerte, saco a todo el mundo de dudas.

La impresión que obtuve de Cachos fue buena. Se debatían en la reunión las características sociológicas de la incipiente formación, en términos académicos, aunque al alcance de casi todos. El tipo intervino poco, porque la voz cantante la llevaba el individuo que me había invitado, uno de los elegidos de la “Massa Crítica”.

Era éste un ejemplar típico de líder. Se llamaba Corto Caballero, y procedía de una familia de conspiradores políticos de un barrio popular de Recópolis. De estatura media, llevaba el rostro afeitado, gafas de montura metálica, y acostumbraba a vestir chaleco. Sus ojos orientales evocaban a un personaje de *La condition humaine*, un chino fanático y sin nervio emotivo, aunque su retórica era la de un fingido mártir disfrazado de inocencia.

Era profesor de ciencias sociales en no sé cuántas universidades nacionales y extranjeras, y

hablaba a sus camaradas de comité como si se dirigiera a sus alumnos, con argumentos brillantes como navajas de afeitar y contundentes como golpes de cincel en mármol bruto, nada de palabrería abstrusa, que reservaba para sus oscuros textos académicos. Se esforzó lo sumo en evitar cualquier argumento que pudiera derivar en discusión ideológica. Parecía que no hablaba de política sino de ciencias naturales.

Cachos me contó luego que la retórica del tipo le sedujo, y que a Ariadna, que algo sabía de números, le hizo arrugar la nariz y asentir al mismo tiempo. Pero también extrajo de su letargo al analista durmiente del Servicio de Estudios Sociales Operaciones y Sondeos que Cachos llevaba dentro. Pensó, “en cuanto salga de aquí, me voy como un cohete al despacho de Abulafia”.

No lo hizo, entre otras cosas porque el despacho de Abulafia estaba a 350 kilómetros, en Recópolis. En cambio acompañó a su casa a la nueva profesora de Matemáticas, de la que se había hecho acompañar para lucimiento y cortejo. Cenaron juntos y se metió en la cama con ella. Antes de hacerlo le pidió permiso para usar el teléfono. Llamó a una residencia de ancianos de Recópolis, la capital, donde su madre estaba internada. Le habían avisado

de que padecía una neumonía, y quería saber la evolución. Le dieron noticias alarmantes. Le aconsejaban que se presentara cuanto antes. Decidió que al despuntar el día siguiente se pondría de viaje. La pasión y la lascivia de Ariadna eran arrolladoras, y Cachos se dejó llevar por ellas, olvidando sus preocupaciones como hijo y como político en ciernes.

Lo primero que vino a su mente al despertarse fueron sus compromisos. Ariadna se había levantado y preparaba el desayuno. El reloj de pulsera que había dejado en la mesilla de noche marcaba las diez menos diez.

Cachos tuvo un sobresalto. ¿Y el viaje a Recópolis? ¿Y la salud de su madre? Además, Ariadna debía de haberse presentado ante sus alumnos de Matemáticas a las nueve, y la oía trasteando en la cocina.

—Pero, ¿qué haces aquí? —le soltó Cachos asomándose, la mitad de su cuerpo oculto tras una de las jambas de la puerta, afectado de un pudor difícil de explicar.

—El desayuno —respondió Ariadna en un tono que a Cachos le produjo escalofríos, porque era el de un ama de casa habituada a las rutinas de una

larga convivencia.

—¿Y la clase?

—Qué clase. Hoy es sábado.

Cachos no podía admitir que una profesora de matemáticas confundiera un sábado, séptima feria, con un jueves, quinta feria. Además, Ariadna mostraba un relajo muy fin de semana. Así que el errado debía de ser él. ¡Cómo era eso posible!

Se movió y descubrió que no iba desnudo como se había dormido tras la gimnasia erótica, sino con un pijama que veía por primera vez. Se acercó a una mesilla de patas elevadas donde descansaba el teléfono, y advirtió de nuevo a Ariadna que iba a usarlo, como se supone que deben hacer los huéspedes bien nacidos. No escuchó el permiso verbal de la joven, pero dio por sentado que una especie de gruñido se lo otorgaba.

Buscó su agenda, que solía llevar en un bolsillo interior de la chaqueta. Pero no había ninguna chaqueta ni en el salón ni en el dormitorio.

—¿Sabes dónde está mi chaqueta?

—En el armario —respondió la mujer desde la

cocina.

¿En el armario? ¿En el armario de la alcoba?

Efectivamente, estaba en el armario, junto a un par de trajes, varios pantalones y unas diez o doce camisas. Y los cajones de la parte de abajo estaban llenos de ropa interior, suya a todas luces.

¿Qué está pasando aquí?

Cachos estuvo a punto de dejar para otro rato la llamada a la residencia de ancianos de Recópolis, ante la magnitud de las sorpresas que se le echaban encima. Pero vio la agenda en una de las estanterías del comedor, ocupada por libros que reconocía como suyos. Aplazó su necesidad de salir de aquel marasmo, y marcó el número de la residencia.

—¿Quién dice que es usted? —inquirió la voz circunspecta de una mujer cuando Cachos preguntó por la salud de su madre.

—Cachos de Pera, el hijo de Verónica Pérez.

—Caballero, no tiene usted derecho a hacer burla de este centro.

—¿Burlarme? Perdóneme usted, señorita. Lo único que quiero saber es el estado de salud de mi



madre. ¿Por qué cree usted que me estoy burlando?

—Porque doña Verónica Pérez no está en esta residencia.

—Pero... pero... —Cachos dio el nombre y la dirección de la institución, por si había marcado un número equivocado.

—Caballero, quien quiera que sea usted, le digo que Verónica Pérez no está aquí. Murió hace tres meses. Y su propio hijo asistió a sus exequias.

—¡Eso es imposible! ¡Yo soy Cachos de Pera, el hijo de Verónica! ¡Yo no he estado en ningún entierro!

Estaba elevando la voz, y Ariadna se asomó al comedor, sin que él se diera cuenta.

—Discúlpeme, señor. Estamos muy ocupados en este centro, y no podemos perder el tiempo en rompecabezas. Si es usted el señor Cachos, le aconsejo que visite a un psiquiatra —y colgó.

Cachos perdió su contención, y gritó al auricular, aún sabiendo que lo hacía en vano.

—¡No pueden ustedes hacerme esto! ¡Soy el capitán Cachos de Pera! — y colgó.

—Temía que acabaría ocurriendo —le dijo en un susurro Ariadna, acercándose por la espalda—. Cachito, estamos a 20 de marzo. Date una ducha, y hablamos. Y me vas a contar eso de que eres capitán de...

—De artillería. Bueno, de Estado Mayor —musitó Cachito, sumido en la confusión.

Ariadna descolgó el teléfono y marcó un número, el mío.

—¿Metodio? Soy Ariadna. Es preciso que vengas lo más rápido posible a Sbaria. Cachos no ha soportado la presión, y le ha dado un *breakdown*. Tenemos que hacer algo para que todo el esfuerzo de estos meses no se nos vaya por el sumidero.

Cogí el tren de mediodía y al anochecer estaba en Sbaria.

### *Surmenage*

Sumido en un estado de ánimo próximo a la desesperación, Cachos de Pera se metió bajo la ducha antes de que el agua caliente llegara a la alcachofa. Pero no se apartó. Le vino a la cabeza la sensación del aseo matutino en la academia militar, cuando la vida era ordenada y sencilla.

¿Por qué había exclamado que era capitán? ¿Qué inseguridad, qué despecho le había desbordado? Ahora que su oculta identidad había sido revelada, ¿qué actitud debía de tomar?

La noche anterior, o hacía noventa noches, había previsto visitar al comandante Abulafia en su despacho de Recópolis tan pronto saliera de la residencia que albergaba a su madre.

¿Noventa noches? ¡Absurdo! Pero, ¿y si era verdad? ¿Y si el *surmenage* había borrado de su memoria la pasada Navidad, enero, febrero y veinte días de marzo? ¿Qué es lo que había hecho en ese largo lapso? Lapso perdido como unas llaves que se caen detrás de un mueble imposible de mover.

El agua que salía de la alcachofa empezó a abrasarle, y la reguló hasta que se volvió tibia. Levantó la cabeza para recibir el chorro en la cara. Se frotó el rostro con las manos y notó en él una singularidad inconcebible. ¡Tenía barba! Cachos odiaba las barbas, porque la suya le salía como matorrales cheguevarianos. Era una barba rala y pequeña, un barbecho.

Pero el descubrimiento estupendo sucedió a continuación: Tenía el pelo largo, de hecho una coleta atada con una cinta colorada, algo que vio en

el espejo al saltar furioso de la ducha.

Se la habría cortado de un tajo, y afeitado la barba inmediatamente. Pero una ráfaga de serenidad le atravesó, y Cachos se agarró a ella como a un clavo ardiendo. Todo lo que hubiera sucedido en los tres últimos meses tenía una causa y un propósito. Se secó, se puso la bata que colgaba de una percha, y se enfrentó a Ariadna y a los hechos. Antes de que ella dijera nada, Cachos murmuró:

—Así que la mujer casada se acuesta regularmente con un amante.

—No eres mi amante, Cachos. Eres mi segundo marido.

Y soltó una risa cantarina que quizá significara que le estaba embromando. ¿O acaso era un reproche?

Ariadna tenía un libro entre las manos. Se lo tendió a Cachos. Su título era “La tiranía de la variedad”, y los autores él y Ariadna. En la portada una cara con expresión de sarcasmo devoraba bienes de consumo despedazados y virutas de papel procedentes de textos clásicos del marchenguelismo.

Esto es lo que había pasado, según relató Ariadna, con interrupciones espasmódicas del hombre con coleta:

El partido se había constituido, “Massa Crítica”, y Cachos formaba parte de la *troika* dirigente. La expansión de “Massa Crítica” fue fulgurante. Cachos y sus dos compañeros, Corto Caballero, el profesor con cara de chino despiadado, y Demetria Stzakos, una mujer con aspecto de labradora, hija de un griego y una veetónica, dirigían con soltura una afiliación a la que no se exigía ningún compromiso militante.

El lema que había enganchado a la multitud era “Massa Crítica *versus* Casta Crónica”, aludiendo al ejército de políticos remunerados por las arcas públicas o por intereses espurios. La etiqueta “Intereses espurios” colgaba como collares de plomo del pescuezo de miles de políticos, que intentaban arrancárselos con desesperación ante las cámaras y en los mítines. La sangre fría y la retórica de Cachos de Pera, Corto Caballero y Demetria Stzakos en estudios de televisión y en asambleas eran imbatibles.

La caverna mediática intentaba sacar del armario trapos sucios del triunvirato. Cada vez que lo ponía en práctica, la popularidad de los atacados se doblaba, porque las acusaciones dejaban en ridículo a los inquisidores.

El triunvirato era una fortaleza capaz de resistir cualquier asedio. Pero tenía un punto débil. Corto no soportaba a Demetria. Demetria no soportaba a Corto. Y ninguno de los dos soportaba a Cachos. Era algo que se traslucía, y que la caverna mediática explotaba sin cesar. Pero la táctica se volvía también contra los conservadores y la casta, porque el triunvirato se abrazaba y se besaba en público como un *ménage à trois* santificado por una inocencia de elegidos, con discursos sobre el amor, la alegría y la paz, una mezcla de hippismo jacobino y erotismo cátaro.

Se trataba de una estrategia creada por Ariadna, basada, afirmó dejando a Cachos sin aliento, en la gravedad cuántica, la *Loop Quantum Gravity*. La LQG era una hipótesis que intentaba complementar la teoría general de la relatividad de Einstein.

La explicación que me dio Ariadna es, más o menos, que el espacio-tiempo, considerado por Einstein como una unidad geométrica que puede fraccionarse indefinidamente, tiene otra forma de observarse. Es una estructura discreta, es decir, una magnitud partida, compuesta de pequeñas unidades que, propiedad clave, no pueden subdividirse. Según Ariadna el espacio-tiempo es una creación de esta

estructura cuántica, trocitos indivisibles juntos, no un receptáculo de partículas caprichosas. Me limito a resumir sus explicaciones que, confieso, no entiendo muy bien.

Ella sostenía que la LQG era un intento de unificar la relatividad general y la física cuántica, que desde que nacieron andan regañadas, cuando se produjo una de las interrupciones de Cachos, que protestaba por lo que entendía como una tomadura de pelo. Ariadna le atajó.

—Somos científicos, Cachito. Esto es muy serio. El universo se construye sobre columnas matemáticas. Lo hemos discutido cientos de veces. Cuando recuperes tu memoria, recordarás las broncas que hemos tenido con el *Chino* y con la *Estacazos*. Son de letras. Aborrecen las mates. Les tenemos cogidos por los números.

A Corto le conocían por *Chino* en los círculos massacríticos, y a la griega por *Estacazos*, una metátesis de su apellido y una referencia a su despiadada oratoria.

Cachos no tuvo otro remedio que comulgar. La alternativa era perder el juicio.

Por fin, la mujer antiguamente descalza

resumió la última parte de la información que Cachos creía desconocer: el papel del ínclito Metodio Mazón, un servidor. Si Ariadna era el cimiento matemático de Massa Crítica, Metodio era el cimiento ideológico.

Tomo la palabra, porque nadie mejor que yo puede hablar de mí mismo.

No en vano mis enemigos y mis amigos ponen delante de mi nombre “Ínclito” en lugar de “Don” o “Señor”. Me he formado con las lumbreras del marchenguelismo moderno. Conozco de primera mano la práctica bolchevique. He participado en sesudas discusiones de la Academia de Marchenguelismo de la URSS, y he estudiado y vivido en la República Democrática Alemana, donde se dice que traté a Bertold Brecht, algo que yo no me ocupo en desmentir o confirmar, porque las fechas no casan, pero el rumor me beneficia.

Soy secretario general perpetuo de la Asociación de Progresionales de las Artes, y catedrático de Psicología Social en la universidad de Recópolis. Mi nombre suena y pesa en casi todos los ámbitos, sobre todo en los conservadores, porque me muevo en ellos como un mago Merlín, amenazando a todos con mi varita mágica capaz de fulminar



cualquier cosa, y recibo parabienes, subvenciones y apoyos financieros a mis empresas en beneficio del pueblo. Pero jamás recibo instrucciones u órdenes. Jamás he ido de cacería a sus fincas dignas de expropiación, aunque me han invitado. Jamás he aceptado regalos suntuarios. Ellos lo saben. También lo saben los agitadores y los próceres de la variada izquierda de Veetónica. Y me temen igual; es decir, me respetan igual. Soy una anguila que se escabulle entre las manos de quienes intentan atraparla. Pero una anguila del tamaño de una anaconda.

Observo, analizo y saco conclusiones.

Una de ellas fue que la socialdemocracia estaba liquidada, y que sus votos menguaban como un charco en medio del desierto. A la vez, la izquierda marchengueliana se perdía en el laberinto comunista, y cada vez que creía encontrar la salida se encontraba ante el abismo. Un laberinto es un lugar vedado para la multitud. Y la multitud es el requisito de toda acción política. Yo esperaba que en algún momento se derrumbaría la torre de marfil que habitábamos en el centro de ese laberinto los marchenguelianos de todos los pelajes. Me propuse salir de él antes de que me pillara debajo, pero no encontraba a mi alrededor más de barrancos. El pueblo se arremolinaba al otro lado del foso que nos

protegia de las invasiones bárbaras.

Hasta que la gente empezó a moverse a espasmos, y vinieron las ocupaciones de plazas, las manifestaciones espontáneas, las caminatas de indignados... No sé cómo encontré fuerza para saltar sobre el foso.

Me di cuenta de que el estereotipo no siempre lo es, sino que revela verdad. El futuro es de los jóvenes. Los jóvenes no querían saber nada de etiquetas ideológicas, las mismas que la vieja guardia conserva con celo en la caja fuerte de nuestra torre de marfil. Visité alguna de las concentraciones y sus emotivas asambleas, en las que tipos iluminados pronunciaban discursos incoherentes. Seleccioné a los que me parecían más capaces, y les insté a que formaran una estructura política. Algunos me estudiaban con recelo, “el viejo bolchevique”. Pero yo no participaba, solo les orientaba. Todos los pasos que han dado son suyos, la dirección, el camino, es lo que yo inculco.

Esto cuesta una fortuna. Entonces me di cuenta de que a los jóvenes indignados no les causaba pudor algo que los viejos bolcheviques realizábamos en secreto, porque parecía una vergüenza y una traición a nuestras convicciones científicas. En todas partes

hay tipos dispuestos a financiar lo que desestabiliza a sus rivales. Los jóvenes no tenían contactos, pero yo sí.

Así fue como me convertí en algo imprescindible para ellos.

La aparición de Cachos de Pera y de Ariadna Galvão coincidió con el arranque de la carrera de “Massa Crítica”. Encontré en ambos una afinidad que no tenía con los demás dirigentes. No tardé en colocar a Cachos en la cúpula. Me abstuve de hacer lo propio con Ariadna, porque no vi en ella ambición o pasión de líder, y porque ya estaba Demetria Stzakos dispuesta a ocupar ella solita la cuota femenina.

La lucidez científica de Ariadna tuvo un efecto vertiginoso en el movimiento. La incité a escribir una especie de catecismo massacrítico. Cachos, mejor retórico que ella, la ayudó. Fue un éxito primero editorial, luego político. Algo parecido a un *Big Bang* ideológico.

Ariadna y Cachos no vivían juntos, pero con frecuencia dormían juntos. Ariadna era voraz en lo erótico, y Cachos encontró en ella la mujer que siempre le hizo falta. Fue ella la que le incitó a dejarse barba y coleta. A mí aquello me resultaba

ridículo, pero el efecto fue fulminante, para mi sorpresa.

Entre enero y marzo de aquel año se formalizó el partido, sus dirigentes recorrieron Veetónica de arriba a abajo con la buena nueva, eran solicitados en los estudios de televisión (gracias a mis contactos con sus directivos) por periodistas engallados que daban saltitos y agitaban los brazos como aves de presa encadenadas de un pie. Publicaban artículos, eran entrevistados en los medios impresos y en las radios. Afianzaban la urdimbre del novísimo partido. Consolidaban su liderazgo. Arraigaban en las masas al triunvirato. Conseguido lo cual contrajeron matrimonio civil.

Estas novedades le contaba Ariadna a Cachos, mientras yo estaba de viaje.

Cuando llegué a su casa en un taxi, me salió al paso un individuo, me saludó y me pidió que le acompañara a un auto. No había violencia en sus ademanes, y le seguí con curiosidad.

Se abrió una de las puertas traseras del vehículo, que era de color oscuro y de interior espacioso, y asomó un tipo casi de mi generación, melenita anticuada, nariz aquilina y mirada plácida pero inquisitiva. Estaba delgado como un tísico.

Fumaba un pitillo perfumado. Me invitó a entrar en el coche con una sonrisa.

—Soy el coronel Abulafia, superior del capitán Cachos de Pera. Estoy al corriente de lo que le ha sucedido. No le voy a pedir a usted que colabore con el S.I.R.V. porque no deseo ponerle en un compromiso y porque además no hace ninguna falta. Pero sí me gustaría hablar con usted cuando haya arreglado el asunto de Cachos. Para su información le comunico que el Servicio de Inteligencia del Reino de Veetónica, S.I.R.V., es lo mismo que el Servicio de Estudios Sociales Operaciones y Sondeos, S.E.S.O.S.

Me tendió una tarjeta en la que no figuraba ninguna sigla, sino el nombre de una empresa de comunicación debajo de “Doctor Abulafia”.

—¿Va a esperar aquí abajo a que salga? — pregunté con toda la cortesía que pude reunir, conteniendo la irritación que me había producido la sorpresa. Un hombre como yo debía estar al corriente de todo.

El tipo se rió un poco.

—No, confío en que usted me visite en mi oficina de Recópolis. Me he querido presentar

personalmente para avisarle a usted de que el Estado tiene interés en sus metódicos y encomiables esfuerzos. Cachos no trabaja para nosotros, pero nos tiene informados. Tampoco recibe instrucciones u órdenes de nadie ajeno a “Massa Crítica”. No es un agente doble. Es solo un capitán del Estado Mayor en excedencia.

—¿Le parece bien la semana que viene?

—Perfecto. Muchas gracias, señor Mazón — confirmó tendiéndome la mano.

Entré en la vivienda de Cachos y Ariadna en el momento en que ella le pedía cuentas de su graduación militar.

El capitán y profesor la miraba desconcertado, porque en ese momento era incapaz de asimilar al tipo con barbita de matorral Che Guevara y coleta en que se había convertido. Pero no parecía amilanado, sino receloso, como si hubiera sido cogido en una trampa, como si pensara que Ariadna y yo mismo fuéramos sicarios del S.I.R.V. que le estuvieran poniendo a prueba.

Saqué mi pipa y mi paquete de picadura selecta, llené la cazoleta, y antes de encenderla, la utilicé como puntero hacia Ariadna. Ella abrió los

ojos con reprobación.

—Este asunto no podemos resolverlo con Cachos hasta que no recupere la memoria —dije—. A mí no me resulta nuevo. Hoy mismo me lo ha confirmado una fuente del gobierno. Aunque me ha asegurado que Cachos no es un espía. Está de excedencia. Creo que incluso temen que sea un traidor al S.I.R.V. Ya lo veremos en su momento—. Hice una pausa como si fuera a encender la pipa, y Ariadna volvió a fulminarme con la mirada—. Pero sí tengo serias dudas sobre Ariadna Galvão. No hay ni rastro de ella en los archivos del reino, anterior a diciembre pasado. ¿Quién eres tú, Ariadna?

La mujer no se conmovió lo más mínimo. Miró mi ademán de encender la pipa y señaló el balcón con la barbilla sonriendo. Parecía le mujer más inocente y más encantadora de Veetónica.

—Cuando llegue el momento, hablaré. Cuando nuestro espía recupere su memoria...

Salí al balcón y me puse a fumar mirando la calle, que se extendía solitaria siete pisos más abajo.

## **Capítulo Tercero**

*(Severo Ramires, de Mundo Ybaria)*



## Una historia melodramática

Vivo en el mayorazgo que ha sido propiedad de mi ilustre familia, los Ramires, desde hace un siglo, cuando mi abuelo pasó de peón a millonario en cosa de semanas. Esto es algo que da para una novela, así que prefiero dejarlo aquí.

Una nación sana está constituida por una multitud subordinada y una elite directora. Las elites de Ybaria han estado casi siempre a la altura de las circunstancias. Las buenas elites son las que se renuevan y extraen el material humano fuera de ellas, de la muchedumbre que obedece. Mi abuelo, João Afonso Ramires, el peón fue uno de esos aciertos.

Mi casa, *A Toca da Raposa*, es un pazo hecho con sólidos sillares de piedra berroqueña, la roca que constituye el solar de la vertiente occidental de Estepária. El caserío domina un paisaje interminable de encinas y dehesas, construido en la cima de una colina umbrosa. Tiene una sola planta sobre una cámara que lo aísla del suelo, y en ella se encuentran las comodidades que necesita un clan: cocina, despensa, habitaciones de uso diario y dormitorios, todo en espacios amplios y amueblados con austeridad pero con los mejores materiales. Detrás del caserío, en un patio como de villa romana, se

halla mi huerto, que atiendo en mis ratos de ocio, y cultiva un empleado mío que vive en la aldea neorural, siempre según las misteriosas determinaciones de la biodinámica prescrita por Steiner.

Me encontraba yo de atardecida en el huerto cortando una lechuga Sympson, para hacerme una ensalada con unos tomates de variedad local criada en la aldea; ya tenía en un banasto, cuando se acercó mi mayordomo con un aviso. El general García me esperaba en la biblioteca. Había imaginado que vendría por la mañana, no a aquella hora.

Esta visita no me iba a privar de mi cena frugal, y pedí al mayordomo que condujera al general a la cocina.

Mientras llegaba García, me puse a lavar lechuga y tomates, imaginando que el jefe de la inteligencia de Ybaria estaría de un humor de perros después de los destrozos de mi sobrino a la propiedad del Estado, y de nuestra huida al parecer indetectada.

Desde luego, no era una sonrisa lo que iluminaba su rostro puntiagudo de roedor, con una mata de pelo blanquecino como parche de césped agostado en lo alto de la cabeza. El general García

era bajito y delgado. De lejos y en uniforme, parecía un niño disfrazado de militar. Ahora vestía de civil, un traje gris de buena factura. Las pocas veces que le había visto me pareció un hombre preocupado por parecer elegante. También era cortés, y hasta nuestro encuentro en el aeropuerto de París se había mostrado simpático conmigo. Le tendí una mano todavía húmeda.

No me habría sorprendido que hubiera ignorado mi saludo, pero siguió siendo cortés, aunque sin asomo de cordialidad.

—¿Qué ha sacado usted en claro de la conversación secreta? —lanzó al soltar mi mano.

Estuve a punto de dar o pedir explicaciones sobre el marcaje de Onésimo y nuestra escapada. No valía la pena: hacerlo habría convertido aquella conversación en una sarta de reproches.

—Si he de serle sincero, nada. Más bien una oscuridad impenetrable. Es lo que tienen los secretos.

—Explíquese mejor, si es tan amable —había fastidio en su entonación.

Empecé a trocear la lechuga y luego hice lo mismo con un tomate del tamaño de un meloncito.

Estar en mi casa me daba seguridad y el derecho a fijar la oportunidad de la conversación.

—Esto va a ser muy largo. Si no ha cenado usted, le propongo que me acompañe. Esta ensalada, además de ecológica, es sabrosa como pocas. Condimentada con mi aceite y regada con vino de mi bodega. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. No le ponga mucho vinagre, por favor.

Corté unas lonchas de jamón de un cerdo que había crecido en la aldea rodeado de cuidados y afecto, otras rajadas de chorizo ajeno a mi propiedad, pero garantizado, saqué de la fresquera medio queso manchego curado, y fui colocando todo en la mesa en torno a la ensalada, junto a un plato con croquetas de gallina de corral que había preparado mi cocinera esa mañana, y unos mejillones traídos de la mejor conservera de Lusitania.

Fui explicando a García el origen de las vituallas para destensar la atmósfera. Esperé a que diera él el primer bocado para iniciar mi informe.

Hice un resumen, luego entré en algunos detalles en respuesta a sus preguntas precisas y judiciales, y rematé con un “No sé lo que le habrá

pasado a mi sobrino, pero entiendo que no está bien”.

—¿Qué cree usted que habrá hecho con mi hija?

—Le soy sincero. No tengo ni idea. Quizá ella ha decidido dejarle y se ha escondido.

—Me lo habría dicho. La historia de la pared que absorbe cosas y personas, aunque usted la haya tocado como Santo Tomás, me parece absurda. Tiene que haber un truco.

—¿Por qué está usted tan seguro de que Onésimo le “ha hecho algo” a su mujer?

—Intuición.

—General, permítame que objete que me parece un argumento pobre.

—Lo sé, y más viniendo de un alto funcionario del Estado. Pero es la verdad.

—¿Tenían problemas en el matrimonio?

—Si usted no tiene información sobre ese asunto, yo tampoco.

—Tensiones debía de haber. He conocido poco

a Ariadna, pero me ha parecido una mujer decidida, directa.

—La indecisión le molesta. Siempre ha sido así, no es un efecto de su profesión como matemática. Su madre era parecida.

—¿Falleció?

—En un ridículo acto de combate.

Se quedó callado. Había excitado mi curiosidad, pero me pareció una falta de respeto preguntar nada más.

—En África. Ariadna era una niña y vivía en Sydney con su padre, un lusitano profesor de Física Cuántica en la Universidad Macquarie.

De hombre curioso pasé a ser hombre perplejo. Pero mantuve el silencio respetuoso.

—Fue un extraño acto de combate, ridículo, sí. Petra viajaba en cabeza de una columna de vehículos acorazados a las afueras de Buyumbura, la capital de Burundi, por la orilla del lago Tanganika. De pronto saltaron al camino un grupo de niños. El conductor del M-113 desvió el vehículo de golpe y Petra se desnucó al golpearse con el cañón de la

ametralladora.

Calló García, acaso emocionado por el recuerdo. Me vi obligado a intervenir.

—¿Estaba usted allí?

—Acababa de marcharme —no parecía dispuesto a seguir dando detalles, pero yo no había renunciado a conocer aquella tragicómica historia.

—Ella, Petra, ¿era militar, claro?

—Teniente de artillería.

—Y la niña, esto... Ariadna, estaba en Sydney con, ejem..., su padre...

—Petra y yo no estábamos casados. Su marido era el profesor lusitano. Pero pasaban muy poco tiempo juntos. Entre las cosas de la teniente Galvão, Leverkusen de soltera, encontraron una carta dirigida a mí, para entregar “en caso de accidente fatal”. En ella me decía que tenía la sospecha de que Ariadna era hija mía, no del lusitano.

La única forma de salir de dudas era una prueba de ADN. García estuvo pensando durante unos meses qué hacer. Si la prueba le atribuía la paternidad a él, la niña podría sufrir un disgusto

imborrable cuando se la separara de su padre putativo. Pero antes estaba convencer al lusitano de hacer la prueba. García no sabía casi nada de él, y la imaginación le había hecho forjar una personalidad excéntrica, acaso violenta, quizá por resentimiento de que Petra Leverkus hubiera mantenido su intermitente matrimonio en lugar de divorciarse y unirse a otro militar. Su razonamiento era que si estar casada con un sabio ya era complicado, unirse a un comandante podría ser catastrófico. Todo esto eran elucubraciones del soldado.

El entonces comandante García acababa de entrar a formar parte del organigrama directivo de O.D.R.E., y pensó en utilizar al servicio diplomático de Ybaria en Canberra para que hiciera averiguaciones sobre Carlos Galvão, pero desechó la idea por unas posibles consecuencias que imaginaba molestas.

Entonces sucedió algo imprevisto. En un informe rutinario solicitado por un servicio ajeno a García apareció la noticia de que el profesor Galvão, ciudadano objeto de interés estratégico de los servicios de inteligencia de Ybaria, se trasladaba a Olisipo. Al parecer le habían ofrecido un puesto en la universidad central de la república federada de Lusitania y la dirección de un laboratorio de



investigación. En el informe se advertía que había indicios de que aquello era una cortina de humo, y que el viudo estaría en Olisipo de paso. Hacia dónde, no estaba claro. Quizá el imperio norteamericano. Quizá el imperio ruso. Aunque el currículo del profesor, esculpido en Alemania, hacía sospechar del Max-Planck-Institut für Kernphysik en Heidelberg. ¿Por qué la parada en Olisipo? ¿Una maniobra de despiste? ¿Una flaqueza patriótico-familiar, pasar por casa antes de emprender una nueva etapa?

Petra Leverkus se había criado en Australia, nacida, como sus padres, en Dresde, Alemania. No parecía que Galvão se propusiera reintegrar a su supuesta hija a un hogar familiar ya desarraigado y acaso inexistente. Esto dejó de ser una duda cuando se supo que Galvão tramitaba el internamiento de su hija en un colegio de la elite olisipeta.

García decidió actuar. Cuando Galvão llegó a Ybaria le fue a visitar al hotel de Compluto.

No fue el único visitante. Estaba la familia del profesor, que se iba a hacer cargo de Ariadna. Eran dos mujeres, la hermana de Carlos Galvão y una cuñada de ésta. A García no le hicieron pizca de gracia. Parecían dos señoras de luto extraídas de una novela de Eça de Queirós. No obstante, le sirvieron

para quitar a la niña de en medio mientras él conferenciaba con el profesor.

Era Galvão un tipo de chiste. Poco más alto que García, algo cargado de espaldas, de torso estrecho, y rostro de hormiga barbuda, con muy poco pelo negro en un craneo lleno de protuberancias. En los rasgos de Ariadna no había nada de su posible padre, por fortuna. Era de un rubio trigueño, con tirabuzones, como su madre, más chata que Petra, con ojos azules. Tenía más facciones de aldeana sajona que de chiquilla ybárica, si era hija de García. El militar no tuvo tiempo de observarla con atención, y no se atrevía a extraer conclusiones sin fundamento.

Enseñó al físico la carta de Petra a su amante. La reacción de Galvão fue una sorpresa para el militar, que se había presentado en el hotel de uniforme para causar impresión en caso de una salida de tono del profesor.

Galvão consentía en hacerse una prueba de ADN, y también en entregarle a Ariadna si resultaba ser que el militar era su padre. Parecía tan desinteresado que se diría que deseaba quitarse de encima a la chiquilla.

Los análisis se hicieron con discreción hacia la

familia de Galvão, y sin decir nada a Ariadna de por qué se efectuaban, aunque la niña, de casi diez años, no tenía dudas sobre lo que era una prueba de ADN.

Fue el caso que el padre de Ariadna resultó ser García. La salida de Ariadna de la familia Galvão y su entrada en la familia García careció de escándalo o de dramatismo. La nueva relación padre-hija fue afectuosa, de una limpieza y una rectitud de libro de autoayuda para padres inesperados.

Tanta fluidez modélica me resultaba sospechosa. Me había acostumbrado a esperar cualquier cosa de aquel hombre bajito y singular. El día anterior, durante el viaje de París a Compluto y luego de Compluto a Cecabastos, el general García, director de O.D.R.E. me había parecido un fanático, un obseso. Ahora resultaba un padre ejemplar, ajeno al melodramatismo, casi lo contrario.

Nos dieron las tantas en esta conversación, más bien monólogo del suegro de mi sobrino. Yo le escuchaba con la atención que se dedica a la lectura de una revista intrascendente en la consulta de médico: desapego, indiferencia y distanciamiento, mucho distanciamiento.

Pero, a medida que el hombre desgranaba la sinuosa historia de Ariadna, me preguntaba con más

insistencia por qué me estaba contando aquello. ¿Estaba aquel alto cargo público en sus cabales? ¿Por qué me había escogido a mí para hacer semejantes confesiones? Y en fin, ¿por qué Ariadna Galvão había conservado el apellido de su padre putativo?

### **Intuiciones y sospechas**

El general García, además de hablar, comió. Su parte de ensalada, sus buenas lonchas de jamón, sus tacos de queso, su embutido, sus mejillones, sus croquetitas y su pan de pueblo cocido en mi horno. Y bebió cuanto le cupo de un tinto excelente que sacamos de la bodega, a la que le pedí que me acompañara para impresionarle, pues era un tesoro de caldos y fiambres locales. De vez en cuando hacía una pausa en su relato y preciaba la exquisitez de lo que trasegaba.

—Sabe usted que “exquisito” en lusitano significa “raro”, ¿verdad? —le dije, solo por intervenir en el monólogo.

—Sí. Y lo que hay en esta mesa es exquisito en ybárico y en lusitano. No es común tanta calidad. Le felicito.

Después de esta salida a la superficie, volvió a sumergirse en su pasado.

Poco a poco llegaba al final de su cuento, si bien las muestras las percibía yo en la fatiga de su entonación, porque no se veía cuándo iba a poner fin a aquella retahíla de intimidades. Entonces se apoderó de mí una urgencia que tuve que contener, pero que salió de mi boca a pesar de mis esfuerzos, a la primera oportunidad de expresarme.

—Permítame una pregunta, general —esperé su asentimiento—. ¿Por qué me está contando usted todo esto? Créame que me interesa, y que narra usted con una precisión militar envidiable. Pero, ¿qué soy yo para usted en este instante? Supongo que algo más que un confidente... Y, puestos a aprovechar este turno de preguntas, ¿por qué su hija no cambió su apellido, de Galvão a García? Ya que ha confiado en mí, hágame la merced de sacarme de estas dudas.

El general, que estaba sentado en un taburete, alargó el brazo hasta la botella de tinto, se sirvió en su copa, bebió de un golpe, chascó la lengua, y lanzó un suspiro que tenía tanto de teatral como de auténtico.

—Le he contado esta historia porque usted tiene un vínculo emocional con su sobrino, y quiero que se ponga en mi lugar de padre que ama a su hija, una hija de verdad, no una adoptada, como se conoce en público. Yo no hice ningún intento de cambiar el apellido de Ariadna, y ella tampoco. Reglamentos y

costumbres militares.

Era cierto. Había olvidado que Ariadna aparecía como hija adoptiva del general. Debió de ser un olvido interesado para abrirme paso en aquel berenjenal doméstico. Mi intuitiva torpeza podía ser un instrumento para hacer ver al general que no estaba hablando con una pared, cosa que en algún instante pareció, a juzgar por su mirada fija en una barra que atravesaba horizontalmente uno de los tabiques de la cocina, con un batallón de espátulas, espumaderas, cazos, cucharones y otros utensilios colgados de ella en perfecta formación.

—No tiene por qué contestarme, general. Era una pregunta retórica, aunque no lo pareciera. Discúlpeme.

—Está usted en su casa, amigo Protos. Tiene derecho a pedir explicaciones a sus huéspedes inoportunos... —Se sirvió otra copa de vino, pero esta vez la paladeó—. Verá... supongo que se habrá hecho de mí la imagen de un militar extravagante. Debe de ser cierta. En mi vida hay cantidad de extravagancias. Soy el jefe de los espías de mi patria, no puede esperarse otra cosa de mí. Está en el papel. Ian Fleming y todos sus secuaces tenían parte de razón —al concluir estas palabras me dirigió una

mirada amable—. Ahora voy a decirle algo que le sonará estrafalario, puede que inaceptable. Pero debo hacerlo. Tengo la sospecha, la corazonada... la convicción, de que no recuperaré nunca a Ariadna.

Sus ojos se clavaron en los míos. Había en ellos desolación. Tuve que dejar pasar casi un minuto para estar en condiciones de reaccionar. Lo que hice fue inclinarme hacia él desde el otro lado de la alta mesa de cocina, con una expresión de perplejidad bastante espontánea.

—No sé cómo. Ni cuándo, ni donde. Ni siquiera sé si ha sido asesinada, ha sufrido un accidente o se ha suicidado.

—¡Suicidado! —se me escapó. Retrocedí y me quedé rígido.

—No había razón para ello. Es una posibilidad. Onésimo y ella se llevaban mal, creo que fatal. Yo esperaba que se separaran...

—Entonces es natural su desaparición. Se ha marchado —dije con alivio.

—¿Sin avisar? No es la forma de ser de Ariadna.

—Sus sospechas incluyen a mi sobrino, ¿verdad?

—Creo que él ha intervenido, sí. ¡A qué viene si no eso de que se la ha tragado un agujero negro!

Imaginé a Onésimo y a Ariadna disputando en el túnel fosforescente. Él dando un empujón a su mujer hacia el incierto lugar que absorbía cosas, y luego empujando hacia la nada el trozo de su cuerpo que sobresalía de la pared. Era algo tan absurdo que me podía permitir figurármelo como si evocara una película de miedo y suspense.

—Debemos averiguar qué ha pasado.

—Le agradezco su disposición. Voy a retirar la vigilancia que hay hacia Onésimo. Me gustaría hablar con él como suegro, no como funcionario de seguridad. Dentro de unos días. Cuando usted le haya sondeado más. ¿Me hará ese favor?

—Por supuesto. Cuente conmigo.

Me puse a trabajar de inmediato. La verdad es que acorralé a Onésimo.

El laboratorio había recuperado cierta normalidad, si bien a un ritmo pausado, más de labrador que rotura, siembra y cosecha, que de investigador impaciente. Así eran los carolunios, que fueron despedidos, investigadores impacientes. El



científico contrató a jóvenes becarios, me pareció, de su departamento en la Universidad de Esteparía.

Los rumores sobre la bolsa de petróleo bajo Cecabastos fueron amortiguándose, aunque ni Onésimo ni nadie se molestó en desmentirlos. Parecía que nada excepcional había ocurrido en la vieja mina transformada en centro de investigación nuclear. Aunque bajo esa apariencia de serenidad, había un tumulto de asechanzas.

Los capitalistas carolunios habían empezado a socavar la fama de Onésimo Bravo Ramires. Anunciaron que querían retirarse del proyecto de investigación, excusándose en el fiasco del petróleo. “¿Qué fiasco?”, contraatacó Onésimo en un artículo publicado en la prensa de Cecabastos y de Compluto.

Ni siquiera los más capacitados espías de O.D.R.E. fueron capaces de anticipar que este rifirrafe intrascendente se convirtió en el disparo de salida de una carrera de la elite carolunia hacia la secesión. Visto en perspectiva, resulta incomprensible que nadie reparara en la gravedad de lo que iba a suceder. Solo el general García tenía razón, y yo le tenía por loco.

De pronto, tres especuladores estepários se comprometieron a subvenir las necesidades del

complejo nuclear. Eran tres de la docena de los que se fueron de fiesta priápica a París. No me costó averiguar que habían contribuido con migajas que solo servían para pagar al servicio de limpieza, lo suficiente como para apoyar la mentira en algo cierto. Los fondos venían de un banco suizo. Esto me puso sobre aviso de una maniobra estratégica del estado ybárico. El general García me lo confirmó. Habían aprovechado la espantada de los separatistas carolunios encubiertos, para sustituirlos por hombres de paja. García me preguntó si quería participar en algo que no era un negocio. Le pregunté si me estaba pidiendo dinero. Me dijo que no, que lo que esperaba de mí era que vigilara a los terratenientes descerebrados que O.D.R.E. había vinculado al centro nuclear. Acepté. Ser un espía al servicio del Estado ybárico me hizo sentirme orgulloso.

Mientras tanto, yo dedicaba tiempo a sonsacar a Onésimo sobre la desaparición de Ariadna. Le pregunté por qué no había puesto una denuncia. Me dijo que por evitar un escándalo. Me sorprendió esta respuesta, porque el escándalo lo habían fabricado a trompetazos en la prensa nacional los carolunios escaldados. En la universidad, en los medios científicos, en las tertulias televisivas, en los foros sociales de Internet no se hablaba de otra cosa. La desaparición de la matemática más competente de

Ybaria y una de las mejores de Europa y las Américas se había convertido en algo que llamaban *trend topic*, supongo que algo así como tema de moda. Esperé a que fuera sustituido por otro para empezar a acosar a mi sobrino. El nuevo *trend topic* al principio pasó sin pena ni gloria, es decir, fue poco *trend* y nada *topic*. Aunque se interpretó como una fanfarronada, los carolunios acababan de forjar un lema que pronto haría furor: “Ybaria nos roba”.

—Entiendo que te resistas a creer que Ariadna desapareció tragada por un agujerito negro, tío. Pero deja ya de darme la vara.

—¡Cómo te atreves a hablar así! No te estoy dando ninguna vara, Onésimo. Quiero que me proporciones pruebas...

—¡Te parecen poco los zapatos! ¡Tú mismo extrajiste uno de ellos!

—Y no podríamos meter algo en ese agujero, una cámara algo así.

—Lo he intentado. No sirve para nada.

—¿Y si es un truco?

—¿Un truco? ¿De quién? ¿Mío?

—Conozco a un mago escapista. Me gustaría que le dejaras intervenir.

—Encantado... —exclamó sin ningún entusiasmo.

—Y si reaparece Ariadna... ¿Qué harás?

—¿Yo? Alegrarme, claro.

—No te veo muy preocupado por su ausencia.

—Escúchame, tío. Créeme. No tener que vivir con Ariadna ha supuesto para mí un alivio. Lo confieso, vale. Tampoco éramos un modelo de matrimonio, aunque todavía no he encontrado ninguno que lo sea. Pero no trabajar con ella me ha puesto las cosas cuesta arriba. Verás, una de las preocupaciones, insignificante, supongo, de Jules Henri Poincaré era la estabilidad del sistema solar. Parece tan firme, tan seguro, tan lleno de órbitas, de planetas, de una estrella formidable, que olvidamos la posibilidad real de que colapse de un día para otro debido a la intervención casual de una fuerza desconocida o a un desequilibrio repentino de la gravedad de Júpiter, no sé.... Parece una obsesión de científico estresado, pero no lo es. Puede ocurrir, así en un chascar de dedos. Cualquier cosa puede pasar en el Universo. En torno a nosotros se producen

cosas que ninguna hipótesis puede explicar. Salen de algún sitio, pero nadie ve la puerta. Solemos valorar lo conocido, lo explicable. Pero también podemos servirnos de lo desconocido para llegar a saber. Ariadna se servía de lo desconocido con habilidad mágica.

—Déjame que traiga a Tischbein. Quizá se desenvuelva bien en ese ámbito de lo desconocido.

—¿El mago del que hablas?

—Sí. Vive en la aldea biodinámica de mi finca. Y creo que además de mago sabe de ciencia.

—Está bien. Tráelo cuando quieras. Pero... pero...

—Pero ¿qué?

—Ariadna no es un ser humano normal.

—Todo el mundo lo sabe. Por eso la echan de menos.

—No me entiendes. Ariadna es... es un modelo mecánico.

—¿Quieres decir en el sexo? —pregunté acordándome de la queja de Onésimo sobre la

voracidad erótica de su mujer, la bella e incomparable matemática.

—Ariadna está fabricada fuera de este mundo...

—Mañana por la mañana vendré con Tischbein. Límitate a dejarle entrar y hacer las pruebas que crea convenientes, si no afectan a la seguridad del complejo. Haré como que no he escuchado lo que acabas de pronunciar.

Y le dejé plantado.

### **La densidad del Universo**

Andreas Tischbein era un alemán nacido en la isla de Rügen del mar Báltico. De su currículo hasta llegar a Cecabastos solo conocía yo la vertiente comercial. Vendía mis productos en Alemania y en los países escandinavos. Se enteró de la existencia de una aldea neorural en mis propiedades, y me preguntó si le aceptaría aquí para implantar la biodinámica. Me envió un C.V. inusual, porque decía tener cuarenta años, y sus títulos académicos agrícolas eran de cinco años atrás, los que llevaba vendiendo mis vinos, mi aceite y mis jamones por el frío septentrión. Durante su visita protocolaria a *A Toca* me explicó que en su juventud había sido

químico o biólogo en no sé qué instituto de consolidada fama. Era una etapa de su vida de la que se resistía a hablar. El mayor rastro de lo que acaso fuera un trauma era su urgencia fumadora. El tipo era una chimenea.

Tischbein era un hombre cargado de espaldas, envejecido, con una dentadura calamitosa y una mata densísima de pelo castaño oscuro, que le caía sobre la frente como una visera. Lo cautivador de él era su mirada, perspicaz y expectante, muy noble, nublada por unas gafas gruesas, de escafandra. Vestía una indumentaria moruna, pantalones multicolores de algodón muy anchos y ajustados a los tobillos, camisa de flores y chalequito todavía más florido.

Atribuía yo el mal estado de su persona física a excesos juveniles, no a las francachelas, sino a los esfuerzos hechos durante las sesiones de magia y escapismo, con las que se pagó los estudios previos a su etapa de agricultor orgánico, según reveló. Y también al tabaquismo.

Le expliqué, sin aludir a la razón verdadera, que quería que descubriera un truco en la caverna tecnológica de mi sobrino, donde desaparecían cosas de un modo mágico, milagroso, inexplicable.

Accedió, yo creo que por compromiso.

Comenzó a realizar una serie de pruebas que Onésimo y yo seguimos con interés decreciente, algo decepcionados. Consistían en golpecitos con los nudillos en la pared, que estaba pintada de un azul marino intenso, más golpecitos con un martillo de metal y con otro de goma, palpamiento con oreja pegada al muro, y lanzamiento de objetos contra la pared en las inmediaciones del agujero negro (yo bromeé con la idea, llamé al fenómeno “agujero negro” en un tono de escepticismo), y luego directamente a la boca invisible, que se los tragaba. Tischbein preguntó si alguien había introducido la mano allí, Onésimo se acercó a la pared, metió en ella la mano hasta el antebrazo, hurgó en su misterioso contenido, y la sacó con la taza, dijo, que se había perdido cuando descubrió la singularidad.

—¿Dónde está el truco? —casi grité.

—No tengo ni idea —respondió Tischbein—. No vuelvan a *meterr* la mano ahí, por su *prro*pria seguridad. ¿Al otro lado de esta *parred* hay alguna recámara?

Onésimo lo negó.

—Pura roca. Esto es una vieja mina.

—Lo sé —dijo Tischbein con aire de geólogo,



quizá uno de sus conocimientos de los que evadía hablar. Luego levantó la cabeza como si buscara algo en la parte alta de la galería. Estuvo pensando unos segundos —. Puedo consultar a un colega, pero *pasarrá* algo de tiempo, es una *perrsona* que viaja mucho. Cuando me cruce con él se lo diré a ustedes, y le *invitarré* a venir aquí. Es un tipo peculiar, en el instituto le llamábamos Mediacara, porque la mitad de su *crráneo* está hundido.

Aunque ni Onésimo ni Tischbein lo notaron, me estremecí.

—¿Le conoces? —pregunté a mi sobrino.

—¿A ese hombre? No —respondió mirándome de un modo que me hizo sentirme un lunático.

—Pues yo le he visto ahí fuera...

—¿Cuando? —preguntaron los dos a un tiempo.

—Cuando te vine a buscar la primera vez. Estaba detrás de mí, en la entrada, como si me hubiera seguido, y al volverme y descubrirle... se evaporó.

—No es posible —dijo Onésimo—. Estás

intentando meterme miedo. Sabes que no soporto los fantasmas —y después de una mueca que transformó su cara de oso en cara de rata, dijo—: Eso es cosa de mi suegro.

—Es inofensivo —le calmó Tischbein—. Empiezo a entender lo que está pasando.

—¿Qué? —preguntó con ansiedad Onésimo.

—Lo que usted dice, una singularidad, una excepción.

Y empezaron a especular sobre teorías opacas para mí.

Me retiré del túnel para evitarme un dolor de cabeza. Aquello que no entiendo y que no tengo posibilidades de entender me produce malestar. Esperé a que los dos sabios resolvieran el problema del evanescente Mediacara sin mi concurso.

Una vez los tres en la sala de control, me dirigí a mi sobrino dispuesto a zanjar las dudas.

—Quizá sea conveniente contar a Tischbein cierta desaparición especial.

Onésimo rehuyó mi mirada. Tischbein quedó a la expectativa, sin mover un músculo. Imaginé que

suponía lo que yo estaba insinuando, porque la ausencia injustificada de Ariadna todavía coleaba.

—Se debió de meter por el agujero. Desapareció —confesó por fin Onésimo.

—Pero hubo antes una pelea —aclaré.

—No tiene nada que ver. Ya te lo he explicado. Ella me tiró la taza, pero no estaba irritada, era una broma. La pared se la tragó. Y Ariadna insistió en averiguar qué había allí. Yo me negué. Nos fuimos a casa, y ella vino sola al laboratorio. Y desapareció. Se debió de meter por el agujero.

—Convocaré a Ian Roamer —dijo Tischbein, subrayando sus palabras con un suspiro.

Acompañé al alemán a la aldea neorural, intrigado por aquel Ian Roamer con media cara hundida, y después de comer me presenté en casa de mi sobrino.

Abrió la puerta con el terror impreso en el rostro. Me hizo pasar y me contó que había tenido un sueño al dar una cabezada.

Era éste.

Se vio y a la vez se sintió entrando en el prostíbulo parisiense “Le Sommeil d'Endymion”. Una grave preocupación sobrecogía sus vísceras de plantigrado: la incertidumbre de si entraba en el Infierno o en el Paraíso. No es que padeciera el menor remordimiento por su responsabilidad en la desaparición de Ariadna. Solo le molestaba tener que pasar la Eternidad en un espacio-tiempo incómodo.

Pronto se resolvió esta duda. En un trono de nubes resplandecientes (pero menos resplandecientes que la figura que se sentaba en él) le esperaba un Ser Sonriente. Supuso que Dios o el Creador, aunque no podía verle la cara, deslumbrado por su luz; solo distinguía una sonrisa olímpica.

El Creador se comunicaba mentalmente con él. Le explicó que estaba verificando la ratio entre la densidad cuántica del Universo (412 millones de partículas por metro cúbico) y su densidad atómica (0,2 átomos por metro cúbico). Era la ratio entre el calor o la energía y la materia.

Esto era importante para explicar la uniformidad de la temperatura del universo en todos sus extremos y ámbitos intergalácticos, 2,72 grados Kelvin (-270,45 grados centígrados).

El Creador solicitaba su ayuda. Entonces

Onésimo se ponía a sudar a chorros, y decía muy a su pesar: “Eso es algo que podría resolver mejor Ariadna Galvão”. Seguía sin tener remordimientos, solo miedo al castigo. Esto le hacía sentirse un canalla, pero también un cobarde.

Entonces el Creador le permitía acompañarle al ámbito de la Gran Explosión. Todo desaparecía, menos su conciencia y la de Dios. El entorno se volvía negro o blanco o azul, era igual. Había una tranquilidad y una armonía sublime. Pero algo estorbaba esta paz, la quietud se calentaba al rojo, una presión violentísima la estrujaba. La conciencia culpable de Onésimo. Y por fin estallaba.

El bombazo fue monstruoso. Onésimo vivió una paradoja de tecnología de documental sobre el *Big Bang*: percibió a cámara lenta las transformaciones gigantescas que se produjeron en las primeras millonésimas de segundo, mientras se fijaban las partículas iniciales y las leyes físicas que les permitirían interactuar. Luego, durante unos minutos, la temperatura se mantuvo a 3.000 grados K. Todo era tan caliente que los electrones se movían como pompas de jabón, lejos de los núcleos atómicos, casi todos de hidrógeno y unos pocos de helio. Esos electrones producían una radiación fabulosa, y el Universo era una mera pantalla, un

velo casi traslúcido en el que bailoteaba la materia primordial.

Onésimo se encontraba detrás del Creador, protegiéndose del ápeiron o caos o abismo. Y pronto se presentó ante él una verdad esencial: que al cabo de doce mil millones de años esa horrible temperatura cósmica se reduciría en los espacios intergalácticos a 2,72 grados Kelvin.

En ese momento, Dios volvió la cara hacia Onésimo y éste pudo verla. Aunque estaba al contraluz, era sin lugar a dudas el bello y vulgar rostro de Ariadna. Y la nariz se encogió y sus labios absorbentes se movieron y Onésimo escuchó la voz de su mujer muerta: “Este *Big Bang* es uno entre millones de *Big Bangs* que se suceden, se superponen o abortan antes de explotar, y crean una multitud de universos, con evoluciones y leyes físicas diferentes, con nadas y con absolutos, con materia inanimada que se retuerce por toda la eternidad y con vida inteligente que hace lo posible por perdurar.” Onésimo respondía, “Claro, claro. Tienes razón. Tienes razón. Cómo no vas a tener razón, si eres un prodigio de las matemáticas”. Y Ariadna asentía y peroraba como una Sibila: “Matemáticamente hablando puede decirse que esta uniformidad térmica del Universo puede ser una

ilusión. Quizá lo que vemos en nuestras observaciones cósmicas es el mismo retal de Universo reproducido una y otra vez, igual que una sala de los espejos de feria o un caleidoscopio, de modo que el espacio estaría rodando en torno a nosotros con una apariencia celular. ¿Entiendes?” Onésimo afirmaba con su cabezota. “O el espacio tiempo puede estar envuelto como un paquete hecho por un vendedor incompetente de un modo muy complicado, en escalas muy superiores a los diez mil millones de años que suponemos existe. ¿Entiendes?” “¡Sí! ¡Sí”, decía el oso atragantándose. “Entonces, ¡¡¡por qué me dejaste morir, pedazo de alcornoque!!!”

—¿Dejaste morir a tu mujer?

—¡Nooooo!

Tanto sentimiento había en aquel grito que era difícil no encontrar en él rastros dolorosos, una culpa real o inventada, un dilema que yo no podía resolver. Me imaginé al general García con su uniforme de gala y todos sus entorchados reunidos en la tetilla izquierda, en pie en el proscenio del teatro griego de Taormina, con el Etna nevado al fondo. Este asunto empezaba a adquirir dimensiones melodramáticas. Esquilo lo habría convertido en una trilogía

magistral.

### **La cosa se pone fea**

Por el centro de la ciudad de Cecabastos erraba como brújula descompuesta Jaime el Pesimista, un tipo joven y regordete, de unos veinticinco años, con algún problema mental que le incapacitaba para la vida social de pollo pera que le había tocado en este mundo, y lo suficientemente leve como para no tenerle en un psiquiátrico. Era hijo de una familia de terratenientes, y solía ir vestido con sumo atildamiento. Nunca supe si se vestía él, le ataviaba su madre o algún mayordomo o asistente de cámara.

Te cruzabas con Jaime el Pesimista en la calle, se te quedaba mirando, y te espetaba: “Está la cosa mal, ¿eh?” Esperaba un segundo tu reacción, y si no le hacías maldito caso, seguía su camino. Yo acostumbraba a responderle. A veces le daba la razón, a veces le decía, “Estás equivocado, Jaime. Nunca han estado mejor las cosas”. Esto estableció entre nosotros cierta familiaridad. Si iba por la acera de enfrente, me saludaba con la mano, me sonreía y se quedaba parado. En alguna ocasión, me alcanzó por la espalda y, sin tocarme, aunque haciendo el ademán, me soltaba lo de que la cosa estaba mal.

Aquella tarde otoñal, salía yo del casino de



Cecabastos, y casi me di de cara con Jaime el Pesimista sonriente.

—Las cosas se pueden poner mal, don Severo —me dijo.

Me costó reaccionar. No sabía si hacerlo con una broma, como siempre, o preguntarle a qué se refería con este cambio de conjuro rutinario.

—¿Estás seguro? —pregunté al fin, con una entonación neutra, de modo que él interpretara el acento de mi duda a su gusto.

—Desde luego. Ayer robaron “Le Sommeil d'Endymion” del Louvre. Si no aparece pronto, se producirá un cataclismo.

Se dio media vuelta, y casi echó a correr.

Si yo hubiera sido más joven, le habría seguido, alcanzado e interrogado a fondo. Pero me parecía una inconveniencia perseguir a un pobre chiflado, aunque en este caso sus palabras me habían puesto los pelos de punta.

Volví a entrar en el Casino, y me fui a la sala de prensa, donde había una pantalla conectada a varias agencias de noticias. Busqué en France Press,

y confirmé la inesperada revelación de Jaime.

Pasé un rato sentado frente a la pantalla reflexionando. Primero intenté atar cabos. ¿Qué relación había entre “El sueño de Endimión”, de Girodet-Trioson y el enigma de Ariadna, lo único que “iba mal” en mi universo cotidiano y doméstico? ¿O acaso tenía que ver el robo del cuadro con algo de trascendencia superior? La conspiración carolunia, la crisis bancaria que había emergido como la masa invisible de un iceberg, o algún movimiento en el tablero de la geopolítica, por ejemplo, un agravamiento de la crisis de Oriente Medio, donde el conflicto judeo-palestino se había reducido a casi nada, ante la virulencia entre facciones islámicas dispuestas a aniquilarse para ver quién ganaba el privilegio de borrar del mapa a Israel.

—¿Qué, disfrutando del panorama? —escuché a mi espalda una voz conocida.

Era Carlos Quinto, un abogado de causas administrativas y aficionado al modelismo ferroviario. Sesentón soltero, vivía en una finca próxima a mi *A Toca da Raposa*, entre una montaña de tomos del Aranzadi y complicadas maquetas de líneas de tren, con bosques, montañas, playas, estepas y ciudades. Había nacido en Carolunia, pero

se había trasladado a la capital política de Ybaria por hartazgo de sus paisanos. Era un poste con traje de chaqueta, pelado por arriba y con gafas. Tenía una risa escandalosa que solo usaba cuando no estaba de servicio. Como profesional, era circunspecto y directo como un torpedo. Me había hecho ganar varias causas contra el ayuntamiento de Cecabastos y contra el gobierno federal de Esteparía en una etapa en la que pretendía dar un escarmiento a los terratenientes por mero electoralismo, y me había escogido a mí como cabeza de turco.

—Curiosidad de esteta. Me acaban de decir que han robado un cuadro del Louvre, y quería confirmarlo. Lo extraordinario es que el mensajero ha sido tu sobrino Jaime.

Arrugó la cara al oír esto último.

—Si estaba en el Louvre no sería moderno. Es decir, el que se lo ha llevado buscaba una inversión. Lo moderno, como todo el mundo sabe, está sobrevalorado, pero tarde o temprano el mercado revelará que no vale un pimiento.

Y soltó una de sus risotadas ruidosas, a las que estaba acostumbrado el personal del Casino, porque de otra manera habrían acudido aterrados.

Tuve una idea.

—Carlos, me gustaría preguntarte algo sobre tu tierra.

—¿Quieres decir “nuestra tierra”?

—Bien. Vale. Bueno. Desde tu punto de vista, como carolunio, ¿puede considerarse que hay personajes allí que preparan la secesión...?

—Es evidente —me cortó.

—Pero, a escondidas, subrepticamente...

—A traición.

—¿Sabes algo?

—Mucho. A pesar de que jamás he coqueteado con los separatistas de mi patria chica, son tan oligofrénicos que me invitan a reuniones sectarias. Las organizan en secreto en toda Ybaria, allá donde haya un carolunio.

—Pero, ¿son personas importantes? ¿Tienen influencia en la población? En una palabra, ¿la unidad de Ybaria está en peligro?

—Espero que no. Pero carezco de información

y de criterio para responderte. ¿Puedo preguntarte la causa de tu preocupación?

—Rumores —me apresuré a responder de un modo vago.

—La sensación que yo tengo es que las cosas no están tan feas. Pero puedo equivocarme—Hizo una pausa—. Cuando quieras, organizamos una de nuestras cenas de solteros.

—Llevamos mucho tiempo sin celebrar nada —dije yo en el mismo tono de vaguedad y simpatía.

—Quizá es que no haya nada que celebrar... ¿Qué se sabe de la mujer de tu sobrino, la lumbrera de la ciencia?

—Fea la cosa...

—¿Sí?

—Te avisaré cuando aparezca.

—El matrimonio es una lata. Y hay peleas que son épicas, como la del átrida Menelao con la bella Helena.

—No creo que haya ningún Paris por medio. Pero tienes razón, el matrimonio es una lata. Una vez

estuve a punto de comprometerme. En un arranque de lucidez, comprendí que si me casaba tendría que dejar de ver a Brigitte...

—¿Brigitte?

—Manolita, la que se acabó yendo a París, a “Le Sommeil d'Endymion”.

—¡Ah, claro! ¿Le tenías aprecio?

—No era eso. Yo le facilité el camino. Con Manolita no había la más mínima posibilidad de una discusión, de un problema. Su compromiso era complacerme. Y yo la recompensaba bien. Pero con una esposa, los problemas empezaban a saltar como minas. Y cuando la lujuria y el contrato matrimonial entran en conflicto, la solución es muy mala.

—El compromiso.

—El compromiso más seguro era el de Manolita.

—¿Y tu sobrino Onésimo y su mujer tenían compromisos?

—Ni idea. Pero, algo ha fallado, ¿no?

—¿No es australiana esa chica?

—Un viaje muy largo para ir a buscarla.

—Es un bombón. Yo de Onésimo, cedería...

—No me meto...

—Su padre, el de Ariadna, ¿no es ese militar de los servicios de inteligencia?

—Sí. ¿Le conoces?

—No me lo han presentado, pero creo que le he visto por Cecabastos hace poco.

—Es por lo de su hija...

—Se dice que le quieren mover la silla.

—¿A García? ¿En O.D.R.E.?

—Sí, así es como se llama su servicio. El que se inventó el nombrecito debía ser un oligofrénico — y soltó otra risa que sobresaltó a un camarero novato.

Me hice el ingenuo.

—¿Es otro rumor?

—Creo que mis paisanos carolunios están por en medio...

—¿Cómo?

— No lo sé. Pero a lo mejor el general García sí tiene feas las cosas.

—¡Qué país!

### *Flug nach Paris*

Dos días después de esta conversación, cierta tarde se desató una tormenta tras una mañana de viento racheado. Se fueron acumulando nubarrones procedentes del océano que se extiende más allá de Lusitania. En este escenario poco propicio a salir de casa tuve una visita en *A Toca da Raposa*. Era Andreas Tischbein, que traía una cara acorde con el clima, sombría y algo ceñuda. Venía vestido con indumentaria convencional, vaquero y camisa de cuadros, no con su uniforme de hippy trasnochado.

Pensé al punto si traería noticias de sus gestiones cabalísticas en torno a la desaparición de Ariadna por el agujero cuántico. Me equivocaba. La noticia que traía Tischbein era, en sí misma, intrascendente, pero con un significado enigmático. Venía a informarme de que se marchaba unos días a París por un asunto inesperado y urgente.

No existía entre el alemán y yo ninguna



relación contractual. Él vivía y trabajaba en la ecoaldea por voluntad e iniciativa propia. Formaba parte de la cooperativa de trabajo de Freedonia, nombre que le habían puesto al pueblo sus dos docenas de familias habitantes, casi todos matrimonios jóvenes con hijos pequeños, en una etapa de sus vidas en las que se podían permitir el lujo de jugar a la ruleta con la utopía y el destino, a sabiendas de que si perdían, no perdían mucho, porque yo corría con todos los gastos ocasionados por el cultivo biodinámico, que tampoco eran tantos, incluido el módico sueldo de un maestro del método Steiner, que atendía a la chiquillería en un aula situada dentro de un domo de paja y barro construido por la comunidad.

Por tanto, Tischbein no tenía ninguna obligación de informarme de sus movimientos. De hecho, no era raro que desapareciera de la aldea durante una o dos semanas. Al regresar traía casi siempre algún método nuevo, algún material aplicable al trabajo agrícola, incluso algún novicio o novicia, que duraba poco por lo general. Yo interpretaba que, en el caso de las chicas, se quedaban mientras ardía el idilio que mantenían con Andreas, hombre promiscuo, si se entiende bien esta palabra que escribo con un asomo de envidia.

—No necesita decirme que se marcha usted.

—Lo sé. Pero quería que lo supiera. *Ich fliege nach Paris.*

—De acuerdo, gracias. ¿Y se va por mucho rato?

—Una semana, a lo sumo dos. París es muy *grrande* —dijo, dando a entender que se marchaba a hacer turismo, algo que debía de ser una broma.

Entonces me dejé llevar por mi propio humor y le solté:

—¿No irá usted a rescatar “Le Sommeil d'Endymion”?

Yo había compuesto una sonrisa al hablar, que se me heló al ver cómo se demudaba el rostro de Andreas.

—¿Sabe usted algo? —exclamó sin disimular la ansiedad.

—¿A qué se refiere?

—Al cuadro.

—No, nada. Salvo breves noticias de su autor, Girodet Trioson, cuyo nombre de pila era Anne Louis. Alumno destacado de la escuela del gran David. Pintor de un manierismo romántico, lo cual es una paradoja. Gran dibujante. Maestro del color.

Maestro del erotismo...

Yo recitaba textos incluidos en las pocas noticias que se habían publicado sobre el robo.

—¿Conoce usted el significado del cuadro? —dijo Tischbein con acento melodramático.

—No tenía ni idea de que el cuadro tuviera un significado oculto.

—No es oculto, es mitológico. Endimión era un hermoso pastor de quien se *enamorró* perdidamente la Luna, Selene. Selene pidió a Hipnos, el Sueño, que concediera a Endimión la vida eterna. Y éste, encantado y agradecido, consintió en pasar día y noche durmiendo. El padre Zeus se conmovió, y le bendijo con un sueño eterno. Selene y Endimión *tuvieron cincuenta* hijas.

Tischbein hablaba un ybárico bastante correcto con fuerte acento alemán.

—Pues no estaría el mozo tan dormido —dije con una risita indigna de un patriarca como yo, aunque si hubiera sido estrepitosa, como la de Carlos Quinto, tendría alguna excusa.

—Eso forma parte del significado oculto.

—Que es...

—Es lícito cerrar los ojos a las asperezas de la vida. Y si se hace con inteligencia, la vida se te pasa en un sueño, húmedo y erótico en este caso.

—Eso no es un secreto. Es una fantasía más.

—Entonces, ¿usted no sabe si ha aparecido el cuadro de Girodet Trioson o si se tiene alguna pista de él?

—No.

—Pues, nada. Eso. Ya le saludaré cuando regrese.

—¿Me quiere usted hacer un favor?

—*Gern!*

—Si pudiera usted acercarse a “Le Sommeil d'Endymion”, detrás del hotel Girodet Trioson, muy cerca de la Gare d'Austerlitz, y preguntar por Brigitte, también conocida por Manolita. Le dice usted que haga el favor de llamarme a Cecabastos, a cobro revertido. Necesito hablar con ella.

Andreas Tischbein abrió los ojos como si le espantara el encargo.

—“Le Sommeil d'Endymion” es un burdel de lujo. Manolita es una buena amiga mía. No puedo llamarla yo porque no conozco sus horarios, y esto es un asunto personal. No tiene teléfono en casa. ¿Supone para usted un inconveniente intolerable hacer esta gestión? Si es así, olvídelo. No es urgente.

—No sabía que hubiera un burdel con ese nombre.

—No es extraño, usted no parece hombre de burdeles sino de estancos —el tipo se contenía por no encender un cigarrillo en mi presencia.

—Pero es que yo lo sé casi todo sobre “Le Sommeil d'Endymion”.

—Ahora lo sabe ya todo. Discúlpeme la curiosidad, ¿qué tiene usted que ver con el cuadro? No... Vaya... No quiero decir que tenga que ver con el robo, sino con la obra de arte que parece interesarle tanto. ¿Es usted historiador del arte o *art dealer*?

—Cuando vuelva, se lo diré. Puede que haya una relación entre *Le Sommeil d'Endymion* y la desaparición de la señora Protos.

Por un segundo no comprendí que me hablaba

de Ariadna, que siempre había sido Galvão.

—¿Una relación? No entiendo.

—Yo, de momento, tampoco. He estado buscando a mi amigo Ian Roamer, ¿recuerda usted que le mencioné como una persona que podía ayudarnos en la investigación? —Asentí—. A lo mejor aparece por aquí. Si lo ve, dígame que he ido a París a buscarle.

Tischbein se despidió de mí con formalidad prusiana, y se zambulló en la tormenta que azotaba a *Toca da Raposa* por los cuatro costados. Le vi meterse en un cochecito rojo. Nada más entrar encendió el cigarrillo que se había privado de fumar en mi casa por cortesía. El vehículo salió disparado y se perdió en la opacidad de la lluvia. Pensé, con ese vehículo tardará siglos en llegar a París. Pero enseguida recordé que había dicho volar, *fliegen*, no conducir, *fahren*.

### **Una noche cerca de Olisipo**

Las mejores agentes secretos, en este mundo de hombres, son aquellas que comercian con su cuerpo, por inclinación, por profesión o por astucia. Manolita-Brigitte me había mantenido informado de muchos secretos que su clientela deslizaba en el

lecho del amor o del sexo o de las dos cosas, es algo que nunca he tenido claro.

Siempre me quedó la duda de si tendría otros confidentes. Por si acaso, yo procuraba no hablar con ella más que de generalidades y de asuntos privados inocuos, y la obsequiaba con generosidad. Nuestras conversaciones tenían que ver con los placeres de la vida, en particular, y en su momento, los íntimos y carnales. He yacido con hetairas hermosas y complacientes pero casi mudas. A mí, el sexo me gusta hablado. Y por lo que me fui dando cuenta, a muchos otros hombres también. Pero lo que en ellos es debilidad y les convierte en adolescentes desamparados ante una mujer hecha y derecha, en mí es fortaleza. Mi conversación es intrascendente, culta, libidinosa, pornográfica, pero fina.

Yo esperaba que Manolita me informara de hechos relacionados, directa o tangencialmente con el problema de mi sobrino, del general García y de la pobre Ariadna, se hallara donde se hallase. También era un problema mío, admitía yo con más rabia que resignación. Porque mi vida empezaba a convertirse en una novelita de género (no sé de qué género, en realidad), y esto me mortificaba, porque soy persona que se atiene a las rutinas y a la planificación. El azar ajeno me distrae y hasta me divierte cuando es una

comedia representada o proyectada; el propio, me saca de quicio.

Durante mi última visita a París y a “Le Sommeil d'Endymion” en busca de Onésimo, pasé un par de tardes con aquella magnífica amante, y otra más con la confidente. Acordamos que acumularía todos los detalles que pudiera ir conociendo sobre el asunto, y me los transmitiría a la primera ocasión.

Tres días después de la partida de Tischbein a París, Manolita me telefoneó.

—Tengo demasiadas cosas que contarte. El teléfono es muy indiscreto, Severín. ¿Por qué no vienes a París y hablamos?

—Pero las trapisondas de mi sobrino no son materia reservada.

—Cuando hablemos, te convencerás de que no es así. Además, las cosas se están complicando.

—¿Qué cosas, Manolita?

—Mira que eres pesadito... ¿No puedes venir?

—Difícil, difícil. Estoy trabajando con mi asesor fiscal, preparando una visita de inspectores de Hacienda —Era verdad—. ¿Por qué no vienes tú?



—Porque perdería tres días en el viaje, y también tengo obligaciones.

De pronto se me ocurrió algo.

—¡Oye, por qué no quedamos en Olisipo! A mí me coge cerca, y tú puedes ir en avión, por ejemplo, esta tarde. Dormimos en un bonito hotel, y mañana a medio día regresas a París.

—Si me consigues el billete de ida y vuelta, de acuerdo.

—Vuelve a llamarme en una hora.

Llegué a Olisipo todavía de día, a bordo de mi Aston Martin DB5 de 1964; no es una de las mejores piezas de mi colección de coches antiguos, pero funciona de maravilla. Antes de cruzar el Tajo por el puente Vasco da Gama, me desvié a la localidad de Alcochete, y reservé una habitación en un hotelito próximo al Club Náutico del lugar, del que soy socio. Luego fui a buscar a Manolita al aeropuerto, a través del puente impresionante.

A Manolita-Brigitte la conocí siendo una muchacha tan impresionante como el puente Vasco da Gama. En la época de la que estoy hablando ahora, había dejado de serlo, muchacha e

impresionante, pero conservaba lo más valioso de los seres humanos, en especial de las mujeres, encanto, y bastante de su esplendor. Era alta, con pechos notorios que habían perdido su solidez, pero en los que daba gusto naufragar. Sus piernas conservaban la firmeza juvenil, y su cintura era estrecha, porque se cuidaba con esmero de cortesana versallesca. No iba al gimnasio ni corría, pero se alimentaba con productos ecológicos y daba largos paseos a diario por las orillas del Sena, en busca de paz y de novedades. Envolvía su cabeza en rizos naturales. Y el mejor momento del día era al despertar, cuando el pelo se indisciplina, tapa los ojos y se ciernen sobre la boca y la nariz. Vislumbrar el color de las anchas pupilas de Manolita a través de sus rizos era mi mayor delicia antes del desayuno. Y también recorrer su boca, ya enjuagada, fresca a pesar del sueño, debido a su alimentación escogida y a que no fumaba.

Después de cenar en el Club Náutico, dimos un largo paseo por la orilla sur del Tajo, camino de la reserva natural del estuario. El río bajaba fangoso por las lluvias, de un marrón solemne en su fluir caudaloso. Las luces del puente lo cruzaban, abrazándolo, y el titilar de las farolas de los barrios olisipetas de Sacavém y Bobadela, en la orilla norte, producía reposo en el alma.

Fue una lástima que Manolita tuviera que hablarme de cosas incómodas, por no decir inquietantes.

—En Austria, en Holanda, en Polonia, Checoslovaquia y también en Francia, hay una conspiración para devolver el poder a quienes fueron sus amos hace un siglo —dijo Manolita.

Su discurso era casi académico, nada de especulaciones en torno a una frasca de vino recio, con datos recogidos en selectas alcobas y en fiestas privadas de gente importante. Manolita aseguró que la efervescencia juvenil en casi toda Ybaria era una garantía de estabilidad y de freno a la ultraderecha. Más allá de la cordillera Pirenaíquesa, la sociedad europea estaba o anestesiada o asustada por un Tercer Mundo acechante o harta de los discursos huecos de los políticos en ejercicio del poder. Carne de cañón del racismo y del nacionalismo vulgar.

Estuve a punto de pedirle que callara, porque aquellas noticias estaban arruinando nuestro paseo. Además, a mí me importaba un rábano la rebeldía juvenil de mi país, nada amenazante según yo la veía. Y las intrigas de la ultraderecha europea, que quería blindar el continente contra el asedio de centenares de miles de negros y musulmanes

hambrientos y desesperados, me parecían tan frágiles como un castillo de naipes.

Pero Manolita insistía en que era un peligro próximo, inminente, porque las elecciones legislativas o presidenciales se encadenaban en el futuro inmediato en los países mencionados.

—Bueno, y ¿qué tienes que decirme del caso Onésimo Bravo Ramires y la desaparición de su mujer, Ariadna Galvão?

—Poco o nada, mi rey. Ya me advirtió tu amigo el marciano que estás obsesionado con eso...

—¿Qué amigo marciano es ese?

—El alemán Tischbein. Es más raro que un perro verde. Conoce bien la marea de fondo que se mueve por el lecho fangoso de Europa, y ...

—Pues no me explico cómo es eso. Pasa la mayor parte de su vida en la aldea de Freedonia.

—Da igual. El caso es que sabe mucho ese tío tan feo. Debe de tener fuentes de información exclusivas, de alto estado mayor. Muy parecidas a las mías. Así que si el hombre está bien relacionado, será por algo.

—No me lo explico... Pero la verdad es que tampoco me quita el sueño. La mayoría de los pronósticos que hacen los Estados Mayores y los institutos demoscópicos son pesadillas inventadas por funcionarios ociosos o por académicos en busca de una beca en el Caribe para escribir un libro incomprensible.

—Yo me refiero a los contactos de ese Tischbein, no a lo que le cuentan.

—¿Quieres decir que sospechas algo turbio en él?

—Algo así... Pero te voy a decir lo que sé de tu sobrino. Estuvo en París antes de tu visita. No te lo dije antes porque no lo sabía. Las informaciones no llegan cronológicamente, sino a golpes de suerte. Tu sobrino se reunió con un grupo de franceses que no son franceses, porque los franceses no quieren que se descubran sus repugnantes propósitos con respecto a Ybaria. El caso es que esos franceses que no son franceses sino rusos pero obedecen a Francia, están proyectando sabotajes en sectores clave de Ybaria para debilitar el país y facilitar su fragmentación.

—¡Eso es absurdo!

—Lo que tú quieras. Pero mi fuente es el

*Deuxième Bureaux.*

—¿Y Onésimo colabora con esos canallas?

—Onésimo es un ignorante. Cree que está hablando con científicos marginados por el sistema.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con la desaparición de Ariadna?

—Esos falsos científicos le han convencido de que la desaparición tiene una explicación científica, que es un secreto de estado que ellos, como antisistema certificados y enemigos de las grandes potencias, pueden averiguar y hacer pública. Le están sacando todos los datos que pueden de los programas nucleares en los que está involucrado Onésimo, a cambio de solucionar su problema moral. Porque Onésimo cree que ha matado a su mujer.

—Se me está poniendo mal cuerpo, Manolita. Creo que vamos a tener una noche tranquila.

—Como quieras, Severín. Yo también estoy hecha polvo con tanto ajeteo.

Nos fuimos a la cama y dormimos uno junto a otro como un matrimonio sin reproches. Al día siguiente fuimos de tiendas al Chiado. Manolita se

compró (con mi tarjeta de crédito) una artística cazadora de alpaca para sus paseos de invierno por los bosques y los canales parisinos, y unos zapatos de carpincho.

Después de comer la dejé en el aeropuerto, y a eso de las seis estaba de vuelta en *A Toca da Raposa*. Me esperaba mi administrador, mi asesor fiscal y una chica guapa que acompañaba a alguno de los dos. La visita de los inspectores era la mañana siguiente, en mi despacho de Cecabastos.

Los dos días siguientes fueron agotadores. Aunque licenciado en Derecho y con un máster en economía de empresa, le tengo poca afición a las cuentas. Para mí la práctica del negocio es como la del ajedrez, deporte que aborrezco, mueves una ficha, pendiente de todas las demás y de las que tienes en frente. Pero llevar la gestión de mis viñedos, mis olivares, mis bodegas, las almazaras y mi patrimonio rural no tiene mayor dificultad si se cuenta con la experiencia debida, y la mía es larga, no hace falta ser un maestro en estrategia financiera y *marketing*.

Dedico mis reservas de sentido común a la gestión por objetivos y al plan operacional a largo plazo. Pero dejo en manos de los especialistas el

resto de las tareas administrativas, la contabilidad y las auditorías que, eso sí, reviso aleatoriamente para que mis empleados no se confíen. No tengo validos. Soy mi propio valido. Lo que tengo son expertos a sueldo con una escala o margen de beneficios a compartir. A pesar de todo, fueron dos días y medio agotadores. Parecía que la cosa iba a prolongarse uno más. Uno de los inspectores, una mujer, se concentraba como una lupa en libros y balances a la búsqueda evidente de un fallo, un error o una trampa. Sus compañeros estaban tan cansados y tan hartos como yo.

Fue en ese momento cuando apareció el general García. Se presentó en el despacho sin avisar. Dijo que andaba buscándome “desde antes de ayer”.

Los inspectores no le hicieron mucho caso, aunque García se hizo notar. Pensé yo que era el defecto de los tipos bajitos. Se colocó muy a propósito delante de una mesa llena de papeles que en aquel momento estudiaba la inspectora tenaz, mujer de tórax triangular, ancho, de senos voluminosos, en contraste con una carita de muñeca de porcelana, pelo rubicundo, corto y liso, y ojillos de comadreja tras unas gafas de diseño que se arrancaba y se ponía sin ninguna razón aparente.



La inspectora se arrimó al general, que venía de paisano, y por un momento pensé que le iba a desplazar de un golpe de cadera o de un codazo. Entonces el general se aupó hasta una de las orejitas de la mujer triángulo. Todos nos quedamos mirando a la pareja, él, insignificante, con las nalgas apoyadas en el tablero, ella una atildada simio hembra dispuesta a merendarse a quien se interpusiera en su camino. Algo deslizó García en el oído de la máquina de inspeccionar, que se incorporó y miró al vacío. En realidad no era vacío, sino una pared con el cuadro de George Grosz titulado “John, der Frauenmörder” (Juan, el asesino de mujeres), que compré en una subasta de Londres y coloqué en mi despacho con ánimo retador, porque se me tildaba sin merecerlo de misógino. Quizá fue ese cuadro lo que desató el frenesí inspector de aquella funcionaria.

La mujer se distanció de la mesa, igual que García. Y ambos se dirigieron a un rincón del amplio despacho, donde estuvieron conferenciando con discreción.

Al finalizar el diálogo, García se dirigió a mí, me tomó del brazo y me sacó del despacho. Yo le acompañé como un corderito. A un militar con autoridad no hay quien se le resista. Me hizo una

seña de calma o de espera, y nos sentamos en un sofá frente al pupitre de la secretaria, enfaenada con el ordenador. No pasaron ni dos minutos cuando el equipo de inspectores abandonó el despacho. Los hombres sonrientes y aliviados, la mujer, cabizbaja. Se despidió de mí con algo que parecía un mugido.

### **La Teoría Antimoderna de Severo**

—Me han despedido —dijo el general ya de vuelta a mi despacho.

—¿Cómo que le han despedido? ¿Quién? ¿De dónde?

—De la dirección de O.D.R.E.

No parecía estar muy afectado por la noticia. Quizá la había asimilado. No debía de ser reciente.

—Mi cese se hará efectivo en enero, con el nuevo año. Hasta entonces, me dejan moverme como quiera y por donde quiera, y tomar decisiones incómodas.

—¿Un premio o un castigo?

—Ambas cosas. Mis enemigos han conseguido quitarme de en medio...

—Los carolunios.

—Esos y otros. Pero el ministro de defensa ha levantado una muralla en torno a mi integridad, y me permite hacer lo que crea conveniente. Hasta fin de año. Supongo que para que desactive a los que pretenden hacer trizas el país, antes de que sea tarde.

—¿Le sacrifican a usted?

—Yo me sacrifico solo, no necesito una orden. Si es en beneficio de mi patria, me hago el harakiri.

—Vuelve usted a confiar en mí. ¿No le parece una imprudencia?

—Es posible. Pero confío en mi intuición. Es usted un caballero. Y además, es de las pocas personas que no cuestionan ni a Ybaria ni su derecho a defenderse de la mejor manera.

—No es una virtud. Es una costumbre. Y me sale rentable. Hasta ahora me ha ido mejor que a mis compadres ambiguos, tortuosos y especuladores.

—Estamos apunto de entrar en un castillo de naipes. Se nos puede caer encima en cualquier momento.

—No le entiendo. Aunque me han dicho que

en Europa la ultraderecha aspira a gobernar del Ártico a Sicilia. No es una fuente certificada, pero sí fiable.

No pareció hacerle ningún efecto la noticia. O bien la conocía o Manolita exageraba.

—Y también —continué— que Francia conspira contra Ybaria y fomenta el separatismo.

—Eso no es nuevo. Quizá ahora se descuida un poco en las formas. Su gobierno está nervioso, está incluso valorando la posibilidad de fabricar atentados terroristas para fortalecer su posición.

—¿Para desarbolar a los sindicatos?

—Los sindicatos son un instrumento gubernamental, Ramires... No sabe lo que me consuela su ingenuidad. Hombres como usted quedan pocos en Ybaria: emprendedores, ricos, nobles.

—Gracias, mi general.

—De “mi general”, nada.

—Perdone...

—No, no. Es que ser general hoy en día no

sirve más que para lucir entorchados en los desfiles. Y yo estoy harto de ser un general bajito y resultón. Me quedan tres meses y medio.

Y a continuación el soldado García me reveló algo que yo creí un discurso de izquierdista desnortado.

El hasta hacía poco ministro de Industria y Energía del gobierno de Ybaria, destituido mediante un oportuno escándalo de inversiones en paraísos fiscales, llevaba años actuando en favor de las multinacionales de la energía. Había intervenido en el Parlamento, forzándolo a votar leyes inicuas gracias a la mayoría absoluta del gobierno, dictaba decretos y reglamentos que a su vez le dictaban las grandes empresas energéticas.

—¿Por dinero?

—Por dinero y por algo más. El dinero es lo que hace fuertes a los ricos. Y ese individuo estaba convencido de que si se hacía rico de cualquier forma, se equipararía a los grandes del planeta y no tendría por qué interpretar ningún papel en el gobierno. Quería tener autoridad por derecho propio, no por transmisión política, algo equivalente a la limosna.

García aseguraba que los multimillonarios, los especuladores y los grandísimos empresarios de los cinco continentes se habían propuesto dominar el globo sin tapujos ni cortapisas. Para ello estaban dispuestos a eliminar a los políticos. Pero no podían hacerlo de golpe. Estaban atacando en diversos frentes.

—Y los idiotas de los políticos se dejan engañar . O sobornar —se lamentó el general.

No eran tan idiotas como para ignorar los planes de los poderosos multinacionales. Pero no tenían instrumentos para parar las ofensivas. Porque las ofensivas eran económicas, especulaciones financieras, ataques a las bolsas...

—El poder político se defiende como puede. Por ejemplo, eliminando a un sicario incrustado en el gobierno. A través de mis contactos con los servicios secretos europeos me consta que los poderes fácticos de Europa están valorando la posibilidad de inventarse un entramado terrorista internacional que les dé argumentos para actuar con contundencia. A mis colegas y a mí esto nos desespera, porque el objetivo de la represión serán los elementos más salvajes de la sociedad, individuos asociales que tenemos muy controlados, y un montón de

descerebrados que hasta ahora son inofensivos. Pero los superpoderosos quedarán incólumes. Además, una oleada terrorista favorecerá a la extrema derecha, como ya le han avisado a usted.

En mi juventud todavía estaba reciente el conflicto cívico militar que estuvo a punto de destruir Ybaria. La tensión de radicales de izquierda y de derecha (generalizada en toda Europa) cuajó en un golpe militar que acabó con una monarquía centenaria, e instauró una república. Los militares cedieron pronto el poder, e Ybaria se convirtió en una Confederación de Repúblicas, siempre al borde de la ruptura, pero sólida como si estuviera pegada con una cola insoluble. Eso fue antes de crecer yo, pero la generación de mis padres vivió la aventura con pasión. El recuerdo de esta experiencia me llevó a hacerle una pregunta al general García.

—¿Y el ejército?

—El ejército no pinta nada, hombre. Los jefes militares somos como los directivos de una gran empresa o de un banco. Ejecutamos las órdenes de la dirección, una cúpula financiera civil, la Santa Alianza del siglo XXI.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Esperar a que los ciudadanos se hartan.

—Oiga, general, todo lo que me está diciendo me suena a doctrina marxista.

—No le digo que no. Los que mejor entendieron a Marx fueron los grandes capitalistas. Su retrato de la historia y de la sociedad ya no vale, pero su filosofía es eterna. ¿Eran marxistas Bruto y los conspiradores que apuñalaron a César? ¿Era marxista Napoleón con su código civil recogido en toda Europa? Periódicamente hay personas que quieren hacerse con el poder absoluto.

—Pero...

Estuve a punto de argumentar que estaba mezclando personajes antagónicos, pero me contuve por respeto a alguien que sin duda estaba más informado que yo, y porque intuía que García sabía mucho, pero le costaba ordenar su conocimiento en un discurso improvisado.

Yo, entonces, tenía mi propio discurso, que en muy escasas ocasiones hacía público. Me pareció que había llegado el momento de confiar en alguien ajeno a mi círculo de amistades y a mi familia. El general García era un extraño, pero un extraño que me había encomendado secretos de Estado y secretos íntimos.



Mi discurso tiene un título, “Teoría Antimoderna”. Helo aquí.

La Revolución Francesa y la Revolución Industrial, que abrieron la puerta a la Democracia Representativa y a la Revolución Tecnológica son dramas históricos que han provocado más mal que bien: la lacra de la modernidad.

Si *l'Ancien Régime* no hubiera sido destruido por el vendaval antiaristocrático, el Sistema habría evolucionado hacia una forma política más estable, más sabia, más generosa y más constructiva. Prueba de ello es la Ilustración, un tremendo paso adelante de la Humanidad, que fue pulverizada por las revoluciones burguesas del siglo XIX.

La primera de todas, la Revolución Francesa, fue un semillero de muerte y destrucción que creció como una selva mefítica y reprodujo esa cosecha sangrienta durante más de un siglo en todo el continente. Además, permitió que el Capitalismo más cruel se introdujera en el escenario social europeo.

Los países occidentales donde no se han sucedido revoluciones sangrientas son los más adelantados económica y políticamente. Por ejemplo, mi país, el antiguo Reino de Ybaria; y también el Reino Unido, o los Países Bajos y los Escandinavos. En todos los demás, los siglos XIX y XX dejaron un lago de sangre.

La primera obligación de un gobierno es educar a su población, exigir a la nobleza y a la aristocracia que sean tal cosa, no una casta de sanguijuelas con peluca y coche de punto.

Si la burguesía se hubiera aliado con la aristocracia en un sistema de gobierno de voto censitario (cual sucedió en Ybaria y en la Gran Bretaña, por ejemplo) basado no en la propiedad sino en la instrucción, Occidente habría evolucionado de un modo pacífico y constructivo. Se habrían evitado las guerras nacionales y el colonialismo depredador.

Las experiencias de los siglos XVII y XVIII habían demostrado que las guerras no sirven para nada. Y si la Revolución Industrial hubiera sido una Evolución Industrial, el colonialismo no habría sido una válvula de escape para sectores violentos de la sociedad, que se habrían quedado en casa haciendo algo constructivo y limando su ferocidad.

En lo ideológico, la rebelión contra la tiranía de Dios dio lugar a atrocidades sin cuento. Porque se impuso la tiranía del Estado, mucho peor, pues la ley civil no perdona, mientras que Dios y sus leyes sí lo hacen. Las leyes de Dios son inmutables e indiscutibles, pero los límites de su misericordia son inconmensurables, como dicen los teólogos. Eso,

aunque Dios no exista, que es lo más probable.

El general García me estuvo escuchando sin interrumpir mi discurso. Cuando callé, se me quedó mirando y dijo:

—Usted cree en el hombre.

—Sí, claro.

—Pero el hombre es una bestia con capacidad de razonamiento, lo que le convierte en una bestia cruel e insaciable.

Pensé, “este tipo quiere entablar una polémica”. Yo no polemizo nunca. Me informo y llego a acuerdos. Así que esquivé la discusión. La mejor forma de hacerlo era regresar a la ramplona realidad. ¿Por qué había aparecido García en tan oportuna circunstancia?

—Verá usted, tengo tres meses para desactivar la conspiración que puede acabar desintegrando Ybaria. Una conspiración más grave de lo que parece, porque es internacional, como le he dicho. Los sediciosos carolunios son parte de ella, pero todavía no sé hasta donde están dispuestos a llegar. De momento se limitan a emitir bravatas. En otra época, me habría puesto a trabajar en una contra-

conspiración, quizá un golpe militar. Pero esto es imposible, los militares son hoy funcionarios, carecen de ambiciones que no sean administrativas. Lo más probable es que llegue diciembre y yo no haya avanzado mucho... Pero tengo que intentarlo...

El rostro del general sufría leves convulsiones. Intenté quitar de mi mente la sospecha de que era un lunático. Me esforcé en encontrar algún sentido a sus palabras tremebundas.

—Dice usted que he aparecido en su despacho en el momento oportuno. Es una verdad a medias. Yo no tenía ni idea de que le estaban haciendo una inspección de Hacienda. Pero he usado una fracción de los poderes que me ha cedido el ministro de Defensa, un hombre estupendo, por cierto, un patriota de verdad. Ese escarabajo hembra con cara de comadreja no volverá a molestarle. Espero que no tenga una razón para hacerlo. Confío en su probidad.

Formó una rara sonrisa. Me pregunté si se compadecía de mí o estaba ayudándose a soportar un dolor interior, quizá el que le había producido la desaparición de Ariadna Galvão.

—La media verdad de mi irrupción aquí es que yo venía buscando a cierta joven que forma parte de su equipo de asesores. ¿Sabe a quién me refiero?

—Creo que sí. No tengo ni idea de quién es. Hoy no ha venido. La conocí hace dos días. Me la presentaron vagamente. Acompañaba a mis asesores, sí. Pensé que sería una becaria, o la amante de uno de ellos, o la hija, algo así, una realidad común, explicable. ¿Por qué busca usted a esa chica?

—Porque está relacionada con el robo de “Le Sommeil d'Endymion” del Louvre.

—¡Diantres! ¿Y qué hace aquí en Cecabastos?

—Se supone que ha nacido aquí. Y efectivamente es la amante de uno de sus asesores. Pero también es una ladrona. O acaso algo más.

—¿Cómo se llama?

—Concepção Galvão.

### **Los Peregrinos del Anuncio**

El general García me explicó de un modo impreciso la intervención de la chica en el robo del cuadro. Le interrumpí para preguntarle si tenía que ver con Ariadna, dada la coincidencia de apellidos. Según él, no, al menos de modo directo. Esta salvedad añadió todavía más confusión a mi mente. Cruzó mi cabeza la tentación de coger mi Aston Martin DB5 de 1964 y salir disparado hacia el norte, cruzar Francia y los Países Bajos y esconderme en

una cabaña con sauna en un bosque escandinavo, más allá del canal Øresund que separa Dinamarca de Suecia. Pero estábamos en el arranque de la vendimia, y no podía abandonar mi propiedad en manos de personas honradas, pero que necesitan una dirección.

García me pidió que le acompañara en dos gestiones. Una, ir a Freedonia, la ecoaldea, para entrevistarnos con Tischbein. Y luego, meternos los tres en la cueva del oso, es decir, en la mina donde mi sobrino Onésimo Bravo Ramires cazaba neutrinos y conjuraba la antimateria.

—Tischbein se marchó a París hace casi una semana —le advertí.

—Pero ha vuelto.

En mi 4x4 nos encaminamos a la ecoaldea, donde encontramos a Tischbein que, con un pitillo en la mano, no se sorprendió al vernos aparecer. De nuevo vestía su traje neo-rural de colorines. Nos sentamos bajo un emparrado que adornaba el patio de su casa. Tischbein sacó una botella de zumo fresco producido por él mismo a base de manzana y zanahoria. La segunda se cultivaba allí, pero la primera la importaban de unos huertos distantes casi cincuenta kilómetros. Si hubieran estado a cincuenta

y uno, no habrían llegado a moverse, porque los ecoaldeanos practicaban una rígida rutina de consumo que prohibía los productos obtenidos más allá de este radio, salvo que fueran necesarios o convenientes para la población; por ejemplo, en Esteparia no se produce ruibarbo, y allí lo utilizaban para todo tipo de confituras, importado de Francia.

—¿Conoce usted a Concepção Galvão? —le preguntó García a Tischbein.

—Sí. Vive aquí, con su novio. Son expertos en la *construcción* de domos de paja y madera. Forman parte del equipo de mantenimiento.

—¿Podríamos hablar con ella ahora?

—Supongo que sí. ¿Quieren que la llame?

—No. De momento, no, gracias.

Así que aquella muchacha discreta que acompañaba a mis asesores, era bígama o en todo caso, promiscua, y llevaba una doble vida.

—¿Y conoce usted a un tal Doctor Huarte?

—También le conozco, sí señor. He estado con él en París estos días.

—¿Y se llevan bien?

—*Clarro*. Es una buena relación la nuestra.

—¿Y cual es el vínculo de esa relación?  
¿Quiero decir si tienen ustedes intereses comunes?

—Sí, formamos parte de una asociación llamada los *Peregrinos del Anuncio*.

Vi cómo García hacía esfuerzos por contener un respingo.

—Escúcheme, señor Tischbein, al parecer usted inspeccionó el túnel en el que desapareció Ariadna Galvão. ¿Qué idea se ha formado de ese episodio?

—Que Ariadna Galvão pudo haber sido absorbida por el agujero. No sé cómo y *prrobablemente* no llegue a saberlo. Pero es una posibilidad real.

—¿Podría acompañarnos a la mina y darnos “in situ” explicaciones de su teoría?

—¿Es necesario que sea ahora? Tengo tareas que cumplimentar.

—Sería conveniente —García parecía haber



terminado su conversación, pero después de un silencio, de pronto, dijo —: ¿sabe usted dónde se encuentra “Le Sommeil d'Endymion”?

Tischbein tardó en contestar. Al hacerlo, titubeó, luego mentía.

—No. ¿Por qué había de saberlo?

—Porque ese cuadro ha llegado a Cecabastos procedente de París. En compañía de Conceção Galvão.

Tischbein, ahora con una calma absoluta, se puso en pie. Se disculpó, y salió del patio. Pasaba por allí un niño rubicundo y sin duda feliz, y Tischbein le pidió en un lusitano impecable, pero con erres teutonas, que buscara a Conceção y le dijera que acudiera allí. En menos de un minuto se presentó la chica. Era morena, de pelo liso, ojos oscuros y boca de rubí, toda una belleza erótica, resaltada por el vestido, holgado, de una tela casi traslúcida, una camisa larga o una bata corta estampada de girasoles que habrían encantado a Van Gogh. Cuando estuvo en mi casa vestía como una ejecutiva, o al menos a mí me lo pareció.

—¿Dónde has puesto el cuadro? —le soltó a bocajarro Tischbein en alemán.

García y yo le entendimos, así que si el hombre pretendía ser discreto, no lo consiguió.

—*Das Bild ist bei der Kolhlengrube* —  
respondió la morena.

Acababa de enredar las cosas de un modo alarmante, porque, según ella, “Le Sommeil d'Endymion” estaba en el centro científico de mi sobrino, una mina que por cierto nunca fue de carbón, sino de blenda.

El general se puso en pie casi de un salto, y con voz templada y una autoridad irrefragable dio la orden de partida.

—Esta aldea me trae recuerdos dolorosos —  
me dijo en voz baja García, que viajaba a mi lado, ambos en los asientos delanteros, mientras que Tischbein y Concepção, con un abismo entre ellos, viajaban en los traseros del 4x4 —¿Ha oído usted hablar de los *rondável*?

Me sonaba la palabra a geniecillos nórdicos. Me figuraba que el general se refería a la población de neoruralistas que habitaba Freedonia.

—Un *rondável* es una casa redonda de barro y paja, con techo de palma. Son las viviendas de

muchas tribus africanas, en especial en el sur del continente. Durante la guerra colonial las conocí bien. Solía dormir en ellas. Eran más frescas y habitables que las tiendas militares.

—¿Se refiere a la guerra de independencia de las posesiones africanas de Ybaria? No sabía que usted participara en ella.

—Llegué a África siendo teniente. Fue antes de conocer a Petra. Entonces yo estaba casado.

—Y era padre de un hijo —escuchamos la voz de Tischbein a nuestra espalda.

De reojo vi tensarse al general. Me dio la impresión de que estaba reprimiendo las ganas de mandar fusilar al feo alemán. Busqué en el espejo retrovisor la imagen de quien acababa de hablar. Aquel no era el Tischbein que yo estaba acostumbrado a tratar. Era como si se hubiera quitado un disfraz interior o se hubiera puesto otro.

Al vernos aparecer en su mina, mi sobrino Onésimo se sobresaltó.

En el vestíbulo de entrada, recostado contra la pared, había un paquete muy grande y plano de poco grosor. Conceção lo señaló al entrar, lanzando una

mirada a Tischbein.

—¿Qué es eso? —preguntó el general a Onésimo.

—No tengo ni idea —dijo Onésimo—, lo ha dejado aquí esta mañana un transportista, con esta dirección y a mi nombre.

—¿Viene de París? —volvió a preguntar García.

—Creo que no. Viene de Compluto. No he tenido tiempo de abrirlo.

—Permítanos —se impuso el general, sacando una navajita de un bolsillo, y rasgando el papel y las cuerdas que sujetaban el envoltorio.

Debajo había una serie de cartones protectores, que García volvió a rasgar, ahora con sumo cuidado. Hizo una ventanita de un palmo de anchura. Lo que salió a la luz fue algo desconcertante. En un trozo de lienzo se veía una entropierna masculina, unos muslos cerrados, vello púbico y un pene en absoluto reposo. Yo recordaba bien las imágenes de “Le Sommeil d'Endymion”. El general había abierto un hueco en el lugar exacto del sexo del pastor enamorado de la Luna y dormido como un tronco.

—¿Participó usted en el robo del cuadro? — preguntó García a la muchacha.

—Yo no me he movido de Freedonia desde hace un mes.

—Entonces, ¿por qué Tischbein le preguntó “¿dónde has dejado el cuadro”?

—Puede usted preguntar en Freedonia. Yo no he salido del poblado más que para acompañar a un amigo a casa del doctor Ramirez —era una de las pocas veces, fuera del ámbito académico, que alguien me mencionaba por un título que me corresponde.

—Y usted, Tischbein, ¿cómo explica sus palabras?

—Es muy difícil de explicar con arreglo a la lógica humana...

Me pareció un mal momento para hacer una broma. Sin embargo, algo turbio empezó a empañar mi cabeza. Concepção había mencionado a “un amigo” con quien estuvo en mi casa. ¿Ese amigo, uno de mis asesores, tenía algo que ver con todo ese lío? No hay nada que lleve peor que la traición, y la desconfianza es el primer paso para entrar en esa

voráGINE. Por un segundo me sentí un niño de cinco años defraudado por su padre. Me habría ido a un rincón y me habría puesto a patalear de rabia.

—Tischbein, no me toque los cojones —la voz del general García era la de un sargento en un centro de reclutas—. Haga el favor de explicar, de acuerdo con la lógica que más le guste, lo que está pasando.

Tischbein pareció retorcerse de dolor, de angustia o de vaya usted a saber qué.

—No puedo. Ahora no puedo. Más adelante. ¿Me permiten que fume un cigarrillo?

García le traspasó con la mirada. Luego movió la cabeza lentamente, y nos indicó que saliéramos, por favor, y le dejáramos solo con el feo alemán, al que concedió el permiso de fumar.

—Usted, no —me contuvo—. Quédese.

Yo le habría agradecido que no tuviese esa deferencia. Me sentía cada vez más atrapado en una jaula que empezaba a llenarse de heces.

—General —empezó Tischbein una vez que nos quedamos los tres—, supongo que recordará que durante la guerra colonial su mujer le hizo una

jugarreta.

García, lejos de lanzarse sobre el tipo y abofetearle, se recostó en una silla con ruedas que se desplazó hasta una de las consolas llenas de aparatos. Yo contuve la respiración. Si aquello no acababa en una golpiza, iba a presenciar una película de intriga que empezaba con un *flash back* bélico.

—Aquella mujer le abandonó. Se marchó con su hijo. Y usted no hizo nada por evitarlo. Estaba convencido de que habría sido peor. El niño tendría siete u ocho años...

—Siete.

—Parte de la responsabilidad de su sangre fría se debió a la intervención del doctor Huarte, en quien usted se confió. Como he dicho antes, Huarte pertenece a una asociación o cofradía llamada los *Peregrinos del Anuncio*. Yo también pertenezco a ella.

Hizo una pausa. El general aspiró a fondo, oxígeno y humo ajeno, y expulsó muy poquito a poco el aire. Era un ejercicio para calmar sus nervios.

—Los *Peregrinos del Anuncio* están divididos en dos facciones, si queremos llamarlo así para

entendernos, porque nos estamos metiendo en un terreno muy muy ambiguo. *Los Peregrinos del Anuncio* venimos de muy lejos. Y algunos están involucrados en actividades desleales. Le he recordado a su mujer, porque este argumento va a ser usado por alguno de estos disidentes para acercarle a usted hasta ellos y sus desviados propósitos.

Lo que siguió no fue una película de intriga, sino una lección de astrofísica. En mitad de ella estuve a punto de interrumpirle, para que el general dejara entrar a mi sobrino, la eminencia en la materia.

Cuando terminó, Tischbein nos condujo al túnel donde se suponía que Ariadna Galvão había sido devorada por una boca invisible. Siguieron allí más explicaciones.

Luego, ocurrió algo escalofriante. Tischbein se metió en la pared (hablo en términos literales, primero una pierna, luego la otra, que iban desapareciendo como en los mejores efectos especiales) y al llegar a la cabeza, se despidió de nosotros, asegurándonos que no tardaría mucho en regresar, y urgiéndonos a que protegiéramos el cuadro de Girodet Trioson, sobre todo de Concepção, debía impedirse a toda costa dejarla sola con el



lienzo. Sonrió, y unos segundos antes de ser absorbido por completo por la pared, mudó su rostro en otro, el de aquel individuo con la mitad de la cabeza aplastada. Ian Romer era él.

## **Capítulo Cuarto**

*(Metodio Mazón, de Veetónica)*

## Cuestión de confianza

El domingo 21 de marzo Cachos de Pera empezó a recuperarse.

Primero la memoria muscular, con el concurso irremplazable de Ariadna Galvão, que le facilitó unas descargas eróticas muy pertinentes, porque las últimas semanas habían tenido a la pareja distanciada, él de viaje por varias provincias, ella encerrada en su despacho del instituto Fleming despejando incógnitas sobre la L.Q.G. (*Loop Quantum Gravity*) y probando patrones matemáticos sobre el encaje de cuantos, leptones, bosones, gluones y fotones del Modelo Estándar de Física de Partículas (M.E.F.P.).

Después, a ritmo de caracol, Cachos recobró la memoria personal y la histórica, que en su caso eran la misma memoria, porque todo su afán se centraba en aquellos días en cambiar la historia de Veetónica mediante “Massa Crítica”.

Cinco días después, Cachos dejó de sentir repugnancia por su coleta (tuvimos que esconder todas las tijeras y los cuchillos afilados para que no se ocasionara una masacre capilar) y manifestó cierta indiferencia por su barba-matorral.

Al sexto día alguien vino a acelerar el rescate de la conciencia perdida de Cachos de Pera. Se trataba de un tal doctor Huarte, que se presentó en casa de parte de Corto Caballero, el *Chino*, con el título de “sanador de mentes y entrenador de neuronas rebeldes”. A mí, catalizador de las actividades del triunvirato y orientador de los pasos privados de “Massa Crítica”, me resultó sospechoso. Estuve a punto de echar a perder la estratagema de Huarte, llamando por teléfono a Corto. Pero el sanador y entrenador advirtió mi suspicacia, y me convocó a una vieja cafetería de Sbaria de decoración decrepita y surrealista llamada “El Sueño de Endimión”.

Dos vasos de un excelente whisky que yo, cosa rara, no conocía sirvieron de soporte para la confesión de la verdadera procedencia de Huarte. Era psiquiatra del S.E.S.O.S. es decir del S.I.R.V. Había tratado otras veces a Cachos y a casi todos los agentes de un servicio que fractura las personalidades más pétreas.

El doctor Huarte era un viejo larguirucho con el rostro marcado por unas arrugas seculares y unas gafas de gruesos cristales. Vestía algo parecido a un uniforme de campaña, con pantalones y cazadora, todo lleno de bolsillos, y coronaba su despeinada

cabeza, un denso matorral grisáceo, con una gorra de observador de pájaros. Empalmaba un pitillo tras otro (cortitos, aunque le duraban mucho, porque apenas los chupaba). Y tenía una mirada afilada, casi militar, de las que someten a cualquier interlocutor que no sea de mi naturaleza.

—Todavía no he remitido mi informe al coronel Abulafia —dije para sondear lo que conocía Huarte de mi encuentro con aquel.

—No espera ningún informe, sino una conversación larga y tendida con usted.

—Estoy esperando a que Cachos se ponga al día y tenga su primera reunión de triunviros. Será la prueba mejor de su recuperación.

Huarte meneó la cabeza asintiendo, sacó otro minicigarrillo de una pitillera y lo encendió.

—El coronel Abulafia me aseguró que Cachos no está actuando como agente del S.I.R.V. Pero me pareció enterado de las actividades de “Massa Crítica” —le informé.

—Así es —fue su escueta respuesta.

—¿Espera el coronel Abulafia mi

colaboración?

—Si no fuera así, no le habría convocado.

—¿Qué tipo de colaboración?

—En cuanto usted le vea, lo averiguará.

—Soy muy mal averiguador, doctor Huarte. Para actuar me baso en evidencias.

—Obra usted con prudencia.

—Supongo que usted y el coronel Abulafia confían en que yo no les mencione en los medios de “Massa Crítica”.

—Sería un error, pero eso es cosa suya.

—¡Diantres! ¡No le entiendo! ¿Para qué me ha citado entonces?

—Para que conozca usted la sombra de la verdad.

—¿De qué verdad, leñes?

Me estaba sulfurando, y ser incapaz de reprimir mi ira me sacaba más de quicio.

—La verdad nunca se llega a saber, por

fortuna. La verdad convierte a las personas en meteoritos, en kamikazes.

El tono de Huarte era calmado. Parecía imperturbable. Esto me hacía sentir un imbécil.

—Es decir, que no hay tal cosa, no hay verdad.

—Si la hubiera, estaríamos todos en el Infierno o en el Paraíso. No habría Humanidad. No habría incertidumbre.

—Es curioso. Algo parecido me ha dicho Ariadna cuando le he preguntado sobre su misterio.

—¿Qué misterio?

—Un contacto mío en el ministerio de la Gobernación la ha buscado en los archivos y todo lo que ha encontrado sobre ella empieza en diciembre del año pasado. Dice que puede ser una inmigrante ilegal.

—No es usted tan mal averiguador como dice...

Iba yo a responderle, sin saber muy bien por dónde salir, cuando aproveché mi duda para seguir hablando.

—Ariadna Galvão nació en Sydney, Australia. De madre alemana y padre portugués, ambos personas eminentes. La conozco bien. Es una de las matemáticas mejor dotadas del siglo. Puede confiar en ella.

—Cachos lo hizo, desde luego.

—Cachos es una persona inteligente, aunque sus nervios no estén a la altura de las circunstancias. También puede confiar en él.

—Y en usted y en el coronel Abulafia, ¿puedo confiar?

—Ya irá viendo que merece la pena. Estamos todos del mismo lado.

En ese instante emergió en mi cabeza un recuerdo como una puñalada. Me vi, con treinta años menos, en un despacho espartano de la STASI, la policía política de la República Democrática Alemana, delante de una mesa vacía e inmaculada envuelta con un espantoso canto metálico, al otro lado de la cual, un funcionario de voz meliflua me intentaba sonsacar sobre mis actividades en Veetónica y el propósito de mis constantes viajes al mundo comunista. “Es que yo soy comunista, camarada”, le espeté. “Yo, también”, respondió.



“Incluso soy miembro del Partido de la Unidad Socialista de Alemania. Pero mi trabajo es aclarar todas las dudas. El pueblo me paga para ello.”

Una jaqueca insoportable se apoderó de mi cabeza, y tuve que cerrar los ojos. Entonces noté en mis sienes el contacto de unas manos. Estaba tan seguro de que eran las de Huarte, que no abrí los ojos. En unos segundos de friegas, el dolor desapareció.

—Me tengo que ir, amigo Metodio. Me esperan.

Y giró la cabeza hacia la entrada de la cafetería, donde un hombre vestido con un uniforme para mí irreconocible nos miraba con cierta ansiedad. Pero lo más estupendo de aquel tipo era su cara. La mitad parecía hundida por un mazazo cruel pero limpio. La otra estaba completa. Parecía bizco a causa de la asimetría facial, y su mirada era benigna, llena de confianza. Si se ignoraba su lado derecho, es decir, el izquierdo para quien le observaba, era un rostro bello y equilibrado. Nunca había visto semejante paradoja.

Huarte llamó al camarero, pagó los whiskys, se reunió con Mediacara, y ambos salieron a la calle. Yo estaba clavado a la silla, impotente, perplejo.

## **El tórrido corazón de una estrella**

De mal humor me encaminé al hotel. Desde allí, presa de una frustración inaceptable, sentí la necesidad de telefonar a casa de Ariadna. Pregunté por la salud y el ánimo del doliente Cachos. Lo hice con tanta desgana que, conteniendo la furia por mi debilidad, me despedí sin ceremonia, y prometí visitarles a la mañana siguiente.

Estaba tan cansado que me dormí ante la televisión, que había encendido sin llegar a mirar, movido por un automatismo ajeno a mí, que no tengo aparato en casa. Al despertar estaba amaneciendo, y tuve la sensación de que la cadena emitía el mismo programa que al caer rendido horas antes, en un bucle tedioso. Mientras me duchaba, supuse que sería mi especial percepción de un medio que jamás veía porque todo lo que salía en la pantalla me parecía igual. O quizá me parecía igual porque nunca la veía, y mi imaginación recreaba el insoportable contenido. Mi empirocriticismo ulianista flaqueaba. Debía reaccionar.

Mientras desayunaba, pensé qué debía hacer para ganarme la confianza de Ariadna. De inmediato noté un pinchazo en el costado.

Fue entonces cuando recreé un sueño que

había tenido aquella noche, retorcido sobre el lecho. Empeñado en escuchar el canto de las Sirenas, había pedido al estado mayor de “Massa Crítica” que me atara al palo, un palo semejante a un falo, acaso el mío propio, doblado bajo mi entrepierna y erecto a mi espalda, mientras ellos taponaban sus oídos con cera para no dejarse seducir. Al pasar por entre las rocas donde habitan las Sirenas, se echó encima de mí la más grande de ellas. Tenía el espantoso aspecto de la sirena de un vaso ateniense del siglo V a.C., un pájaro aullador colgado de una peña que sostiene a otra sirena con cara de panoli.

Lo espantoso no era el aspecto de la sirena colgada, bocabajo, con los ojos cerrados y en trance, sino su rostro, que era el de Ariadna, con apariencia de estar rezando una letanía obscena ante mis propias narices. Atado al palo, es decir a mi falo, me debatía impotente, mientras Escila, un monstruo con aspecto de banquero de chiste, incluidos el chaqué y la chistera, se arrojaba sobre la nave y despachaba de un bocado al Comité Central de “Massa Crítica”.

Desde el momento que conocí a Ariadna había sentido un deseo frenético de poseerla. Pero sabía que si intentaba aproximarme a ella cometería un error que daría al traste con mi estrategia de cimentar “Massa Crítica”. En mis sueños aparecía una y otra

vez, disfrazada de las más extrañas maneras.

Comprendí entonces que ella era la causa de mi rabia la noche anterior. Aquel doctor Huarte parecía conocerla bien, y yo no había conseguido que confiara en mí, a pesar de las elaboradas danzas socio-políticas que ejecutaba ante ella. Sin darme cuenta había convertido esos ejercicios de astucia en un cortejo amoroso que no daba el menor resultado, porque todos sus enloquecedores encantos los reservaba para Cachos. Y yo debía fingir que era indiferente a su paradójica belleza y ocultar el desaliento causado por mi fracaso.

Lo cierto es que el problema que ocasionaba Cachos era de mayor importancia que el misterio de Ariadna. Se limitó a decir que había escapado de un Laberinto donde la tenía presa un Minotauro, como si yo no supiera quién fue Teseo el ateniense.

Gran parte de nuestra energía se empleó en ocultar a “Massa Crítica” el estado de Cachos, y en atender los vaivenes emocionales del profesor y capitán de Artillería o de Estado Mayor. Gracias a las píldoras que le proporcionó el doctor Huarte, cada día se levantaba menos confuso. Hasta que una mañana, después del café con leche y unos cruasanes calentitos que acababa de comprar yo en la panadería

de la esquina, soltó:

—¿Qué vais a hacer conmigo?

La pregunta iba dirigida a Ariadna y a mí, los únicos presentes. Esto era algo singular, porque Ariadna había seguido durmiendo con él, sin parecer afectada por el conocimiento de que era un agente de inteligencia, es decir, un falso agitador, un espía, un *agent provocateur*. Al colocarnos a la matemática y a mí en la misma línea de fuego, nos unía. Me asaltó una euforia erótica que cercené de un tajo.

—¿Qué temes de nosotros? —repuse con frialdad.

—Estoy fuera de servicio.

—Como los ascensores —dijo Ariadna echándose a reír.

—¿Qué va a ser ahora de “Massa Crítica”? —dijo Cachos sonriendo por la ocurrencia de su mujer (tuvimos que enseñarle el Libro de Familia para que aceptara que estaban casados).

—Lo que decida “Massa Crítica” —afirmé.

—“Massa Crítica” somos básicamente nosotros, diez elevado al cubo. Y en menor medida,

diez elevado a menos dos, Corto y Demetria — intervino Ariadna.

Diez era el número de miembros del Comité Central. Lo de elevación a la triple potencia se me escapó. Me di cuenta de lo cerca que estábamos ella y yo. Es decir, que si yo alimentaba la caldera de “Massa Crítica” desde mi puesto de carbonero invisible, ella hacía lo propio, pues estaba apartada de la dirección y sólo aparecía como coautora de los panfletos de Cachos de Pera. Éramos el núcleo de una conspiración en la que ahora se había colado el aparato del Estado.

—He visto al coronel Abulafia —confesé—. Le he prometido que me reuniré con él en Recópolis para hablar del asunto.

—¿Qué asunto? —replicó Cachos.

—Me ha dicho que estás en excedencia, que no trabajas para el S.I.R.V. Y quiere saber si tienes algún propósito, algún plan que él no conoce.

—¿Yo tengo un plan?

—Tienes que tenerlo, Cachito. No puedes tirar ahora por la borda todo lo que hemos construido en tres meses —aclaró Ariadna.

—Y vosotros, ¿qué plan tenéis? Podíais echarme una mano, ¿no? —y al decirlo se atusó la coleta que había estado en peligro los primeros días.

—Yo propongo que el primer paso sea que nosotros tres acudamos al despacho de Abulafia en Recópolis —dije.

—Yo prefiero no ir —adelantó Ariadna.

—¿Por qué?

—No aportaría nada. No soy necesaria. Y además, tengo mucho que hacer en el instituto. Estoy luchando con las partículas elementales, y muy cerca de alcanzar una explicación matemática de la composición del plasma estelar. Por qué los átomos resisten presiones imposibles, se rompen y se ionizan sin descomponerse.

—Está metida en el tórrido corazón de una estrella —exclamó Cachos, poniéndose en pie de un salto.

Ariadna hizo lo mismo, y se abalanzó sobre él. Siguió un beso que me produjo más rabia que embarazo.

—¡Estás recuperándote, Cachito! Es lo que me

dijiste...

—La noche del 19 al 20 de marzo, cuando... bueno, eso.

### **Un conductor distraído**

Ya había reservado el billete de tren para regresar a Recópolis, cuando sucedió algo imprevisto. Iba a salir del piso de Ariadna camino de la estación, y al abrir la puerta me di de bruces con Demetria Stzakos acompañada de Corto Caballero.

—Venimos a visitar al doliente —dijo la primera después de saludarme con dos besos insustanciales.

—Podíais haber avisado —les reproché.

—Nos preocupa el estado de nuestro compañero. Apenas sabemos de él desde hace una semana —me replicó la greco-veetónica.

Pensé, “y temíais que lo tuviéramos secuestrado, ¿verdad?”.

—Estamos preocupados por él y por “Massa” —añadió Corto.

Durante un segundo pensé que el *Chino* estaba



haciendo una broma.

Venían con las manos vacías, sin ninguna bolsa, salvo esas mochilitas de progre en las que se suele meter de todo. Les invité a pasar y les conduje en silencio por el estrecho pasillo en ele del apartamento hasta el comedor-salón de estar, que encontramos vacío.

Eché una mirada de reojo al dormitorio, y vi o imaginé una escena de porno suave: Ariadna desprendiéndose de la camisa, delante de Cachos. Con toda claridad observé que el sujetador de la matemática era de color tostado y con borde de puntillas.

Di una patada a una silla como si hubiera tropezado, cerrando el paso a la pareja que me seguía para que no pudiera ver lo que a mí me turbaba. Ariadna se volvió a poner la camisa que no había salido del todo de su brazo izquierdo, y retrocediendo de espaldas dio un taconazo a la puerta del dormitorio, que se cerró.

—¿Venís de Recópolis? —pregunté por ganar tiempo.

—Claro.

El tono era ofensivo. Me autoricé a mí mismo a responder igual.

—¿Sólo por ver si Cachos está vivo?

—Merece la pena hacer un viaje por saludar a un compañero enfermo, ¿verdad? —dijo Corto, forzando un acento barriobajero.

—¡Ariadna, Cachos! Demetria y Corto han venido a visitaros —informé casi a gritos.

De inmediato se abrió la puerta y emergió Cachos de la alcoba abrochándose la camisa, que llevaba fuera del pantalón.

—Sentaos, sentaos. Nos estábamos vistiendo para ir al cine —dijo con aplomo, tras intercambiar los oportunos saludos con la Estacazos y el *Chino*.

Esto tranquilizó mi temor a que Cachos se quedara en blanco, porque era la primera vez que veía a los otros dos triunviros desde su *breakdown*.

—Nos han dicho que has cogido una gripe muy fuerte —dijo Demetria desde el fondo de un sofá.

—Ha sido *surmenage*. Me ha afectado sobre todo a la memoria. He tenido algo así como amnesia

—precisó Cachos con una sonrisa.

—Sí —me precipité a intervenir, antes de que la pareja recién llegada convirtiera la broma en un interrogatorio inquisitorial—. Hemos tenido que hacer un poco de anagnórisis.

—En cristiano, Metodio —solicitó con mala cara el *Chino*, que se había sentado en el borde de una silla, como si fuera a salir disparado en cualquier momento.

—Pensaba que eras doctor por la universidad de Recópolis —repliqué, y sin darle tiempo a reaccionar le largué la definición académica—: término teatral o cinematográfico, reconocimiento de la identidad de un personaje por otro o por él mismo.

—Ya está bien de coñas —cortó Demetria—. Estamos preocupados por el compañero Cachos. Esta es una visita de cortesía.

En ese instante Ariadna salió de su encierro, embutida en camisa y pantalón vaqueros, como si en lugar de una tarde de cine se estuviera preparando para ir a un rodeo, porque además se había calzado unas botas tejanas repujadas. En un concurso de belleza se habría llevado todos los premios. Su sonrisa emitía inocencia y “buen rollito”. Sus ojos azules eran dos pozas de claridad, gracias a un

maquillaje oscuro y exagerado, imagino que por precipitación e impericia, porque Ariadna no solía usar afeites. Me acordé de mi sueño, y me estremecí.

—Os supongo enterados de la campaña que urde la casta contra todos nosotros—anunció *Estacazos*.

La mirada de Cachos y de Ariadna era toda una respuesta. Yo compuse la mía, como si estuviera al tanto de un asunto que desconocía por completo, porque desde que llevaba en Sbaria me había desentendido de mis relaciones habituales con los medios.

—No he creído oportuno hablar del tema con los compañeros—intervine.

—Pues ha llegado el momento, porque la primera andanada la van a soltar esta noche en el telediario.

Eran casi las cuatro de la tarde. Mi tren salía a las cuatro y media. Decidí perderlo. No podía dejar a la pareja en manos de dos halcones. Además, necesitaba saber de qué tipo de conspiración se trataba. Entonces hice una apuesta audaz.

—¿En el telediario, dices? Tenemos poco tiempo para reaccionar. Estábamos a punto de salir a

la consulta del especialista. Si os parece bien quedamos a las seis y media... ¿En qué hotel estáis?

—Pero ¿no os ibais al cine? —saltó como un resorte Corto, mirando a Cachos.

—Cachos es muy malo inventando excusas. Además, es el hipocondríaco perfecto. Yo salía a la farmacia y a buscar un taxi.

—No estamos en ningún hotel. Este es un viaje de ida y vuelta.

Me puse en pie y miré a Ariadna y a Cachos. Captaron mi intención y echaron a andar hacia el pasillo en ele. *Estacazos* y el *Chino* les siguieron, desconcertados.

—No muy lejos de aquí hay una cafetería llamada “El Sueño de Endimión” —di la dirección precisa que Demetria anotó en el billete de tren usado—. Esperadnos un poco antes de las seis y media. Quizá lleguemos antes.

— A las seis. En “El Sueño de Endimión” — se aseguó Corto en la puerta del ascensor.

Lo tomamos Cachos, Ariadna y yo. Los visitantes bajaron por las escaleras. Durante el

descenso nos guardamos de hablar y hacer gestos extraños, porque la caja era transparente. Intercambiamos una sola instrucción con la mirada: calma.

Nos despedimos en el portal. Nosotros, inmóviles, para ver cual era el camino que tomaba la pareja con el propósito de seguir el opuesto. Tiraron por la derecha, y nosotros arrancamos por la izquierda. Al doblar la primera esquina nos detuvimos, esperamos unos instantes, y al cabo de unos segundos Ariadna se asomó. Retrocedió, encogiéndose de hombros.

—Están cruzando la calle. A lo mejor tienen el coche aparcado cerca.

—No han venido en coche —señaló Cachos.

Buena señal. Estaba recuperando la memoria.

—No conozco esa cafetería “El Sueño de Endimión” —comentó Ariadna.

—Es un lugar que parece de otra época, de mi juventud militante. Muebles sucios y decadentes, media luz, camareros con mandil. Entonces habría sido un refugio de activistas de clase media al servicio de la clase obrera. He estado allí con el doctor Huarte. Sospecho que les desconcertará. Será más fácil engañarles.

—Y ¿porqué tenemos que engañarles? —dijo Cachos.

En ese instante se oyó un frenazo. Los tres nos precipitamos a la esquina, asomándonos a medias. Había un enorme coche parado en mitad de la calle, a unos diez metros del portal de la casa de Ariadna. Se apeó de él un individuo, y fue hacia delante. De pronto pareció emerger Corto Caballero del pavimento.

Se entabló una nerviosa conversación entre el conductor y el dirigente de “Massa Crítica”. Demetria se inclinaba hacia Corto, al parecer comprobando su integridad. Daba la impresión de que el auto había atropellado al *Chino*, aunque el frenazo había reducido el impacto. El joven cojeaba. El conductor de aquel coche con aspecto de camioneta invitaba a la pareja a subir en el vehículo, probablemente para conducirlos a un servicio de urgencia. Les convenció, y el trastomóvil arrancó a toda velocidad, dispuesto a atropellar a cualquiera, porque en su interior cabían al menos cuatro heridos leves más.

Dimos la vuelta a la esquina y nos dirigimos a buen paso hacia el portal.

—¿Os habéis dado cuenta de quién era el

conductor? —pregunté.

—Sí —contestó Cachos —. El doctor Huarte.

—¡Es verdad! —exclamó Ariadna— ¡Que casualidad!

De casualidad, nada, pensé. Y nos metimos los tres en la caja transparente del ascensor.

### **Quinto Primo**

Lo primero que hice fue telefonar a una de mis fuentes en la redacción central de la “Cadena Siete” en Recópolis. Formulé la pregunta pertinente, y mi interlocutor se sorprendió. Me pidió cinco minutos para comprobar la escaleta con el orden de noticias del informativo. Le concedí diez.

—No puedo creer que Huarte haya atropellado a Corto —dijo Ariadna, aunque en su voz no había reproche, sino malestar.

—Si hubiera querido atropellarle, lo habría hecho bien y en otro sitio —fue la respuesta de Cachos.

Volví a telefonar a la Cadena Siete. Mi fuente negó que hubiera alguna noticia dedicada a un escándalo en “Massa Crítica”. Tampoco creía que



fuera algo que mantuvieran reservado hasta última hora para evitar filtraciones. Pregunté si había oído ruido de fondo sobre “Massa Crítica” en los últimos siete días. Nada.

Había dos cadenas nacionales más, una pública y otra privada. Realicé la misma gestión, con idéntico resultado.

Había sido un farol. ¿Improvisado o con un propósito?

—Quizá salgamos de dudas hoy a las seis y media —medité en voz alta.

—Estarán en el hospital —dijo Ariadna.

Lo negué.

—Es posible que no haya habido tal atropello, al menos en serio.

—¿Un aviso? —dijo Cachos— No lo creo. No es el trabajo de Huarte. No es un operativo, es un médico.

—Estamos en una encrucijada. Tenemos que preparar el encuentro en “El Sueño de Endimión”. ¿Crees que ha sido una casualidad, Cachos?

—No lo sé. En el S.I.R.V. hay pocas casualidades. Esto es muy raro... Puede que no hayamos visto a Huarte, sino a alguien que parecía Huarte, o disfrazado como Huarte.

—¿Te importa que hagamos un ejercicio de anagnórisis, Cachos?

Le debía importar, pero fingió indiferencia.

—Cuando te cooptaron a la dirección de “Massa Crítica”, ¿qué planes tenías?

—Ninguno. Además cuando me cooptaron a la dirección, no existía “Massa Crítica”, te lo inventaste tú poco después.

—¿Y por qué aceptaste?

—Para impresionar a Ariadna —dijo sin mirarla, como si en lugar de hacer una confesión estuviera descubriendo un hecho que le había pasado inadvertido.

—¿Quieres decir que no te movía aunque fuera una sombra, un eco de deber de funcionario del S.I.R.V., inconsciente, incluso?

—No. Creo que no.

—¿Tienes convicciones políticas?

—Sinceramente, no. Pero dudo que Demetria, Corto y el resto de los dirigentes las tengan. Estamos en igualdad de condiciones.

—Pero ellos ven en “Massa Crítica” un instrumento para llegar al poder, para hacerse con poder, acaso para tomar el poder, aunque esto último me parece muy improbable. No veo cuales pueden ser tus motivos.

—No tengo motivos, Metodio. Supongo que me lo preguntas porque tú sí tienes motivos para participar en todo esto desde la sombra.

—Desde luego. Ponerme al día. No creo que vuelva a haber ninguna revolución bolchevique en el mundo, y menos que en ningún sitio, en Occidente. Pero la lucha de clases perdurará. Y tendrá que derivar en formas nuevas. Quiero estar cerca de donde se cuecen los panes nuevos de la historia. Puede que se quemén, que salgan crudos, que se mezcle la masa nueva con la vieja, que el Estado se infiltre en la vanguardia y que la vanguardia se emborrache de Estado...

Yo estaba hablando muy en serio, pero no estaba seguro de que ellos lo tomaran así. Opté por

callarme. Giré la cabeza hacia Ariadna y la expresión que descubrí en su cara me dejó perplejo. Me miraba con conmiseración o con escepticismo, quizá con las dos cosas a la vez. Salí al balcón con mi pipa, y me dediqué a llenarla y a fumarla durante un rato.

Al volver a entrar, el comedor estaba vacío. Busqué en mi agenda. En la página dedicada a “Asociación de Progresionales de las Artes” había veinte nombres con sus números de teléfono. Conté hasta el que hacía once, el Quinto número Primo. El teléfono había que descifrarlo con una clave, sumando a cada dígito uno, dos, tres... y así hasta que se acababan los números. Hice las cuentas en una hoja de mi agenda, que luego arranqué y trocéé, guardando los trocitos en el bolsillo, y marqué el resultado en el dial.

—¡Hola, Quinto! Soy Tercero. Tengo que confirmar o desechar una información. Me han dicho que en algún medio que no es la televisión, puede ser una radio, puede ser un periódico, va a aparecer un escándalo que puede dar en la línea de flotación de “Massa Crítica”. Me gustaría que me iluminaras un poco... De acuerdo. Me puedes llamar a este número. Antes de las seis... Vale... Gracias... Hasta luego.

Cachos salió del dormitorio, donde se había

cambiado de ropa.

—Capitán Cachos de Pera... Quinto, Tercero... Sois una caja de sorpresas —dijo Ariadna apareciendo del cuarto de baño con la cara limpia, sin sombra de lápiz de ojos o de rímel.

Eran cerca de las seis cuando sonó el teléfono. Que Quinto supiera, no había nada preparado sobre “Massa Crítica” para esa noche en ninguna redacción. Me resumió un jugoso informe. Sus dirigentes, excepto Cachos de Pera, del que no había datos significativos en ninguna parte, tenían debilidades y flaquezas: deudas, amantes, falsedades en el currículum... Todo de poca monta. Pero bien hilado y mejor argumentado podría urdirse un buen escándalo. Me preguntó si estaba preparando mi salida del compromiso adquirido con ellos. Le aseguré que no, que era un asunto casi privado, que alguien estaba faroleando, y necesitaba saberlo.

Nos dirigimos a “El Sueño de Endimión”. A las siete menos cuarto no había aparecido nadie.

—Tengo el tiempo justo de coger el último tren a Recópolis —resolví tras unos segundos de duda—. Si hay alguna novedad, llamadme por favor esta noche a casa.

Me despedí de Cachos y de Ariadna, que seguía con su traje de rodeo, y tuve incluso tiempo de cambiar el billete del tren perdido.

Al llegar a casa, mi mujer me recibió con un recado urgente de Ariadna. Tenía que llamarla. Era más de medianoche.

De nuevo Ariadna. Tendría que hacer un esfuerzo para no obsesionarme. En mi hogar, y en presencia de mi mujer, guardaba mis aventuras en un cofre de hierro bajo siete llaves, en el mismo sepulcro del Cid.

—Metodio, ha pasado algo inexplicable. Corto no aparece. Y Demetria dice que le han secuestrado.

### **Tiempo de maniobras**

En mis memorias *De viri incliti* (Íncritos varones) desarrollo una reflexión que viene muy a cuento a estas alturas del relato.

Es sobre los mecanismos de funcionamiento de los partidos políticos burgueses de mis días. Hasta que brotó el bolchevismo, feraz isla de poder en el océano proletario, los políticos del siglo XIX se agregaban en torno a personalidades orondas o en grupos de intereses afines, y las organizaciones eran

clubes, casinos, casas del pueblo. Esto ocurría entre los conservadores, entre los liberales y entre los primitivos socialistas. No había programas, no había doctrina, ni siquiera había líderes, me refiero a líderes carismáticos. Lo más parecido a estos últimos fueron Gambetta, que se escapó en un globo de la Comuna de París bombardeada por los alemanes y siguió dando guerra largos años, y Garibaldi, héroe de la independencia italiana, libertador profesional en Suramérica y en Europa, y el gran Marchengels. Los dos primeros fueron militares o ejercieron la milicia.

La única forma de ser líder hasta la aparición de los bolcheviques era ser militar. Los grandes políticos europeos eran militares, con la excepción de Inglaterra y Alemania, extrañas naciones, lo digo por experiencia.

La fuerza y la voluntad valían en el siglo XIX lo que la *potentia* y la *dignitas* en la Roma republicana. Un militar usaba sus legiones para cercar Roma o París, con diecinueve siglos de diferencia. Esto sin hablar de Veetónica, madriguera de espadones. Pero el ejercicio de la política burguesa quedaba limitado al compadreo, a la retórica, al caciquismo. Y a buscar un militar con bigotes para que sustentara el gobierno. Esos

politicastros, como Cicerón, sucumbían a su talento y a su ambición. Los hombres fuertes eran los César o los Pompeyo del momento, *miles gloriosus*. En mi tiempo hay ministros y alcaldes que se sienten Cicerón, y solo tienen de él un fragmento de su ambición, pero nada de su talento.

Véase el mecanismo interno de los partidos hoy llamados democráticos. Puro bolchevismo. Centralismo férreo, mano de acero del secretario general. Maniobras orquestales en la oscuridad, traiciones, expulsiones, hipocresía, cinismo, control del aparato, puñaladas, exaltación y humillación. A un ritmo vertiginoso. Al camarada Stalin le costó una década deshacerse de quienes le podían hacer sombra. Hoy en un mes se descabeza un partido de derechas, se le cambia de nombre, se hace de centro, o regresa a su condición primera, sembrando de víctimas el camino. Puro bolchevismo.

¿Por qué me he entretenido en esta digresión?  
¡Ah, sí! “Massa Crítica”

El secuestro de Corto Caballero fue una maniobra urdida por una fracción del partido que quería desembarazarse de Cachos de Pera y alejarme a mí. Vale decir que quien molestaba era yo, Cachos de Pera era una excusa. Y el urdidor, con toda



probabilidad Corto. Un rompecabezas político que ni yo mismo sé explicar.

Según el relato de Demetria, el causante del atropello les dejó en la puerta del hospital y tomó las de Villadiego. Corto entró cojeando en Urgencias. Le sentaron en una silla de ruedas y lo metieron en las tripas del hormiguero sanitario. Decía Demetria que era como si les estuvieran esperando. Ella se dirigió al mostrador de recepción para registrar el ingreso. Les explicó quién era y que no tenía ningún documento del herido, porque se lo habían llevado a toda prisa sin darle tiempo a recoger la cartera. Le extrañó que no le pusieran pegatas, algo en lo que se recrean los funcionarios de todos los servicios públicos.

Luego, Demetria se instaló en una sala de espera rebotante de personas que no parecían acompañar a enfermos, sino estar pasando un buen rato en aquella cueva de luces estropeadas, suelo sembrado de bolsas y cáscaras de frituras, asientos rotos y carteles recomendando silencio que nadie respetaba, quizá porque fueran analfabetos. Dijo que algunos le recordaban a los bandoleros de las películas veintónicas o a personajes de zarzuela antigua, individuos tripudos y mujeronas desgredadas, clientes avezados de los servicios de

asistencia pública.

Pasó el tiempo, cada vez con más morosidad. El público de la sala de espera se renovaba, si bien se diría que eran los mismos con diferentes indumentarias. Pasaron tres cuartos. Pasó una hora. Pasó hora y media. Altavoces escondidos en lugares misteriosos citaban nombres indistinguibles de pacientes, y sin falta siempre se levantaba una o varias personas, sin que Demetria comprendiera cómo habían descifrado el aviso.

Varias veces se acercó a la recepción, porque le había parecido entender que llamaban a los familiares de Corto Caballero. Disculparon sus frecuentes visitas, porque, dijeron, distinguir los apellidos era casi milagroso, por una megafonía vetusta. Pero cuando ella insistió en que quería saber algo del estado de ingresado le dijeron que allí no había registrado ningún Corto Caballero.

Durante unos minutos Demetria conservó la calma. Pero de súbito estalló. Se puso tan furiosa que un médico le ofreció un calmante de acción rápida. Le aconsejaron que denunciara la desaparición. Pero no quiso hacerlo.

Se presentó en casa de Ariadna y de Cachos hecha un manojito de nervios, donde fue atendida con

afecto y eficacia. En cosa de minutos, los que tardó en contar la aventura en las urgencias de bandoleros, se tranquilizó.

Cuando hablé con Ariadna por teléfono, la *Estacazos* dormía en un sofá cama.

—No creo ni una palabra de esta víbora —susurró Cachos—. Esto huele a montaje. Quieren despacharnos.

Ese “despacharnos” me complació. Cachos era un hombre sabio y prudente. Y, oficial ejemplar, estaba acostumbrado a reconocer la jerarquía.

—Mañana cojo un tren y me planto en Recópolis —añadió—. Y si te parece bien, pasado mañana vamos a ver al coronel Abulafia, que nos estará esperando, porque el que controla estos teléfonos le pasará el aviso. A las diez y media.

—¿Te has hecho una idea de lo que está sucediendo?

—Sí. Y quiero que me digan por qué se están cebando en mí.

Me pareció que Cachos estaba convencido de haber sido víctima de alguna pócima que le había

ocasionado una amnesia. No estoy familiarizado con las operaciones de los servicios secretos, sólo me relaciono con ellos por vía burocrática. Pero que empleen pócimas de un modo temerario es algo novelesco.

—¿Viene Ariadna? —pregunté sin darme cuenta de lo que estaba diciendo.

—No. Se queda con sus fórmulas. A lo mejor acaba dándole la vuelta a las leyes de la Termodinámica —dijo con una risita posiblemente dedicada a ella, a quien imaginé a su lado.

Continuar imaginando lo que iba a ocurrir entre ellos enseguida, me producía escalofríos.

—Honorina —me dirigí a mi mujer, nada más colgar—, habrá que preparar la habitación de invitados. Mañana se quedará Cachos de Pera.

—¡Qué nombres pone la gente a sus hijos! —suspiró.

No fue Cachos nuestro huésped. Se fue a la casa que le había dejado su madre en herencia.

### **Un ministerio al borde del abismo**

En Recópolis, al día siguiente, Cachos y yo

dedicamos la tarde a sondear la organización, cada uno por nuestra cuenta. Yo visité a una selección de cuadros intermedios de diferentes pelajes, trotskistas, maoístas, libertarios, animalistas, veganos... Y Cachos se dedicó a los miembros más inquietos del Comité Central Ciudadano (C al cubo, decía Ariadna). No pudimos deducir nada coherente. Cada fragmento de aquella amalgama vivía en su propia torre de marfil. Se había corrido como pólvora encendida el rumor del secuestro de Corto en el hospital de Sbaria. Habían magnificado el atropello. Se había convertido en un atentado patrocinado por los servicios secretos norteamericanos, que habían proporcionado un vehículo todo terreno de las recientes guerras en los desiertos bíblicos. Tales argumentos se expresaban con una ligereza propia de comentaristas deportivos.

Nos habíamos citado Cachos y yo por la noche en una cafetería céntrica y antigua a punto de rendirse a los nuevos tiempos y transformarse en un autoservicio de comida oriental. La elegimos para despedirnos de ella, como dos viejos románticos que habían pasado largos ratos de su adolescencia conspirando en torno a sus mesas de mármol agrietadas, rotas, carcomidas por el uso. Estoy haciendo literatura, porque Cachos es veinte años más joven que yo, y su adolescencia tuvo un marco

diferente al de la mía.

Cachos me miró de un modo inquisitivo mientras se sentaba de espaldas a la pared.

—Te has enterado, ¿no?

No sabía a qué se refería. Me senté a su lado, para disponer de una panorámica del lugar.

—El *Chino* ha aparecido.

—¿Se ha escapado de sus secuestradores? — pregunté, sin saber si la noticia y mi reacción eran una broma.

—Le han dado el alta en el hospital.

—¿Estaba en el hospital?

—Una confusión burocrática, dicen. Pero yo no me lo trago.

—¿Crees que Demetria nos engañó?

—Es muy probable. Aunque también es posible que ella no estuviera dentro del complot.

—¿Y Corto?

—Ese, sí. No me parece razonable que dos

tipos que se odian forjen una conspiración o formen parte de ella.

—¿Y crees que el S.I.R.V. anda detrás de esto?

—Más o menos. El S.I.R.V. cuenta con muchos instrumentos para no dar la cara.

—¿Y Huarte? —pregunté.

—Ese es el que no encaja ni de coña.

—Pero Ariadna le vio.

—Sí, y Ariadna le conoce mejor que yo. Le vio de lejos. Podía ser alguien vestido como él...

A las diez y media en punto del día siguiente estábamos ante la secretaria del coronel Abulafia, en un edificio anodino, un apéndice arquitectónico del Ministerio de Hacienda, que estaba pegado al ministerio de la Guerra en un complejo llamado “Macroministerial”.

El “Complejo Macroministerial” se construyó hace décadas al borde de un farallón, al fondo del cual el río Tejo forma una curva, en el mismo lugar en el que antaño hubo un sólido alcázar. En la orilla opuesta, menos elevada, se despliegan una sucesión

de urbanizaciones. Las primeras son tan antiguas como el complejo, con amplios jardines, y evidencian su estilo compacto, indestructible por la artillería convencional. Las urbanizaciones que vienen después se hacen cada vez más asequibles al gusto de la progresía moderna, más blandas, más endeblés, más apiñadas, cajitas diseñadas por una oficina de arquitectos clónicos. Hacia el otro lado se despliega la ciudad millonaria, nueva, fea, lineal, arboricida.

Las dependencias del S.I.R.V. estaban separadas de las de S.E.S.O.S., incrustadas en la parte del edificio más cercana al abismo. Me sorprendió el parecido entre los despachos del S.I.R.V. recopolita y los de la STASI en Magdalenenstrasse en *Berlin Hauptstadt der DDR*. Sobriedad, orden, limpieza, eficacia, anticipación.

Debo confesar que si bien el S.E.S.O.S. siempre me pareció un servicio extravagante, nunca sospeché que fuera la cobertura del S.I.R.V. Mis relaciones con el servicio de inteligencia de Veetonia habían sido de jefe de departamento para abajo. Era la primera vez que pisaba el Sancta Sanctorum del espionaje veetónico.

El coronel Abulafia salió a recibirnos y nos estrechó las manos con calor. A plena luz era un



hombre más misterioso todavía que a la media luz de un coche. Al menos esa es la impresión que me dio. Medía más de dos metros. Y debía de ser muy delgado, porque el terno que vestía estaba lleno de ángulos, como si en su interior no hubiera un ser humano sino los palos de un espantapájaros. Su melenita quizá fuera una peluca, y su nariz aquilina parecía artificial. Llevaba gafas tintadas, y la penetración de su mirada quedaba oculta tras esta pantalla.

Nos sentamos en unos sillones con tapicería de loneta verde plastificada, en torno a una mesa redonda con una botella de agua mineral y tres vasos. Sacó un paquete de cigarrillos y nos ofreció. Cachos y yo sonreímos cortésmente sin tomar ningún pitillo, yo porque sólo fumo en pipa, Cachos porque ni siquiera eso.

—¿Qué lío es ese de que Corto Caballero ha sido secuestrado y liberado? —fue lo primero que nos preguntó.

Yo desvié sin disimularlo la mirada hacia Cachos, a quien estaba cediendo la palabra en razón de su familiaridad con la institución.

—¿Está usted hablando en serio, mi coronel?

—Por completo —Hizo una pausa y me

pareció ver tras el cristal oscurecido de las gafas una solicitud de confianza—. Si están ustedes pensando que es una operación nuestra, quítenselo de la cabeza... Cachos, no somos tan chapuceros...

—¿Y Huarte? —me precipité yo.

—Huarte lleva en Recópolis desde antes de ayer. Después de hablar con usted, se volvió a casa. Además, ¿se lo imagina mezclado en un accidente provocado? Huarte es un *gentleman*.

—Pues viste como un comando de guerra — volví a decir.

A Abulafia no le alteró mi apreciación fisonomista. Había acabado su pitillo y encendió otro con la punta del anterior.

—Una de las cosas que más me interesan de “Massa Crítica” —dijo— es su fundamento político. He leído tu libro un par de veces, Cachos, y lo he hecho analizar por compañeros tuyos, y ni ellos ni yo hemos sido capaces de extraer una línea, una base, un argumento político...

—¿Quiere decir nuevo, novedoso? — intervine.

—No. Quiero decir algo con sentido, con un

planteamiento y un propósito, un programa. ¿Lo habéis hecho adrede? ¿Es obra tuya, Cachos?

—Sí y no. Para escribirlo, utilicé las notas de las discusiones políticas del Comité Central Ciudadano. Luego dialogamos mucho Metodío, Ariadna y yo. Lo escribimos entre ella y yo en una semana y media. No es el programa de “Massa Crítica”.

—¿Tiene “Massa Crítica” algún programa? —preguntó el coronel.

—Todavía no.

—Es decir, que tu libro es el cimiento de la organización... Así que participó en él Ariadna Galvão...

—Bastante —apuntó Cachos—. Si no, no lo firmaría.

—¿Y su participación? —me preguntó Abulafia.

—En el libro, ninguna. No suscribo los argumentos que se ofrecen.

El coronel me miró con una pizca de impertinencia. Me sentí obligado a dar explicaciones.

—Como usted sabe, yo creo en el comunismo,

mejor dicho, tengo algo más que fe, tengo razones. Pero en este periodo de la historia en el que el bloque socialista parece tambalearse, y juguetea con la tentación de abrir la caja de Pandora del capitalismo en sus dominios, la aparición súbita de estos jóvenes airados capaces de organizarse sin ningún andamiaje teórico, me hizo pensar que había que dejarlos actuar. A mí el libro de Cachos no me parece aclaratorio, sino todo lo contrario. Son frases muy bonitas, promesas, elucubraciones sociológicas de sobremesa entre progres bien comidos y bebidos. Pero a la gente le gusta, se sigue vendiendo como rosquillas. Y si a la gente le gusta, será por algo. Tengo mucho interés en descubrir por qué hay millares de personas interesadas en leer un programa de algo parecido a un ectoplasma, algo que ni siquiera es un manifiesto.

—Supongo que estas discrepancias las tendrán resueltas —intervino el coronel—. Me desconcierta esta fluidez entre ustedes, con esas opiniones tan chocantes. ¿No te molesta, Cachos, la idea que el señor Mazón tiene de tu libro?

—En absoluto. Hace poco le explicaba yo a Metodio que carezco de convicciones políticas.

—¿Y por qué te has metido en este berenjenal,

si tampoco trabajas para nosotros? —se pasmó Abulafia.

—¿Cree usted, mi coronel, que son muchos los oficiales del servicio que tienen convicciones políticas? ¿Se supone que para ser agente del S.I.R.V. hay que ser monárquico, conservador y llevar una vida ejemplar? El siglo XX está a punto de acabar.

—¿Debo entender que actúas como agente del S.I.R.V.? —Cachos negó enérgicamente y fue a decir algo, pero Abulafia le cortó—. ¿Tampoco los jóvenes airados tienen convicciones políticas?

—No lo sé. Los del CCC con convicciones son unos dogmáticos sin sustancia.

Indirectamente, porque no soy miembro del Comité Central Ciudadano de “Massa Crítica”, me sentí aludido, por lo de dogmático. De hecho, Abulafia me miró, como si esperara una reacción mía a la alusión. Pero no interrumpí el discurso de Cachos.

—Cuando un hombre y una mujer se enamoran, creen que están hechos el uno para el otro, que comparten emociones y convicciones. Pero la realidad es otra cosa. La realidad está en otro plano.

Las convicciones varían. Hasta las leyes de la ciencia varían. El ser humano es polvo de estrellas. Pero tiene que sobrevivir, y en lugar de dedicarse a razonar, se empeña en construir convicciones para soportar su miedo, su levedad, su insignificancia.

—No me llesves al terreno de la filosofía, Cachos. Te recuerdo que esas ideas del judío Espinosa las aprendiste de mí —tuve la impresión de que Abulafia le estaba pasando a Cachos el *copyright* por debajo de las narices—. Te felicito. Si estuvieras ejecutando una operación diseñada desde el Servicio no lo estarías haciendo mejor. ¿Qué piensa usted de todo este asunto, Mazón? ¿Cual es su papel?

—Me pone en un compromiso, coronel. Yo no sirvo al reino de Veetónica. Y no le quepa duda de que uso la razón tanto como Espinosa y como Hegel. Yo soy republicano. Yo me opongo al capitalismo, a la propiedad privada, porque sé que tienen los días contados. Pero tampoco estoy al servicio del Kremlin o de Berlín.

—Permítame la duda, no me creo que vaya usted por libre, que sea un *free lancer* del comunismo. Eso no existe. Conozco sus relaciones con la izquierda veetónica, sus cargos, sus

actividades... En algún sitio debe de encajar.

—Ese es el gran problema de los servicios de inteligencia, encasillar a la gente, etiquetarla, inventar una infraestructura donde no hay más que ideas, o superestructuras frágiles, efímeras. Yo soy un hombre de izquierdas a la expectativa, un optimista antropológico. Algunos hay como yo, y no todos son intelectuales sin recursos. También hay personas con patrimonio. Como yo, creen que el capitalismo no aguantará muchas décadas más. Y estimo, con el gran Marchengels, que la manzana terminará por caer cuando ya no aguante en el árbol. Solo hay que esperar, y dejar que los jóvenes hagan experimentos. La gravedad le cayó encima a Newton desde la rama de un manzano.

—¿Y si llegan a tomar el poder algún día? —  
inquirió Abulafia —. ¿Qué programa aplicarán?  
¿Retrocederán al Imperio Romano? ¿Requisarán  
propiedades? ¿Nacionalizarán la banca?

—No hay respuesta. Hay que dejar que eso  
ocurra, que ganen las elecciones si pueden hacerlo.  
¿O forma parte de su trabajo impedirlo, coronel?

—Del mío, no. Pero le aseguro que hay  
financieros en Veetonia muy preocupados por la  
popularidad de “Massa Crítica”. Estoy pasando  
información muy reservada, aunque debería

resultarle evidente.

—Quedan dos años para las elecciones —dijo Cachos.

—Eso es lo malo. Tienen ustedes dos años para experimentar, y si el experimento funciona, los grandes propietarios pueden perder los nervios.

—¿Ustedes lo permitirían? —dije.

—¿Qué cosa?

—Que intervinieran, que revolvieran, que impidieran la formación de un gobierno de izquierdas de jóvenes iracundos.

—Amigo Mazón, el S.I.R.V. está tan interesado en vigilar las actividades de la izquierda como las de la derecha. Nuestro límite es la Constitución. Nuestro deber, protegerla.

—Etiquetas, palabras —murmuré.

Nos acompañó fuera de su despacho hasta la doble puerta de comunicación del S.I.R.V. con el S.E.S.O.S. Entre ambas había un espacio amueblado como una antesala, y a mí me recordaba ese territorio de nadie que hay entre dos naciones que han firmado un armisticio, pero no la paz. En esa zona neutral.



Abulafia tomó a Cachos del brazo y le dijo en tono doliente:

—Perdona que no acudiera al funeral de tu madre, Cachos. Estuve todo el mes de diciembre de viaje. Pensé mucho en ella. Me costó aceptar su enfermedad. Y me cuesta todavía más aceptar que ya no está entre nosotros —le rodeó con el brazo y le dio un apretón.

Luego inclinó sus dos metros de espantapájaros con traje de buen paño sobre mí, y me susurró con una sonrisa:

—Amigo Metodio, es usted un masonazo. Y me cae simpático. Navegamos en la misma barca y bogamos en la misma dirección. No lo olvide —dijo, hurgando en la más que mediada caja de cigarrillos.

Paseamos un rato en silencio por las calles en cuesta de la vieja Recópolis, supongo que cada uno digiriendo las últimas palabras de Abulafia. Fui yo quien habló primero, extrañándome de la familiaridad del coronel con la madre de Cachos.

—Se conocían. Él se la presentó a mi padre — y después de una pausa, añadió —: Mi madre era neozelandesa. Trabajaba para el ANZAC, Australian and New Zealand Army Corps. Era especialista en encriptación. Abulafia se la quitó a los australianos,

no está claro cómo. Poco después Deidre se casó con mi padre. Creo que a Abulafia no le sentó nada bien.

—¿Se llamaba Deidre? ¿Pero no era Verónica Pérez?

—Deidre Prendergast. Su familia era irlandesa. El S.I.R.V. le facilitó otra identidad

—¡Qué casualidad! La familia de Ariadna es germano portuguesa, ella nacida en Sydney.

—No lo sabía.

—¡No puedo creerlo! —exclamé.

—Hablamos poco de cosas personales. Y desde luego, nada de nuestra estirpe. Pero ahora que lo dice, Metodio, practicaré mi inglés oxidado con ella.

Pensé, el inglés y el francés, pero me avergoncé inmediatamente de mi vulgaridad. Eran celos.

## **Camelot**

No he nacido en Recópolis, que es capital de Veetónica desde el siniestro reino de los godos, pero me gusta más que el pueblo en el que nací, en un valle que culebrea entre altas montañas.

Llegué a la capital en mi adolescencia, con la determinación de encontrar un lugar destacado en el que situarme. Me licencié en Filología Germánica con rapidez y precisión académica. Gracias a que mi visión era pobre, me eximieron del servicio militar.

En aquella época todo era más fácil. Veetónica era una dictadura y sólo cabían dos posibilidades, estar con el Régimen o en contra de él. La tercera posibilidad, la más frecuente, dejarse llevar por la corriente, aprovechar las rachas de suerte y convertirse en un sólido corcho, no iba conmigo.

No sé cómo me hice marchenguelista. Aunque siempre tuve la precaución de mantenerme fuera de la achicharrante militancia. Yo era un imbatible púgil en el debate. Pronto empecé a adquirir fama. Pasé unos meses en Leipzig, una ciudad de la República Democrática Alemana asfixiada en mugre industrial, donde me llevó una muchacha que debía de ser espía. Yo lo que quería era conocer el teatro alemán, y di el tostón hasta conseguir una beca en el *Berliner Ensemble*, el teatro que fundó Bertold Brecht. Casi todo lo que sé, lo aprendí en aquel reducto de Alemania que aguantaba con la misma determinación que Cuba el asedio imperialista.

Estas circunstancias de mi juventud crearon una leyenda. El Partido Comunista de Veetónica y sus sucesivas escisiones reclamaban mi militancia, o

se la inventaban. Hasta el punto de que, en más de una ocasión, representantes socialdemócratas y de la democracia cristiana veetónica me convocaron para negociar estrategias políticas. Tuve que decepcionarles, pero no por eso mi buena fama disminuyó.

Veetónica es en estos días un reino constitucional situado en una fértil península al sur de Europa. El generalísimo dictador tuvo el buen sentido de morirse en el momento en que la población estaba preparada para un cambio democrático y las fuerzas de la oposición dispuestas a entenderse.

Fruto de la bonanza socioeconómica construida en tiempos del déspota, se ha forjado un esquema que va tirando. El reino de Veetónica está dividido administrativamente en provincias de diseño geométrico, cuadriláteros dentro de un cuadrilátero, agrupadas en regiones no geométricas, a veces naturales, a veces producto de los accidente históricos. Existe cierta autonomía de gobierno en las regiones que no satisface a nadie, ni a los centralistas ni a los regionalistas. Además, el país está amenazado por la desertización debido a un cambio climático que lleva siglos produciéndose.

El equilibrio político se mantiene de un modo

milagroso. Aunque la impresión general es que la economía se hunde, el desempleo se dispara, el medio ambiente se deteriora y la clase política se dedica a la rapiña de las arcas del estado. Los informes de S.E.S.O.S parecen confirmar todo esto, pero la realidad es tozuda o mentirosa, y lo que se percibe es normalidad y aburrimiento.

No obstante, en ese marco catastrófico brotó “Massa Crítica”, que a mí me gusta llamar “Levadura Crítica”.

La levadura se estaba echando a perder. La amnesia de Cachos, que habíamos mantenido oculta, y el falso secuestro de Corto fueron dos tornados en el seno de la inestable coalición. Empecé a detectarlo durante los sondeos que hice antes de la entrevista con Abulafia. Cachos confirmó que un indefinible malestar se apoderaba del Comité Central Ciudadano. La manifestación de este malestar era el cruce de argumentos políticos en forma de cuchilladas ideológicas.

—Tienes que hacer algo, Cachos. Imponer una orientación política —le azucé.

—¿Qué orientación política? Yo sólo sé inventar fábulas que suenan bonito.

—Pues echa mano de lo existente, algo viejo, algo pasado de moda, algo olvidado, y lánzalo a la cara.

—Por ejemplo, la socialdemocracia.

—¡Qué dices, babilón!

Pero al vocalizar mi protesta funcionó en mi cerebro enciclopédico un relé que abrió una compuerta de artificio político.

—Oye, ¿tú conoces a fondo la doctrina socialdemócrata? —indagué.

—La inglesa. Estuve en un seminario de la London School of Economics, y me interesé por los fabianos.

—¡Magníficos elementos los fabianos! Transformar la sociedad poquito a poco sin enfrentarse al enemigo capitalista, dejar que se desgaste. ¿Sabes quién fue Quinto Fabio Maximo?

—Cunctator, el que retrasa. Derrotó a los cartagineses sin presentar grandes batallas, por cansancio, por hostigamiento en guerrilla.

—Buen aprovechamiento hiciste, amigo. Aquí nadie tiene ni idea de quienes son los fabianos.

Podíamos lanzar una andanada doctrinaria fabiana, cambio gradual, reformas del sistema, con el mantenimiento del mismo objetivo, el socialismo, la fraternidad, la repera.

—Necesitaré unos días para estudiar. ¿Tienes libros?

—Sí. Pero prefiero que te encierres en la Biblioteca Nacional. Coge lo que quieras, déjate llevar, construye una entelequia nueva, sobre todo nueva. Hay que convencer a la gente de que lo que le presenta “Massa Crítica” es un sueño desconocido hasta la fecha. Luego yo la repaso y la mejoro.

—Necesitaré a Ariadna.

—¿Desde el principio?

—Es una debilidad fisiológica. Con ella doblo mi devastadora potencia mistificadora —dijo sonriendo.

—Llámala. Convéncela. Está muy atada a sus partículas. Necesitarás una colisión monumental de neutrones para sacarla de allí.

—Lo intentaré. ¿Qué harás tú, mientras tanto?

—Absolutamente nada. Me dedicaré a mi

cátedra.

Habría querido decir, “Alejarme de vosotros, pareja de animales en celo”.

En cinco días, Cachos de Pera pergeñó un proyecto político que llamó “Camelot”. Lo hizo solo, porque Ariadna no se movió de Sbaria. Llegó a Recópolis, eso sí, el siguiente fin de semana. En realidad fue ella la que puso el título al proyecto. La reina Ginebra encendiendo la mecha incombustible del rey Arturo. Fue en ese momento cuando me propuse ser Lancelot du Lac a toda costa.

### **Flaquezas psicoanalíticas**

¿Quién soy yo? Un ínclito ignorante, un ingenuo, un mameluco. Tenía a la gran mujer ante mí, y me movía como un paralítico, un discapacitado, perdón, un tipo con capacidades diferentes. ¡Que estoy diciendo! Si sigo por este camino acabaré transformando esta novela en un psicoanálisis políticamente correcto.

Mi papel era el de Cunctator, pero sin llegar nunca a ser cónsul, sin siquiera aspirar a ello. Aceptaba el título de dictador que el Senado Romano otorgo a Quinto Fabio Maximo, un cargo efímero, extraordinario, para salvar a la nación de la amenaza



cartaginesa haciéndole fintas a Aníbal. Pero nadie debía saber que yo era el dictador, el cerebro. Nadie salvo el coronel Abulafia, que ya estaba al tanto de todo.

Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué mi timidez, mi miedo, mi angustia? Ya estamos otra vez con la terapia. Está bien. Me zafaré de ella haciéndola pública. ¡Qué barbaridad, qué situación!

Mi familia fue lo más parecido a un cuadrilátero, pero sin golpes, ni bajos ni altos. Mi padre jamás tocó a mi madre. Pero se pasaron media vida gritándose en todos los tonos de voz. Dominaba el gemido histérico de mi madre. Muchas veces, en mi terapia, he retratado los caracteres de mis progenitores y analizado las razones que no tenían para darse voces. Hubo un momento en que creí que se trataba de dos personajes singulares. Hasta que el marchenguelismo me enseñó a relativizar al individuo y centrar el diagnóstico en la colectividad. Por eso mi cátedra es de Psicología Social.

Las consecuencias de años de combates sin asaltos predeterminados fueron una adolescencia de monje cartujo, sin salir de casa, y una juventud de jaranas y desenfreno, en las que me enfrentaba con violencia ética a toda autoridad, es decir,

cargándome antes de alcohol. Varios cuarteles de alta montaña de la guardia civil tienen ficha mía.

Mi traslado a Recópolis para estudiar fue una liberación. Pero liberarme me costó un año. Los primeros meses salió de dentro de mí el cartujo, y pasé semanas encerrado en mi habitación del colegio mayor. Sufría terrores nocturnos. Me parecía que monstruos sin forma ni esencia (residuos de películas de miedo vistas a medias en el cine del pueblo) me acechaban. No es que los soñara, es que los sentía merodear por la habitación. Fueron días de insomnio. Y cuando dormía, me ponía a berrear, y despertaba a mi compañero de celda, quiero decir de habitación, que, ese sí, huía tapándose los oídos con las manos y, abandonándome, lo que me dejaba al borde del infarto, porque estar solo con el monstruo era algo insoportable. Un cura italoargentino de paso en el colegio mayor me auxilió, fue mi confesor y mi maestro. Estuve a punto de volver al redil de la Iglesia. Pero el hombre, un tipo de tamaño insignificante, pero con un sentido común labrado en piedra, se tuvo que ir precipitadamente y me sentí dejado en la estacada. De modo que el Destino se conjuró para que me hiciera marchengueliano, la doctrina que profesaba otro cura de la estepa veetónica, que además era un mujeriego.

Aprendí una doctrina y una práctica. Me convertí en un don Juan bolchevique.

No es un detalle sin importancia que mi completa formación haya dependido tanto de los curas. Yo era hijo de una familia semiacomodada que consideraba un descrédito que su prole se instruyera en la escuela pública, por entonces dejada de la mano del gobierno y de Dios. Así que era natural que los chicos despabilados pasáramos del luminoso Cielo a la ciénaga del Infierno Bolchevique.

A los veinticinco años, siendo profesor de Lengua Alemana en el instituto de una ciudad de provincias donde se hablaba un dialecto incomprensible y donde me trataban como un maldito colonizador, me casé por primera vez con otra forastera, es decir, que tampoco era de allí. Intentaba regresar al cielo, al menos al cielo del matrimonio pacífico. Descubrí que estaba empedrado de buenas intenciones, pero lleno de trampas. Mi mujer no era chillona, pero tenía poca paciencia y menos ciencia. Un día se marchó de casa, y a punto estuve de pelearme a puñadas con su padre, un comerciante, que vino a reclamar la dote (el piso que nos había regalado).

A los treinta volví a unirme con otra mujer, esta vez sin que mediara Registro Civil. No me acostumbraba a vivir solo. Yo había hecho propósito de enmienda. Fue inútil. La chica gritaba más que yo. Esta vez fui yo quien cambió de domicilio.

Durante un tiempo estuve de soltero de oro, algo que me repugnaba en lo más hondo.

Por eso, cuando encontré a Honoria, me sentí tocado por la suerte. Honoria era bonita, inteligente, generosa, con formación, bien relacionada, y de una fidelidad a prueba de... a toda prueba.

Yo me había propuesto serle fiel. Pero una vez hablamos de pareja abierta, y ella se encogió de hombros.

Hasta que apareció Ariadna Galvão, el juego de la seducción y del picadero me duraban una semana o dos como máximo. A veces el juego se volvía cruel, pero aprendí a jugar con elegancia y caballerosidad. Al conocer a Ariadna, empecé a vivir en una nube, algo poco digno en un académico materialista dialéctico.

Yo quería saber más de Ariadna, quería saber mucho, pero no encontraba ninguna puerta abierta a la que asomarme y, si era posible, entrar. Hurgué en

todos los archivos administrativos y de chismorreo privado. Nada. Sólo los datos que me dio el doctor Huarte: australiana de padre portugués y madre alemana, genio de la matemática.

De Cachos de Pera supe más.

La imagen que me había formado de Cachos se tornó borrosa después de la revelación de su carrera militar secreta. Me pareció que debía ser más circunspecto y exigente en mi trabajo. La próxima imagen que iba a construirme de él sería sólida, con contornos sobresalientes, y una radiografía psicológica digna de un profesor como yo, también capacitado para la psicología clínica.

¡Menuda jaqueca me ha entrado! Me pasa siempre que ejercito mi memoria terapéutica. Y ahora no dispongo de la manos milagrosas del doctor Huarte. Tengo que dejar este asunto.

### **Plenario de cine**

Durante unos días, Ariadna, Cachos y yo estuvimos dándole vueltas a cómo introducir la nueva estrategia política en la agenda de “Massa Crítica”.

Algunos sondeos hechos al azar entre

militantes de diversas facciones mostraban que la propuesta fabiana generaría resistencias fuertes, pero con poco combustible. Necesitábamos una cabeza de puente donde situarnos y donde aguantar hasta que a los críticos se les acabara la fuente de energía o la paciencia, momento en que solían salir despedidos como peonzas, zumbando declamaciones pomposas o agresivas hasta que dejaban de girar y se derrumbaban.

Teníamos que diseñar un plan de batalla. La experiencia de Cachos en el Estado Mayor facilitó nuestro empeño. Y también uno de esos imprevistos que luchadores intuitivos como yo saben aprovechar.

El trío Ariadna, Cachos, Metodío realizamos una visita de cortesía a Corto Caballero para conocer su recuperación y recibir noticias del extraño accidente.

Vivía el *Chino* en uno de esos barrios de clase media que han emergido como hongos en la periferia recopolita. Castillos agujereados de balcones y erizados de antenas, uno al lado de otro entre avenidas arboladas con mucha circulación de coches caros, y desniveles que dan un aire de feria improvisada a distritos planificados con regla y cartabón por la astucia inmobiliaria.

Su novia era una armenio americana con cuerpo de Afrodita, morena, de ojos negrísimos y piel tostada. Algunos decían que era una indígena caribeña, seleccionada por Corto, experto en la mercadotecnia ideológica (esto es, en el juego de las apariencias) en uno de sus viajes de estudio a esos países colombinos que pasan de un tirano a un dictador, a un caudillo, y a un payaso. Aunque lo cierto es que la chica, de nombre Yevgine, parecía más helénica que centroamericana.

Esto fue algo que yo descubrí merced a la visita a Corto, porque nunca me había preocupado de su vida privada.

Preguntamos al *Chino* quién había sido el autor del atropello. Contestó con evasivas. Estaba demasiado traumatizado como para prestar atención a los detalles, explicó. Se rió de la tesis del secuestro, calificada por los más histéricos como “crimen de Estado”. Insistió en la confusión administrativa. A ninguno de los tres nos satisfizo su discurso. Es muy posible que se diera cuenta. Se desvió al tema de la marcha política en el continente americano. Cedió la palabra y el protagonismo a la Venus armenio caribeña, que empezó a hablar del cambio de la conciencia política en un continente que poco a poco se le escapaba de las manos a los yanquis.

Reconozco que, además de buen tipo, la chica tenía cabeza.

En uno de sus argumentos, dichos con una dulzura y una entonación narcotizantes, salía a relucir el concepto de la socialdemocracia. Al parecer había una socialdemocracia americana, en la que acabaría desembocando la dictadura proletaria cubana.

Di un discreto codazo a Cachos, que me entendió de inmediato. En un minuto estábamos hablando de la procedencia de aplicar esas ideas de Yevgine a un estudio ya en marcha sobre la nueva cara de la socialdemocracia que también empezaba a asomar sus hermosas orejitas en la República Democrática Alemana, donde la población salía a la calle con la misma energía de transformación que los jóvenes de Veetónica, aunque con menos soberbia. La vieja y rígida socialdemocracia de su hermanastra la República Federal observaba pasmada la eclosión del Este, y *das Grosskapital* ocultaba su preocupación y ejecutaba maniobras orquestales en la oscuridad para impedir el nacimiento de la nueva idea, que podía dar al traste con su alianza con los dóciles socialistas occidentales.

La tertulia se fue metiendo por veredas



oscuras, especulativas, que no me gustan un pelo, pero que, en beneficio de nuestra estrategia, yo mismo fomenté.

Al acabar la visita, Cachos se llevó a casa el encargo de redactar un informe que pudiera ser discutido en el seno de “Massa Crítica”.

Cunctator abrazó a Simón Bolívar, y los dos al germánico Marchengels.

En una semana, el texto, basado en el que ya tenía escrito Cachos, estaba completado. Pero consideramos que el momento de aparecer a la luz no había llegado. Cada uno nos enfrascamos en nuestras obligaciones.

Yo en mi cátedra y en la actividad rutinaria de la Asociación de Progresionales de las Artes. En el número a punto de publicarse de su revista mensual, “RAPA”, deslicé un sólido editorial en el que reclamaba un enfoque nuevo que aclarara la confusión política del país y de toda Europa.

Ariadna siguió ceñida a su *Loop Quantum Gravity*. Cachos mantuvo su guerra de desgaste con sus alumnos, algunos de los cuales le adoraban, otros le acusaban de revisionista inaceptable, y la mayoría asistía impasible al despliegue de la Física, tan lejana

de sus vidas y de sus conciencias como “El Ojo del Diablo”, una galaxia a 17 millones de años luz de este planeta.

Entonces, el curso de la vida orgánica de “Masa Crítica” entró en una fase semi-efervescente. El gobierno de Veetónica daba bandazos entre el déficit presupuestario y los casos de corrupción. La crisis económica ponía en entredicho el modelo económico de ese gobierno. Las voces agrias en el país llegaban en ocasiones a los ladridos. Cachos, Corto y Demetria se prodigaban en los platós de televisión.

Por fin se convocó una asamblea o plenario del colectivo (la palabra partido estaba mal vista, designaba a la casta gobernante, y además, dentro de “Massa” había media docena de organizaciones).

Había llegado el momento de nuestro programa. Cunctator no podía rehuir ahora el enfrentamiento. Era preciso dar la cara ante Aníbal.

Pero, ¿quién demonios era el Aníbal de Veetónica?

Quinto Fabio Maximo tuvo ligeros problemas con sus conciudadanos, aunque los tiempos de las guerras sociales y civiles en Roma aún estaban lejos.

Pero las formaciones políticas de Veetónica eran un hervidero de egos con personalidades mediocres. El Aníbal de Veetónica era múltiple, ubicuo. Estaba en todas partes. También en la C al cubo de “Massa Crítica”, su Comité Central Ciudadano.

El plenario se convocó en una sala de cine a punto de cerrar por quiebra, cuyo propietario estaba comprometido con una de las facciones y la cedía gratis. Conservaba la sala los palcos y la decoración floral con que fue inaugurada decenios atrás, aunque en condiciones ruinosas, la mitad de las luces fundidas; las cestas de frutas y verduras de escayola, carcomidas; la tapicería de las butacas, de un granate andrajoso.

En esta sala decadente se reunió una multitud de barbudos y desgreñadas, con atuendos de una informalidad de mercadillo. Quizá mis recuerdos estén deformados y teñidos de prejuicios, pero soy una persona de las que usan corbata y camisa planchada, por Honoria, claro, gran mujer.

Se avisó al Comité Central Ciudadano de la presentación de un informe político por parte del triunvirato poco antes de la asamblea. Como no estaba en el orden del día, “descuido” que habíamos considerado precaución necesaria para mantener la

ventaja de la sorpresa, tuvo que dejarse para los “ruegos y preguntas”.

El pleno se eternizaba en una atmósfera polémica, aunque sostenible (en aquella época todo era sostenible).

Al final, Cachos de Pera accedió al escenario para hacer un resumen de su estudio. Le dejaron expresarse, pero al terminar, todas las intervenciones eran para descalificar el proyecto. Me dispuse a intervenir, no muy seguro de mi capacidad ante tamaña audiencia, pero Afrodita se me adelantó. Su presencia ante el micrófono, con su cuerpazo envuelto en una especie de túnica violeta, calló a casi todo el mundo. Argumentó con audacia y competencia los cimientos de una nueva socialdemocracia basada en las experiencias americanas y europeas a la vez. No gesticulaba, no se movía. Se limitaba a su retórica dulce y narcótica. ¡Estaba emborrachando al público! Miré a los miembros del CCC, sentados en la primera fila, algo retirados de mí, y observé que todos habían caído en el embrujo. Al final de la fila estaba Ariadna. Su apostura era diferente. Su rostro tenía un gesto de complicidad, pero su mirada era distante. Me pareció una sacerdotisa, discreta, sabia, apartada del primer plano, observando a una de sus discípulas,

una becaria despampanante, pero sin el fuego sacro en su interior.

Vi que levantaba su mano. Se le cedió el turno de palabra y propuso que se encargara al Comité Central Ciudadano la reelaboración del informe para presentarlo a la discusión pública.

Allí fue Troya, porque Ariadna era una mujer imponente y además una científica de altura, pero carecía del magnetismo de Afrodita.

De pronto, un tipo con pinta de alfeñique vestido con un pantalón vaquero falsamente remendado y una camisa blanca de algodón, sin melena ni barba, un massacrítico estrafalario, subió al escenario, cogió el micrófono, gritó “¡Silencio!” varias veces, y cuando lo hubo obtenido a medias, pronunció:

—Han asesinado al banquero Rocín.

Ahora sí, el silencio cayó como una losa. En la primera fila de asientos se produjo una rara conmoción. Todos se pusieron en pie, menos una persona, una joven, que estaba clavada al asiento, centro de todas las miradas.

Se trataba de Cordelia Rocín, miembro

dirigente de “Massa Crítica” e hija de una de las personalidades más hostiles con la organización, el banquero Atanasio Rocín.

Por fin la muchacha se levantó. Se veía a distancia la distinción de la clase en la que se había educado. Su indumentaria no era muy distinta a la del público, pero la calidad de la ropa era manifiesta. Habló en voz no muy alta, pero se le debió de escuchar hasta en el gallinero, por la profundidad del silencio que reinaba.

—¿De dónde ha salido esa noticia?

El alfeñique pegó la boca al micrófono, y su respuesta sonó como un redoble.

—Acabo de oír en la radio que ha muerto en circunstancias no aclaradas.

Cordelia se sentó y murmuró algo que no escuché. Los restantes miembros del Comité Central también se sentaron, y el alfeñique se retiró del escenario encogiendo el cuerpo, como si esperara recibir algún tomatazo.

Luego me repitieron las palabras de Cordelia, “¡Vete a la mierda, gilipollas! Mi padre sufrió ayer un infarto, y está hospitalizado”

Ariadna empujó a Yevgine al escenario. La belleza helénica se acercó al micrófono y solicitó una votación en torno al informe presentado por el compañero Cachos. La votación se efectuó acto seguido, favorable a la propuesta.

Se levantó la sesión, y se escuchó un ruido de butacas y pies arrastrándose por el suelo. Casi sin que nadie lo advirtiera (yo lo hice) Cordelia Rocín se puso en pie y echó a andar por el pasillo hacia la salida. Demetria la alcanzó hacia el final, le echó un brazo por el hombro y le acarició la cabeza. La multitud se apartaba a su paso, y cuando cruzaron el umbral de la puerta, solas las dos, me impactó la escena: un pelotón de personas a dos o tres metros de ellas, y las dos mujeres, sostenidas una en la otra, pasando bajo el cartel luminoso de “Salida” encendido sólo a medias.

—¿De verdad ha muerto el banquero Rocín?  
—fue lo primero que pregunté al salir a la calle. No dirigía la pregunta a nadie (estaba rodeado por el CCC), y no esperaba respuesta.

No me la dieron. Pero observé en Cachos una mirada sospechosa. Me estaba transmitiendo una información cifrada.

Hubo una cena de la vanguardia directiva de

“Massa Crítica” en un restaurante próximo, famoso en el barrio por sus frituras. Me senté, sin proponérmelo, al lado de Yevgine, que seguía envuelta en su túnica violeta marcando las excelencias de su figura. Me parecía una persona de otro planeta. Llegué a decirlo en voz bajita cuando me había despachado ya una botella de Somontano yo solito y un carajillo de coñac. Lo curioso es que se lo dije a Ariadna, que se había acercado por detrás para decirme que iba a marcharse, porque al día siguiente tenía que coger temprano un tren para Sbaria.

—¿No te parece que esta mujer es una extraterrestre?

—Sin duda lo es —me respondió Ariadna también en un susurro.

—¿Del mismo planeta que tú? —añadí, sorprendiéndome al escuchar mi voz.

Ariadna abrió mucho sus ojos azules, hizo un gesto con su naricilla de orate, y dijo,

—Creo que sí... Pero no se lo cuentes a nadie.

Me alegró que nadie pudiera escuchar estas confidencias triviales, porque así quedaban más



nuestras. El nivel de decibelios en el local era mayúsculo, como en toda cena entre veetónicos.

Depositó un ósculo en mi frente y se alejó hacia Cachos, que ya estaba levantándose de la silla.

—Paga por nosotros —vino Cachos a decirme—. No he traído dinero. Mañana me paso por la oficina de APA a las diez. Tengo algo que contarte.

APA era la Asociación de Progresionales de las Artes.

### **Una muerte prefabricada**

Estábamos a la puerta del verano, y la primavera había salido más estival que la costumbre meteorológica en Recópolis. Me puse un traje de tejido ligero que los ingleses llaman “lana fría”. El aire estaba quieto. El tráfico, saturado. La atmósfera, menos sucia. Me pareció que la ciudad me recibía con optimismo. El optimista era yo, claro.

Cachos se presentó con el pelo suelto. Se sentó delante de mi mesa de trabajo y empezó a meter los dedos de la mano derecha en los cabellos como si fuera un peine.

—Un día me inventaré una excusa, me cortaré

el pelo y me afeitaré. Estoy hasta el moño de este moño.

—Sería un golpe de muerte para “Massa Crítica” —repliqué.

—¡Menuda institución, que depende de la apariencia de sus líderes!

—Todas dependen. Si yo apareciera un día en mi cátedra con un pañuelo de flores al cuello y unos vaqueros zurcidos, se acabó mi crédito.

—¡Que no, hombre! Detrás de ti hay un sistema.

Hice ademán de volverme en busca del sistema. Me complacía el reconocimiento.

—¿Qué me querías contar?

—El banquero Rocín.

—¿Murió o no murió?

—Sí. Lo del asesinato fue un truco.

—¿De quién?

—Mío. Pensé que tenía que preparar un golpe

de efecto para distraer a una multitud a quien la palabra “socialdemocracia” enciende su ira —. Le miré, pasmado—. El tipo que salió al escenario es agente del S.I.R.V.

—Ingenioso atrevimiento... ¿Cómo se te ocurrió?

—Porque a lo mejor es cierto.

—¡Qué estás diciendo! —exclamé poniéndome en pie, empujando la silla con ruedas hasta la pared. Pero antes de llegar dio contra el extremo de una regla que sobresalía de una mesita auxiliar, que a su vez empujó un pequeño busto de Marchengels que se precipitó al vacío, y cayó en las manos de Cachos, que hizo una ágil finta para alcanzarlo. Ya sé que hay mucho relativo en la frase, pero lo relativo es necesario para llegar a la certeza.

—Es una sospecha.

—¿Tuya? ¿En qué se basa?

—Es una hipótesis de trabajo en el S.I.R.V. Rocín se estaba creando enemigos entre los financieros. Era un genio y un tipo valiente, aunque parece que jamás se metía en apuestas peligrosas, se limitaba a esperar o a acorralar para comprar lo que

le interesaba. Empezaba a extenderse por el extranjero. La afiliación de su hija Cordelia a “Massa Crítica” y su cooptación al Comité Central Ciudadano, le sacaron de quicio. Hizo maniobras para que los bancos asfixiaran a la organización, pero los bancos no podían hacer nada porque “Massa Crítica” se autofinancia. Además, los bancos no habrían actuado, porque les interesa ese juego.

Estuve a punto de cortar el discurso de Cachos, porque me estaba suplantando, es decir, ese razonamiento político me correspondía hacerlo a mí.

—Que el corazón de Rocín no era una máquina en condiciones era algo conocido. Es posible que le hayan estado presentando dificultades artificiales para provocarle un infarto.

—Pero eso no es un crimen, es un suicidio. Si el tipo era un buitres, sólo había que amenazarle con dejarle sin carroña para que se volviera histérico. Si hubiera sido un hombre bondadoso, como pretendía ser, y no un ambicioso despiadado... estaría vivo, ¿no?

—Es posible. Pero, ¿y si alguien ha ayudado al ataque? ¿Y si le han puesto algo en la bebida o en la comida?

—¡Bizancio! —volví a exclamar, tomando de las manos de Cachos el busto de Marchengels y volviéndolo a colocar en la mesita auxiliar.

—¿Eso es una exclamación, como ¡demonios!, o ¡sopla!?

—No. El imperio bizantino fue durante siglos un avispero de crímenes, a veces por un quítame allá esas pajas religioso, que si los ángeles podían tener sexo o no...

—Vale. Me temo que, sea accidental o provocada la muerte de Rocín, vamos a entrar en una fase caliente en la política veetónica. La clase dirigente y la casta empiezan a darse bofetadas.

—Eso es una lectura “massacritica”.

—Eso es la lectura objetiva de cualquier analista con dos dedos de frente. El coronel Abulafia siempre ha desconfiado de la integridad de los poderosos de este país. Y también de su competencia. Habrá que estar preparado.

—Habrá que estar preparado —repetí—. ¡Qué barbaridad! ¡Qué situación!

Antes de marcharse, Cachos me pagó la deuda

de la cena.

## **La miseria de la psicología**

En mi juventud, un compañero de estudios empeñado en meterme a empujones en el Partido Comunista de Veetónica, me dio una versión psicológica de la militancia. Era un tipo bajito que, situado entre media docena de ciudadanos, resultaba invisible. Sostenía que a la militancia se llegaba por dolor o frustración. “Si yo hubiera sido un hombre alto y guapo, posiblemente no sería comunista.”

Primero viene el resentimiento, luego, se activa la razón, y la mala uva se transforma en ideología política. Todo esto desde el punto de vista psicológico, claro.

Stalin, que tuvo una infancia perra, aseguró que se hizo revolucionario profesional porque comprendió que los marxistas tenían razón, no porque en su casa su padre le pegara y su madre se empeñara en meterle en un seminario.

Yo no tengo claro por qué me hice comunista. Por una suma de razones de las que no soy consciente. Pero nunca me sometería a un psicoanálisis para discernirlas.

Durante un tiempo me esforcé en averiguar qué es lo que había llevado a Cachos de Pera a “Massa Crítica”, descartando a Ariadna. Y lo cierto es que si descartaba a Ariadna, no encontraba ninguna explicación.

Ocurrieron cosas que revolvieron todavía más las fichas del rompecabezas.

Un día se citó conmigo un enviado del coronel Abulafia para contarme algo importante.

Aseguró que Corto Caballero *se veía* con la mujer del banquero Rocín. De inmediato le exigí precisiones, ¿qué significaba *se veía*? ¿Salían juntos en secreto? ¿Se acostaban, también en secreto? ¿Habían coincidido en un estreno de cine, en un concierto, en una exposición de la fundación del banco ahora huérfano? El hombre venía preparado para contrarrestar mi escepticismo. Detuvo un taxi y pidió que nos llevaran a una plaza de Recópolis conocida por la acumulación de rascacielos, le llamaban el “Manjatan Veetónico”, aunque su nombre oficial era plaza del Descubrimiento.

Y a fe mía que hice un descubrimiento turbador. Me subió el enviado de Abulafia al último

piso del edificio más alto. Entramos en un apartamento abuhardillado que parecía un almacén, con una sola ventana en lo alto, que me recordaba al cuarto desde donde dicen que un descerebrado disparó contra el presidente norteamericano en Dallas. Se llegaba al ojo de buey mediante una corta escalera acabada en una plataforma, con algo que parecía un telescopio sujeto a unas patas atornilladas al suelo metálico. Me invitó a subir y a mirar por el telescopio, que estaba orientado en horizontal, a la baja.

Dudé unos segundos, pero me pareció que no podía haber trampa dañosa en aquella excursión a la alturas. Así que subí y coloqué el ojo en el visor. Me llevé un sobresalto, porque lo que vi, al alcance de mi mano, fue un salón amueblado con lujo. Estaba vacío. Me volví y lancé una mirada interrogante al espía. Me recomendó paciencia. El edificio objeto de la observación debía estar a doscientos metros, al otro lado de la plaza.

En la plataforma había un taburete. Me senté en él y extraje mi bolsa de tabaco y mi pipa, para entretener la espera. De vez en cuando me levantaba y miraba. Al cuarto intento vi a Corto en la estancia con una mujer mayor que él, muy bien vestida. La lente de aquel aparato era tan potente que casi podía



distinguir las arrugas en el cuello de la dama, de una postura digna de respeto, pero sin el menor vestigio de belleza. Yo no conocía a la viuda de Rocín, pero el agente aseguraba que se trataba de ella.

—¿Qué va a pasar ahora? —dije en voz alta sin habérmelo propuesto.

—Si no tiene usted prisa, no tardará en averiguarlo.

Di en pensar que se trataba de una debilidad de la carne, algo estúpido, novelesco, pero común, porque es imposible de desarraigar del ser humano como su instinto gemelo, la violencia. ¿O era una razón política?

—¿Lo hace por una razón política?

—¿Quién, Corto Caballero?

—Es evidente.

—¿Y por qué cree usted que Rosario Arrizabalaga Mendieta no puede tener razones políticas también?

—Si es así, empezaré a creer que las películas de Hollywood se basan de verdad en hechos reales... Pero entonces... —hice una pausa para dar curso a

los engranajes de mi cerebro—, ¿Corto se deja engañar o está en connivencia con la viuda?

El tipo no dio respuesta a mi especulación, si bien quedaba claro que estaba al corriente de lo que sucedía a unos cientos de metros. Me parecía todo imposible. La realidad no suele ser así, aunque a veces se retuerce como el rabo de una lagartija.

La pareja conversaba, cada uno en un sofá.

—Si pudiéramos escucharles...

Y nada más decirlo, surgió por ensalmo la voz de Corto. En realidad, un interruptor que había accionado el agente, conectado sin duda a aparatos de alta tecnología instalados en el salón donde se desarrollaba la escena.

Durante cinco larguísimos minutos fuimos testigos indiscretos de una conversación intrascendente, cortés, de dos personas bien instruidas tanteándose. Al cabo derivó en un intercambio de interrogantes lleno de suspicacias.

—Pero, ¿no era usted quien quería hablar conmigo, quien me ha citado? —dijo Corto intentando limar de su pregunta la implícita impertinencia de la que estaba cargada.

—Discúlpeme, amigo Caballero, mi secretaria me informó de que usted insistió en que quería verme por un asunto que me interesaba. Ignoro cual. La financiación de “Massa Crítica”, infiero por mi condición de banquera. Algún problema de mi hija Cordelia...

El rostro del *Chino* se descompuso. Y al advertirlo, el de la viuda se volvió pálido.

En ese instante el timbre de la puerta sonó en un trino barroco. La pareja se puso en pié de un salto y se quedaron rígidos.

—¡Esto es una trampa! —murmuró Corto, e hizo el ademán de echar a correr, que paralizó de inmediato porque debió comprender que no tenía escapatoria.

Rosario Arrizabalaga Mendieta levantó la mano derecha en señal de calma. Luego indicó el sofá, y Corto entendió que le pedía que se sentase. La viuda se dirigió a la puerta del suntuoso apartamento, la abrió y se dio de manos y boca con su hija Cordelia.

Se saludaron con un par de besos fríos, tras los cuales Cordelia descubrió a Corto Caballero sentado en el sofá, a la defensiva, como si fuera a recibir una

golpiza.

—¿Qué significa esto? —preguntó la recién llegada.

—Tu camarada asegura que es una trampa — pronunció Rosario Arrizabalaga con voz neutra.

—Pero, ¿qué estáis haciendo?

—Hablar —explicó Corto Caballero estirándose y arreglando la compostura—. Escucha, Cordelia, alguien ha urdido esta cita para que nos sorprendan, no sé si tú u otra persona. Esto es un *set up*.

—Cordelia, hija... —empezó su madre con la voz ya menos templada.

—*But, who's setting you up, and why?* — exclamó Cordelia con la espontaneidad de la lengua en la que acaso se entendiera con su madre, porque ella le contestó también en inglés.

—*Who's setting us, all three, up.*

Arranqué la cara del telescopio para mirar al agente de S.I.R.V., que estaba mirando la escena en una pantallita acoplada al aparato. El tipo sonreía como si estuviera presentando una comedia de

situación.

—Nosotros hemos tendido la trampa.

—¿Para qué? —dije con recelo e irritación, porque me indignaba haber sido utilizado como espectador —. ¿No querrán involucrarme a mí también en el *set up*?

—No, que yo sepa —contestó el agente desconcertado, lo que me hizo pensar que acaso mis temores se confirmaran.

Pero en ese momento sonó el teléfono que colgaba de una de las paredes de aquella guarida de observación del S.I.R.V., mi acompañante lo tomó y me lo tendió.

—Mazón, soy Abulafia. No sea usted quisquilloso. Le hemos invitado a ver una escena organizada por nosotros con el objetivo de crear confusión y desconfianza en el seno de “Massa Crítica”. Lo que acaba usted de presenciar será filtrado a algunas personas del CCC. El objetivo final es desmontar una conspiración para quitar de en medio a Cachos de Pera que, por cierto, no tienen nada que ver con esto.

—¡Pero esto es una canallada!

—No lo es, Mazón. Una canallada habría sido hacerles daño. Esto es una acción táctica. Le pido que confíe en nosotros. Estamos en el mismo bando, por eso está usted donde está en este momento, para que comprenda nuestras razones.

—Permítame que lo dude, coronel.

—Está bien, dúdelo. Pero no tenga cuidado, que usted no aparecerá en esta película —se despidió y colgó.

Al cabo de unas semanas de tal suceso, tuvo lugar otro que abundaba en mi convencimiento de que la psicología que yo creía conocer estaba llena de lagunas.

Cachos me telefoneó. En su voz distinguí un ronquido de exasperación o de angustia. Me dijo que había sorprendido a Ariadna en algo que podía ser interpretado como una infidelidad.

Confieso que me sumí en un estado de euforia. Yo estaba en casa, eran las diez y media de la noche de un día anodino. Honoria bordaba en un bastidor una escena de caza dieciochesca, tomada de los patrones de una revista alemana. Yo subrayaba un

texto teatral escandinavo que me había comprometido a leer y a analizar para una revista noruega. Describo la velada para que se vea que mi vida doméstica es la de cualquier ser humano, rutinaria, vulgar, si se desea incurrir en el tópico. Aquella revelación de Cachos hizo añicos el reposo previo al sueño, me excitó tanto, que decidí moverme. Me disculpé con Cachos, y dije algo así como “ahora voy”, “enseguida te llamo”, algo ambiguo que Honoria pudiera interpretar como una urgencia. Le dije que un autor desesperado había invadido la oficina de la Asociación de Progresionales de las Artes, y que no tenía más remedio que acudir.

Me dirigí a la oficina, pero para encontrarme en un lugar donde pudiera hablar con libertad. Telefoné a mi casa y pregunté a mi mujer si había llamado Cachos. Era una maniobra de cobertura. Luego marqué el número de Cachos en Sbaria. Le encontré algo más suave.

—¿Qué ha pasado? Cuéntame —dije en un tono entre el padre y el amigo incondicional.

Me dijo que aquella tarde se había citado con Ariadna en “El Sueño de Endimión”, el viejo café de Sbaria. Pero que en lugar de acudir a la hora fijada lo

hizo con bastante antelación, porque se había hartado de redactar panfletos. Se refería a las argumentaciones que debía presentar al Comité Central Ciudadano sobre la nueva visión de la socialdemocracia. Sintió ganas de tomarse una bebida fuerte, y temió sucumbir a la tentación del mueble bar si permanecía en el piso, que se convertía a veces en una mazmorra para él.

Se encaminó al decrepito café por si encontraba en él a algún conocido con quien departir de cosas intrascendentes mientras aparecía Ariadna, por ejemplo las fuerzas prodigiosas que mantienen unidos a los protones en el núcleo de los átomos o las posibilidades de que el Real Recópolis ganara la liga.

A la entrada del local se tropezó con un profesor del instituto Fleming famoso por su oratoria enredada y sus chistes malos. Sin posibilidad de evadirlo, Cachos se quedó plantado en la acera, frente a una de las ventanas de “El Sueño de Endimión”. El tío plomo le tomó del brazo, como si temiera que se le escapara, y enhebró su perorata y sus chorradas. Cachos fingió con desgana un relativo interés, y fue desviando la vista hacia el interior del café, porque le había parecido ver a Ariadna en él. Se movió a un lado y a otro, soportando la garra del tío plomo, y confirmó que era Ariadna, pero debido a su



postura y a la mano que le sujetaba no podía fijarla en su punto de observación.

Descubrió entonces que la mujer, su mujer, estaba acompañada. Concentró en esto toda su atención, mientras su compañero de instituto derramaba sobre él un torrente de palabras.

El siguiente descubrimiento fue que el individuo que hablaba con Ariadna no era otro que aquel fulano con media cara aplastada que había visto en su compañía el día siguiente a su encuentro accidental, y que parecía haberse evaporado de repente. Cachos se inclinaba para tener a Ariadna en su campo de visión, y advirtió en ella una actitud deferente, cariñosa hacia el tipo. Le sonreía, y hasta le acariciaba, según creyó deducir en una de las ocasiones en que perdía y recuperaba la visión de la escena.

De pronto la garra le liberó, en el momento en que su dueño le gritaba con media carcajada:

—¡Te das cuen...! ¡Te das cuen...!

Cachos masculló algo que parecía una risa, que es lo que quizá el tipo esperaba, y en ese instante vio que Ariadna y Mediacara se ponían en pie.

Ahora fue Cachos el que sujetó a su interlocutor y lo arrastró todo lo lejos que pudo del café, hasta un portalón abierto, donde le obligó a refugiarse con él.

—¡A cubierto! ¡La cornisa! ¡La cornisa! ¡Que se nos va a caer encima la cornisa! —exclamó Cachos con voz de falsete, soltando una risa final que secundó el tío plomo desconcertado.

Cachos sacó medio cuerpo del portal, y vio salir a Ariadna del café. La acompañaba un tipo diferente a Mediacara, aunque con la misma indumentaria. Tenía cuerpo de espantapájaros y una cabeza de anciano prematuro, como si le faltara la dentadura, y un pelo castaño denso y en forma de visera sobre la frente. Fumaba un cigarrillo con la indiferencia del adicto a la nicotina.

Cachos se quedó paralizado. Se le congelaron al mismo tiempo el cuerpo y la razón. Vio a Ariadna y al hombre meterse en un taxi, que pasó delante del portal en una exhalación. Creyó ver que los ocupantes se cogían de la mano. Pero admitía que pudo ser una fantasía, porque se había escondido detrás del tío plomo para no ser descubierto.

—Pero, Cachos —intenté tranquilizarle—, ¿cómo se te ocurre pensar que Ariadna te va a

engañar con alguien quedando en el mismo café en el que se ha citado contigo una hora después?

—Sí. Pero ¿qué hacían? ¿Quiénes eran? Porque eran dos tíos...

A esto siguió un diálogo incoherente en el que Cachos se fue desinflando. El final de su balbuciente monólogo fue:

—¿Te he hablado de mi padre?

—No. Sólo de tu madre, Deidre Prendergast, la descriptora irlandesa.

—Neozelandesa. Mi padre desapareció de repente cuando yo tenía siete años. Se dijo que lo había secuestrado una guerrilla. Pero mi madre estaba segura de que se había largado.

—¿Tu padre era cooperante de una ONG?

—Mi padre era militar.

—¡Vaya! —fue lo único que pude pronunciar.

Me sentí un naufrago en el miserable océano de la psicología.

## **Paradojas**

Llega esta crónica a un episodio controvertido. Una vez más me afecta a mí, a mi competencia intelectual y política, a mi reputación.

Se han dicho muchas cosas sobre mi papel en aquella crisis, papel que, adelanto, fue marginal. La calumnia más grosera fue que yo obedecía una agenda escrita por los dirigentes soviéticos de Berlín, capital de la República Democrática Alemana, que como todo el mundo sabe sustituyó a Moscú como emisor de la conciencia proletaria después de la caída del Muro, algo que tuvo lugar poco después, en otoño, creando turbación y desconcierto en todo el mundo pero en especial en “Massa Crítica”, porque los ciudadanos este alemanes se unieron en torno a un programa fabiano que elaboraron los pacíficos insurrectos en un fin de semana.

Insisto, yo no hice nada, sino limitarme al papel de observador y consejero de Cachos de Pera y Ariadna Galvão.

Al día siguiente de la farsa en el rascacielos, Cordelia fue acercándose uno a uno a los miembros del Comité Central Ciudadano, en persona o por teléfono, y convenciéndoles de la necesidad de mantener una reunión informal, que nunca constara en acta, por asuntos muy muy muy graves que sólo

ella podía revelar. Corto Caballero, a quien no se dijo nada, como es evidente, puso cara de bobo al ver a sus compañeros esperándole en el bar del cine donde se había celebrado la asamblea mencionada, sede del partido en aquellos tiempos.

Yo me enteré tarde, por Ariadna, cuando ya se estaba celebrando la reunión, porque Cachos acudió a toda prisa a Recópolis y no tuvo tiempo de verse conmigo, y el día anterior no pudimos ponernos en contacto.

Me siento responsable, de modo indirecto, de lo que sucedió a partir de entonces con “Massa Crítica”. Porque si yo hubiera hablado con Cachos de aquella escena denigrante del rascacielos, razón palmaria de la prisa de Cordelia, podríamos haber trazado alguna maniobra táctica. No lo hice porque le supuse enterado a través de Abulafia, según él mismo me advirtió que haría, filtrando el escándalo al CCC.

Parece ser que a Corto, al ver a Cordelia en el decrepito bar le entró un sudor frío. Su intuición le estaba advirtiendo de que la cita-trampa con la viuda del banquero empezaba a tener efectos demoledores para él.

Cordelia denunció al *Chino* de connivencia

con su madre para apartarla a ella de la dirección de “Massa Crítica” a cambio de la discreta financiación del partido.

Algunos integrantes del Comité Central pidieron la palabra, enredándose en detalles de procedimiento, de protocolo, de orden del día y este tipo de parachoques que con frecuencia exhiben los partidos en caso de crisis.

La cosa parecía ir a derivar por esos derroteros, cuando Corto se levantó del asiento muy despacio, empezó a retirarse, y al pasar por detrás de Cordelia se inclinó sobre ella y dijo en un susurro: “Soy un oligofrénico. Has ganado.” Y abandonó el *sancta sanctorum*. Esto reforzó las infundadas sospechas de Cordelia. Cuando conocí este episodio, reflexioné sobre la tendencia de los políticos profesionales a ser fieles a los estereotipos. Corto Caballero pensó que la trampa se la había tendido Cordelia. El enemigo interior, no el exterior.

Todo quedó arreglado sin que nada, nada, saliera a la luz, cosa notable.

Pero el escándalo por el inexplicable abandono de Corto de la política activa y su regreso a una cátedra creada antaño a su medida por una universidad, esta vez sí, de un país petrolero y

caribeño, enturbió el debate sobre la oportunidad de una revisión de la socialdemocracia.

Hubo que sustituir al triunviro dimisionario. Aquí sí intervine yo con todas mis fuerzas para que no ocupara la vacante un sectario o un apóstol. Cuando estaba a punto de perder (y por eso he advertido antes que yo no fui factor directo de nada), se produjo un debate organizado por uno de los elementos de una facción trotskista, en el que se me acusaba de inmiscuirme subrepticamente en la línea política de “Massa Crítica”, instrumentalizado por Moscú o por Berlín.

Aquello no sólo era falso, era un disparate. Y no estaba en el orden del día del CCC, que duró más de treinta horas.

En medio de semejante gatomaquia, ocurrió algo inesperado (al menos para mí). Demetria propuso a Ariadna Galvão para su cooptación al Comité, en sustitución de Corto.

Algunas voces arguyeron que no podía colocarse a dos personas de la misma familia en el triunvirato dirigente. Demetria les contestó con un argumento irónico, que a lo mejor era que los objetantes temían que en lugar de un triunvirato fuera un *menage à trois*. Hizo mucha gracia, y las protestas

fueron acalladas, aunque durante unas semanas fue comidilla de la organización si Demetria era la amante de Cachos, de Ariadna o de ambos.

Pero del proyecto socialdemócrata, nada. Se impuso una línea algo radical, quiero decir que el discurso se radicalizó, pero no la acción política. Allí donde “Massa Crítica” obtuvo cuota de poder en elecciones locales o regionales, los beneficiados se preocuparon más de aferrarse a la silla que de airear directrices inquietantes.

De ahí que se me achacara haber intervenido para corregir la deriva pragmática hacia la derecha de la organización. Yo no entendía nada, porque muchos conocían mi vinculación con Cachos y Ariadna, promotores del teñido socialdemócrata de “Massa Crítica”, con la anuencia de Corto y Demetria. Ahora que la matemática prodigiosa y coautora de los textos de Cachos había alcanzado poder, ¿que explicación podía darse a mi supuesta acción “revisionista”?

Los acontecimientos que estaban pasmando al mundo, la caída del Muro de Berlín, la expulsión del poder de los burócratas estalinistas y su sustitución por los fabianos, se volvieron en mi contra porque se me acusaba de ultramontano bolchevique y de



renegado socialdemócrata a la vez. Pensé en viajar a Berlín Este, pero comprendí que no era el mejor momento. Si aquella revolución pacífica cuajaba, iría a echar una ojeada. Mientras tanto, era prudente y aconsejable esperar.

Y para cerrar este episodio, una paradoja chusca. “Massa Crítica” se pudo financiar sin problemas gracias a Cordelia Rocín. Dedicó parte de su herencia a una serie de fundaciones propias y ajenas, en las que diluyó el capital que sirvió para cubrir los gastos del partido. Desde luego no pudo hacerlo sin que determinados buitres mediáticos se enteraran, salió a la luz el negocio, pero en tonos menores,preciando la generosidad de “la hija del banquero”. Me consta que hubo un intento en un medio de meter el cuchillo en la carnaza y removerla, pero la mismísima doña Rosario Arrizabalaga amenazó al director del periódico con una serie de represalias financieras que podrían arruinarlo. ¿Lo hizo por amor filial o por prudencia bancaria? Yo no lo sé. Pero los *Peregrinos del Anuncio*, sí.

### **Los Peregrinos del Anuncio**

¿Qué es el “baricentro”? Confieso que yo no tenía ni idea en aquel momento. Fue Ariadna quien me lo aclaró. Más o menos el baricentro es el centro

de gravedad de dos cuerpos celestes que orbitan. ¿Cómo orbitan y en torno a qué? Se supone que un planeta como Júpiter, que da vueltas en torno al Sol, forma con la estrella un conjunto gravitacional con un baricentro que hace que ambos cuerpos “se orbiten” mutuamente, uno en torno al otro. Pero dadas la masa y la densidad del Sol, aunque Júpiter es inmenso, el baricentro se encuentra más o menos en la corona del astro, de manera que la esperada órbita del Sol en torno a Júpiter se limita a un tambaleo.

El concepto de baricentro se aplica a planetas y a estrellas dobles, y tiene que ver con el momento de fuerza y otros conceptos para mí abstrusos. Pero es clave para entender paradojas del Cosmos.

Ariadna mencionaba el baricentro en virtud de sus conocimientos geométricos y cósmicos, pero lo aplicaba, con una ironía que tardé en comprender, a las maniobras orquestadas desde la oscuridad por una entidad misteriosa. *Los Peregrinos del Anuncio*.

Los *Peregrinos del Anuncio* aparecieron en Veetónica de golpe. Digo mal. Llevaban mucho tiempo aquí, pero de manera secreta.

Fue Cachos quien me dio la primera pista sobre ellos. Con motivo de la crisis y del Comité

Central Ciudadano convocado al efecto habíamos podido hablar, si bien toda la conversación estuvo centrada en las posibles estrategias políticas de “Massa Crítica”. Las cuestiones personales apenas se mencionaron. No insistí porque me pareció que Cachos había recuperado la confianza en Ariadna, que estaba más espléndida que nunca.

Me sorprendió que Cachos mencionara el ámbito de la intimidad en una llamada telefónica que me hizo desde Sbaria. Me dijo que había aclarado el misterio de los dos acompañantes de Ariadna en “El Sueño de Endimión”. Pero que la explicación era todavía más absurda que lo que sus propios ojos habían advertido, la transformación de un hombre en otro.

—¿Has oído hablar de los *Peregrinos del Anuncio*? —me preguntó.

—Para nada.

—Me resulta difícil resumirte quiénes y qué son... ¿Conoces a Robert Anton Wilson?

—No tengo el gusto. ¿Es un trotskista inglés?

—Es un escritor lunático norteamericano. Quería ponerte como ejemplo uno de sus libros “The

Illuminatus!!”, para que te hicieras una idea de los *Peregrinos del Anuncio*. Parecen salidos de ese folletón.

—Tendremos que vernos para hablar con tranquilidad de ese tema que parece inquietarte — repliqué en un tono átono que revelaba indiferencia, algo que Cachos advirtió.

—¡Naturalmente que me inquieta! Como que Ariadna está involucrada en ellos.

—¿Es una “Peregrina del Anuncio”?

—No lo tengo claro.

—Pero ¿qué son? ¿Un grupo político radical, una secta evangélica, una sociedad gastronómica?

Cachos dijo que me lo contaría en Recópolis. No tardaría en acudir a la capital con Ariadna para iniciar una gira política por el país, en compañía, claro está de Demetria, haciendo escala en todos los *nidos* locales, así se llamaban las estructuras de “Massa Crítica”, para consolidar el partido. Antes de iniciar el tour me daría detalles.

Mi escasa reacción a lo que para Cachos parecía tremendo se debía a que me encontraba en el

salón de estar de mi casa, en estado de máximo sosiego, al lado de Honoria, que ultimaba el bordado dieciochesco en el bastidor.

Era una de esas veladas domésticas que te cogen por sorpresa. El mundo se vuelve un lugar lejano que percibes como algo distante y ameno desde la ventana de tu casa, del mismo modo que se observa una bella secuencia de naturaleza en calma en la pantalla de un cine a donde has acudido sólo para entretenerte.

Mi mujer decía que, en esas ocasiones, yo me “desimplicaba”, me volvía humano, atractivo y deseable. “Como un chico de anuncio de perfume”, replicaba yo. Y ella, “con tripita y bigote”.

Acababa yo de regresar de un viaje académico-político a Cuba. Había participado en un seminario sobre la psicología de masas en un mundo que se disuelve en la globalización y se desmorona en el hedonismo. El título real era otro, y el objetivo verdadero de las jornadas era intercambiar ideas sobre el reciente terremoto en la República Democrática Alemana, que los dirigentes cubanos observaban con tanta suspicacia como el inexplicable fenómeno de la *Perestroika* y la *Glasnost* en la Unión Soviética.

Asistían rusos y alemanes, y ambos intentaban explicar esa evolución del socialismo real hacia fórmulas políticas participativas después de la caída del Muro, sin renunciar a su identidad socialista ni echarse en manos del mercado. Como se sabe, esto conmocionó a la República Federal Alemana, convencida de que, quebrado el tabique que las separaba, iba a invadir el piso de la hermanastra díscola.

Es el caso que las sugerencias de Honoria sobre mi estado de ánimo y mi apariencia varonil tuvieron su fruto, y acabamos en la cama bien apretaditos y disfrutando de lo lindo, algo excepcional en nuestro matrimonio, pero que no supone ninguna causa de reproches o distanciamientos.

Honoria me deslizó al oído advertencias que si no salieran de su bendita boca serían amargas, sobre lo que quedaría de mi libido después de casi una semana en una isla donde la libido es uno de los pocos artículos de consumo de la población. Le aseguré que mi libido estaba íntegra, cosa cierta. Si bien oculté que estuvo a punto de menguar en brazos de una mulata rubia con la que me dejaron solo en una fiesta privada, no sé si como una suerte de pago en especie, o por alguna otra razón de oscura

naturaleza. En el trasiego amoroso, a la chica se le desplazó el pelo, es decir, la peluca, que era rizada y sedosa. De súbito comprendí que con quien me estaba acostando en aquel momento era con Ariadna Galvão, y de la mejor manera que pude, me retiré del embate. Creo que a la mulata no le hizo ninguna gracia.

Al día siguiente de la noche excepcional con Honoria, desembarcaron en Recópolis Cachos de Pera y su mujer. Advertí algo extraño entre ellos, como si tuvieran una pendencia sin resolver.

Se organizó la gira de los líderes de “Massa Crítica” por la península, que arrancaría al día siguiente en un viaje a las Islas Atlánticas, el territorio veetónico más apartado de Recópolis.

En el aeropuerto, Cachos me hizo una confesión con la que pretendía compensar, me figuro, nuestra frustrada conversación sobre los *Peregrinos del Anuncio*.

—Ariadna y yo no hacemos el amor desde hace más de una semana.

Habló de golpe, mientras facturaba la maleta en el aeropuerto, y yo pensé que había entendido mal. Debí poner cara de tonto.

—Más de una semana... —repitió.

—¿Sin...? —y sin querer se me escapó un asomo de gesto obsceno y vulgar, que casi me puso colorado de vergüenza.

Cachos meneó la cabeza de arriba a abajo varias veces.

Para salir del embarazo, le pregunté:

—Y de los *Peregrinos del Anuncio*, ¿qué?

—Alucinante, Metodio. Tenemos que hablar. Pero antes tengo que consultar con Abulafia.

Me dejó perplejo y escamado.

Nada más salir el avión hacia el oeste, sobrevino lo que ha pasado a la historia de Veetónica como “El Caballo en Cacharrería”.

### **Maestro Buba**

En resumen, los hechos se sucedieron de este modo:

El Partido Conservativo, en el poder desde hacía dos lustros, arrastraba un séquito de corruptelas y corrupciones que empezaba a ser un lastre molesto. Constituían uno de los estímulos del crecimiento de “Massa Crítica”.

Por su parte, el Partido Socialdemocrático, también con viejos chafarrinones y manchas de prevaricación y cohecho en su testera de trofeos



seculares, amenazaba con partirse en dos. El previsible beneficio de “Massa Crítica” ponía los pelos de punta a los socialistas democráticos más juiciosos.

Estas circunstancias formaban parte del paisaje parlamentario, que a la masa ciudadana ni le importaban ni le molestaban. Pero cuando la cosa se puso fea en la economía, el malestar social cuajó. En el escenario también había guerras periféricas, es decir, que se desarrollaban lejos, subida del petróleo, ofensiva desreguladora que estaba acabando con los sindicatos y con la concertación social, oscilaciones brutales en las bolsas, déficit público, subidas de precios, bajada de salarios y pensiones...

Y en medio de este panorama lindante con la catástrofe, un competente directivo del Partido Conservativo es cazado con las manos en la masa, le enchiqueran, y canta ante el juez una documentada palinodia que deja en cueros a su formación.

Por su parte, con una simultaneidad que se diría cronometrada, la siempre anunciada y temida fractura del Partido Socialdemocrático se consuma.

De un día para otro se espera que la reina disuelva el Parlamento, y se convoquen elecciones.

Cuando parecía que el tsunami había lanzado sus olas más debilitadas en las costas veetónicas, dicho en términos alegóricos, cuajó otro maremoto en Gerundia, la región nororiental de la península, antigua colonia fenicia. Las cabezas más templadas del pequeño y próspero país sufrieron una súbita calentura, y empezaron a proclamar que Veetónica les robaba y que querían separarse de ella, es decir, de nosotros, sin considerar que la mitad de los gerundiosos eran de los nuestros, es decir, de los que no querían irse a pique con los cabezas calientes, cuya auténtica razón para rebelarse era que les habían pillado con las manos en la masa, igual que a los conservativos y a los socialdemocráticos.

¡Qué barbaridad! ¡Qué situación!

Las miradas del pueblo se volvieron hacia “Massa Crítica”, como si fuera un imán. De paso hay que hacer notar que el papel del Partido Comunista de Veetónica en aquellos momentos era ínfimo. La crisis del Comunismo Real había sido un golpe brutal que había noqueado al PCV.

Al fenómeno se le llamó “El caballo en cacharrería” o “El elefante en cacharrería”.

A mí todo aquello también me cogió por sorpresa. Y tuve que hacer un soberano esfuerzo para

no dejarme arrastrar por la vorágine. En las tertulias radiofónicas y televisivas la especulación se vendía barata. A mí me convidaron a alguna, pero rehusé, porque no quería enredarme en los estereotipos de esa pública subasta, y menos aún emitir balbuceos. Me puse a repasar los libros y los expedientes históricos. Según la vieja experiencia, los enfrentamientos de clases acabarían derrumbando el decrepito aparato, y la cosa desembocaría en revolución o en guerra, por la incompetencia de los políticos y el nerviosismo de las fuerzas vivas, la alta burguesía financiera y los militares.

Pero aquello no podía volver a pasar. La experiencia de décadas de violencia e inestabilidad en Europa no podía haber caído en saco roto. Había cantidad de parachoques, colchones de aire, subvenciones, dádivas y socorros, instituciones, fundaciones, organismos públicos y privados, abiertos y secretos que mantendrían el orden ante la alternativa de un caos perjudicial para todos, incluso para el bloque soviético.

Esta fue mi conclusión, descubierta más allá de los libros. Visité amigos, peiné mi agenda secreta de Progresionales de las Artes, e incluso pedí audiencia al coronel Abulafia. El desconcierto reinaba en casi todas las esferas. Quienes más claro

lo tenían eran ciertos profesores universitarios, vinculados por la tangente a “Massa Crítica”, que no dudaban en hacer pronósticos y en predicarlos, todos catastróficos, en los que combinaban el cambio climático con la explotación de la biomasa, el pico del petróleo, la demografía geométrica en el planeta, la teoría política marchengueliana y una ambigua actitud en el tema de Gerundia. Yo procuraba no debatir con ellos, porque perdía la paciencia y me volvía un minotauro que embestía más que razonaba.

Mientras tanto, Cachos de Pera, Demetria y Ariadna Galvão recorrían la península con un mensaje populista fértil y eficaz, dadas las circunstancias.

No me recibió Abulafia, pero el doctor Huarte se citó conmigo en la vetusta cafetería de Recópolis todavía no convertida en antro postmoderno. Me dio la impresión de que el follón político del momento le era indiferente; ¿a él o al S.I.R.V.? Se puso a hablar de Cachos y de Ariadna. Me preguntó si sabía que lo estuvieran pasando mal. Le contesté que tenía una vaga idea, pero que no les había visto desde que salieron de gira.

Se despidió de mí con cierta precipitación, y me dejó allí sentado en un banco corrido a lo largo

de una pared con fotografías desvencijadas de la vieja capital goda, que hacían juego con los desconchones de la pintura. Apoyaba mis codos sobre una mesa de patas de hierro forjado haría cosa de un siglo, y tapa de mármol deteriorado, sobre el que yacían dos tazas vacías de café con leche, dos vasos de agua en platillos, y un *tumbler* de whisky de malta, que todavía no me había acabado de beber. A la naturaleza muerta contribuía mi pipa, un saquito de tabaco y un cenicero lleno de colillas con babas del doctor Huarte.

Estaba yo con la mirada baja, concentrado en la desolación de la mesa, cuando observé una sombra aproximándose. Pensé que Huarte había olvidado algo o quería añadir alguna vaciedad más a la tediosa conversación que habíamos mantenido. Pero era un negro corcovado con una camisa rojo chillón. Un náufrago senegalés o mauritano que recorría las mesas dejando en ellas un papelito. Iba yo a devolverle el que arrojó, para ahorrarle una vuelta más en busca de limosna, pero se quedó pegado en un charquito de café. Seguí con la mirada al pedigüño haciendo meandros entre las mesas. A la altura de una de ellas se le cruzó un camarero mayor de chaqueta blanca y pantalones negros, con cara de fastidio y sin afeitado, y le sacó a empujones del café.

Entonces fue cuando vi a Helen Romero tres mesas más allá, casi en un rincón, hablando con una amiga tan estereotipada como ella.

Helen Romero es historiadora del Arte y de las Religiones. También es coordinadora y educadora de un programa pedagógico-educativo para adolescentes con problemas de adicciones y trastornos de conducta en un centro de menores en cierta localidad del noreste sedicioso. Con este entorchado curricular la conocí en La Habana durante el seminario mencionado más arriba. De unos veinte años menos que yo, cuidaba de su aspecto para seducir, no por amor propio.

Cogió el papelito que el negro había dejado sobre su mesa, arrugó la nariz mientras lo leía, y al levantar la vista su mirada se cruzó con la mía.

Al descubrirme, emitió una sonrisa en la que había algo de salvaje, un detalle más de estereotipo prefabricado. Si poseía Helen Romero algo de espontáneo, habría que buscarlo detrás de las brumas de su adolescencia, en su niñez.

El caso es que la mujer parecía una niña, mejor dicho, una muñeca. Delgadita, con un volumen pectoral de maniquí, carita redonda, pómulos prominentes como arrancados de una manzana del

Alto Adigio, ojuelos, naricilla, pelo claro, liso, peinado en forma de casquete con algo de volumen. Para tener casi cuarenta años, su figura no estaba mal, era una mentira eficaz, porque todo el mundo le echaba veintinueve. ¡Lo que le costaría mantenerla!

Con Helen Romero estuve a punto de tener un *affaire* en La Habana. Durante una de las comidas caímos el uno junto al otro en la mesa presidencial. Sirvieron un vino de cierta comarca veetónica con apreciada denominación de origen. Cómo habría llegado a Cuba aquel vino excelente vino es uno de esos enigmas que entrañan los embargos, quizá dando la vuelta por Rostock, puerto báltico de la *Deutsche Demokratische Republik*.

El vino animó nuestra conversación, que se alargó luego en un sofá, reclinados el uno contra el otro, no por incipiente lujuria, sino por no quedarnos dormidos, algo que habría estado feo, mientras que engolosinarse en público era un mérito en la isla.

Dimos en hablar de nuestra infancia, comparando el cambio generacional. Helen me dijo que “todavía” ella había ayudado a su madre a devanar madejas de lana para hacer ovillos, una actividad de mutua cooperación en la que yo también participé en mi pueblo de montaña, abriendo los

brazos con la madeja entre los dedos, mientras otra persona, la madre, una tía, tiraba del hilo y hacía el ovillo que se usaba para tejer con comodidad. También había hecho de maniquí, porque tenía una tía sastra, me dijo; plegado y planchado sábanas; limpiado con un paño húmedo la vajilla decorada que se usaba con invitados distinguidos, y así unas cuantas responsabilidades triviales para niñas.

Yo le sacaba harta ventaja en mi infancia rural. Había escarbado lentejas encima de una mesa de formica, separando las chinitas y los bichos; había sacado guisantes y habas de sus vainas; había hecho astillas para el fuego del hogar; había bajado con un cántaro a por agua a la fuente; había recortado periódicos en trocitos que se pinchaban en un clavo como papel higiénico para el retrete; y había pasado mañanas de sábado limpiando los zapatos de toda la familia, monitorizado con enfadosa intransigencia por mi padre.

Estas inocentes confesiones fueron tejiendo una red erótica en torno a los dos, que debía cerrarse al anochecer, cuando el congreso continuaba, pero sin que nuestra presencia fuera indispensable. Felices me las prometía yo, hasta que Helen Romero dejó caer una frase íntima pero contundente.



—Perdóna, Metodio, tengo que ir al baño a cambiarme la compresa. Cuando me baja la regla me convierto en una fuente....

Aquella secuencia habanera corrió de nuevo por mi cabeza a toda velocidad, excitando no mi lujuria sino mi ira. Me levanté y saqué de mi bolsillo la billetera, pero no pude zafarme de la atracción de Helen Romero, y la cortesía me obligó a acercarme a su mesa a saludarla con dos besitos distantes, ella medio levantada, yo medio inclinado por encima de la mesa. Intercambiamos parabienes inocuos. Y al despedirme, ella puso en mi mano un papel, acompañando el gesto con una sonrisa y lo que me pareció un guiño.

Lo guardé en un bolsillo de la chaqueta, y al salir del café lo miré. Era la hojita que distribuía el negro de la camisa roja. Decía “Maestro Buba. Gran vidente Médiom competente. Soluciona todos los problemas en 72 horas. Especialista en retorno inmediato de la persona querida, quitar mal de ojo y protección, cualquier problema de pareja, puede ayudar también en la salud, los concursos y a mejorar en el deporte, los negocios, impotencia sexual, problemas judiciales...”

Acababa con un teléfono y la sentencia “Pagar

después”.

En la otra cara del papelito Helen había escrito un número de teléfono y un corazoncito atravesado por una flecha.

¿Por qué uno solo?, pensé. Arrugué el papel y lo tiré al suelo. Una señora que se dirigía a la boca del Metro me lanzó una mirada furibunda. Me agaché y recogí la bolita en busca de una papelería. Pero, no encontrando ninguna, volví a depositarla en el bolsillo del que la había extraído.

Si algún lector tiene la ocurrencia de pensar que la continuación lógica de esta escena es que Honoria descubre el papelito y me monta un número, se equivoca. Pero la cosa tuvo consecuencias, ya lo creo que las tuvo.

### **Jristo Katranjiev**

Cachos y yo manteníamos conversaciones telefónicas casi a diario. Intercambiábamos valoraciones sobre el resbaladizo suelo político, y él me informaba y ponderaba los mítines y las reuniones a las que el triunvirato asistía para arraigar “Massa Crítica” en los extremos periféricos que visitaban, a veces centrípetos, a veces centrífugos, algo que les obligaba a hacer encaje de bolillos

retóricos.

Para más *inri*, lo que podía constituir la vanguardia dirigente local del nuevo partido se dedicaba a la lucha libre dialéctica, y en ocasiones a la física. A primera vista, esto auguraba un fracaso de la coalición. Por otro lado, la base ciudadana acudía a los mítines con alegría y fe de carbonero, ajena a las sectas con etiquetas libertarias, marchenguelianas o socialdemocráticas radicales (trotskistas) que se disputaban la dirección de cada “nido” local.

Entonces apareció entre aquella turbamulta inocente un hombre singular con dotes excepcionales de organización, Jristo Katranjiev. El triunvirato se hizo acompañar de él. Era sociólogo y psicólogo en paro. Y la red de nidos empezó a tejerse con mágica solidez.

Jristo Katranjiev había sido alumno mío en la Universidad de Recópolis. Entonces se llamaba Pancraccio Ejido. Era un tipo alto aunque de poca envergadura, con el pelo muy rizado y cabeza de general alejandrino. Su apariencia y su discurso eran canónicos. La ficha que me había hecho de él no le distinguía por nada, aunque reconocía su valor como argumentador. Ignoraba, no obstante, que fuera un

táctico y un gestor habituado a la intriga. Una vez licenciado, se convirtió en un perturbador del medio cultural con perfiles de cacique.

Cuando me lo presentaron sufrí un sobresalto, porque no le había visto desde que cambió su nombre, y por tanto no sabía que Pancracio Ejido y Jristo Katranjiev eran la misma persona. A la salida de una de las reuniones regionales de “Massa Crítica”, yo esperaba en la puerta a Cachos y a Ariadna, y al llegar Cachos a mi altura me cogió del brazo, me introdujo en la sala y señaló hacia el grupo que se arremolinaba al fondo.

—Ese es Jristo Katranjiev —dijo, señalando hacia un figura estirada que fumaba con reprimidas muestras de desazón.

El corazón me dio un vuelco.

—Ven, que te lo voy a presentar —insistía Cachos tirando de mí.

—¡Ni borracho! —exclamé, dando media vuelta y alejándome a toda prisa.

—Pero, ¿qué te pasa? —y salió detrás de mí, seguido de Ariadna.

Salí a la calle, crucé de acera y me metí en un chiringuito donde jamás habría entrado para tomarme un café.

Me fui al rincón más alejado de la puerta, y me senté en una mesita rodeada de cuatro sillas. Cachos, Ariadna y yo ocupamos tres.

—¿Sabes quién es ese tipo? —gruñí por fin, mirando a Cachos.

—Jristo Katranjiev, ¿no?

El tono que empleó me dio a entender que no estaba en el ajo de la impostura.

—Es Pancraccio Ejido. Así se llamaba cuando fue alumno mío. ¿Quién lo ha traído a “Massa Crítica”?

—Creo que apareció él solo, hace un mes, en una de las asambleas locales de un barrio de Recópolis —señaló Ariadna.

—Pero, ¿alguien le avalaría?

—Cordelia Rocín —dijo Cachos.

—Y Cordelia Rocín, ¿de qué le conocía?

Ambos se encogieron de hombros.

—¿Es un impostor?

—¡Es una rata! Durante años me ha disputado la dirección de los Progresionales de las Artes,

siempre desde las sombras, con malas artes y con mala sombra, porque es un tipejo sin valor. Por unos meses fue director de un teatro glorioso de Recópolis, y lo hundió en la ruina y en la miseria, con una programación de obras inasequibles y críticas que importaba de los escenarios más oscuros de Centroeuropa. Luego se dedicó a dar conferencias por ahí denunciando al teatro veetónico por supervanguardista y alejado del gusto popular. Escribía ladrillos insufribles que llamaba “funciones”, y como no conseguía que los pusieran en escena se metió en varios jurados para sembrar cizaña. Pero conmigo se ha encontrado con un baluarte. No le he pasado ni una. Es un mistificador profesional...

—Pero, si es una persona con un pasado rastreable en Veetónica, ¿por qué se atreve a mezclarse en política, sabiendo que tarde o temprano le descubrirán? —preguntó Ariadna, levantándose para acercarse a la barra a pedir algo, posiblemente agua embotellada, para detener al camarero que se dirigía a nosotros con pasos de alma en pena.

—Porque eso no tiene importancia. Porque es un embaucador con voz de trompetilla que seduce a la gente contando relatos de ciencia ficción. Dejé de saber de él hace un par de años. Quizá haya estado en

Marte engañando a los extraterrestres.

Les dije a Cachos y a Ariadna que no quería tener nada que ver con Jristo o Pancracio. Que si era útil a “Massa Crítica”, bien, pero que anduvieran con cuidado.

### **Un grano de café molido**

Y ahora entra en escena de nuevo el papelito del curandero y brujo mauritano.

Yo no quería volver a ver a Helen Romero, pero la tensión nerviosa de esas semanas de incertidumbre política, en las que el poder fáctico jugaba muy fuerte a espaldas de la ciudadanía, me trastornaron. Un día en el que me quedé sin agenda, horrorizado por el vacío que veía ante mí, Helen Romero se introdujo en mi cabeza como un clavo. Quise apartarla de allí, y el resultado fue el opuesto, eso de “no pienses en un elefante”. Como mi cabeza es grande, el fantasma de Helen adquiría el tamaño de un paquidermo.

Entonces se me ocurrió un truco, es decir, engañarme a mí mismo con un truco. Saqué del cajón en el que lo había escondido (de mí mismo) el pequeño rectángulo de papel arrugado donde Helen había apuntado su número de teléfono, taché a conciencia el corazón herido hasta que no quedó más

que un cuadradito opaco, llamé al becario que hace las veces de oficinista en mi departamento de la universidad de Recópolis, le entregué la hojita, y le pedí que llamara y preguntara a quien respondiera al otro lado de la línea si le importaría acudir al despacho de la cátedra a lo largo del día para entrevistarse con el profesor Mazón.

Entre tanto calculaba yo que se haría realidad una de estas posibilidades: que Helen reaccionara con despecho y se olvidara de mí, que mi agenda volviera a llenarse, que recuperara el dominio de mí mismo o que la tensión política hiciera crisis súbita y nos obligara a los más comprometidos a hacer algo, lo que fuera, lo que dictara la razón y la circunstancia, pero más fuerte y urgente que una ventolera genital.

Era cosa de las once. Si Helen carecía de amor propio, no tardaría en llamar. A la una y media, poco antes de salir yo a comer, sonó el teléfono.

Era Honoria, recordándome que estaba a punto de viajar hacia el extremo noroccidental de la península Veetónica, donde pasaría una semana en el rodaje de un documental en el que la habían contratado como productora. Me dejaba la cena en el frigorífico.



El corazón me dio un vuelco, más exactamente, la tripa me dio un vuelco. De pronto comprendí el origen de mi excitación, la perspectiva, inconsciente hasta ese punto, borrada de mi memoria, de que me iba a quedar una semana solo y sin obligaciones domésticas.

Entre las dos y media, a mi vuelta del comedor universitario, y las cuatro y media, el teléfono sonó varias veces. Ninguna llamada era de Helen. Empecé a irritarme. A las cinco menos veinte apareció en la puerta del despacho.

No Helen, el senegalés o mauritano.

Debí echarlo sin contemplaciones ni cesiones a la corrección política, pero en un primer momento no le reconocí, no vestía una camisa roja, y al verle de frente no percibí su joroba. Le tomé por un alumno, le hice sentar frente a mí al otro lado de la mesa, en mi despacho de nueve metros cuadrados atiborrado de libros, expedientes académicos, un perchero lleno de paraguas de diferentes congresos, marcos con chistes en los que se hacía burla de mí, y un cartel de una vieja portada del *Arbeiter-Illustrierte-Zeitung*, el periódico del fotomontador alemán John Heartfield.

El tipo clavó los ojos en el cartel (una balanza con papeletas de voto en un platillo y una pistola en

el otro), como si tuviera para él algún significado. Entonces le dije:

—¿Qué desea usted de mí?

—Es al *rivés*, *sinior*. Usted *desía* algo de mí.

Entendí de golpe el equívoco de la llamada telefónica. Era el “Maestro Buba”. Tuve un acceso de vergüenza. El becario era un persona eficiente y discreta, pero sin seso.

—Usted *desía* atraer *muher*, *haser* sexo con ella. *Fásil* para mí. No problema. Yo *li* doy granito de café, usted machaca, echa en café de ella, y *cairá rindida* ante usted. Tiene que tener una cama *serca*, ¿vale?

Metió la mano en un bolsillo sacó una bolsita de cuero, y de ella extrajo un grano de café. Hizo el gesto de molerlo o machacarlo, de echar el polvillo en un vasito, de beberlo.

Yo estaba boquiabierto. Miré el grano de café, como a un insecto al acecho encima de mi mesa, entre un libro de sociología y el cenicero que albergaba mi pipa.

Eché mano a mi cartera, saqué un billete de mil reales, se lo entregué al africano y le despedí como mejor pude.

—No, *gracias, sinior*. Pagar después.

Se levanto y salió del despacho, sin que su joroba pareciera pesarle un ápice.

Después de mirarlo con aprehensión, toqué el granito con un dedo, luego lo apresé entre el índice y el pulgar. Parecía de verdad un grano de café, aunque, a juzgar por la advertencia del mauritano sobre “tener una cama cerca”, debería ser un compuesto afrodisíaco. La razón me decía que lo tirara a la papelera y me olvidara de él, pero me lo guardé en el monedero, junto a un puñado de calderilla, con la sensación de que era un imbécil porque estaba conservando un amuleto.

Durante dos días no pasó nada digno de mención. Al tercero se produjo el inesperado (es un adjetivo retórico) derrumbamiento del gobierno regional moderado de Gerundia, en el noreste de la península, y la irresistible ascensión de los parlamentarios secesionistas, apoyados en las promesas ambiguas de la cúpula local de “Massa Crítica”. Las elecciones renovadoras debían de registrarse en las próximas semanas.

Había que ir a Gerundia, mi puesto estaba con el triunvirato. El objetivo, parar la secesión. A Demetria le parecía bien que me reuniera con ellos.

Cachos aseguraba que se podían apañar solos. Ariadna me pidió que me presentara cuanto antes en Alger, la capital de la región.

Al llegar me encontré con que el triunvirato se había repartido el territorio. Demetria estaba en Jirones, Cachos en Tarranco y Ariadna se había quedado en la populosa Alger. La encontré algo fuera de sí, cosa que ella justificó aludiendo a la necesidad urgente de encerrarse con su cuaderno de matemáticas para adentrarse en el brillante territorio de la *Loop Quantum Gravity*. Me dijo que había sido un error promoverla al Comité Central Ciudadano, que estaba arrepentida.

Le pregunté si su arrepentimiento tenía que ver con Jristo Katranjiev. Desde que conocí su intervención en la campaña de “Massa Crítica” me había sumido en un malestar psicológico digno de mejor causa, pero no de aquel mequetrefe. Encontrar a un sinvergüenza haciendo de clave en la fortaleza de aquel arco político me reconcomía. Una vez más, un chiquilicuatre me adelantaba y se situaba por delante de mí en una carrera que me competía a mí dirigir. Me devanaba los sesos preguntándome qué había hecho mal, y la única respuesta que encontraba era que nada, que la diferencia entre yo y el impostor no era intelectual sino moral, yo no engañaba a

nadie.

En estas torturas del alma, se me ocurrió una idea para recuperar a Ariadna. Alquilé un apartamento en un acantilado al sur de Alger, y la envié a descansar un par de días, equipada con sus cuadernos, su calculadora de alta precisión y una cajita de relajante muscular de dosis baja.

Me dediqué a visitar sedes de partidos y a capitoses de todo el espectro político, algunos de los cuales hablaban un veetónico macarrónico. Al segundo día estaba agotado y confundido. Gerundia era una jaula de grillos mucho peor que Veetónica. Acababa de destaparse un grave episodio de corrupción política del partido de la burguesía regional, que se presentaba como un iceberg inmenso, y que había desatado la furia de los prevaricadores en forma de acusaciones al gobierno del reino de atacar la autonomía gerundiana. Los más avezados analistas políticos veían en las recientes estrategias separatistas una cortina de humo. Veetónica nos roba era un lema vacío y mendaz, pero contundente. La vieja lucha de clases marchengueliana, que había señalado al nacionalismo como el instrumento de enajenación del pueblo esgrimido con desvergüenza por la burguesía.

Me encontraba en el hotel a punto de entrar en la ducha cuando sonó el teléfono. Era Huarte. Me pedía que fuera a toda prisa a reunirme con Ariadna, que estaba a punto de hacer una tontería.

La imaginé asomada a la ventana del apartamento, dispuesta a saltar al acantilado, y me entró un sudor frío. Huarte me dijo que no era eso, sino algo más simple, tenía que escuchar a Ariadna, dejar que se desahogara. Y luego, reunirnos los tres en Sbaria.

Tomé un taxi, que me dejó en el portal del edificio turístico. Iba a llamar al timbre cuando Ariadna emergió del interior arrastrando su pequeño equipaje rodante.

—Pero ¿dónde vas, mujer?

—A casa —se encogió de hombros, no advertí yo en ella ningún síntoma de desasosiego, sino de cansancio, de decepción—. Quiero ir a casa, aunque no tengo nada claro cual es mi casa.

Lo intenté, pero no hubo forma de hacerla volver al apartamento, así que nos encaminamos a una cafetería acogedora con una terraza cubierta sobre el mar.

Había luces en la negrura marina. Quizá boyas, quizá barquitas de pesca. También se veía la línea septentrional de la costa, el paseo marítimo reluciente de farolas, sin un alma, fuera de algún vecino que paseaba a su perro. El casco urbano, primitivo, no urbanizado, emitía una fosforescencia acaramelada, y evocaba una *kasbah* moruna. Ariadna y yo hablábamos mirándonos de refilón. Y en una de esas ocasiones, al apartar los ojos a un tiempo, los dirigimos a la oscuridad del cielo en el mismo instante que lo cruzó una estrella fugaz, un meteorito, que yo sentí (y también Ariadna, lo sé ya a posteriori) como una señal de que se nos venía encima algo tremendo.

Poco a poco Ariadna recobró no la calma, que ya tenía, sino algo que me atrevería a designar “ilusión”. Me hablaba de su etapa como investigadora de la física de partículas en una universidad que yo no conocía. Trabajaba en un laboratorio subterráneo junto a su ex marido. A mí, estas y otras revelaciones me parecieron extraordinarias, aunque Ariadna las hacía sin el menor síntoma de trastorno esquizofrénico. Notaba cómo iba reconfortándose, cómo recuperaba su autoridad científica.

Sin embargo, el efecto que este discurso

coherente y tecnológico de Ariadna empezó a hacer en mí fue demoledor. La escuchaba casi tembloroso, recibía sus confidencias con la atención absoluta de un enamorado adolescente.

—¿Volvemos al apartamento? —dije yo aprovechando una pausa de Ariadna, confiando en que lo peor de la crisis había pasado.

Ella asintió, y me dirigió una mirada que me conmovió hasta los tuétanos. Se levantó y fue al baño. La atmósfera de aquella cafetería era recargada, eléctrica. Al menos me lo parecía a mí.

De pronto me vi con el monedero en la mano, y pensé que lo mejor sería pagar la consumición, para nada más salir ella del excusado, escapar al exterior en busca de un poco de aire.

Hurgué en el bolsillito, y en lugar de sacar una moneda, extraje el grano de café. El corazón me empezó a batir como si terminara de hacer una carrera. El granito se me cayó de la mano. Fui a agacharme a recogerlo, pero noté que estaba a punto de desmayarme. Coloqué sobre el grano la suela de mi zapato, y lo aplasté. Una calma súbita me invadió. Me acerqué al mostrador, pagué, y volví a la mesa a esperar a Ariadna.



—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Mejor, gracias.

—Pero, ¿te duele la cabeza, la tripa, no sé... estás ovulando?

Alguien que no era yo se había apoderado de mí. Es lo único que se me ocurrió pensar al escuchar semejante impertinencia de mi boca. Y a continuación mi yo más equilibrado musitó, “ahora Ariadna me envía a la mierda y se larga con la maleta”.

Lo que hizo fue cogermela de la mano, apretármela, y decirme:

—Mira que eres tonto...

Lo primero que me vino a la cabeza al día siguiente, al despertar en el lecho, al lado de una Ariadna Galvão espléndida que dormía con placidez, entregada al destino cualquiera que fuese, fue la imagen de Pancracio Ejido. ¿Por qué Pancracio Ejido y no Cachos de Pera?, preguntaba mi yo metódico a mi yo intuitivo. La respuesta, en el próximo capítulo.

# **Capítulo quinto**

(A dos voces)

( *Severo Ramires*, de Ybaria)

### **Super simetría Versus Multi universos**

El general García y yo nos quedamos mirando durante un rato, en silencio y sin mover un músculo, la sólida pared que acababa de tragarse a Tischbein-Mediacara. En el mismo segundo apartamos la mirada de la roca absorbente y nos la dirigimos el uno al otro. De súbito me eché a reír. García empezó a batir palmas. Si alguien nos hubiera visto nos habría tomado por dos chimpancés interpretando a dos hombres.

Por fin volvió la razón a nosotros y nos pusimos en movimiento hacia la salida del túnel. Llegamos a la puerta metálica, la abrimos y dimos un paso hacia el control lleno de pantallas, hileras de botones, palancas, teclados, consolas y aparatos de medición sofisticados. Reconocí el mismo aire clínico, de hospital ultramoderno, de mis anteriores visitas. Ahora, las láminas enmarcadas con paisajes de playas y montañas carolunias clavadas o impresas en las paredes se me hicieron antipáticas, lo mismo que las vitrinas con instrumentos electrónicos.

Pero allí no había nadie. Nos asomamos más allá de la sala de control, y en el vestíbulo con los murales de carolunios atléticos tampoco vimos ni a

Onésimo ni a Concepção. Sí estaba, apoyado en la pared como lo habíamos dejado, y con la ventana que permitía ver los genitales de Endimión, el cuadro robado del Louvre.

Algo extraño percibimos, una claridad demasiado fuerte para ser de noche. Cuando llegamos a la cueva científica deberían ser las siete o las ocho de la tarde, a juzgar por el ocaso que dejamos atrás al introducirnos en la mina.

De pronto apareció Onésimo, emergiendo de una pared, la del cuarto de baño. Nos sobresaltamos los tres.

—¡Por fin salís, diantres! —dijo bufando.

Ni García ni yo comprendimos el reproche implícito en su efusión.

—Os habéis pasado encerrados toda la noche. Porque por otro lugar no habéis podido salir, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo, Onésimo? —le repliqué.

—Que esta mina tiene otras salidas o entradas, pero sólo una está conectada a este complejo

científico. ¿Dónde está Tischbein?

—¿Qué hora es? —preguntó el general.

—Las ocho y media —contestó mi sobrino sin necesidad de mirar el reloj.

—¿De la tarde? —insistió su suegro.

—De la mañana. Habéis pasado doce horas ahí metidos. Pero ¿dónde está Tischbein?

—Se lo ha tragado la pared —dije, a punto de echarme a reír, porque la explicación era hilarante, si hubiera sido yo quien la recibiera.

—¿Como a Ariadna?

—Como a Ariadna —contesté ya más templado.

De reojo miré al general, expectante por conocer su reacción. Pero en ese momento sonó su teléfono móvil. Lo sacó del bolsillo como si extrajera un doblón de oro o un fósil paleozóico, algo que no tenía por qué pertenecerle.

García se alejó de nosotros y salió de la cueva. No pasó fuera más de cinco minutos. A mí me parecieron cincuenta, porque no sabía qué tipo de

conversación entablar con mi sobrino, temiéndome ser capturado por un laberinto de incertidumbres o de supersticiones.

Volvió el general con una medio sonrisa, como si lo que le hubieran contado por teléfono fuera una historia divertida. Y lo era.

—La impostura ha empezado a desatarse — dijo—. Anoche han actuado en Francia y en Bélgica dos terroristas islámicos, en un restaurante de París y en el Metro de Bruselas. Casi cincuenta muertos. ¡Pobre gente! En Cecabastos, nuestra policía ha desarticulado y detenido a un comando que preparaba un sabotaje en la presa de Tavira, y que reclamaba la independencia de Esteparia de Ybaria. ¿Nada que ver, verdad? ¡Pues no! Y también lo de Badeluna tiene que ver, ya lo creo que tiene que ver —había trocado su semblante irónico en uno de ira—. Uno de nuestros agentes infiltrado en lo que llaman ANC o Asamblea Nacional de Carolunia, nos ha pasado un grueso dossier que contiene un minucioso plan de independencia de esa república federada. Juristas, ingenieros, informáticos, periodistas, economistas, docentes llevan años trabajando en él, y sus primeras acciones están completadas, el lavado de cerebro de los carolunios, a quienes están convenciendo en las escuelas y en los

medios de comunicación de que son seres superiores al resto de los ybáricos. Lo más chocante es que proponen un estado nuevo en forma de reino, el Reino de Carolunia. Pero no tienen todavía un rey, y lo están buscando por el mundo, entre los carolunios emigrados. La impostura ha empezado a desatarse. Quieren que me presente cuando antes en Compluto. Han estado llamando toda la noche, pero ahí dentro no hay cobertura. Temían que me hubieran secuestrado o algo así. Envían un helicóptero a recogerme. Pero antes es necesario que aclaremos esta historia del tránsito de un mundo a otro. Tenemos media hora, Onésimo. Te ruego que seas muy conciso y claro.

Cogió el cuadro de Endimión y se fue con él al vehículo en el que habíamos venido. Lo colocó donde pudo, y se subió al 4x4, mientras Onésimo cerraba la mina. Echamos en falta a Conceção, pero antes de ocuparnos de ella teníamos (el general tenía) otras obligaciones.

Enseguida rodábamos en dirección al aeródromo de Cecabastos.

—¿Qué papel tiene Ariadna en todo este galimatías de los *Peregrinos del Anuncio*? " — preguntó el general, desde detrás, inclinándose sobre

la oreja de mi sobrino, sentado a mi lado, para que no hubiera duda de a quién se dirigía.

—No sé quiénes son los *Peregrinos del Anuncio*?... —gimió Onésimo.

—Está bien. Modifico la pregunta. Qué investigaba Ariadna en esta mina, siendo ella una científica matemática y teórica.

—El Modelo Estándar de Física de Partículas, S.M.P.P. en inglés. —respondió Onésimo.

—¿Con que objeto?

—En busca del Modelo Unificado, la G.U.T., *Grand Unified Theory*. En las millonésimas de millonésimas de segundo del inicio del *Big Bang* las leyes físicas que conocemos no existían. Lo que hoy conocemos del Universo y sus leyes se formó a partir de aquella física misteriosa. Hay quien dice que de allí pudieron surgir otros mundos...

—¿Mundos paralelos?

—No exactamente, pero se puede decir así.

—¿Conectados entre sí?

—Eso es una conjetura demasiado arriesgada.



—Entonces, ¿dónde lleva el agujero en la pared de la mina? ¿Qué es? ¿Un agujero negro? ¿Una singularidad en el tejido espacio-tiempo?

Me sorprendió el conocimiento del general, o al menos la precisión de sus nociones.

—Los físicos teóricos de partículas sugieren que depende de los electronvoltios del bosón de Higgs; puede haber multiuniversos o un universo en expansión dominado por la supersimetría, con algo así como pliegues en el espacio-tiempo. Pero hablar de pasar de un universo a otro o de un lugar remoto del Universo a otro es una temeridad. Aparte de que ningún ser vivo lo aguantaría.

—No sabemos lo que hay dentro de un agujero negro, no hay forma de averiguarlo. A lo mejor es un estado físico tolerable para la biología —sentenció García—. Tischbein ha dicho que los *Peregrinos del Anuncio* pueden hacerlo, que descubrieron la forma de saltar de un lugar a otro sin sufrir daño.

—Pero, ¿qué son o quienes son los *Peregrinos del Anuncio*? —volvió a decir Onésimo.

—Tischbein es uno de ellos, y el doctor Huarte también. Dicen proceder de otro mundo, aunque no especifican si ese mundo está en nuestro Universo o

en otro de los paralelos posibles. Si Ariadna ha pasado por ese agujero de la pared de la mina es porque alguno de los *Peregrinos* la auxilió, arriesgándose a las consecuencias. Tischbein asegura que está viva, que es profesora de un instituto de enseñanza media en otro mundo.

—Pero ¿ha confirmado si es extraterrestre?

—No —me atreví a intervenir, porque los misterios délficos del siglo XXI se me hacían insoportables—. Mi hija no es ningún fenómeno de la naturaleza. Simplemente es una superdotada para las matemáticas, y una persona curiosa... Dime una cosa, Onésimo, ¿por qué habéis montado ese laboratorio en la mina, cuando existen aceleradores de partículas en Europa y en Norteamérica con mucha más capacidad para esas investigaciones? Quiero saber si este laboratorio es una filfa, una tapadera.

—Eso se lo tendrá que preguntar a Ariadna cuando la vea, y deseo que sea pronto, se lo aseguro. Fue ella la que lo promovió.

—¿Y la inversión carolunia?

—A esos les engatusé yo. Les hice creer que estábamos en una posición geológica y geográfica

inmejorable, que en Carolunia no era posible realizar el experimento... Supusieron que si ellos ponían el dinero, se quedarían con los resultados y con la gloria.

—Entonces, ¿tú qué hacías en el laboratorio?

—Colaboraba con Ariadna. Mi especialidad es la formación de estrellas y galaxias. Pero la expansión constatada del Universo obliga a pensar en la materia oscura y en la energía oscura. Y eso se puede investigar en una mina como esta. Se trata de instalar filtros que atrapen partículas difíciles de detectar; bueno, hasta ahora indetectadas... Es una forma de resumir el mecanismo... Pero con los conocimientos teóricos de Ariadna y mi experiencia astronómica, nos estábamos acercando a algo que se llama *Dark Flow*, un fluido oscuro que procede de las primeras millonésimas de segundos tras el *Big Bang*. Según la teoría de la supersimetría, existen otras 24 partículas en el Modelo Estándar todavía por descubrir. Forman parte de una energía oscura que contrarresta la fuerza gravitacional, y que produce la expansión del Universo. Los que se oponen a esta hipótesis dicen que esa supuesta fuerza es magia, un invento, porque de la nada no puede salir algo, y que si la energía oscura puebla el vacío intergaláctico es una energía que procede de la nada, mágica. Sin

embargo se han encontrado distorsiones procedentes del fondo de microondas, supuestamente uniforme, el fósil del *Big Bang*. Hay clústeres, conjuntos próximos de galaxias, que se mueven de un modo inexplicable. Y eso conduce a pensar que o bien existe un universo paralelo al nuestro más allá del horizonte cosmológico, que ejerce alguna influencia en éste, o que hay una materia y una energía oscuras que deben de estar en algún sitio.

—¿La antimateria? —intervine yo por introducirme en aquel diálogo esotérico.

—No, eso es otra cosa... —dijo mi sobrino.

—Sea lo que sea, no es magia. Ni Tischbein ni Ariadna son magos escapistas —sentenció García mientras ascendíamos por la cuesta del alcor en el que se encuentra el aeródromo militar de Cecabastos.

Por encima de nosotros pasó rasante un helicóptero militar que terminó su trayectoria en la pista del aeródromo. En el hangar nos esperaba un grupo de personas, ninguna de uniforme, salvo el piloto de la aeronave. Saludaron al general García y dejaron que un tipo de edad indefinible, con indumentaria de cazador o de explorador, tomara del brazo a García y se alejara con él hacia la pista. Se pusieron a andar y llegaron al final del asfaltado,

regresaron al hangar, volvieron a hacer el recorrido anterior y así siguieron durante casi una hora. El cazador fumaba compulsivamente. Esta vez controlé a propósito el tiempo para no llevarme una sorpresa. Lo curioso es que, no habiendo dormido en toda la noche, me encontraba tan descansado como si lo hubiera hecho.

En una de las idas y venidas de la pareja dialogante, me acerqué al grupo que esperaba el final de la conferencia, supongo que para llevarse al general a Compluto. Aproveché que dos de ellos habían sacado de mi vehículo el cuadro de Endimión, es decir, de Girodet Triosson, y lo habían metido en el helicóptero, para preguntarles por la personalidad del hombre con ropa de explorador.

—Es el doctor Huarte —me dijeron, sin entrar en detalles.

*(Metodio Mazón, de Veetónica)*

### **Sesión de hipnosis**

Me recreé unos instantes en la melena leonada de Ariadna, que dormía a mi lado, con un camisón. Entonces descubrí que yo llevaba un pijama, uno de mis pijamas. Di un respingo, aunque no lo suficientemente fuerte como para inquietar a Ariadna. Yo no había traído ningún pijama a aquel acantilado de Alger.

Con movimientos lentísimos me incorporé y me puse en pie sobre una alfombra peluda. Salí de la habitación, y mi corazón empezó a latir como si en lugar de haber desembocado en una vulgar sala de estar me enfrentara a los colmillos de un vampiro.

Me encontré en la vulgar sala de estar del apartamento de Sbaria de Ariadna Galvão. El mismo escenario en el que Cachos de Pera despertó tres meses y pico después de haberse ido a la cama con aquella endemoniada mujer. Eché a correr por el pasillo, quizá con la esperanza de hallar un túnel del tiempo que me devolviera a la fecha en la que tuve la ocurrencia de hacer el amor con la matemática seductora, al borde de un acantilado en la convulsa Gerundia. Me detuve ante la puerta del piso. Sentí ganas de echarme al suelo, llorar, patalear, llamar a la sensata Hororia para que viniera a rescatarme de las garras de la brujería. Apoyé la frente contra la plancha de acero que protegía la puerta y suspiré hondo tres veces.

Deshice el camino en ele hasta el vulgar salón, y a medida que avanzaba, recobraba la memoria y remitía el pánico. Me senté en una de las sillas que rodeaban la mesa con tablero de cristal sobre un pedrusco de mármol, y me puse a reír. Recordé las últimas setenta y dos horas y las repasé como quien

se pasea por un sueño inolvidable, por una película de intriga, por un largo *flash back*.

U n *flash back* del que sobresalía Pancraccio Ejido/Jristo Katranjiev, porque había sido el principal protagonista de un acontecimiento que puso del revés “Massa Crítica”, y me desplazó a mí de su centro de gravedad con una fuerza centrífuga bestial.

Pero es mejor que nos atengamos a la cronología, e inicie un *flash back*.

El doctor Huarte nos recogió a Ariadna y a mí en el apartamento del acantilado por la mañana muy tempranito. En taxi fuimos a una estación del tren con conexión al *Intercity* para Recópolis. Nos instalamos en un vagón para fumadores que estaba medio vacío. Entonces, Huarte prendió un pitillo e inició su discurso de este modo:

—¿Os habéis percatado de la cantidad de personas infelices que viajan en el tren, en el tranvía, en el Metro o en los autobuses? Y no digamos en la cantidad de transeúntes que circulan abatidos por las calles. O vociferando sus penas en las estanterías de un estadio de fútbol. O empujando con desesperación un carrito por los pasillos deslumbrantes de un hipermercado. O doblados como un cuatro en una butaca, aterrados frente a una pantalla de cine.

«Antaño, la mayor preocupación de un ser humano adulto era conservar la salud y la vida. Hogaño, lo más importante es ahogar el aburrimiento, engañar a la melancolía, empujar fuera de nosotros la tristeza.

«A no ser que vivas en la Mesopotamia arrasada por la guerra, o en el África azotada por la sequía y la barbarie aborigen y la codicia de los inversores euroasiáticos y norteamericanos. En esos lugares donde la posibilidad de ser infeliz es infinita, la alegría brota con toda fuerza en los corazones de la gente que tiene lo suficiente para comer una vez al día, sólo eso.

«¿Cual es la razón de este sufrimiento y el valor de los trucos para salir de él? La tensión entre la vida real y la vida soñada. En ocasiones gana el pesimismo, y las personas inermes temen que las pequeñas alegrías no sean sino un espejismo, o que los sufrimientos que padecen carezcan de sentido, no sirvan para premiarle en el futuro, aunque sea en la otra vida. En otras ocasiones, sobre todo después de comer bien, o ante la inminencia de un encuentro erótico, uno se siente lleno de esperanza.

«Todo esto es absurdo. El Universo nos envuelve y somos incapaces de advertirlo, como si



pudiéramos tocar con los dedos ese horizonte que sólo alcanzan los telescopios orbitales. Más cerca, en los confines de nuestro sistema planetario, el viento solar cesa y da paso al vacío del espacio. Se acaba la heliosfera o burbuja en la que flota el Sol y los nueve planetas. Los confines del sistema solar se hallan tres veces más lejos que la distancia que hay entre el astro y Plutón. Más allá se encuentra el “choque de terminación”, donde el viento solar se mezcla con los gases tenues de la heliofunda. Por fin viene la heliopausa y empieza el auténtico espacio interestelar...»

Ariadna escuchaba con una sonrisa seráfica, como una niña a la que estuvieran leyendo por centésima vez un cuento. Yo, todavía entumecido por una noche de fábula oriental, atendía las palabras del doctor Huarte con el mismo sentimiento infantil, acrítico, con los ojos semicerrados porque en realidad tenía mucho sueño.

El tren se metió en un puente metálico con un tris-tras escandaloso.

Me despabilé de golpe. “Este hombre nos está hipnotizando”, recelé.

—¿De qué diantres nos está hablando, Huarte?  
—dije, fingiendo un enfado que no tenía.

—De la insustancialidad de la vida, en relación con el devenir del universo —replicó con serenidad tibetana. En verdad el hombre parecía un monje en traje de faena con afición al tabaco.

—El fin ineluctable del universo —intervino Ariadna en el mismo tono desapasionado—. Dentro de diez elevado a sesenta y seis años, toda la masa estelar habrá desaparecido. Dentro de diez elevado a cien, solo quedará antimateria, y algunos electrones y positrones dispersos. Tras los choques de las estrellas muertas, las partículas constitutivas de los átomos se deteriorarán y se desharán. El caos, el máximo desorden, la entropía final.

—¿Y a nosotros eso en qué nos afecta? —salté ahora algo amoscado por aquel canto fúnebre sideral que se interponía entre los ecos de mi gozo y la realidad mostrenca.

—Es para predisponerle a usted a escuchar cosas que le parecerán imposibles, cuentos de hadas dictados por un chamán —se justificó Huarte.

—A ver. A ver... —murmuré, temiendo que mi comentario pudiera haber herido a Ariadna, algo imperdonable después de aquella noche.

—El capitán Cachos de Pera todavía está

esperando el momento oportuno para hablar con usted de los *Peregrinos del Anuncio*... Pero no tardará mucho en tirar la toalla y entonces usted no creería sus palabras, si llegara a pronunciarlas.

—¿Cómo dice? ¿Que dimite?—reaccioné.

—Es más importante lo que yo voy a revelarles que la peripecia personal de Cachos de Pera. Tenga paciencia, Metodio. Los *Peregrinos del Anuncio* viene a ser una orden secreta, a la que yo pertenezco, de seres extraños a nuestro sistema solar. También pertenecen a ella el coronel Abulafia y otras personalidades y seres anónimos que se mueven entre los humanos con un propósito beneficioso, avisarles de catástrofes lejanas todavía para ustedes, pero inevitables.

«Procedemos de un mundo ya inexistente, del que me resulta difícil hablar, porque la vida allí tenía un aspecto distinto al de la Tierra, aunque se regía por las mismas leyes, con diferencias muy leves. Más adelante, si quiere, entraremos en cómo éramos, o en cómo somos debajo de esta apariencia humana — levantó la mano con el cigarrillo humeante, un gesto críptico o una invitación a algo.

«Nuestra civilización era avanzada. Éramos capaces de traspasar fronteras impermeables para

ustedes, como la velocidad de la luz. Mejor dicho, nuestros científicos descubrieron la manera de adelantar a la luz en su recorrido, pero se reservaron la técnica para mejores momentos. Fue una feliz intuición, porque lo peor no tardó en llegar. Nuestros observatorios intergalácticos detectaron avisos de que la fuerza de la gravedad, una de las constitutivas del Cosmos, podía sufrir un colapso; un colapso mínimo, una fracción de segundo. Pero eso reajustaría las otras tres fuerzas, y sobrevendría lo más parecido a un caos cósmico. Algunos proclamaban que el efecto del reajuste pasaría inadvertido.

«Otros de nuestros científicos dieron en poner toda su capacidad investigadora en la posible existencia de un Creador. Si ocupaba algún espacio, infinitesimal o cósmico, era preciso rogarle que interviniera. Quizá se había dormido, u olvidado de sus criaturas, quizás estaba enfadado con ellas por su tendencia a saltarse a la torera los mandamientos. Esto último eran rémoras religiosas que pocos tenían en cuenta, porque afortunadamente, los negros pronósticos no se habían difundido entre la masa.

«En esas estábamos en nuestro mundo, que en lenguaje veetónico sonaría “Palimostrenconodia”, cuando el gobierno tomó la decisión de crear un cuerpo de funcionarios aguerridos, lo más parecido a

sus comandos especiales militares. Su misión sería recorrer el Cosmos en busca de lugares seguros...»

—Huarte, yo no sé casi nada de física. Pero entiendo que un colapso gravitacional en la galaxia de Trebisonda, a no sé cuántos millones de años luz de aquí, nos afectaría a nosotros porque compartimos el mismo universo. ¿Está usted diciendo que estamos en peligro?

—Escúcheme con atención, Metodio. Le he dicho que mi mundo desapareció hace tiempo. El colapso ya se ha producido. Los *Peregrinos del Anuncio* somos supervivientes.

—Pero eso contradice las leyes de la física — dije dirigiéndome a Ariadna.

Ella se encogió de hombros antes de hablar.

—Esa y otras dudas llevo mucho tiempo planteándoselas a Huarte y Tischbein. Me contestan que la desaparición de los dinosaurios en el Cretácico se explica por esa catástrofe sideral.

—¿Quién es Tischbein? —no pude reprimirme de preguntar.

—La explicación más sencilla es que nosotros vivíamos en un Universo y ustedes en otro. Pero la verdad es que nadie la ha resuelto, ni sus científicos

ni los nuestros. Ariadna viene de un país llamado Ybaria, ¿le suena a usted?

—Para nada.

—Está, digamos, en otro planeta, en otro mundo. Pero no tenemos la seguridad de que se trate de un universo paralelo; puede ser un pliegue en el tejido del espacio-tiempo que pone en contacto una galaxia con otra, dentro del mismo Cosmos.

—¿Y el suyo? Su mundo me refiero, en el supuesto de que lo que usted me está contando sea cierto y no una fábula.

—En Sbaria podrá comprobar usted que no es ninguna fábula... Mi mundo desapareció. Cuando salimos de él los *Peregrinos del Anuncio* perdimos todo contacto, y al intentar regresar comprobamos que había perecido, según los peores pronósticos.

—Y habrá otros *Peregrinos* por ahí, según su cuenta, ¿no? —dije, escuchando con escepticismo mis palabras.

—Jamás nos hemos cruzado con ellos. Pero demos la palabra a Ariadna para que nos hable de Ybaria.

Ariadna solicitó mi permiso con la mirada. Asentí, confieso que con un nudo en el estómago. Tardó en arrancar, no sé si para hacer acopio de fuerzas o para ordenar su discurso del mejor modo comprensible y aceptable. En esa breve pausa el tris-tras del convoy sobre las vías resonó con más fuerza de la habitual, y luego acompañó el discurso de Ariadna como un coro lejano. Yo imaginaba el tren como una nave interestelar atravesando el cinturón de Kuiper, más allá de Neptuno, sorteando casi todos los asteroides menos algunos, que nos atravesaban como azagayas indoloras a un ritmo cósmico.

—Supongo que te preguntarás cómo es posible que yo proceda de otro mundo, se encuentre donde se encuentre, con un nivel de desarrollo tecnológico superior al de éste. Es una casualidad. A lo largo de sus travesías por el espacio tiempo, los *Peregrinos del Anuncio* han encontrado planetas con civilizaciones en diferentes estadios, desde la edad de piedra hasta aquella de la que provengo, la más avanzada de cuantas se han tropezado.

«El caso es que mi mundo parece una réplica de éste, o al contrario. Los mismos continentes, más o menos las mismas naciones, los mismos problemas climáticos, las mismas guerras, la misma pobre idea de sí mismo... Prueba de esto es que hablamos la

misma lengua en Ybaria y en Veetónica. Por qué es algo que algunos de los *Peregrinos* se dedican a estudiar, sin haber resuelto la incógnita todavía. Igual que no sabemos por qué Francia es Francia aquí y allá, y el país que ocupa esta península recibe nombres distintos, aquí es una monarquía y allí es una república. Si algún día los *Peregrinos* dan con el Hacedor de Estrellas, el Creador, puede que le pidan una aclaración.

«Yo sólo puedo darte explicaciones científicas que no sirven para mucho. El Modelo Estándar de la Física de Partículas es el mismo aquí que allí. Y la forma de traspasar la misteriosa frontera que nos separa la atribuimos, sin una convicción total, a los *monopolos*. Los *monopolos* son regiones del espacio que se anudan en tubos más finos que un átomo, como gomas elásticas vibrando a la velocidad de la luz y estirándose por el universo. Los *monopolos* son polos magnéticos con una sola carga a lo largo de lo que podíamos denominar su extensión, no son por un extremo positivos y por el otro negativos. Suponemos que son más pesados que la materia oscura, y también indetectados. Salvo las puertas, por llamarlas de un modo que nos sirva para entendernos, localizadas o abiertas por los *Peregrinos del Anuncio*. En mi mundo, en Ybaria, mi marido y yo descubrimos una en la pared de una



mina que empleábamos como laboratorio...»

Ariadna debió de observar algún fruncimiento en mi rostro al mencionar a su marido, porque quedó en suspenso durante unos segundos, acaso pensando en derivar hacia el terreno personal y sentimental sus explicaciones. Pero apartó esta idea de su cabeza, si es que la tuvo.

—Dimos con la puerta por casualidad. Y yo, después de pensarlo y sopesarlo bien, me decidí a investigar en su interior. Sabía que me arriesgaba a perecer en el intento. Pero la intuición me decía que no. La intuición era cierta, porque yo estaba siendo monitorizada sin saberlo desde la infancia por los *Peregrinos del Anuncio*, en concreto por el doctor Huarte. Mi supuesto padre, un científico lusitano que vosotros llamaríais un científico portugués, profesor de la Universidad Macquarie de Sydney, Australia, era uno de los *Peregrinos*. Estaba casado con una emigrante alemana, teniente de carros de combate destinada siempre en misiones de paz en el extranjero. No sé si mi madre, la teniente Petra Leverkuh, conocía la verdadera personalidad de mi padre, tiendo a pensar que sí.

Digirió la mirada a Huarte, que no movió ni uno de sus acartonados músculos del rostro para

afirmar o negar la sospecha de Ariadna.

—Mi padre biológico es un militar de la Federación de Repúblicas de Ybaria, que había conocido a mi madre en una de sus misiones. Este hecho ha sido determinante en mi decisión de acostarme contigo

Esta vez puse cara de sorpresa, parte sincera, parte exageración, la primera de mi yo auténtico, la segunda de mi yo receloso.

—Luego llegaremos a ese asunto. Mi atrevimiento cogió por sorpresa a los *Peregrinos*. Pero su entrenamiento para moverse por lo que podríamos llamar el hiperespacio es tremendo, y consiguieron llegar junto a mí, justo en el momento en el que podía haber desembocado en uno de esos mundos de la Edad de Piedra, o de incluso antes, cuando los primeros peces se transformaban en anfibios y se asomaban a una tierra firme poblada de plantas fabulosas.

«De un bandazo me desvió de uno de esos *monopolos* fatales, y me dirigió hacia el que conectaba con Veetónica. Debía haber salido por una de las puertas controladas por los *Peregrinos*, que conocerás cuando llegemos a Sbaria. Pero el empujón que me dio Tischbein, mi salvador, me hizo

saltar literalmente por los aires, y fui a parar casi a los brazos de Cachos cuando salía del Instituto Fleming.

«De acuerdo con Huarte decidimos que me integrara en Veetónica mientras los *Peregrinos* decidían qué hacer conmigo, siempre teniendo en cuenta mi propio criterio. No me pareció mal la idea, y gracias al coronel Abulafia construimos un currículo para mí, y me presenté oportunamente en el instituto cuando necesitaban un profesor de matemáticas.

«Ahora voy a hablarte de mi padre, el general García, director de la Oficina para la Defensa de la Razón de Estado de Ybaria, O.D.R.E., los servicios de información. En la época en que conoció a mi madre era capitán destinado a misiones de paz. Me concibieron a mí, y al nacer me quedé al cuidado de mi padre putativo. Mi madre murió en un accidente cuando yo tenía cuatro años. Los *Peregrinos* pensaron que era mejor que me criara con una familia humana, y enviaron a mi padre a Lusitania. Previamente habían falsificado una carta de mi madre en la que advertía al capitán García de que yo podría ser su hija. Esto es un episodio doloroso para mí, porque da a entender que mi madre no sabía quién era en realidad su marido. Pero mis mentores

los *Peregrinos* se han negado a aclararme el asunto, ellos sabrán por qué».

Dirigió una mirada a Huarte, que siguió impasible.

—Crecí en Compluto, la capital de Ybaria, y estudié en su universidad y luego en el *Max-Planck-Institut für Mathematik in den Naturwissenschaften*, instituto Max Plank de Matemáticas para las Ciencias de Leipzig. Me ofrecieron empleo en Alemania, pero me gustaba la forma de vida de Ybaria, su clima templado, su cómico pesimismo. Así fue como conocí a Onésimo Bravo Ramires, un astrónomo fuera de serie, dedicado a investigar la materia oscura. Nos casamos y nos instalamos en Cecabastos, la capital de la república de Esteparía.

«Onésimo estaba acosado por todo tipo de cazadores de científicos, pero se mostraba inasequible, le gustaba la vida tranquila, había estado en Chile, en el proyecto VLT, el *Very Large Telescope* del desierto de Atacama, y en otros lugares exóticos, pero se encontraba muy a gusto en Cecabastos, con su familia, su madre viuda y un tío terrateniente y conservacionista, el doctor Severo Ramires. Entre Onésimo y yo urdimos un plan para que se aprovechara una vieja mina de blenda en las

cercanías de la ciudad con objeto de construir un laboratorio de captura de partículas oscuras y quién sabe si también de antimateria. Ni el estado ybárico ni los capitalistas estepáricos soltaban un duro, así que fuimos a pedir dinero a inversores carolunios, una república federada del país. Quisieron construir el centro de investigación en su tierra, pero les convencimos de que era imposible, que la mejor y casi única ubicación para el experimento estaba en aquella vieja mina. Era un treta, en realidad era un movimiento de ajedrez de los *Peregrinos*, que sí conocían la suma importancia del lugar.

«Yo ignoraba la existencia de los *Peregrinos*, hasta que me vi en el aprieto del *monopolo*. Desde que aterricé en Sbaria, he mantenido contacto constante con ellos, a través de Huarte y de Tischbein. La vinculación de Cachos con “Massa Crítica” y también la mía obedecen a un plan, que ahora ha saltado por los aires. Pero a eso llegaremos luego. Un día, no hace mucho, apareció otro *Peregrino*. Lo conoces, se hace llamar Jristo Katranjiev, aunque para ti es Pancracio Ejido. Este hombre me informó de algo que yo desconocía. Mi padre, el general García, estuvo casado con una ybárica de buena familia, de la que luego se separó, antes de encontrarse con mi madre en África. Según quienes conocen el caso, el matrimonio duró poco.

Tuvieron un hijo, pero cuando este cumplió los siete años, García no pudo más y se separó. Por lo visto no lo hizo de acuerdo con su mujer, sencillamente la abandonó, y se desentendió de su hijo, dicen.

«Pues bien, Jristo Katranjiev asegura que ese hijo de García es Cachos de Pera, llegado a Veetónica a los siete años tras un accidente de coche en el que su madre murió. Jristo cuenta que el general García nunca abandonó a su mujer, que simplemente la perdió, igual que a su hijo, en el accidente.

«Ni Huarte ni Tischbein han querido aclararme nada. Salvo que Jristo es un *Peregrino* disidente, que actúa junto a otros en una misión que crea problemas constantes a los auténticos *Peregrinos*. Pero dada la duda, decidí distanciarme de Cachos. Primero cesé de tener relaciones sexuales con él, algo que le desconcertó, y a mí me llenó de zozobra, porque soy mujer apasionada, como habrás comprobado...»

Ariadna siguió hablando, pero yo no la escuché. Me limité a oírla. Las noticias que me había dado habían calado en mí como un narcótico, una sesión de hipnosis. Me quedé dormido. Soñé que un médico con traje y perilla que no era Sigmund Freud me decía con convicción: “Toda la supuesta

imaginación de los meridionales ha quedado reducida a la retórica”. Cuando desperté estábamos entrando en la estación central de Recópolis.

—Pero la madre de Cachos —salió de lo más hondo de mi memoria semidormida— es Verónica Pérez, es decir Deidre Prendergast, la encriptadora neozelandesa.

—Son la misma persona —contestó el doctor Huarte, poniéndose en pie para salir al andén.

Qué barbaridad, qué situación.

(*Severo Ramires*, de Ybaria)

### **Visión del Purgatorio**

Por fin regresaron de su peripatética conversación el general y el doctor. Parecían haber llegado a algún tipo de acuerdo, si fue eso lo que les entretuvo.

—¿Le apetece venirse a Compluto, Protos? — me dijo García invitándome con el brazo a subir al helicóptero.

Me volví hacia Onésimo y le tendí las llaves del coche.

—Tengo dos preguntas que hacerte, yerno — dijo el militar —. ¿Ariadna y tú os llevabais mal o muy mal en los últimos tiempos?

Onésimo se guardó las llaves del 4x4 en el bolsillo de la chaqueta antes de responder.

—No, general, no. Ariadna y yo nos hemos peleado como cualquier matrimonio. Pero nunca nos hemos planteado separarnos.

—La segunda, ¿tú ignorabas la decisión de Ariadna de meterse por el agujero del espacio-tiempo o fuiste cómplice de ella?

Onésimo carraspeó, señal de duda.

—Para serte sincero, temí que hiciera una locura. Se obsesionó con el agujero, la puerta o lo que quiera que sea eso. En el fondo de mi alma temí que lo hiciera, pero era algo tan terrible que ni siquiera se transformó en sospecha consciente. Debía de estar ahí dentro, escondida entre mis tripas. Juro que no se me ocurrió pensar que lo haría, sólo temía que fuera capaz de hacerlo, como uno teme que alguien sea capaz de tragarse un sable o de escalar el



Everest, sin que eso signifique que vaya a ocurrir.

—Pero, entonces, ¿por qué diablos se metió en el agujero?

Pensé, “esa es la tercera pregunta y sobra”. El escenario resultaba singular: un gigante y un tipo canijo discutiendo un melodrama doméstico, con un descomunal saltamontes metálico al fondo.

—Por curiosidad, general, por mera curiosidad. ¿Por qué se mete el ser humano en los líos más estúpidos? ¿Por qué se pregunta cosas tan idiotas como si nuestra existencia tiene un sentido, de dónde venimos y a dónde vamos? Por pura curiosidad. Porque la curiosidad está en la genética humana igual que en la felina. Queremos saber. Necesitamos saber. Es el cimiento de la ciencia, sobre todo la moderna. Puede que quien la sufrague sea el Estado o intereses espurios, pero el científico, el verdadero filósofo se mete en berenjenales por pura curiosidad, por cotilleo, por fisgoneo, como las porteras y los confidentes policiales.

—Huarte me cuenta que Ariadna vive en un país llamado Veetónica, semejante a Ybaria, en otro planeta o universo. Enseña matemáticas en un instituto de enseñanza media y se ha involucrado en un movimiento político de carácter populista que

pretende acabar con los privilegios de clase...

—Es muy capaz de eso y de más.

—¿No te gustaría que regresara a casa?

—A mí, sí. Y supongo que a usted también.  
Pero ¿y a ella?

—Me propongo averiguarlo —zanjó García.

Tendió la mano a su yerno y después se encaminó al helicóptero haciéndome un gesto con la cabeza para que le siguiera.

El aparato era moderno y se podía mantener una conversación en su interior a pesar del ruido del rotor. Durante el vuelo, García me dijo que Huarte le había confirmado todo cuanto Tischbein nos había contado antes de desaparecer. Le había dado detalles científicos que tenían que ver con la materia y la energía oscura, algo que recibía el nombre de fluido oscuro, y la existencia de ciertos caminos indescifrables que conducían de un *monopolo* en un mundo a otro *monopolo* en otro mundo. Me explicó que un *monopolo* era un punto de una sola carga eléctrica, unido a otro punto en remotos espacios de la misma carga, con un trozo de cable o cuerda. Eran las vías de circulación de los *Peregrinos del Anuncio*,

seres de un universo que había perecido por una catástrofe sideral. Al parecer Ybaria era uno de los territorios del planeta Tierra beneficiado por la existencia de *monopolos*, si bien en Asia y en África existía algún otro, que sólo los *Peregrinos* conocían.

En el otro mundo, donde vivía Ariadna, el territorio privilegiado se llamaba Veetónica. Al parecer los *Peregrinos del Anuncio* viajaban de un universo a otro en busca de un lugar donde establecer su raza. Los mejores escenarios galácticos, cósmicos o universales que habían hallado eran Veetónica e Ybaria. Otro, lo habían descartado, tenía por nombre España; geográfica, demográfica y tecnológicamente era tan semejante a Veetónica e Ybaria como una gota de agua a otra. Pero después de estudiarlo durante siglos decidieron olvidarse de él, porque era lo más parecido a un purgatorio, siempre entre el Cielo y el Infierno. Huarte le había dicho a García que si alguna vez la búsqueda de un Hacedor de Estrellas o Creador, que los *Peregrinos* mantenían desde hacía eones, daba resultado, lo primero que le preguntarían era qué habían hecho los españoles para sufrir semejante castigo, una eterna duda nacional existencial y una tendencia física o psicológica hacia el fratricidio.

Los *Peregrinos del Anuncio* no eran un grupo

homogéneo, informó Huarte a García. En eso debían ser más humanos que extraterrestres. Una facción apocalíptica estaba imponiendo criterios peligrosos. El general me lo contaba añadiendo a los datos proporcionados por Huarte su propia reflexión en torno a los sucesos que habían conmovido Europa en los últimos días.

—Si no hubiera visto desaparecer a Tischbein absorbido por una pared, la historia de Huarte me parecería una fábula. Pero usted ha sido testigo, una persona no se mete en una roca y se transforma en otra antes de desaparecer, si no hay poderosas razones que lo puedan explicar. Esta de los *Peregrinos del Anuncio* es una de las posibles. Y siguiendo la línea de razonamiento, ¿por qué no van a ser los *Peregrinos del Anuncio* y sus disidencias los responsables de lo que está empezando a pasar?

—¿Empezando? —murmuré, y al darme cuenta de que García no me había oído por el ruido del helicóptero, repetí en voz alta— : ¡¡Digo que por qué empezando!!

—Porque va a seguir pasando, estén involucrados los *Peregrinos del Anuncio*, el capital financiero globalizado, el terrorismo islamista, el separatismo carolunio o el Papa de Roma. Llevamos

unos años asomados a otra fase histórica; hasta el momento sin consecuencias, pero ese cambio empieza a notarse, a hacerse efectivo.

—¿Y ustedes, en la O.D.R.E., lo han contemplado? ¿Tienen estrategias o tácticas para lidiar con los nuevos tiempos?

—No sólo en la O.D.R.E. Los servicios de información de toda Europa coincidimos en la misma preocupación. Pero cada uno nos atenemos a los intereses nacionales. Quizá el siguiente paso sea ponernos de acuerdo... al margen de los gobiernos y de los grandes intereses globales...

Aquello sobrepasaba mi capacidad de comprensión, y me lo tomé como el resumen de una novela todavía por escribir.

Cuando el helicóptero se posó en el aeródromo militar de Torrejón de Compluto, García me preguntó dónde iba a alojarme. Esto me produjo desconcierto, porque había imaginado que el general me había pedido acompañarle para trabajar junto a él. Enseguida comprendí que eso era una mera especulación mía. Aunque seguía siendo raro que me hubiera traído a Compluto sólo por darme un paseo en helicóptero. Se fue en un coche oficial, y a mí me ofrecieron otro para conducirme donde yo pidiera.

Pregunté si podía hacer una llamada telefónica. El chófer del automóvil me ofreció su aparato celular. Busqué en mi agenda el número de Carlos Quinto en Cecabastos. Me contestó su secretaria. Me dijo que estaba en Compluto. Casi lancé un suspiro de alivio. Mi intuición no me había engañado, Carlos Quinto solía pasar algunos días de la semana en la capital por razones profesionales. Me dio el nombre del hotel, y yo se lo dicté al chófer, que me transportó con celeridad y diligencia al centro de la capital. Al menos tendría con quién compartir la tarde, si bien no la incertidumbre... Aunque, ¿por qué no hacerlo? No me había comprometido con García a ninguna promesa de reserva. Y la historia oculta era tan novelesca que podía revelarla como una ficción literaria.

Después de comer cocido en una taberna próxima y de fama reservada a paladares castizos, me quité la chaqueta y los zapatos y me tendí en la cama para la siesta. Me despertaron dos horas después unos golpes en la puerta. Era Carlos Quinto, a quien había dejado un recado en recepción.

Lo primero que le pregunté en la cafetería, después de asearme, fue si conocía un país llamado Veetónica.

—¿Un país? ¿En qué continente? A mí me suena más a marca farmacéutica.

—Y una ciudad llamada Recópolis.

—¿Una ciudad romana?... Tampoco

—¿Y un tal capitán Cachos de Pera? ¿Y Metodio Mazón?

—¿Los dos militares? Nada de nada. ¿Es una novela o una película? Ya sabes que no voy nunca al cine, y en casa no tengo televisión.

—Es una nueva serie. Todavía no la han estrenado. Va de mundos paralelos, de científicos que se desplazan de uno a otro, de una civilización sideral expulsada por la catástrofe de su mundo, de conspiraciones para derribar el orden establecido, de...

—¿Quién conspira, Protos? Me estás haciendo pensar en las atrocidades de Francia y de Bélgica. ¿Sabes que el estado francés quiere declarar el estado de excepción?

—¿Por qué?

—Mejor, para qué. Yo no lo sé. A lo mejor en Ybaria acaba sucediendo lo mismo. Me acaban de contar en la Dirección General de Administraciones Públicas, donde estoy de papeleo, ya sabes, que un grupo de carolunios alienados preparan la secesión

de su república federada. Y también que algo está pasando en Esteparia, separatistas terroristas que querían reventar la presa de Tavira...

Recordé que en la televisión de la taberna donde me había zampado el cocido habían exhibido a unos individuos con cara de presos por algún delito detestable. No había prestado atención, pensando que hablaban de los atentados de Francia. En realidad, nadie había hecho caso.

—Pues la serie de la que te hablo va de eso — le interrumpí para controlar mi excitación—. Así que terroristas en Ybaria...

—T a n *auténticos* como los de Francia y Bélgica— acentuó el adjetivo con un tono escéptico.

—¿Eso crees?

—Eso creo. Carezco de datos, pero no de fundamentos. Me parece imposible que hayan brotado de la nada. Algo hay detrás. No sé ni qué ni quién, pero sí que declarar un estado de excepción en un país con una democracia sólida como la francesa por un atentado es un sinsentido. Sólo puede haber una explicación política, aunque la ignoro. ¿Se declara un estado de excepción por una epidemia de gripe aviar, por una serie de accidentes ferroviarios o por que se caigan dos aviones en dos días? ¿A ti qué te parece?



—Soy de tu opinión. Y estoy asustado. Debe de ser por eso de la nueva serie de televisión que me ha contado mi sobrino. Entre la realidad y la ficción parece que haya una frontera muy fina.

—Sí, sí. Por eso no voy al cine. Si las noticias me ponen los pelos de punta, imagínate en qué estado de ánimo me dejarían esas series de catástrofes que pueblan las salas de proyección... Pero, ¿cómo tú en Compluto?

—La capital administrativa... Quieren modificar la normativa para la exportación y eso me afecta...

Lamenté tener que mentir a un amigo, pero era lo más prudente. La tentación de sincerarme con él era fuerte pero sus consecuencias podían ser funestas.

—Oye, ¿por qué no vamos al teatro?

—¿A ver qué?

—Una comedia clásica, una zarzuela.

—De acuerdo.

Encontramos entradas en el Teatro de la Zarzuela. Representaban “María Fernanda”, de un

compositor llamado Moreno Torralba. Es una historia de celos y amores sin recompensar en el marco político revolucionario de la Ybaria decimonónica. El protagonista masculino, Javier, se muestra como un revolucionario arrojado. Pero en un descanso de la batalla confiesa que no lucha por la libertad sino por un dolor de su corazón, es decir, por un conflicto sentimental con María Fernanda. Un melodrama político, como la vida parlamentaria.

Al salir del teatro, Carlos Quinto y yo nos metimos por las calles de aquel barrio castizo, aunque ya afectado por la pátina de falsa tradición que imprime el turismo. Descubrimos un bar con mostrador de cinc, donde la parroquia estaba pendiente de la televisión, que retransmitía un partido de fútbol nacional o internacional, a nosotros nos daba lo mismo. Nos tomamos unos pinchos de tortilla excelentes y unas croquetas no menos buenas.

Volvimos al asunto de la membrana que separa la ficción de la realidad, una conversación culterana mantenida casi a gritos, porque el coro de aficionados nos obligaba a elevar la voz.

—Carlos, ¿tú que harías si la vida en el planeta tuviera los días contados?

—¿Quieres decir si me entregaría al

desenfreno?

—No. Bueno, sí, me refiero a si te unirías a un grupo para escapar de la Tierra o te dedicarías a asaltar casas de lenocinio sin pagar.

—Si las casas fueran de buena nota, no haría falta asaltarlas. En cuanto a lo primero, habría tortas por subirse al cohete. No soy un atleta, me llevaría todos los mamporros... Aunque, en los momentos de desesperación las personas hacen cosas raras, o son leones o nobles brutos que aceptan el sacrificio.

—Quiero decir si te interesaría formar parte de un grupo secreto de personas avisadas que buscan una escapatoria para ellos y a la vez buscan una forma de sacar a la humanidad del aprieto.

—¿Me estás hablando de los *Peregrinos del Anuncio*?

Por unos segundos me quedé mudo.

—¿Los conoces?

—Yo, no. Pero Jaime, ese sobrino lejano mío aquejado de alguna debilidad mental, me habló el otro día de ellos. Tú te llevas bien con Jaime, ¿verdad? También te ha contado esa murga de los

*Peregrinos*. Supongo que la habrá sacado de alguno de esos portales de internet que acostumbra visitar. Es un hacha en eso de la informática. Pero no da más que con páginas tenebrosas. Se pasa el día diciendo que “las cosas van muy mal”.

—No. No se trata de Jaime. Los *Peregrinos del Anuncio* no son una creación de su mente. Son una de esas ficciones que cruzan como un plano secante la esfera de la realidad. Como los terroristas islámicos, los separatistas carolunios o los cantamañanas que quieren arrancar Esteparia de Ybaria...

(*Metodio Mazón*, de Veetónica)

### **Tocar para creer**

Pasamos sólo unas horas en Recópolis. Me acerqué a casa para dejar la ropa sucia y recoger mudas, camisas y un traje. Como he dicho, Honoria estaba lejos, con el equipo de cine. Su ausencia no fue nada reconfortante para mí, al contrario de lo que

había supuesto. De haberme encontrado con ella me habría sentido avergonzado y culpable teniendo que mentirle, pero lo habría preferido a tener que mirarme de refilón en el espejo.

Cuando cerraba la puerta del piso me di cuenta de la minucia que había desencadenado mi malestar: echar la ropa sucia en el cesto, dejarla ahí para que, cuando Honoria volviera a casa, la lavara. Estoy acostumbrado a los regates psicoanalíticos. Gracias a eso y a que desconfío de Freud y de sus secuaces (he yacido en divanes de todas las escuelas), tengo una habilidad especial para iluminar los rincones oscuros del subconsciente.

Huarte y Ariadna me esperaban en la estación de tren. Me entregaron las ediciones vespertinas de tres diarios nacionales, uno de centro izquierda, otro de centro derecha y el último de derechas sin paliativos ni bochorno.

Viajábamos en un departamento de primera clase, algo poco habitual en mí si no me financian el billete. Soy marchengueliano, espartano y algo roñoso. Ellos se fueron al vagón restaurante para reservar mesa. Me dejaron con las novedades.

Eran éstas: la cúpula de “Massa Crítica” había dimitido. Una gestora encabezada por Jristo

Katranjiev se había hecho cargo de la dirección. Según el color del diario, la versión era más o menos tenebrosa. Aunque los hechos no podían desmentir el tinte oscuro de la información. “Massa Crítica” estaba a punto de desmembrarse territorialmente. Es decir, la campaña de Cachos, Ariadna y la *Estacazos* no había dado el resultado previsto, y encima había sido un desastre.

Sin embargo, algo incoherente se desprendía de los datos tan sesgadamente analizados en las informaciones periodísticas: por un lado, parecía a punto de deshacerse, por otro, nada se deshace si antes no está firme y bien sujeto. “Massa Crítica” había crecido y se había consolidado, de lo cual podía deducirse que mis esfuerzos y los del triunvirato dirigente habían causado efecto.

Pero mi rabia no tenía compensación. Se me hacía inconcebible que un partido que había nacido de la rebeldía espontánea de una juventud insatisfecha y bien formada, y de una clase media arrinconada por las crisis y asimismo ilustrada, estuviera en manos de un extraterrestre.

—No podemos hacer nada, no podemos —  
recalcaba Huarte una y otra vez.

—Pero ¿por qué? ¿No son ustedes una raza

brillante, con acceso a tecnologías de ensueño? ¡Qué es eso de que no podemos hacer nada! ¡Podemos, ya lo creo que podemos!

—Pues lo que es Cachos de Pera, se ha cortado la coleta y se ha afeitado.

Entonces sí que es grave la situación, pensé.

Llegamos a Sbaria a media tarde de un sábado. Soplaban un poniente seco y abrasador. La ciudad estaba vacía. En un taxi nos dirigimos al piso de Ariadna. Huarte se despidió de nosotros hasta el día siguiente. Yo no me había detenido a pensar dónde me alojaría, y ahora que se hacía evidente, me entró cierto pudor que no pretendí disimular.

—Si te ha disgustado tanto conocer ciertos detalles de mi pasado, puedes dormir en el cuarto de invitados. Tiene una cama estrecha, pero capaz de soportar tu cuerpo —me dijo Ariadna en el ascensor.

Las palabras de Ariadna eran una invitación a acostarme a su lado, es decir, a ocupar la mitad de la cama donde hasta hacía poco dormía Cachos. Eso me perturbaba.

—Hemos venido aquí con un propósito, ¿no es verdad? —dije yo con un humor sombrío.

—Sí. Pero es preciso que esperemos hasta mañana. Hoy “El Sueño de Endimión” está abierto para el público. Nosotros somos invitados especiales. Iremos mañana a mediodía.

—¿Qué vamos a encontrar allí, o más vale decir a quién, en esa visita privada?

—No estoy segura, puede que a Tischbein. Pero sobre todo vamos a “El Sueño de Endimión” porque allí se encuentra la prueba que disolverá todos tus recelos sobre los *Peregrinos del Anuncio*.

Entramos en el piso, Ariadna arrastrando la maleta que había paseado por media Veetónica, yo, con un maletín en una mano y una funda con trajes en la otra. Ella se dirigió derecha a su dormitorio. Yo me planté en el comedor-salón de estar. Cuatro marcos con fotografías colocados en un vulgar aparador atrajeron mi atención, porque en mi última visita no estaban. El primero mostraba a Ariadna en una especie de cabina de aeronave; estaba vuelta hacia el objetivo de la cámara, sonriendo. En el segundo marco volvía a aparecer Ariadna en una terraza, con un viñedo en todo su esplendor al fondo; una ráfaga de aire había levantado su falda, y echado hacia detrás su melena leonada; junto a ella aparecía un hombre más o menos de mi edad, de piel tostada,



vestido como un caballero con propiedades rústicas, de mirada noble y porte aristocrático. El tercero enmarcaba a un tipo que parecía un oso con cara de ave de presa. En el último se veía a un individuo menudo y entrado en años con uniforme militar y dos filas de condecoraciones.

—Es mi padre, el general García. El otro, Onésimo Bravo Ramires, mi marido. El que está conmigo en las viñas es Severo, su tío. Tischbein me ha traído las fotografías de Ybaria. Me dan cierta seguridad, son el testimonio de que yo he pasado toda la vida en otro mundo, que no vivo en un sueño. Pero es un mundo inaccesible. Además, Onésimo y yo congeniábamos poco, y no le echo de menos... Creo que él a mí tampoco. Tenía hábitos sexuales antipáticos, al menos para mí. Disfrutaba más en las casas de citas que en la cama conmigo. Algo insoportable, porque a veces a mí me dolía el cuerpo de deseo.

Yo no había soltado ni el maletín ni la bolsa con el traje. Acababa de llegar, pero también podía decirse que estaba a punto de irme. Lo pensé.

—Venga, deja las cosas en el dormitorio. En el armario hay sitio. Cachos se llevó sus cosas antes del tour político—dijo apartándose de la puerta y

dejándome el paso franco —. Voy a darme una ducha...

Atravesé la frontera de la intimidad doméstica, dejé la maleta a los pies de la cama y el traje enfundado sobre la colcha. Ariadna abrió la ventana de par en par. Daba a un patio interior. No se advirtió la más mínima ráfaga de aire, aunque al entrar había abierto el balcón del comedor. Se coló una suave fragancia a pimientos fritos.

—Hace calor —salió de mis labios.

—Ven —susurró Ariadna, quitándome mi inveterada chaqueta —. Deja de ser el Íclito Metodio y vuelve a ser un simple mortal. Desnúdate de celos. Vamos a estrenar el *jacuzzi*, lo instalaron el día que salí de esta casa.

Y me sacó de la alcoba a empujoncitos.

El día siguiente, además de domingo, era el fijado para festejar la nación Veetónica, que en día semejante, cinco siglos atrás desembarcó en América. Huarte nos recogió muy temprano y, sin dar explicaciones, nos llevó en Metro a la periferia de Sbaria. Me sorprendió que hiciera fresco, en relación al bochorno del día anterior.

Los suburbios de las modernas ciudades de Veetónica están poblados por un conglomerado de clases sociales, pero sus calles son escaparates donde predomina lo peor; lo mejor se deja dominar o se recluye en su palacete doméstico, entregando la calle a los cavernícolas.

Imagino que ésta es la conclusión que Huarte deseaba que dedujéramos de aquella inesperada excursión.

Mientras atravesábamos barrios sin transeúntes, que parecían abandonados, y solares sembrados de bolsas de plásticos, periódicos deshojados y hierbajos, me vino a la cabeza, no sé por qué, mi adolescencia.

La pasé en un pueblo de montaña. Era un lugar pobre, de escasos recursos, así que había muchas cosas prescindibles en la vida comunitaria, como la limpieza de las calles, ninguna asfaltada, o el embellecimiento de los edificios, casi todos de piedra y sin revoco. A mí aquello me parecía natural. Al bajar a la capital regional, y luego a Recópolis, donde tenía familia, tuve oportunidad de comparar lo que hoy se llama urbanismo, y concluí que los vecinos de mi pueblo eran bastante descuidados, por no decir marranos.

No es que la capital fuera un dechado de limpieza y orden, pero se notaba la diferencia de categoría. La primera tentación era atribuirlo a la educación de los ciudadanos, pero me di cuenta de que si cogía a una docena de familias de los barrios más nobles de Recópolis y las trasladaba a mi pueblo, no contribuirían nada a cambiar las costumbres de mis vecinos, y tardarían poco en volverse tan descuidados como ellos.

Éste es un tema de reflexión política al que los marchenguelianos de mi generación recurrimos una y otra vez sin hallar otra cosa que soluciones mágicas. La educación del pueblo no se consigue con un pase de magia, cuesta sangre. Pero observaba que entre los massacríticos no preocupaba el asunto. Para ellos, el *pueblo* está sólo contaminado; en cuanto se filtren las circunstancias en las que vive, se manifestará en él el milagro de la cortesía y de la urbanidad.

Eso de los filtros es lo que nos distingue a los marchenguelianos de los libertarios. Los filtros son como jaulas de los que casi nadie se escapa, desde dentro de ellas no vemos la evidencia de que la población ignorará toda indicación que no le convenga o que contradiga sus hábitos. Me limito a repetir hechos sentenciados por la experiencia, y que ya Benito Espinosa dejó claro en su *Tratado*

*Teológico Político*, primera incursión en el materialismo de un europeo después de Lucrecio.

Yo vivía entonces, y sigo viviendo ahora, en un barrio aseado de Recópolis, y aunque de vez en cuando la obligación política o profesional me lleva a otros menos prósperos, confieso que los suburbios me echan para atrás.

Me sucedió también ese día festivo, cuando Huarte nos hizo recorrer el centro de un suburbio de Sbaria. No recuerdo el nombre del lugar, quizá porque hice el esfuerzo de no fijarme en las estaciones del suburbano, que parecía circular por las inmediaciones del Infierno.

En el suburbio paseamos por un escenario excepcional. Las aceras estaban bastante sucias, en algunos casos con cera seca y renegrida de cirios de procesiones patronales, en otros, con envoltorios de todo tipo decorando el suelo. El mobiliario urbano, bancos, macetones, árboles, estaba mellado, aunque no por el uso y la desidia municipal, sino por la mano bestial de hombres y mujeres, supongo que jóvenes, que debían de disfrutar destrozando los bienes públicos.

Esa escenografía degradada estaba ocupada por una población que parecía haber salido de

albañales y mazmorras. Imagino que los ciudadanos más establecidos se habían quedado en casa o habían salido huyendo de aquel escenario que bordeaba la catástrofe.

—Hay que tener poco seso o poco presupuesto para vivir en un pueblo como éste —comenté.

—Es que a estas horas de un día de fiesta la calle la ocupa la hez social —terció Huarte.

—Desde luego. ¿Es la población mayoritaria? —hice la pregunta para que me contestara con argumentos denegatorios.

—Depende de cómo lo mire. Éstos que ve por aquí, asalariados de mediana edad disgustados porque hoy no hay fútbol, quincuagenarios en paro riguroso sentados sobre sus hemorroides delante de mesas cargadas de fritangas, viejas desdentadas paseando a sus perritos como quien tira de un yunque, abuelos apoyando su deterioro en bastones o muletas, jayanes sucios y malvestidos, ojerosos, despeinados, son la mayoría de la población.

—¿Irrecuperables? —volví a inquirir, con la imagen de un diablo cojuelo en la memoria, evocada por la descripción de Huarte.

—Irrecuperables. Yo vengo de muy lejos, de un lugar donde el orden y la limpieza se mantenían de un modo espontáneo por la fuerza de la buena costumbre. Pero que no obstante albergaba las larvas de la destrucción y la decadencia, si no, no habría desaparecido en el caos cósmico.

Tomamos el Metro de regreso a Sbaria, y entonces sí nos llevó Huarte a “El Sueño de Endimión”.

El local estaba cerrado, pero el doctor disponía de llave. En el interior flotaba una peste a tabaco combinada con ambientador de bosque primigenio. Las mesas estaban cargadas de sus sillas patas arriba, el suelo, barrido y fregado. La luz que entraba por los ventanales parecía quedarse en los visillos, empapados de humo, carcajadas, promesas, broncas y de toda la variedad bacteriana que prospera en las ilusiones y las decepciones de parroquianos seculares, porque el lugar podría tener cien años.

En una de las paredes del fondo, a la izquierda de la barra, colgaba impertérrita la réplica al óleo de “Le Sommeil d'Endymion”, de Girodet Trioson, en sus propias dimensiones originales, casi dos metros por más de dos y medio: el pastor dormido, exhibiendo sin vergüenza sus vergüenzas, el burlón

amorcillo flotando un poco inclinado hacia atrás, como si hubiera perdido el equilibrio, el perro con un ceño de tristeza a los pies del durmiente, y el halo erótico de luna envolviendo el cuerpo del lánguido Endimión, con su cabeza de perfil, floreada de rizos morenos, descansando en la parte alta de un pequeño túmulo cubierto con el manto del joven y una piel de leopardo.

Hacia él nos dirigimos Huarte, Ariadna y yo.

Huarte se plantó ante el cuadro, de cara a nosotros, como si fuera a darnos una clase magistral de historia del arte decadente.

—El paseo por los suburbios lo hemos dado para preparar emocionalmente a Metodio Mazón para su conversión a la fe en lo desconocido. Bueno, a la única fe posible. Supongo que su fe marchengueliana está tan asentada y es tan sólida, que las explicaciones que le hemos dado Ariadna y yo sobre los *Peregrinos del Anuncio* le habrán parecido fabulosas. Sólo aquí podemos desmontar la fábula —. Huarte colocó una silla delante del cuadro, se apartó a la izquierda, y tendiendo la mano hacia el lienzo, indicó—: Metodio, suba por favor a la silla y palpe el cuadro.

Para dispersar mi evidente recelo pasó él la



mano sobre la superficie a la altura de su brazo, que correspondía a la parte baja derecha del cuadro. Lo hizo imprimiendo fuerza a la palma, de modo que el lienzo se hundía por la presión.

Me acerqué y le imité.

—Súbase a la silla, Metodio, por favor. Quiero que toque usted el rayo de luna que cae sobre el pecho del muchacho.

Me alcé con los pies en el culo del asiento, rechazando la mano de Huarte, que no me la ofrecía para humillarme, sino para que no perdiera el equilibrio.

—Toque sin miedo, es una copia.

Antes de hacerlo, miré a Ariadna, que se había arrimado al cuadro y lo palpaba a la altura del pie del durmiente Endimión, como si fuera a quitarle la sandalia.

Dirigí mi mano un poco más arriba del pecho de la imagen, que me producía una equívoca turbación, y al colocarla sobre el lienzo, no encontré resistencia. Y, escalofriante sensación, parte de mi mano desapareció absorbida por la tela. La saqué de un golpe, y ahora sí que me vino bien la presencia de

Huarte, porque me habría caído al suelo de no haberme sujetado.

Ariadna se subió a otra silla, y zambulló medio cuerpo en la luz que emitía el lienzo. Parecía que había perdido cabeza, tronco y brazos, cuando emergió.

—Vamos a apartarnos. Parece que viene — dijo, saltando al suelo y retirando la silla.

Me indicó que hiciera lo mismo. Y nada más terminar la operación saltó del cuadro con destreza un individuo de faz monstruosa, media cara hundida y media cara completa. Al caer en tierra, su rostro varió, y fue el de un hombre no muy mayor, pero castigado por la mala vida.

—Le presento al señor Ian Roamer —anuncio Huarte.

La deducción lógica era que el tipo hubiera estado esperando al otro lado de la pared de la que colgaba el Endimión, que debería tapar un hueco.

—¿Podríamos descolgar el cuadro? —propuse después de saludar con frialdad al que me resistía yo a considerar algo más que un mago excelente.

El recién llegado vestía algo parecido a un uniforme. Se subió a una silla, su compañero *Peregrino* a la otra, y retiraron el lienzo de la pared.

No había hueco, ni ninguna materia elástica por la que pudiera surgir un cuerpo, me cercioré de ello palpando a fondo el rectángulo claro marcado en el muro oscuro por el perímetro de Endimión. Luego me coloqué de canto a la tela y solicité la prueba final.

Ariadna posó su mano en la zona iluminada por el rayo de luna, la metió literalmente en el lienzo, y un escalofrío de pavor me recorrió el cuerpo al no verla aparecer al otro lado.

—Esta cafetería de Sbaria —empezó Huarte su explicación— es uno de los portales por los que se puede transitar de Veetónica a Ybaria. En el país hay cinco más, uno en Recópolis, en el cuartel general del S.I.R.V., otro en Kúrtuba, en el minbar de la mezquita, otro en Cesaraugusta, en el altar donde dicen que se apareció la Virgen del Pilar, otro en Compostela, también en el altar del santo Yago, y el último en un estrecho vomitorio de la plaza de toros de Alger. Durante siglos han estado casi inactivos. Pero en los últimos tiempos los hemos usado mucho, por los diversos peligros que acechan aquí y allí.

—¿Qué tipo de peligros? —le interrumpí.

—Un caos parecido a una guerra mundial, sin frentes ni cuerpos de ejército en movimiento. Ybaria y Veetónica vienen a ser una especie de islas en ese océano tumultuoso. Siempre lo han sido a lo largo de su historia, aunque a los ybáricos y a los veetones les encanta flagelarse, y considerarse inferiores al resto de la humanidad, en especial de la humanidad más próxima, que se distingue por haber promovido y sufrido actos de criminalidad y vandalismo repugnantes. Los *Peregrinos del Anuncio* hemos estudiado a fondo todas las sociedades de esta Tierra y de la otra, y no se nos puede acusar de subjetividad. Le aseguro, Metodio que si hubiera algún pueblo elegido del posible Creador, serían los veetones y los ybáricos en su conjunto, al margen de distinciones nacionales y étnicas. ¿Qué novedades nos traes de Ybaria, Roamer?

—Oscuras, pero todavía remediables —contestó el aludido, extrayendo un paquete de cigarrillos y ofreciéndolo a la concurrencia; solo Huarte tomó uno—. Las castas dirigentes están dispuestas a jugarse el futuro de la Humanidad para consolidar su preeminencia. Hasta ahora parecían dispuestas a destruir el mundo de un modo pasivo, es decir, presionando a la Naturaleza con un desarrollo

en eterno crecimiento. Pero les ha entrado la prisa, y se preparan para intervenir en una serie de acciones espectaculares, atentados terroristas, guerras periféricas devastadoras, promoción de todo tipo de voces jeremiásticas de la izquierda y de la derecha, dispuestas a llevar hasta sus últimas consecuencias su sectarismo.

—Pero si el mundo salta en pedazos, ellos no se librarán —argüí yo.

—Lo intentarán, mediante una alianza con la fracción disidente de nuestra orden los *Peregrinos del Anuncio*. Nuestros rebeldes compañeros les han convencido de que pueden viajar a otros universos igual que los primitivos griegos se embarcaron hacia la costa del Asia Menor o hacia Sicilia para establecer *apoikias* o colonias. Son individuos que se creen superiores al resto de la humanidad y con derecho a explotar esa superioridad en cualquier circunstancia. La mayoría proceden de Carolunia, una república de exaltados separatistas en Ybaria. Sus trabajos allí están muy avanzados, y sólo esperan que en Veetónica sus élites de espartiatas y de eupátridas den unas cuantas zancadas para ponerse a su altura, y entonces saltar al vacío.

—¿Al vacío? —exclamé.

—Nuestro retorcido compañero Jristo Katranjiev está urdiendo aquí un plan maquiavélico, y cuenta con los colaboradores necesarios en Ybaria. Metodio, nos es usted imprescindible. Tenemos que reunirnos con el coronel Abulafia para elaborar una contra estrategia.

Y tras unos minutos para prepararme psicológicamente, convinieron los *Peregrinos* en moverse a toda velocidad, en concreto a una velocidad superior a la de la luz. A pesar de mis recelos y reticencias, me convencieron de meterme en el cuadro en compañía de Huarte y Tischbein.

El tránsito duró una extendida fracción de segundo, pero lo suficiente como para que yo percibiera calidades galácticas desconocidas que me hacían pensar en un viaje a través de una masa acaramelada de azúcar como la que venden en las ferias con un palillo que la atraviesa, y una sensación auditiva fascinante, que me sonaba a una pieza de la *Penguin Cafe Orchestra*. Al salir a la realidad, instantes después, me encontré en el despacho del coronel Abulafia en Recópolis. Es lo que me dijeron, que me había trasladado a Ybaria.

Mantuvimos un largo consejo del que se desprendió un programa de acción del que daré

cuenta en el próximo capítulo.

¡Que barbaridad! ¡Qué situación!

(*Severo Ramires*, de Ybaria)

### **Una conjura en dos mundos**

Libre de compromisos y ocupaciones, decidí remolonear en la cama al día siguiente. Estaba en la ducha cuando sonó el teléfono. Alargué el brazo para contestar, porque estaba en uno de esos hoteles que meten en el baño una pantalla táctil para navegar por el mundo mientras uno se desahoga en el retrete.

—Soy García. Y estoy en París. Anoche me pasé por el hotel para invitarle a que me acompañara hoy de buena mañana, pero no le encontré.

—Podía haber dejado un recado —repliqué con una sombra de resentimiento.

—Supuse que volvería tarde y preferí dejarle dormir.

—Estuve en la zarzuela viendo “María

Fernanda”, de Moreno Torralba.

—He debido de oír alguna romanza, pero no la recuerdo... Necesito hablar con su amiga Manolita, la chica desenvuelta de “Le Sommeil d'Endymion”.

—Pues tendrá que pasarse por el salón, porque no tiene teléfono.

—¿Alguna hora más conveniente?

—No lo sé. Depende de sus compromisos. Vamos a hacer una cosa. Yo telefono al local y deajo recado para Brigitte. En cuanto me devuelva la llamada, le digo que quiere usted verla. ¿Dónde puede encontrarle?

García me dio un número de teléfono móvil, que apunté en un papelito, para lo cual tuve que salir de la ducha, secarme los brazos y las manos y pasar chorreando al recibidor, donde había otro aparato.

—¿La quiere usted interrogar sobre los elementos que intentaron seducir a mi sobrino?

—Sí —respondió de un modo seco. Comprendí que debía haber sido más discreto.

—¿Cuando vuelve a Compluto? Lo digo por regresar a Cecabastos o esperarle.



—Le agradecería que me esperase. Yo creo que estaré ahí mañana a mediodía. Le avisaré para comer juntos. Busque un lugar con buena cocina ybárica y menú ligerito, nada de legumbres con magro, chorizo y morcillas.

Esta demanda me tuvo en vilo durante casi toda la tarde. La mayoría de los restaurantes dignos de ese nombre preparaban o comidas exquisitas, según el significado lusitano (raras y poco apetitosas) o platos fuertes e indigestos. Carlos Quinto me ayudó a encontrar un lugar idóneo, “La Berenjena Ilustrada”.

Me cité con el general allí a las dos. Era una hora muy justa para el vuelo de París, pero “La Berenjena Ilustrada” se hallaba en un barrio de Compluto próximo al aeropuerto, que antes había sido un municipio autónomo. Del pueblo quedaban poco más de cuatro casas en torno a una pequeña plaza porticada. Era una construcción neoclásica, realizada por un conde pródigo y altruista, que colonizó el partido judicial e impuso una agricultura moderna.

“La Berejena Ilustrada” estaba en el antiguo palacio del aristócrata, precisamente en sus cocinas, con sus paredes de piedra descubierta, sus muebles

toscos pero prácticos, una chimenea con campana de cobre y testero con una colección de mosquetes. Los camareros atendían con calzón corto, medias, mandil y chapines.

García llegó antes de las dos. Pedimos una fuente de verduritas de temporada a la plancha y luego otra de cordero lechal al horno, ambos productos de la granja del palacio, cultivada según estrictas normas orgánicas. Las regamos con un tinto excelente de Esteparía. El restaurante estaba lleno, y tuvimos que inclinarnos el uno sobre el otro para comunicarnos sin pegar voces. Sin duda dábamos la impresión de ser dos conspiradores. Y lo éramos.

—Europa va camino del caos —aseguró García—. Alguien está provocando la inestabilidad, la incertidumbre y la desconfianza.

—¿Alguien?

—Me gustaría darle nombres y apellidos. Pero ni mis colegas de los servicios de inteligencia franceses han sido capaces de aclararlo o no han querido hacerlo. Manolita me puso en contacto con clientes de ella que yo no conocía. Son personas liberales, empresarios y altos funcionarios...

—Pues sí que ha aprovechado usted el

tiempo...

—Dos conocidos de Manolita y dos colegas míos. De los cuatro he sacado un retrato inquietante de lo que se cuece en Europa.

Hizo una pausa para mirarme. Yo abrí todo lo que pude los ojos, invitándole a que fuera más explícito.

El panorama que describió tenía todos los ingredientes de una película apocalíptica, aunque sin los melodramatismos propios del género.

—Lo peor de todo esto es que Ybaria se está contaminando —suspiró García—. La burguesía carolunia ha conseguido que cale ese eslogan de “Ybaria nos roba”. ¿Recuerda usted o que le comenté de la Asamblea Nacional Carolunia? —asentí masticando un sabroso trozo de cordero— Han convencido al gobierno autonómico para que fijen la fecha de un referéndum en el que preguntarán a la población si quiere dejar de ser una república ybárica y convertirse en un reino. Parece ser que tienen un candidato a monarca, un pastor de las montañas que se cree elegido por el Cielo. Parece chusco, pero le aseguro que es verdad. En O.D.R.E. hemos podido enterarnos de que están haciendo un trabajo de captación en nuestro ejército y nuestras fuerzas de

seguridad. Se aproximan a los jefes y oficiales carolunios y les ofrecen más sueldo en un país segregado. A la vez están difundiendo una especie, urdida por los servicios de inteligencia franceses, consagrada en este lema: “Carolunia será la salvación de Europa”.

—¿Tiene que ver con todo eso la banda de esteparios que querían reventar la presa de Tavira?

—Indirectamente. El caos político está dando lugar a un laberinto de intervenciones secretas y subversivas, casi todas propias de aficionados. Y ese es el mayor peligro, que los que urden los complots y facilitan las armas, están manipulando a aficionados más o menos fanatizados.

—¿Quiere decir que si intervinieran profesionales del crimen, mafiosos y todo eso, la situación no sería tan mala?

—Exactamente. Con un agravante. Los rusos y los chinos no tienen los mismos hábitos políticos y sociales que nosotros los europeos. Pero están interviniendo porque saben que lo que pase aquí les afecta. Así que cualquier cantamañanas paranoico de este país, de Francia, de Alemania o de Italia, puede contar con medios ilimitados para cometer atentados.

—¿Y los anglosajones?

—Esos siempre han ido por su cuenta. Además, están en decadencia. Los británicos perdieron el imperio antes de que Ybaria perdiera el suyo. Y los yanquis han decidido aislarse, cerrando sus fronteras y expulsando a los ilegales.

—¿Cree usted que en Estepária pueden derivar las cosas a peor?

—Sí. Y le voy a pedir un favor. Que hable usted a calzón quitado con su sobrino. Sabemos que alguien que escapa a nuestro control está intentando convencerle de una barbaridad.

—¿Los carolunios?

—No. Los *Peregrinos del Anuncio*. ¿Recuerda usted el aviso de Huarte sobre una fracción en su seno? —asentí y me encogí de hombros al tiempo, porque la información directa no la había recibido yo, sino que me venía de él—. Pues bien, uno de sus asesores financieros, un tal Aquilino Maeztu y aquella chica de Freedonia, Conceção Galvão, son dirigentes fraccionarios, tienen un plan, y necesitan el laboratorio de la mina y a Onésimo Bravo Ramires para llevarlo a cabo.

Que Conceção Galvão fuera *Peregrina del Anuncio* era algo indiferente para mí, me forcé a creer, pero su peligrosidad potencial debía preocuparme. Sin embargo, que Aquilino Maeztu fuera un alienígena me afectaba en lo más íntimo.

Aquilino era un hombre de mi edad, casi sesentón, y yo le conocía desde la época en que se desgajó de la organización armada nacionalista cantabruna en la que militaba y se vino a vivir a Cecabastos. Esto fue poco después del fracaso de la dictadura militar que terminó con la monarquía ybárica. Los nuevos tiempos, las últimas tres décadas del siglo XX, fueron ya republicanos y democráticos. Maeztu era economista, y yo le contraté como contable de mis empresas porque me preció un hombre honrado, y porque los profesionales cantabrunos han gozado de buena fama. Con la república democrática, los grupos violentos cantabrunos (que eran dos, uno más violento que otro) pactaron con el estado central su disolución, a cambio de un régimen especial para su región, que mantuvo un estatus singular y propio dentro de Estepária, porque el núcleo medieval originario de Estepária tenía mucho de cantabruno, como lo tenía de galaico, de montañés y de astur, lugares remotos donde se refugiaron los godos tras la invasión de musulmanes, y emparentaron con los caudillos de

aquellos pueblos indómitos, hoy también regiones especiales.

Aquilino Maeztu fue de los primeros “guerrilleros” (vamos a llamarles así, por utilizar una denominación internacional que vale para un roto y para un descosido) en desenmascararse. Esto lo hizo literalmente en la plaza de un pueblo cantabrano, gritando ¡viva la libertad! en ybárico y en su propio e indescifrable idioma. Tenía una cabeza cesárea, robusta y delicada a la vez, con un rizado pelo negro y unas pupilas azulencas.

Nunca molesté a Aquilino Maeztu con indagaciones sobre su pasado revolucionario. Por su comportamiento y la eficiencia de su trabajo me pareció un hombre bastante conservador, y con un punto de reaccionario. Pero ahora que tenía la certidumbre de que ni era cantabrano ni había sido guerrillero (y si había empuñado algún arma, una “pipa”, una pistola, como se decía entonces, lo haría para salir en televisión con una máscara, dando tumbos por un bosque, en imágenes grabadas con tan mala fortuna que producían risa), ahora que lo conocía como *Peregrino del Anuncio*, me sentía ofendido, estafado.

Estaba casado con Allison de Valera una

irlandesa que daba clases de inglés en una academia. Y si era cierto que se había liado en franco concubinato con Concepção, debía de haber hecho daño a su mujer, que era un encanto, algo más joven que él, blanca y rubia como un hada céltica. Todo esto añadía una indignación moral (artificial, he de confesarlo) a mi decepción por el engaño a que me había sometido durante décadas, pero me sentía tan mal como imaginaba que debería sentirse Allison.

De vuelta en Cecabastos mantuve una breve pero turbadora conversación con mi sobrino Onésimo. Me veía a mí mismo como el “comandante” Ramires, algo que nunca fui ni quise ser. En mis milicias universitarias no pasé de alférez. Pero ahora, al servicio no oficial de la oficina de inteligencia de Ybaria (me resisto a citar el vulgar acróstico que los identifica), me sentía inclinado a mejorar mi personalidad de doctor Severo Ramires. Debía imponerme una falsa, novelesca, para situarme a la altura de las circunstancias, una aventura de ciencia ficción.

Onésimo me confesó que Maeztu y la Galvão le habían propuesto un plan para volver atrás en el tiempo y situar las cosas en un punto conveniente para todos.



—¿Qué quiere decir “situar las cosas” y “punto conveniente para todos”? —inquirí, como si la idea no fuera delirante sino algo rutinario.

—Volver al momento en el que Ariadna y yo descubrimos el agujero negro. Incluso suprimirlo, de modo que ignoráramos su existencia. Suponen que eso sería conveniente para nosotros, para ellos y para la seguridad de Ybaria y del mundo.

Que dos personajes secundarios tuvieran en sus manos la seguridad del sistema solar me pareció algo repugnante. No era de recibo, como dicen en las tertulias mediáticas.

—¿Y a ti qué te parece?

Onésimo tardó en responder. Estaba dudando. Supuse por qué, y me adelanté a sus palabras.

—No te apetece reanudar tu matrimonio con Ariadna.

—Pues, no. La verdad.

—Algo que Maeztu y Concepção ignoran, claro.

—Claro.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé... Porque además está el riesgo de

un cataclismo en ese retorcimiento temporal. Me cuesta creer que los *Peregrinos del Anuncio* tengan en su mano el control de las leyes físicas. Al menos que les resulte tan fácil como sintonizar una emisora de radio. Pero tampoco sé si esos dos, que son rebeldes al grupo, tienen esa capacidad de actuación extrafísica, o más bien desean provocar un Apocalipsis.

—¿Por qué?

—No lo sé. Son conjeturas. En las películas pasa siempre eso, los malos además de malos son gilipueñas. En todas las películas, las de alto presupuesto, las de autor, las alternativas y las de serie B. Las conozco casi todas —y señaló a los estantes que albergaban el mejor archivo privado de filmografía internacional de Ybaria.

—Me parece que debemos arriesgarnos a averiguarlo, si son malos y tontos o son otra cosa.

Nos pusimos de acuerdo en citarnos con Maeztu y Concepção al cabo de unos días, para darnos tiempo de avisar al general García, y preparar un operativo, según la terminología de los servicios especiales.

El fin de semana se presentó en la finca

Tischbein. Estaba de vuelta, sano, salvo y en su aspecto y atuendo de hippy medioambiental.

Le conté la conversación con Onésimo (García me había dado permiso para hacerlo, como si supiera que Tischbein fuera a reaparecer). Y él me contó que en Veetónica, donde había estado visitando a Ariadna, había un complot parecido de la fracción rebelde de los *Peregrinos del Anuncio*.

—¿Qué consecuencias tendría este regreso al pasado?

—Ninguna, porque es imposible. Ni la física cuántica ni la de partículas desmienten el refrán que dice “A lo hecho, pecho”. Ni Dios puede darle la vuelta al tiempo —hablaba sin rastro de acento teutón.

—Entonces, ¿qué se proponen?

Ignoro por qué, recuperó el arrastre de erres y el baile de ces por eses.

—Obligarnos a los *Peregrinos del Anuncio* a *emprrender* otro *perregrinaje*. Los rebeldes están *convensidos* de que este mundo, los dos mundos, Veetónica e Ybaria, no sirven a nuestro propósito de perpetuar la especie, y puesto que no pueden someter

a la Humanidad, porque no les íbamos a dejar, *quierren* largarse. *Dejarrán* un rastro de muerte y destrucción para evitar que la humanidad pueda perseguirles en el futuro. Porque si *interaccionan* en dos mundos a la vez, lo que sí puede producirse es una colisión, algo *parresido* a un encuentro *catastrrrófico* de materia y antimateria.

—¿Y qué proponen ustedes?

—Un pacto.

—¿Con los rebeldes?

—No. *Entrre* dos mundos, este, Ybaria, y el de más allá de la *membrrana* del espacio tiempo, Veetónica.

—¿Y eso qué será, una conferencia intergaláctica en un espacio neutral más allá del cinturón de Kuiper?

No lo dije con retranca, sino mencionando referencias a las que empezaba a acostumbrarme. Pero sonó como si me estuviera burlando de Tischbein y de sus camaradas *Peregrinos*.

—Será algo todavía por ver. Sin embargo, hay d o s *prroblemas*... —hizo una pausa más

melodramática que necesaria—. Uno es el *general* García.

Estuve a punto de sufrir una convulsión. ¿Era el general también un *Peregrino*? ¿Era un fraccionario? ¿Era un traidor a la patria? ¿Era un robot implantado en el cuerpo de un ser humano?...

—Tememos que pierda el *control*, y pueda ocasionar un *desastre*, grande o pequeño.

—¿Por qué?

—Porque *crree* tener un hijo en Veetónica.

En ese instante mi memoria, que no atiende a resortes, hizo clic, y recordé la mención de Tischbein durante el viaje en mi 4x4 hacia la cueva tecnológica, cuando García evocó su matrimonio, y el *Peregrino* agroecologista soltó que tenía un hijo y luego, en el túnel de la cueva tecnológica, le advirtió contra elementos disidentes de los *Peregrinos* que podían utilizarle con el chantaje emocional de su hijo desaparecido.

Tischbein y yo estábamos en pie en el salón de mi casa, cuyos ventanales dan a unos bancales de viñedos recién vendimiados, con la hojarasca dorada del otoño.

Me dirigí al mueble bar, me serví un coñac que empezó a madurar mi padre hacia 1963, el año del golpe militar contra la monarquía ybárica, una cosecha excelente que produjo licores soberbios, y que probé por primera vez al concluir mi servicio en el ejército una década más tarde, con motivo de la renuncia del directorio y el nacimiento de la Federación de Repúblicas de Ybaria. Me volví hacia Tischbein con la copa en una mano y la botella en la otra, y levanté ambas en un gesto de ofrecimiento espontáneo a la vez que pensaba, “los marcianos son abstemios”. Tischbein desmintió mi prejuicio, y aceptó una ronda. Quizá me había leído el pensamiento.

—Hay otro *prroblema* añadido —murmuró en tono sombrío tomando la copa—. El banquero *Marriano* Caballero.

—¿Ha salido ya de la cárcel? —dije en el tono relajado de quien vive a años luz de los problemas, añadidos a no, y vertí el néctar envejecido en su copa.

(*Metodio Mazón*, de Veetónica)

### **Esperando a un caudillo**

El programa particular de acción contra la insurgencia peregrina en Veetónica empezó en una cita mía con Cachos de Pera. Había regresado al instituto del que se había apartado con una excedencia.

De nuevo subí a un vagón de primera clase en el *Intercity* de Sbaria. Llegué a media noche, en el último tren, antes de que acabara el día en el que había viajado en sentido inverso a velocidad superior a la de la luz entre “El Sueño de Endimión” y el despacho del coronel Abulafia. Tenía la sensación física de haber dado la vuelta al mundo en una cápsula espacial, estaba molido, y me sentía desconectado de la realidad llamada mostrenca, que es en la que habitualmente vivimos como ceperros inertes.

En la estación me esperaba Ariadna. Me complació la sorpresa, pero también me inquietó. Ir a dormir a su casa, a su lado en el mismo lecho, empezaba a ser una rutina. La rutina es la base de la existencia saludable (la buena rutina, claro). Yo me tengo por hombre rutinario, y sobre la rutina está construido el conocimiento aprovechable, la ciencia

y la filosofía. Ahora bien, acostumbrar el cuerpo y el alma a la vida doméstica en dos domicilios no es de sabios. Y aunque de momento mi estabilidad emocional no había sufrido merma, temía que no fuera a seguir así durante mucho tiempo.

En semejante estado me metí en la cama aquella noche, y sin duda este reconcome fue la causa de que al despertar se hubieran apartado de mi memoria los dos días anteriores. Por fortuna sólo se apartaron, no se borraron, y recuperé el sentido después de un corto viaje por el pasillo en el del apartamento de Ariadna.

Así volvemos al salón de estar, donde me senté apoyado en el tablero de cristal de la horrible mesa hecha de un bloque de mármol gris parecido al basalto.

Fin del *flash back*.

Era un lunes de otoño por la mañana. Cuando se levantó Ariadna, le pregunté sobre el horario de clases de Cachos. Ella estaba al tanto de estos detalles del instituto Fleming porque también se había reintegrado al claustro tras la breve excedencia política. Como Cachos, se dedicaba a luchar contra las aristas de esa incómoda fama adquirida en los medios de comunicación, que se mantienen sobre el



individuo célebre como una corona de espinas.

—¿Cómo te llevas con él? —pregunté mientras preparábamos el desayuno en la estrecha cocina.

—Hemos hablado... Le he explicado mis escrúpulos. Se ha resignado, aunque se resiste a darlos por buenos. Gritó, “¡Me cisco en el incesto! Para una novia que me había salido decente...” Y se rió. Si al final la idea es falsa, volveré con él. También es un tipo decente. ¿Te importa que te cuente estas cosas?

—Si es cierta mi sospecha de que lo haces como una hija hablaría a un padre, me cisco yo también en el incesto.

Le di un paternal azotito en su trasero respingón, y mojé una tostada untada de mantequilla en el tazón de café.

La acompañé al instituto y fui a buscar a Cachos. Efectivamente, se había cortado la coleta y afeitado su barba de matorral.

Me sorprendió no sentir preocupación ni remordimiento. Entre él y yo había una diferencia de veinte años, casi una generación. Pero en aquel

momento me parecía que éramos dos chicos que compartían novia. Las pocas dudas morales que yo tenía quedaron zanjadas cuando Cachos inquirió si estaba durmiendo en casa de Ariadna. Entendí que el centro de interés de la pregunta no era la *casa* sino la *cama*. Le contesté que sí, y temí que se enemistara conmigo. Me equivoqué. Cachos se centró, sin asomo de animadversión, en el asunto candente de los *Peregrinos del Anuncio*. Enseguida vi que daba por hecho que yo estaba al corriente del secreto origen de los *Peregrinos*.

—Me he reunido varias veces con Corto Caballero, y me ha ofrecido entrar a formar parte de una conspiración contra el poder.

No me dio tiempo a preguntar qué poder. Cachos me hizo un gesto con la mano, sugiriendo que le dejara acabar su relato.

—Ese tipo es un imbécil. Se ha cerrado la posibilidad de ganarse la vida en el Caribe sin esfuerzo, y se ha dejado convencer por Jristo Katranjiev.

—¡Pantracio Ejido! —logré colar como una cuña.

—Quien sea... bueno, imagino que te habrán

dicho que es un *P.D.*, *Peregrino Disidente* —asentí—. El *Chino* le pone por las nubes. Jristo... o Pancracio... está urdiendo un complot, y necesita a Corto, o al menos eso es lo que él segura. Si yo tuviera que organizar una conspiración, al último a quien avisaría es a ese zoquete. No me ha dicho qué están tramando. Sólo me invita a unirme a él. Y yo deduzco que Jristo no sabe que Corto está en contacto conmigo.

—El coronel Abulafia conoce las intenciones de Jristo/Pancracio.

—Me consta. He vuelto a mi puesto en el S.I.R.V. Ahora estoy en el instituto como agente infiltrado. Pero no tengo claro que deba hablar con Jristo.

—Dices bien. Existe la posibilidad de que Jristo conozca tu personalidad oculta, a través de los *Peregrinos*. Puede que tenga acceso a algún tipo de archivos, o que esté al corriente de los pasos de los *Peregrinos*.

—Es lo que temo. Así que había pensado si a ti te importaría entrevistarte con Jristo para sonsacarle algo. Me parece más difícil que te conecte con el S.I.R.V o con los *Peregrinos*.

—Puedo correr el riesgo. Pero no veo la forma de hablar con él sin que sea yo quien busque el encuentro. Eso podía ponerle sobre aviso. Tiene que ser él quien me reclame. ¿Se te ocurre algo?

—Cordelia Rocín. Sigue en “Massa Crítica”, aunque está en segunda fila. Esto es algo inexplicable. Intuyo que forma parte de la intriga. Si te encuentras con ella por casualidad, y la invitas a comer o algo así para que te ponga al corriente de la situación del partido... sería algo natural... todo el mundo conoce tu vinculación con “Massa Crítica” y sabe que te has quedado fuera al salir nosotros.

Me pareció una buena idea. Pero introduje una novedad, que fuera Cachos y no yo quien se hiciera el encontradizo. Si a través de Cordelia podíamos llegar, al menos yo y sin levantar sospechas, a Pancraccio/Jristo, debíamos enredar las cosas para que fuera difícil detectar la aproximación, interponer pantallas. Cachos podía ser una, otra podía ser Ariadna.

Consideré llegado el momento de poner todas las cartas boca arriba y sobre la mesa.

—Oye, Cachos, permítame una pregunta espinosa... ¿Jristo ha hablado contigo sobre tu relación familiar con Ariadna?

—No he hablado con Jristo de ese tema. Es posible que él ignore que yo sé que es un *Peregrino*, y además disidente.

Su rápida contestación era la prueba de que el asunto le quemaba. Pero yo tenía que dejar bien claro cual era mi papel en aquel insólito triángulo de Ariadna, Cachos y Metodio.

—Quiero decir, si a ti te gustaría que yo le preguntara a Jristo sobre el tema, y le pidiera alguna prueba.

—Pero eso te expondría ante él. Si no sabe que sabemos, le llevamos ventaja.

—En teoría eso es una buena idea. Pero tarde o temprano todo el mundo se quitará la careta, si no es que Jristo conoce ya nuestras relaciones con los *Peregrinos*, la tuya y la mía, quiero decir, porque de Ariadna parece saberlo todo.

—A mí me importa un rábano que Ariadna y yo seamos hermanos en otro mundo. Vivimos en éste —suspiró con alivio, al fin el asunto emergía—. Esa información parece sacada de una comedia de Plauto.

—Me impresiona tu conocimiento de los clásicos —dije, confortado con la reacción de

Cachos..

—A lo mejor procedo de mundos remotos, otras vidas, otros Cachos... —y se echó a reír.

Pusimos en marcha el dispositivo, previa consulta con Huarte y Tischbein, que no tardó en regresar a Ybaria, donde, según dijo, la cosa estaba que ardía (*la cosa está que agrde*, con acento alemán.)

Al cabo de dos semanas, Cachos y yo viajamos al norte del país, donde Cordelia nos había citado en una de las residencias de la familia, sobre una cornisa frente al mar Astur. Advirtió que entrevistarnos allí era lo más seguro. Cachos quedó sorprendido por las sospechas de la hija del banquero muerto. Su papel no parecía el que habíamos esbozado con demasiada precipitación. Le informó de que yo estaba también interesado en hablar con ella, y Cordelia consintió sin objeciones.

En otro *Intercity*, también en primera clase, viajamos hacia la capital del antiguo reino astur. En esta ocasión los gastos corrían a cargo del S.I.R.V. Yo dudaba entre la sospecha de que eran unos manirroto o de que me daban un trato especial debido a mi calidad y condición.

Lo que Cordelia nos contó de un modo atropellado en el coqueto salón de estar del chalet fue algo inaudito. Le pedí que se calmara, que diéramos un paseo por la playa que se extendía a los pies del acantilado, y que siguiéramos hablando a la vuelta.

Cuando hubo recobrado la serenidad, frente a un océano que parecía enfadado con nosotros, repitió su historia con algo de orden, clavando sus piecitos descalzos en la húmeda arena.

—Mi madre se ha vuelto loca. Me ha dicho que está en contacto con extraterrestres. Éstos le han dicho que puede formar parte de una institución salvadora de la humanidad. Le han propuesto que se case con un banquero. Pero no un banquero de aquí, sino alguien que vive en otro planeta. Le han dicho que este banquero es un ser excepcional, y que si viene, se convertirá en el caudillo de Veetónica y de toda Europa. Pero lo alucinante de la historia es que quien le ha comido el tarro a mi madre es Jristo Katranjiev. ¡Jristo Katranjiev, el presidente de “Massa Crítica”!

Me sorprendió la vulgaridad en el lenguaje de una persona educada en una *Public School* británica.

Estábamos a un buen trecho de la escalera que ascendía a la cima del acantilado. De pronto, una ola

nos atrapó, mojándonos hasta la rodilla. Era la marea, que se había puesto a subir sin avisar, como es costumbre de todas las mareas. Nos lanzamos a correr chapoteando, como si en lugar de huir del mar bravío estuviéramos escapando de un traicionero ataque marciano.

De vuelta a Recópolis esa misma tarde en otro *Intercity*, en un vagón de no fumadores, saqué de un bolsillo la pipa y me la coloqué entre los dientes, en un acto incontrolado, llevado de los nervios, pero ni la cargué ni la encendí. Pasó una buena mujer con sangre de inquisidor, se paró a mi lado, me fulminó con la mirada, pero no se atrevió a decir palabra porque vio que la pipa no echaba humo, y siguió su camino con pasos de lebre.

—Esto también está que arde —dije.

—¿Quién será ese banquero?

Me encogí de hombros, me levanté del asiento y me trasladé a un vagón de fumadores donde cargué la cazoleta con tabaco holandés. Pero era consciente de que no podía encenderla, porque las pipas y los puros están vetadas en los vagones de fumadores. Así que me quedé de pie entre dos vagones, zarandeándome al ritmo del convoy, con los ojos fijos en el cristal rayado de la ventanilla, tras el cual



huía el paisaje. Si hubiera podido, me habría entretenido contando los postes del tendido eléctrico, que pasaban como rayos, algo que para un *Peregrino del Anuncio* debía de ser una distracción tan trivial como hacer un crucigrama.

—El banquero es un tal Mariano Caballero, de Ybaria —nos informó el coronel Abulafia en su despacho al día siguiente.

No era *Peregrino*, sino humano. Un tipo engominado, pijo y con la cabeza llena de códigos legales y sus intrincados atajos. Un mono sabio, que había sacado plaza de abogado del Estado sin pasar una mala noche. Luego se había metido a especulador, gracias a los conocimientos adquiridos en su oficio, que desempeñaba en el Banco Nacional de Ybaria. Se hizo rico merced a su experiencia en la ingeniería financiera. Después se coló en un banco al borde de la ruina, compró acciones de un modo inexplicable, y se hizo presidente del Consejo de Administración.

Los banqueros tradicionales le cogieron miedo, y fabricaron pruebas de que la compra había sido fraudulenta, mecanismo que ellos empleaban a diario sin sufrir molestias, y cuyo monopolio querían

conservar. Le detuvieron el mismo día que iba a ser nombrado *doctor honoris causa* de una universidad que llevaba el nombre de un antiguo rey de Ybaria. Le juzgaron y le encarcelaron.

Al parecer acababa de salir de la prisión y se había propuesto conquistar el poder mediante la acción política. Pero en Ybaria no le iban a dejar. Se hacía llamar “el banquero del pueblo”, pero el pueblo desconfiaba de él. Así que los *Peregrinos Disidentes*, le habían convencido de que debía ser transferido a Veetónica para urdir allí un plan como caudillo salido de la nada (algo literal, pues los *monopolos* son nada). Uno de los argumentos de peso que habían empleado era el viejo recurso de la sangre familiar arrebatada por el destino. Le habían dicho que tenía un hijo en Veetónica, Corto Caballero, que fue secuestrado cuando era un bebé, y que nunca apareció. Le apremiaban los *Peregrinos* a ayudarlo, porque era un político avezado, y estaría encantado de compartir el poder absoluto con él y su nueva esposa, la viuda del banquero Rocín, Rosario Arrizabalaga Mendieta.

El objetivo de los rebeldes, sostenía Abulafia, era crear el caos. Y aunque nadie lo expresó así, supuse que la consecuencia final sería alterar el curso del planeta, del sistema solar y de la galaxia, en su

desesperación por hallar albergue. Esto, que suena a novelucha, es lo que hacen los fanáticos desde el origen de la civilización. Al escuchar los argumentos de los algerinos separatistas tenía la misma sensación. Decían las barbaridades más estupefacientes sin que se les arrugara el bigote.

Teníamos que prepararnos para semejante irrupción. Se barajaron varias estrategias. La que sumó mayor predicamento fue la de enviar sin gran demora a un humano veetónico a Ybaria para que entrara en contacto con los *Peregrinos* de allí y con los humanos afines. La razón de que el mensajero fuera humano era que los criterios de los *Peregrinos* se basaban en una experiencia y una formación, por decirlo así, “inhumanas”, que podían conducir a tomar decisiones erróneas e incluso fatales al sector aliado con nosotros, los animales racionales de la Tierra. Habían acumulado desafortunadas experiencias, y huían de nuevos experimentos.

Ariadna estaba descartada, porque era la humana que representaba a Ybaria en Veetónica. Cachos de Pera se negó en redondo a cambiar de mundo, entre otras cosas porque no quería encontrarse con su posible padre, cuya memoria sentimental había cicatrizado en su conciencia después de la infancia.

La suerte se colocó sobre mi cabeza. Noté cómo se enredaban sus piececitos en mi espeso cabello, recordándome que *Tyché* era pariente de Némesis, la diosa de la justicia retributiva y de la venganza, y de *Agathos Daimon*, mi ángel de la guarda. Al recaer sobre mí esta responsabilidad me colmó un sentimiento de complacencia, de vanidad, pero también de miedo. En términos marchenguelianos el Destino es una superestructura, una fantasía metafísica, pero a esas alturas de la historia (más bien de la Historia) el método marchengueliano amenazaba derrumbarse sobre sus cimientos, bien que yo me resistiera a abandonarlo porque la inercia es una fuerza muy poderosa. No era ese fracaso científico del pensamiento marchengueliano lo que me producía espanto, y tampoco la incertidumbre del viaje y de sus efectos, sino la sospecha supersticiosa de que mi infidelidad a Honoria podía ser castigada por Némesis, si es que tenía jurisdicción en los dos mundos y también en el conducto monopolar que los relacionaba. Así que este temor se verbalizó como excusa.

—Es que yo tengo familia. ¿Qué le voy a decir a mi mujer, que la abandono por una aventura cósmica?

—Será una ausencia temporal —alegaban

Huarte, Tischbein y el comandante Abulafia.

Me confié por completo en mi *Agathos Daimon*, mi ángel de la guarda

Me dieron una semana para prepararme y construir un relato con el que despistar a Honoria. Fue éste: Me habían invitado a dirigir un seminario sobre la política cultural en la isla de Cuba, que me retendría allí por unos meses.

En casa, donde todavía no había llegado Honoria de su compromiso audiovisual en el Noroeste, me senté en mi butaca, cargué la pipa, la encendí, y me puse a fumar con la mente en blanco.

## **Segunda Parte**

### **LA INVASIÓN**

*(Severo Ramires y Metodio Mazón ceden el testigo al narrador omnisciente)*

## Llanto en Atenas

Severo Ramires solía verse a sí mismo como un aristócrata de apariencia y atuendo deportivo. Consciente de que no era lo primero, no practicaba ejercicios fatigosos y no vestía ropa de seleccionador olímpico. Pero se recreaba ante esta imagen ficticia, y la veía de soslayo al pasar delante de un espejo. Severo Ramires se encontraba a gusto en sus sesenta y pocos años.

Su verdadera figura no se distanciaba mucho del modelo soñado. Era un hombre recio que acostumbraba a caminar a diario (menos los días que jugaba al golf) por sus posesiones agrícolas y por sus dehesas. Ostentaba su hermosa cabeza de senador romano casi dos metros por encima del suelo. Era su pelo no muy tupido, del color de la cerveza tostada, sus ojos, de un azul luminoso. Enarbolaba gran nariz, y su boca estaba por lo común distendida, porque era hombre alejado de preocupaciones. Rasuraba su cara cada día y medio con sus propias manos, y los sábados por la mañana se acercaba a una antigua barbería de barrio y se dejaba afeitarse y perfumar.

La ropa que vestía era toda cortada y cosida en Ybaria, de la íntima a la visible. Le gustaban los pantalones ajustados, las camisas Oxford, las

chaquetas de alpaca y los zapatos de piel marrón. Durante un tiempo, en su juventud, gastó sombrero de fieltro de ala ancha. Pero viendo que su pelo se resentía, se privó de aquel trazo elegante. Para las faenas del campo o del huerto se colocaba ropa vieja y holgada, aunque limpia. Severo Ramires era un fanático del agua fría y de la loción nacional Abrótano Macho.

La conspiración galáctica había alimentado en él una angustia que alteraba su sueño. Hizo el intento de olvidarse de aquello dedicándose a obligaciones en su hacienda, y citándose con Carlos Quinto en el Casino de Cecabastos para pasar el rato. Mas no se aliviaba mucho.

Un día, Carlos le hizo una revelación. Le habían detectado un cáncer de próstata que tenían que operar a la mayor brevedad. El abogado no manifestaba pánico ni excesivo nerviosismo. Dijo a Severo que había pensado hacerse un regalo extraordinario, quizá de despedida, o en el mejor de los casos compensatorio de lo que le esperaba a partir del día en que entrara en un quirófano. Hablaba con una sangre fría que contagió a Severo. El regalo consistía en irse de viaje a Grecia con una amiga, viuda de un hacendado, con quien mantenía relaciones discretas.



En ese instante, Severo tuvo un impulso.

—¿Te parecería mal que os acompañara? — preguntó conteniendo el aliento, por la incertidumbre que le producía la respuesta de su amigo.

Carlos Quinto se le quedó mirando, y luego giró la cabeza, la agachó y se tomó de la barbilla.

—No hace falta que me contestes, Carlos. Se me acaba de ocurrir. Ha sido una idea loca. Estoy pasando una temporada tensa con la desaparición de la mujer de mi sobrino, y se me ocurren soluciones extremas.

—No es una mala idea —replicó Carlos alzando la cara—. Susana es una chica con la cabeza bien puesta, pero yo no estoy acostumbrado a pasar más de tres días con una mujer. Si vinieras, podrías actuar de catalizador. Me parece una idea estupenda. Pero necesitarías venir acompañado... Alejarnos de este tráfico de espurios intereses y zambullirnos en la historia. Visitar la Acrópolis, Maratón, el paso de las Termópilas, Delfos, Micenas, el monte Olimpo, recoger el eco de Platón largando discursos a sus alumnos en Kerámicos, de Aristóteles paseando de arriba a bajo por el jardín dictando peripatéticas clases de ética...

La voz de Carlos Quinto había alcanzado una octava por debajo de lo apoteósico. Una sonrisa iluminó su rostro, y pareció que estaba a punto de sotar una de sus risotadas. Pero se contuvo.

—¿Con quién podrías venir? No me parece que Susana tenga ninguna amiga preparada para esta aventura.

—Si a ella no le importara, podría invitar a Manolita... —improvisó Severo.

—Manolita... ¡Ah, Brigitte! ¿A Manolita le importaría?

—No lo sé. Es cosa de investigarlo —respondió Severo más animado.

—De acuerdo, yo pregunto a Susana y tú a Manolita.

—Pero es que Manolita es una profesional, y Susana es una señora.

—Tengo la impresión de que a Susana la idea le va a parecer una estupenda extravagancia. Una aventura al borde del escándalo. Susana hasta es capaz de contarle a la vuelta para destrozar la moral de algunas de sus amigas.

—¿Tú crees?

—Vamos a intentarlo. ¡Oye, chico, qué aventura para un soltero con cáncer de próstata y otro soltero envuelto en una intriga doméstica y familiar! La mujer de Onésimo sigue sin aparecer, ¿verdad?

—Verdad.

—Tengo la convicción de que saldrá del escondite. Esto tiene pinta de haber sido una desaparición emocional. Cuando se disipe el berrinche que la provocó, Ariadna dará señales de vida, aunque sea para pedir el divorcio.

Susana y Manolita se reconocieron almas gemelas al cabo de un rato de tratarse. Ambas eran campeonas del dominio de las emociones, primeras marcas de la supervivencia en escenarios envenenados, personas mundanas, astutas y con una retranca contundente pero indolora. A Manolita le fascinó el altruismo de Susana, y a ésta la integridad psicológica y moral de una persona que comerciaba con su cuerpo, según definición académica.

Al general García no le hizo gracia la espantada de Severo. No utilizó este término, pero lo dio a entender.

—Tendré que detener a Onésimo.

—¡Pero a qué viene esa idea, general!

—Eso o cerrarle el chiringuito.

Severo comprendió que García confiaba en él como investido agente del orden de la razón del estado ybárico, y su ausencia le obligaba a tomar medidas en un punto caliente que quedaba sin bombero. Cerrar la mina y poner guardia en ella desactivaba la posible actividad de los *Peregrinos*.

Días antes del viaje a la Moderna Grecia Clásica, que Severo conocía bien de anteriores episodios arqueológicos y académicos en la ruinosa Hélade, García convocó al terrateniente.

—Tenga. Es un teléfono móvil inteligente. De última generación. Llévelo siempre con usted, manténgalo encendido, incluso de noche, y no se olvide de recargarlo con este aparato.

Le entregó un equipo con su embalaje recién

desprecintado. Le dio una somera clase de cómo funcionaba, y le obligó a probarlo en su presencia.

—Es muy importante que no perdamos el contacto. Le llamaré una vez al día a una hora convenida para ponerle al corriente. Los acontecimientos se están precipitando como una bola de nieve. ¿Recuerda usted al banquero Caballero?

—¿Mariano Caballero? ¿No está en la cárcel?

—Salió hace poco. Es el centro de una conspiración de los *Peregrinos Disidentes*. Huarte y Tischbein conocen la urdimbre de la trama. Intentan trasladarlo a Veetónica para hacerle allí poco menos que regente. Los *Peregrinos del Anuncio* leales a la Humanidad han diseñado una estrategia defensiva. Van a enviarnos a Ybaria a un ser humano veetónico para colaborar en el aplastamiento de la disidencia. Es un viejo comunista...

—¡Cómo dice! —le interrumpió Severo.

—Lo que acaba de escuchar. Por lo visto en el mundo Veetónica triunfó una revolución llamada bolchevique que se opuso con vigor e inteligencia al capitalismo, y Rusia y media Europa son comunistas. Al parecer este hombre, Metodio Mazón, es un experto en manipulación, desinformación y

camuflaje. En cuanto llegue tendremos una reunión con él, y será necesario que usted esté presente en los pasos que sigan.

—Soy Severo, no Salvador, general. No tengo nada de salvador de la Humanidad.

—Por eso mismo, amigo Ramires. Es usted un tipo de confianza.

En el vuelo de Torrejón de Compluto a Atenas, Susana y Manolita se sentaron juntas, y no pararon de hablar. Esto, por un lado, gratificaba a Carlos Quinto y a Severo Ramires, y por otro lado les inquietaba, como inquietaba a los dioses olímpicos el poder incontrolable de las dueñas de la reproducción y del sexo. Pero ni Carlos ni Severo se inclinaban a los métodos drásticos de Júpiter con sus amantes, ni estaban capacitados para ellos.

Los dos primeros días los pasaron de ruina en ruina por la ciudad de Atenas, tomada por manifestaciones vociferantes. En una de ellas, muy cerca del Museo Arqueológico Nacional, al caer la tarde, se echaron a llorar como criaturas frustradas. Los rebeldes, jóvenes con uniforme de combate urbano, lanzaban cócteles Molotov, cohetes y petardos a la policía. Y esta les respondía con gases lacrimógenos. Las dos parejas ybáricas se metieron en la boca del lobo al huir en la dirección

equivocada. De pronto se vieron al lado de los revoltosos, escapando de los botes lacrimógenos por las calles empinadas y estrechas del barrio llamado Exarchia. Una chica se acercó a ellos y les tendió cuatro máscaras antigás improvisadas que tuvieron gran efecto y contuvieron el llanto de los dos hombres y las dos mujeres. Exarchia era un laberinto de calles con pequeños negocios que sobrevivían al caos y a la crisis en edificios pintarrajeados con consignas distópicas, e imágenes de extraterrestres y bichos transgalácticos en las fachadas de ferreterías, ultramarinos, droguerías, papelerías, mercerías, academias de idiomas y restaurantes. Todo cerrado a cal y canto.

Sin acertar a saber cómo, salieron a la plaza Omonia, donde la policía no tiraba gases. Se desprendieron de las máscaras improvisadas, y se apresuraron por la avenida Panepistimiou en busca de una vía no ocupada por manifestantes. Cerca de la plaza Sintagma encontraron un taxi y se marcharon al hotel, en un barrio costero del golfo de Sarónica. Al otro lado del mar se veía el perfil montañoso de la isla de Egina. Tras ella estaba el Peloponeso.

Echaron a andar por la avenida de Poseidón en busca de un restaurante que no fuera réplica de los existentes en media Europa, ni pizzería ni hamburguesería ni trattoria ni chino ni buffet ni

bistro, y dieron con un figón que les agradó.

Estaban entrando en él cuando sonó el teléfono portátil de Severo. No era una de las conversaciones convenidas con García, que llamaba a las nueve en punto de la mañana.

—¿Dónde estaba, Severo! Le llevo llamando toda la tarde.

—Pues le aseguro que el cacharro no ha dicho ni mu hasta ahora.

—¿Les han pillado las manifestaciones de Atenas?

—¿Cómo lo sabe!

—Tenemos buenas relaciones con la policía griega. Me han dicho que inhiben las frecuencias de móviles cuando hay jaleo. Se han ofrecido a dejarle un recado en el hotel de mi parte, pero me ha parecido innecesario. Quería que supiera que esperamos de un momento a otro a Metodio Mazón, y que se prepare por si tiene que salir corriendo de Grecia.

—¿Por qué? ¿Va a suceder aquí algo?

—No. Pero pronto le necesitaremos en Ybaria.



—Mañana tenemos previsto un viaje al santuario de Delfos y al monte Parnaso. Pasado, a Micenas y a Epidauro. Y el jueves nos vamos a Creta, donde estaremos un par de días. Luego daremos una vuelta por las Cícladas...

—Está bien, está bien, Severo. Sólo le pediré que venga cuando sea imprescindible, que será pronto. El aplazamiento se debe a que Tischbein ha desaparecido o se ha escondido. La última vez que tuvimos noticias de él fue ayer. Estaba citado con Maeztu, el P.D. ...

—¿El que?

—*Peregrino Disidente*, ese contable suyo. Estoy pensando en montar un dispositivo internacional-galáctico en su busca.

Este hombre es capaz de hacerlo, pensó Severo, guardando la cajita parlante en el bolsillo y olfateando los aromas del figón.

### **Un agente de otros tiempos**

Metodio Mazón dio en pensar que su etapa de ciudadano ínclito había entrado en una fase de decadencia. Hasta que Cachos de Pera y Ariadna se cruzaron en su vida, nada ni nadie había conmovido

la sólida posición del Catedrático de Psicología Social y secretario general perpetuo de la Asociación de Progresionales de las Artes, salvo los burdos intentos de Pancraccio Ejido/Jristo Katranjiev.

Pero la emergencia de “Massa Crítica” le había meneado en su baluarte. Había intentado una estrategia que le había dado resultado hasta entonces en otras circunstancias, dirigir el movimiento desde la sombra. Sin embargo la operación Cachos-Ariadna no había funcionado. No sólo por la intervención del maniobrero Katranjiev. Además de su viejo rival rebautizado, se había encontrado con un grupo de jóvenes que, a pesar de tener una visión parcial y sectaria de la realidad, estaban decididos a mandar y lo hacían con una voluntad superior a la suya, puesto que eran más, y no le guardaban ningún respeto.

A esto Metodio le llamaba su “pérdida de mercado”.

Recurrió a la ciencia para dar vueltas en torno a esta visión de su existencia presente. No debía dejarse arrastrar por los sentimientos. Algo difícil, después del terremoto que había ocasionado en él Ariadna. Sabía que esa relación tenía una fecha de caducidad no muy lejana. En lugar de aliviarle, cual había sucedido en previas aventuras, anticiparlo le

mortificaba. Pero no era capaz de discernir si lo que más le dolía era admitir que Ariadna nunca sería suya, o el sentimiento de culpa provocado por sus noches con la bella matemática. Por primera vez en su vida desde la adolescencia, tenía el corazón partido entre dos mujeres. En aquella edad lejana habría zanjado el dilema dando un salto en el vacío, rompiendo con las dos muchachas de las que estaba enamorado, y buscando consuelo en el estudio y en otra mujer ardiente y poco escrupulosa en razones de amor. Ahora era imposible.

Regresó Honoria del brumoso noroeste a casa, y a Metodio le costó mantener el tipo.

El coronel Abulafia no había fijado fecha para la excursión intercósmica a Ybaria, y Metodio tenía que dar explicaciones rebuscadas a su mujer sobre el retraso de la misión en la isla de Cuba. Su mayor recurso era la flema, la cachaza o la pachorra célebres de la personalidad caribeña, y atribuía a esta cualidad psicológica, recogida en manuales y en experiencias prolijas, la tardanza en la partida.

En éstas estaba, cuando recibió en su despacho universitario la visita de un tal Clemens Scheuermann. Tardó en reconocerle como aquel funcionario que le interrogó en las instalaciones del

ministerio del Interior de la RDA (*Stasi*), durante su etapa juvenil en el paraíso comunista. Los años no le habían cambiado mucho, como si en la RDA la *Stasi* tuviera cámaras criogénicas además de mazmorras. Era alto, sin corpulencia, casi calvo, con gafas metálicas y gabardina, el arquetipo del agente comunista. Scheuermann le explicó que había perdido su trabajo en la institución después de *das Wende*, el cambio. Los últimos tiempos de la *Stasi* los había pasado en el H V A *Hauptverwaltung Aufklärung* o Departamento Superior de Información o “Aclaramiento”.

Metodio le invitó a comer en una cafetería de la Universidad con fama de cocina saludable. Scheuermann le dio una detallada relación de la zarabanda político-económica-social que conmovía tres continentes. Lo hizo de un modo germánico, desarrollando temas y áreas geográficas en sucesivo orden. Era un sólido informe que no contradecía los del S.I.R.V., y añadía detalles significativos. Comía, hablaba y fumaba, casi a la vez.

Cuando terminó con el repaso geoestratégico hizo una pausa, suspiró, apuró su café, dio un sorbo a una copa de brandy que no formaba parte del menú, pero que Metodio le había ofrecido para ser buen anfitrión, y pareció dudar, porque era evidente que

no había acabado su discurso.

—*Herr Mazón*, esto que le voy a decir ahora es algo difícil de entender.

Bajó la voz, cosa que hasta entonces no le había preocupado, porque hablaban en alemán, y suponía que sería raro que alguien les entendiera o estuviera interesado en una conversación de formas académicas.

—En la RDA hemos detectado a ciertos tipos organizados que somos incapaces de clasificar. Su comportamiento es indescifrable. Y si no fuera porque hay que tomar en serio cualquier sospecha de amenaza, les habríamos descartado como a una banda de locos. Pero conspiran con insistencia y precisión, y lo hacen de un modo “holístico”.

En esta palabra se paró Scheuermann, y se quedó mirando a Metodio para no perderse su reacción. Que fue un parpadeo escéptico.

—Holístico —repitió el alemán, como si el adjetivo tuviera propiedades mágicas.

Metodio interpretó que le invitaba a decir algo.

—Amigo Scheuermann, le veo a usted bien

enterado de los intereses poco visibles en nuestro planeta. Y aunque despierta usted mi curiosidad, no veo por qué me hace estas revelaciones. Ni siquiera me son útiles en mi cátedra. Y encima me está poniendo en un compromiso, porque se supone que yo no debo de saber determinadas cosas, aunque sea un ciudadano prominente.

—No quiero ponerle en un compromiso, *Herr* Mazón. Usted y yo somos ciudadanos ajenos a los intrínquilis geopolíticos. No podemos intervenir en ellos. Pero si he venido a verle ha sido en solicitud de su mediación con el S.I.R.V..

—¿El S.I.R.V.? ¿Que tengo yo que ver con el S.I.R.V.?

—No lo sé, pero en uno de los últimos informes que leí sobre Ybaria, antes de ser cesado en el HVA, aparece usted junto con esa institución, como interesado en la fulgurante aparición de un partido político llamado “Massa Crítica”. Le nombraban a usted, a un tal Cachos de Pera, a Corto Caballero, a Jristo Katranjiev, a Cordelia Rocín y a Demetria Stazakos.

—¿Sólo? —reaccionó Metodio.

—¿Qué quiere usted decir con “sólo”?

— Que si no aparecían otros nombres en el informe.

Scheuermann frunció el ceño. Debió de interpretar que Metodio Mazón le estaba tratando con cierta chunga.

—Me está diciendo que quiere ofrecer sus experiencia al Servicio de Información del Reino de Veetónica, y que quiere que yo le presente al coronel Abulafia.

—*Genau.*

—Y esos conspiradores “holísticos”, ¿tienen nombre?

—Sí —contestó el alemán en tono lapidario.

—*Die Kosmoswanderer der Ankündigung?*

—*Richtig! Genau!* —la doble exclamación de Scheuermann fue de alivio y satisfacción.

—¿Y usted qué puede ofrecerle al S.I.R.V. en relación con ese asunto?

—Información sobre uno de sus más peligrosos elementos. Jristo Katranjiev. Estuvo varias veces en la RDA antes de *das Wende*. Le conozco bien.

Aquella misma tarde Metodio recibió la llamada del doctor Huarte. Al día siguiente tenía que presentarse en el S.I.R.V. de buena mañana para efectuar el salto. Pasó la noche sin dormir. Al despedirse de Honoria tuvo que contener la emoción. En el taxi empezó a recuperar el control de sí mismo, y se preguntó si su mujer había percibido su estado de ánimo. Era una pregunta retórica, porque Honoria le conocía bien, como si tuviera una vía de acceso a su conciencia. Decidió arrinconar estos pensamientos. No le costó conseguirlo.

Cruzó hecho un manojo de nervios el edificio de S.E.S.O.S. que enmascaraba la secreta ubicación del S.I.R.V. en el cantil de Recópolis sobre el río Tejo. Por mucho que intentara distraerse, sentía pavor a la zambullida en los vastos espacios del Cosmos. Apenas tuvo tiempo de dar cuenta al coronel Abulafia del encuentro y la propuesta de Scheuermann. Abulafia no prestó ninguna atención a la noticia.

En los días previos había sufrido una ducha escocesa emocional, porque pasó largas horas con Ariadna recibiendo información detallada de la vida en Ybaria. La científica resumía el escenario en el que iba a aparecer Metodio como “un salto al futuro”. Describía una Ybaria muy semejante a



Veetónica, pero con tecnología superior. El mayor adelanto era la existencia de comunicaciones telefónicas móviles, la transmisión de imágenes por teléfono, y la existencia de una red mundial de datos, imágenes y sonidos al alcance de todos los ciudadanos, que utilizaban como instrumento ordenadores domésticos o portátiles muy avanzados.

Suponía Metodio a Abulafia, a Huarte y a Tischbein enterados de su relación carnal con Ariadna. No manifestaban, sin embargo, el menor signo de familiaridad o de compadreo varonil. Al fin y al cabo son alienígenas, pensaba Metodio, y quizá no tengan distinciones de sexo.

No poder despedirse de Ariadna en privado le causó tristeza.

—Hemos tenido un pequeño problema de conexión con Ybaria —le anunció el coronel Abulafia en su despacho—. No hemos fijado el lugar de su salida en aquel país. Nos hemos encontrado con uno de los portales cerrados, porque mi homólogo allí, el general García, ha clausurado la mina en la que se encuentra el portal. Hemos previsto que uno de nuestros *Peregrinos* le recoja en el camino. Tischbein no puede ocuparse, porque está trabajando de correo en varios continentes y en dos

universos. Se lo digo para que esté usted prevenido y no crea que las cosas están saliendo mal. Todo va a ir a la perfección.

El salto consistió en atravesar otra vez una copia de “El sueño de Endimión” colgada en el despacho de Abulafia, aquella por la que había salido en su primer viaje desde Sbaria.

—¿Tengo que llevar equipaje? —preguntó Metodio, intentando que no le temblara la voz. Había traído una maleta, porque no podía salir de casa con las manos vacías sin que Honoria sospechara.

—No le hace falta nada. Deje la maleta aquí. También es conveniente que deje todos los documentos de identidad que lleve encima.

—¿Es preciso? Me siento un huérfano sin nombre ni apellidos. Mi DNI y mi carnet de la Asociación de Progresionales de las Artes son un talismán para mí. Sin ellos soy un amasijo de átomos, moléculas, células y vísceras. Necesito tener pruebas de que soy alguien.

—No se ponga metafísico, Metodio. Llévase la cartera si le hace sentirse mejor.

Abulafia casi tuvo que empujarle. Pero

Metodio dio por su cuenta el paso final hacia el vacío intercósmico.

Volvió a escuchar la melopea de la *Penguin Café Orchestra*. Volvió a sentir en su cara el roce de una masa algodonosa y dulce. El nuevo viaje duró más, es decir, el tránsito se hizo perceptible, como si recorriera un túnel a oscuras. Su nariz olfateó una rara fragancia, mezcla de tierra húmeda, suciedad acumulada en una vieja alfombra y almizcle. El único sentido que parecía privado en el tránsito era la vista. Hasta que de súbito vio frente a él un rostro regordete y joven iluminado por algo parecido a una luz interior, nariz puntiaguda, carrillos colorados, frente ancha, craneo despejado y boca sonriente.

—Está fea la cosa, ¿verdad? —emitió el rostro.

Metodio pensó que estaba soñando o delirando.

—Metodio Mazón, ¿verdad? —volvió a decir el rostro con voz de falsete —. Le acompaño en el sentimiento. No se preocupe. La cosa no está tan fea. Vamos. Estamos a punto de cambiar de universo. Relájese. Pierda cuidado. Ya está.

Una mano invisible tomó la suya izquierda y tiró de ella. Perdió de vista la cara. Sintió un

empujoncito, y de súbito quedó deslumbrado por un sol de mediodía.

—¿Dónde estamos? —preguntó a su extraño acompañante. Pero estaba solo.

Mejor dicho, su Virgilio intercósmico no estaba con él. Mas otro guía humano le pedía que ascendiera por un camino de tierra, flanqueado por solemnes edificios en ruina.

Metodio pensó que había ido a parar a un escenario de guerra, porque apenas quedaban en pie algunas columnas. Pero enseguida rectificó su juicio. Estaba en un lugar saqueado a fondo, pero no a consecuencia de una batalla reciente.

### **En la Luna**

La reunión de los *Peregrinos del Anuncio* se celebraba en su establecimiento lunar. Situado en la cara oculta del satélite, no era visible desde la Tierra. Lo habían mantenido camuflado durante las primeras expediciones norteamericanas y rusas a la Luna. Pero en una de ellas, algunos dicen que la última, los astronautas pudieron ver ante sus ojos una construcción artificial parecida a un templo griego devastado por la historia. En realidad, los *Peregrinos del Anuncio* lo habían edificado copiando los

modelos de foros romanos y ágoras griegas.

Los *Peregrinos del Anuncio* llevaban siglos en los diversos universos humanos. Al poco de llegar, entre la Edad Media y la Edad Moderna humana, decidieron fabricar una sede o lugar de encuentro imposible de alcanzar por los antropoides inteligentes. La ubicación más segura era el lado oculto de la Luna. El lector tiene derecho a preguntarse de qué luna hablamos; la respuesta es por necesidad ambigua, de una Luna.

Siendo seres no sometidos a las condiciones físico químicas de la vida terráquea, los *Peregrinos* no necesitaban protegerse ni de meteoritos ni de radiaciones ni de otros campos electromagnéticos. De modo que construyeron magníficas réplicas de las antiguas ciudades grecorromanas tal y como quedaron después de ser arrasadas por los bárbaros. Ningún *Peregrino* ha explicado jamás qué ventaja material o estética tenía este modelo de ruina. Pero es evidente que les gustó y convino a todos.

En estos momentos de la narración los *Peregrinos del Anuncio* estaban divididos en varios puntos de vista sobre su papel en la Humanidad. Antes de que estas divisiones se hicieran banderías, convocaron la asamblea en su sede lunar.

A vista de pájaro lunero, si lo hubiera, el Palacio de Congresos *Peregrino* era una superficie de losas de las que brotaban columnas truncadas. Los arquitectos *Peregrinos* no habían hecho distinción de estilos, y lo que quedaba de un templo de Zeus eran tocones de piedra y dos o tres columnas desaparejas. Donde se alzaba el frontón, a veces el tímpano estaba vacío, a veces cubierto por un episodio de la Titanomaquia o conflicto armado entre Titanes y Dioses Olímpicos.

Los convocados se reunían en las gradas carcomidas de un teatro que había perdido su columnata, su proscenio y su escena. A ese pájaro lunero le habría costado distinguir algo de vida en los asientos. Los *Peregrinos del Anuncio*, despojados allí de toda apariencia tranquilizadora para los humanos, en su verdadera esencia y especie, evocaban a perchas colgadas en el vacío atmosférico lunar, ataúdes sin tapa puestos de pie, cántaros con asas, kioskos de venta de cupones y fragmentos de decorados de ópera dodecafónica.

Sobre las piedras del resto del proscenio se hallaba un ara presidencial. Diez *Peregrinos* de los cuales los lectores conocen cinco, a saber el coronel Abulafia, el doctor Huarte, Andreas Tischbein, Jristo Katranjiev y Aquilino Maeztu.

Hablaba uno de los arcontes sin identificar.

—... Por eso es preciso que decidamos aquí y ahora una línea de acción única y común, sea cual sea la consecuencia para el género humano y el resto de la flora y la fauna del planeta Tierra... No podemos seguir peleándonos, porque esta guerra de guerrillas vieja como el *Big-Bang*...

—El *Big Crunch* —se oyó por la zona alta del *kerkis*, casi arriba de las gradas.

—*Big Bounce* —corrigió otra voz.

—No seamos nominalistas, *Peregrinos* — reconvinó el arconte en el uso de la palabra, que debía ser uno de los más ancianos, mil y pico años terrestres de edad —. Comportémonos como adultos. Podemos ser adultos de una vez, ¿no?

—Podemos, podemos —retumbó un murmullo.

—Olvidemos, por favor, la teoría general de la relatividad, la gravedad global cuántica, la creación *ex nihilo*, la inflación, la rarefacción y el *sumsum cordam*. No estamos aquí para encontrar una explicación del Universo o del Multiverso. Tenemos que decidir qué hacemos con los humanos en estas

circunstancias críticas en las que ellos mismos se han metido. No podemos dividirnos ahora.

—No podemos, no podemos —resonó el rumor.

—*Peregrino* Murphy, ¿puede resumirnos la situación en el mundo Ybaria?

El aludido se levantó. Es un decir, porque es imposible que una percha del tamaño de una grúa de andamio se ponga en pie.

—Visto desde Moscú, el retrato geoestratégico inquieta a los rusos. Visto desde Washington, inquieta a los norteamericanos. Visto desde Berlín, los europeos se sienten atrapados en una tenaza. Visto desde Compluto, una conspiración internacional y otra interior hacen todo lo posible por desmembrar Ybaria.

—Puede explicarnos su propio punto de vista, *Peregrino* Murphy —le apremió el Arconte Mayor.

—Me gustaría ser objetivo. Voy a intentarlo.

Y a continuación hizo un relato que algunos *Peregrinos* sentados en las gradas comentaron sin recatarse, para desesperación de los arcontes. La



crítica de los *Peregrinos* descontentos con el discurso era calificarlo de mala copia de una película de catástrofes, mezclada con otra de conspiraciones internacionales y otra de agentes que manipulan el mundo desde cámaras acorazadas en el Antártico. Aunque lo más chusco de su discurso se refería a las ínfulas de una minoría de iluminados carolunios por convertirse en estado independiente de Ybaria. El murmullo corría de una fila a otra sin que el que hablaba manifestara fastidio.

La parte más dramática de la relación del *Peregrino* Murphy fue la que recorrió Oriente Medio y Anatolia. Los caldeos, divididos en grupos con diferencias religiosas insignificantes, se reprochaban unos a otros herejías, y se combatían encarnizadamente gracias a las armas suministradas por diferentes potencias. Ciudades arrasadas, masacres sin piedad, huidas en masa de hombres, mujeres y niños hacia lugares en paz, la muerte y la miseria sobreponiéndose a la vida y a la esperanza.

Los rumores se acallaron.

—La repercusión en Occidente y en Oriente de esta catástrofe alimentada por los seres humanos puede interpretarse como un ajuste demográfico. Pero las consecuencias son incalculables. El

terrorismo, uno de los instrumentos elementales de los servicios de información en todas las épocas de la Humanidad, se está extendiendo más allá del control de quienes lo promueven. Además, con la tecnología al alcance de cualquier individuo medianamente dotado, asesinar es una bicoca para los sectarios —y siguió una larga media hora con otros detalles espeluznantes.

Finalizado este discurso, la asamblea hizo una pausa. El arconte mayor se levantó de la mesa para conversar con Abulafia y Huarte. Este último, sin duda el representante de los *Peregrinos del Anuncio* con más autoridad en Ybaria y su planeta, matizó algunos aspectos de lo que acababa de exponerse, pero lo confirmó en su generalidad.

—¡Qué difícil es ponerse de acuerdo! —dijo Huarte.

Abulafia y el Arconte Mayor asintieron en silencio.

—Nos estamos involucrando tanto en la vida de los humanos que nos estamos convirtiendo nosotros mismos en humanos.

—Eso no es malo —dijo Abulafia, mirando al arconte mayor como si solicitara su opinión.

—Es una de las propuestas que hay sobre esta mesa, renunciar a nuestra identidad peregrina y confundirnos con la Humanidad.

—Pero no podemos plantearla —siguió Huarte. —Tendría que haber unanimidad para evitar disidencias destructivas. Y eso es imposible. Estas cosas no se consensúan, se admiten como artículos de fe.

—Volvemos al punto en el que tuvimos que abandonar *Palimostrenconodia* —se lamentó el Arconte Mayor.

Un pequeño fogonazo desvió la atención de los tres. Procedía de una peña que sobresalía por encima de la grada más alta del teatro, a la derecha.

—Están ahí —se lamentó en un susurro Huarte.

—Que se queden y escuchen —sentenció el Arconte Mayor.

—Podrán hacerse una idea de con quién conviven —suspiró Abulafia.

Volvieron a la mesa, llamaron al orden, y conseguido este el Arconte Mayor convocó al

siguiente conferenciante

—*Peregrino Genosse Scheuermann*, háganos su resumen del mundo Veetónica.

### **Al pie del Parnaso**

Aquella noche ateniense Severo Ramires y Manolita mantuvieron una larga conversación en la cama antes de dormirse.

—¿En qué negocio estás metido, Severo?... Perdóname que te lo pregunte con tanta familiaridad. Sé que no me une nada a ti, y no estás obligado a contestarme. Lo hago por pura curiosidad, y quizá también por afecto.

Severo se conmovió. Pero un sexto sentido le decía que no debía dejarse llevar por el sentimentalismo. Hasta la fecha había resistido las tentaciones del tálamo nupcial, forzándose a creer que estaba incapacitado para el matrimonio. Pero el cansancio acumulado debilitaba su fuerza. Necesitaba tanto un apoyo moral... Sólo moral. No acertaba a responder a Manolita.

—Perdona, Manolita. Estoy como mudo.

—Ya lo veo.

—¿A ti te parece que Carlos y Susana terminarán casándose?

—¿*In articulo mortis*?

—¡Cómo dices!

—¿Carlos no considera este su último viaje?

—La operación puede salir bien.

—A mí me interesas tú, no él. Pero no tiene importancia, Severo. Me atengo a mi papel.

Severo habría querido preguntarle cual era ese papel, pero temía que la conversación muriera o se despenara por un torrente de reproches mutuos.

—¿Son los *Peregrinos del Anuncio*, verdad?  
—dijo la mujer removiéndose y acariciando el hombro de Severo.

Severo se declaró vencido.

—¿Que sabes de ellos, princesa?

—Lo mismo que tú, casi nada. Que proceden de un universo desaparecido, que son más viejos que los dinosaurios, que están hechos un lío porque no entienden a los humanos, aunque lo intentan con

desesperación.

La del alba sería cuando Severo terminó de contar a Manolita cuanto el lector sabe, y ella le aportó detalles que él no conocía, adquiridos a través de clientes muy notables, como que los *Peregrinos* estaban infiltrados en todas las instituciones, organismos y asociaciones civiles de importancia en casi todos los países del planeta. Luego ambos se quedaron dormidos como troncos, y al sonar el teléfono despertador a las siete de la mañana, remolonearon en las sábanas como un matrimonio de vacaciones.

Salir de Atenas en el Mercedes alquilado con chófer-guía les tomó más de una hora. Al cabo de ese tiempo apenas estaban en los últimos suburbios a lo largo de la autopista de Salónica, retenidos por un tráfico denso como la melaza. A partir de ahí el vehículo tomó velocidad. El conductor les iba dando cuenta del pasado y presente de los paisajes que recorrían.

El día había salido nublado, y la llanura de Tebas, con la ciudad en un promontorio, estaba cenicienta como una tragedia de Esquilo. Después se metieron en un territorio montañoso. “A la izquierda”, decía el chófer, “detrás de esos montes,

está el golfo de Corinto”. Carlos Quinto asentía con entusiasmo de turista culto. Severo, conocedor de estos detalles, pensaba en el enigma de los *Peregrinos del Anuncio*.

Al acercarse al monte Parnaso lució el sol, y los viajeros se animaron. Cruzaron las estrecheces de Arájova, un pueblo que parecía sacado de una estampa de cordillera ybárica, y al doblar unas curvas por la falda sur de la cumbre donde moran las Musas y Apolo les pareció distinguir el Egeo más allá de la cresta de las montañas. A sus pies, en el valle y en los bancales, había otro mar, éste de olivos.

Entraron en el santuario conmovidos los cuatro por una presencia o ausencia extraña, cada uno con su pesar o su esperanza. Carlos Quinto era el más afectado. Susana a veces se agarraba de él, a veces le soltaba porque el hombre necesitaba orientarse por su sexto sentido. El guía les señalaba la invisible fuente Castalia, al fondo de dos peñas churretosas que llaman las Brillantes, les conducía por el camino en cuesta flanqueado por los restos de los temples construidos por las ciudades y las islas griegas en homenaje a Apolo, cajas pétreas de caudales donde escondían cuantiosos tesoros. Les contaba las peripecias del saqueo de Delfos por los generales y

los césares romanos. Les hizo detenerse frente al huevo cascado que los griegos nombraban el ombligo del mundo. Les paseó alrededor de lo que queda del templo de Apolo, media docena de columnas a base de tambores superpuestos y el basamento. Y les fue contando historietas fascinantes de rapiñas nada mitológicas.

Después de visitar el museo con gran aprovechamiento y sugestión, como si el Auriga fuera a echar a correr en su inexistente carro o la Esfinge fuera a dirigirse a Carlos Quinto para aliviarle o condenarle, salieron del recinto.

—Ahora vamos a comer a un restaurante de primera en Arájova —dijo el guía, porque les vio abatidos y hambrientos.

Al bajar la cuestecita que les llevaba al aparcamiento, Severo Ramires y Carlos Quinto, que iban a la par por delante del quinteto, se quedaron clavados en el suelo. Detrás de un pino les salió al paso el mismísimo Jaime, con su sonrisa de pesimista jovial. Y cuando esperaban su clásico saludo, “Están mal las cosas, ¿verdad?”, les dijo:

—Llevo toda la mañana esperando. El señor Metodio Mazón, también espera. En Arájova. Creo que tiene mucha hambre. Os acompaño en el



sentimiento. Vamos.

### **Una comida en Arájova**

No tardó Metodio Mazón en darse cuenta de dónde se encontraba. Jamás había estado en Delfos, pero había leído sobre la sibila y sus pasmos en su agujero narcótico bajo el templo de Apolo. También había visto fotografías. Todas sus sospechas se confirmaron cuando el guía del grupo al que se había unido Metodio fue recitando explicaciones en inglés en un tono de voz entre sacerdotal y de locutor electrónico.

Subió la comitiva hasta el nivel en que se encuentra el estadio. Allí se desparramó, y Metodio se puso a buscar entre ellos a Tischbein, quien supuestamente debía servirle de enlace con sus anfitriones en Ybaria. Por qué había brotado del *monopolo* en Grecia y no en Ybaria era la primer pregunta que quería hacerle.

Mas ni vio a Tischbein ni se arrimó a él nadie para darle la bienvenida a aquel universo. No tuvo más remedio que seguir cuesta abajo al grupo del que parecía formar parte. Recorrieron el museo y después se fueron al templo circular de Atenea Pronaia, que recuerda una boca abierta y desdentada. Subieron luego a un autobús, y por primera vez Metodio fue

consciente del contraste de su indumentaria con la del resto de los turistas. Él era el único con traje de chaqueta, además de tono oscuro, y con chaleco.

Fueron transportados a un restaurante popular en las afueras del pueblo alpino de Arájova, afamado por sus almacenes de alfombras, y por las pieles de oveja. El guía repartió unos vales de comida que debían entregar al camarero de aquel recinto de bodas, bautizos y comuniones especializado en turistas. Y cuando Metodio se dirigía a una de las mesas, se le interpuso un joven.

—Señor Metodio Mazón —le tendió la mano—. Le acompaño en el sentimiento. Venga conmigo. Su anfitrión no tardará en llegar. Yo soy Jaime. Las cosas no están tan mal como parecen.

Era la cara que le había susurrado palabras tranquilizadoras durante el tránsito por el *monopolo*.

Le sacó del restaurante y le llevó a otro de mayor categoría en el interior del municipio. Habló el joven con el dueño en griego, y éste acomodó a Metodio con una sonrisa ceremonial y mitológica, ofreciéndole en varios idiomas traerle una cerveza. Metodio le respondió en alemán, y el tipo volvió con una botella helada de *Mithos*. Mientras le vertía el líquido en un vaso le dijo que había trabajado veinte

años en Leverkusen, a la orilla del Rin, en la fábrica Bayer. Metodio saboreó la magnífica cerveza y unas aceitunas verdes exquisitas mientras escuchaba el discursete del mesonero. Por un minuto se sintió un turista recién aterrizado, como si su misión en aquel mundo fuera una pesadilla, y acabara de despertarse en un lugar amable. Luego el hombre se fue. Jaime, que había permanecido mudo y sentado a su lado, se levantó.

—Voy a buscar a su anfitrión. No tardaré mucho. Puede pedir algún aperitivo.

Y se marchó sin despedirse. A Metodio le alivió que no le hubiera acompañado en el sentimiento una vez más.

Al cabo de media hora reapareció Jaime acompañado de dos matrimonios de una edad parecida a la de Metodio, según él entendió. Aquel viaje interestelar le estaba dejando bastante más perplejo de lo que esperaba.

—La señora Susana, la señora Manolita — presentó Jaime a las mujeres, que saludaron con amabilidad a un Metodio ocupado en contener su desconcierto—. Mi tío, Carlos Quinto, su amigo Severo Ramires, su anfitrión en Ybaria. Les acompaño en el sentimiento —y acto seguido se fue.

Severo y Carlos cruzaron una mirada cómplice en la que había más enigmas que explicaciones.

Metodio tuvo una sensación de *dejá vu*. Cayó en la cuenta de que el presentado como Severo Ramires era uno de los hombres que aparecían en las fotografías que Ariadna había colocado en el aparador de su salón de estar en Sbaria. Pero lo más asombroso era el presentado como Carlos Quinto. Aquel hombre era una réplica exacta de uno de sus camaradas emboscados en su listín telefónico secreto, el llamado Quinto Primo, y con quien había hablado para confirmar o desechar la supuesta intriga en los medios de Veetónica contra “Massa Crítica”, un par de meses atrás, que parecían ahora siglos.

Se acomodaron en torno a la mesa redonda. A la derecha de Metodio se sentó Manolita. A su izquierda se situó Severo, que no llegó a sentarse. Se disculpó y se alejó con un objeto metálico con tapa de cristal en la mano, desconocido para Metodio, que emitía un canto sirénico.

Según había visto Severo a numerosos usuarios del teléfono móvil en lugar público, la costumbre era salir a la calle cuando recibían una llamada o la hacían. A la puerta del figón manipuló el trasto según las instrucciones recibidas, y en

seguida le contestó el general García.

—General, ha aparecido el comunista en Delfos. ¿Qué debemos de hacer?

—Acogerle, amigo Severo. Los comunistas no muerden.

—Era una broma, García. Se supone que debía aterrizar en Compluto o en Cecabastos, ¿no?

—Sí. Es una salida de emergencia. La mina está cerrada, y en Compluto la terminal del *monopolo*, tuvo *overbooking*. Los *Peregrinos* tienen una reunión internacional en algún lugar del universo. Tischbein ha venido hace un rato para avisarme. Han considerado lo más práctico enviar a Metodio Mazón a Delfos para que se encuentre con usted. Esta noche, cuando vuelva al hotel tendrá los billetes de avión para regresar a Ybaria.

—¿Los cuatro? Quiero decir, ¿los cinco?

—Pregúntele a su amigo Carlos Quinto.

—No hace falta. Al hombre le hace una gran ilusión Grecia. Resérvenos plaza para Manolita, Metodio Mazón y yo. Para mañana, ¿verdad?

—Sí, para mañana.

Cuando volvió a la mesa, Metodio se estaba explicando con vaguedades ante las dos mujeres y Carlos, porque había entendido muy bien el anuncio de Jaime de que *solo* Severo era *su* anfitrión. Había hablado de Veetónica sin precisar su ubicación, aprovechando la deducción de Carlos de que se trataba de una colonia de Ybaria en algún lugar remoto del planeta. Consideró el recién llegado que era más conveniente no enredarse con fabulaciones y mentiras, y fue largando fragmentos reales de geografía, de política, de economía y de psicología social. Confesó que era catedrático de esta disciplina en la universidad de Recópolis, y secretario general de la Asociación de Progresionales de las Artes.

—¿Una organización de izquierdas? — preguntó Susana, mujer de cabeza casi esférica, muy bien peinada, de bellos y pronunciados rasgos faciales.

—Podría decirse...

—Está usted hablando con una militante socialista, amigo Metodio —intervino Carlos Quinto—. Aunque de la mejor familia de Cecabastos. Nosotros tres pertenecemos al espacio electoral conservador, ¿verdad Severo? —dijo dirigiéndose a su amigo, que tomaba asiento.

—A lo mejor nuestro reciente amigo no se siente cómodo hablando de política...

—En absoluto, Ramires...

—Llámeme Severo, por favor.

—Yo soy un marchengueliano convencido, pero enemigo de los sectarismos.

Los tres comensales que le escuchaban abrieron los ojos al escuchar aquel término abstruso, pero no dijeron nada.

En el hotel se encontraron con que alguien, Jaime, pensaron Severo y Carlos, había reservado una habitación para el recién llegado. Se estaba haciendo de noche, y la vida en la ciudad seguía siendo un hormiguero ruidoso. Carlos se manifestó fatigado por la excursión, y de un modo natural propuso quedarse “con las chicas” mientras Severo y Metodio llamaban a un taxi que les acercó a la vieja Atenas.

El veetónico quedó fascinado por la visión de la Acrópolis. La vida le seguía regalando maravillas en una etapa más bien tacaña de la existencia: Ariadna, la Grecia Clásica. Episodios fugaces, y quizá por eso tan valiosos. Se encaminaron hacia la

roca, por callejas cada vez más estrechas, destartaladas y con toques de prosperidad impuesta en los escaparates más lujosos, de abandono en ciertos edificios semiderruidos, de paredes decoradas con pinturas e inscripciones estrafalarias en grafías latina y griega.

Callejearon al azar, y dieron con el Ágora Romana y con la Biblioteca de Adriano, es decir, con sus cimientos. Se metieron por el barrio de Monastiraki y pasaron ante un agradable café. Al unísono decidieron entrar para continuar la conversación sin que las ruinas de la historia les distrajeran.

—Ahora que ya nos hemos puesto más o menos al corriente de quiénes somos —dijo Metodio—, conviene que empecemos a trazar un plan.

—Es lo que yo pienso, aunque no crea que tengo las cosas tan claras como usted. Me he visto involucrado en este lío por carambola. Mi sobrino Onésimo y su mujer Ariadna. Usted la conoce, ¿verdad?

—Sí, sí —se apresuró Metodio quitándose de encima el incómodo asunto.

—El general García, a quien conocerá pronto,



ha prometido reservarnos vuelo a Compluto para mañana.

—Es una lástima, porque nunca he estado en Grecia, y habría sido un privilegio pasar unos días aquí, ya que la casualidad me ha deparado este destino.

Severo reflexionó un instante y echó mano al bolsillo.

—Vamos a hacer una cosa. Voy a telefonar al general y si todavía no ha hecho la reserva, que la deje para el domingo. Empezaremos la semana con la energía renovada.

Hizo un esfuerzo por recordar con acierto las instrucciones de manejo del móvil, pero nadie respondió a la llamada.

—¡Qué raro! Me dijo que estaría pendiente del teléfono.

—¿Eso es un teléfono? —preguntó Metodio.

Severo se lo tendió, y el veetónico lo tomó como el que recibe una vasija recién desenterrada en una excavación micénica.

En ese instante la cajita empezó a vibrar, y

Metodio estuvo a punto de soltarla. Enseguida emitió una música sincopada que le sonó a marcha de carnaval tudesco. Severo tendió la mano, cogió el chisme y miró con nerviosismo a la pantalla. Al cabo de unos segundos de concierto dedujo que un puntito verde indicaba donde había que presionar para descolgar.

—Dígame, general.

—Soy Onésimo.

—¿Qué?

—No interrumpas, que tengo poco tiempo. Mi suegro ha desaparecido. Pero yo sé dónde se encuentra y con quién.

—Pero, ¿qué dices?

El rostro de Severo empalidecía con el paso de los segundos. Metodio sintió un vacío en el estómago al contemplarlo.

—Ellos me tienen vigilado a mí. Pero yo he aprendido a seguirles los pasos. Vamos a hacer una cosa. Jaime te va a visitar esta noche.

—¡Ya lo ha hecho!

—¡Ya lo sé, tío! Irá otra vez. Y te explicaré cómo podéis trasladaros a Ybaria por un *monopolo*.

—¿Desde Atenas?

—No lo sé. El te lo dirá... Menuda sorpresa me he llevado. Parecía lelo el tipo, y sabe más de astrofísica que yo.

A Severo le entraron ganas de decirle a su sobrino que le acompañaba en el sentimiento. Pero le salió:

—Están las cosas mal, ¿verdad?

—No tan mal. Todo tiene arreglo.

Onésimo parecía otra persona, no el científico desnortado de hacía unas semanas.

—¡Escucha! El viaje lo haremos dos personas, Metodio Mazón y yo.

—Ya lo sé. Como si quieren venir Carlos Quinto, Susana y Manolita.

—¡Estás loco!

—Menos que mi suegro. Te veo mañana.

Y colgó.

Tal y como había anunciado Onésimo, Jaime les estaba esperando en la recepción del hotel. Les dijo que el viaje había que hacerlo desde el ónfalos de Delfos con salida en la cueva tecnológica de Cecabastos.

—Onésimo me ha dicho que podéis venir los cinco.

Carlos Quinto y “las chicas” estaban presentes en la conversación, mantenida en la terraza del hotel, con la Acrópolis iluminada al fondo, a menos de un kilómetro de distancia.

—Yo me quedo con Atenea y el panteón olímpico, ¿verdad Susana? —dijo el abogado.

Susana asintió. Severo miró a Manolita.

—Yo me voy contigo —puntualizó la mujer.

Los que iban a hacer el viaje miraron a Jaime.

—Mañana a las seis de la mañana salimos en un taxi.

—¿Tan temprano? —protestó Manolita, a quien le preocupaba más madrugar que desplazarse

cuatro mil kilómetros por un agujero de gusano.

—Para no toparnos con el tráfico de Atenas—  
explicó el simpático *Peregrino*.

Se miraron los viajeros, y asintieron en silencio.

—Que el Hacedor de Estrellas nos coja  
confesados —murmuró Jaime.

### **Otra parada en la Luna**

Eran poco más de las nueve cuando el taxi dejó a Jaime, Severo, Metodio y Manolita a la entrada del santuario de Delfos. El joven *Peregrino* dirigió al grupo al museo a lo largo de un camino bordeado de cipreses.

No había nadie en las salas. Jaime se fue derecho a la que albergaba una lápida en memoria de Plutarco. Señaló detrás de ella y fue indicando que se situaran allí uno a uno.

Primero se colocó Metodio. Al arrimarse a la lápida, desapareció. El segundo fue Severo. Avisado por lo que acababa de ver, dudó unos instantes. También desapareció. La tercera fue Manolita, y Jaime cerró el tránsito.

Metodio, que había adquirido cierto hábito, apenas se inquietó. El salto fue instantáneo.

De súbito se encontró en el escenario más desolado que había conocido en su intensa vida. En pocos segundos se habían reunido los cuatro en una especie de balcón natural de piedra polvorienta. No percibieron casi nada hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra dominante.

—¡Demonios! ¿Qué ha pasado? —exclamó Jaime—. Estamos en la Luna.

Los dos hombres y la mujer le miraron con cierto espanto, no demasiado, porque empezaban a acostumbrarse a lo extraordinario. Además, la falta de atmósfera lunar no parecía afectarles.

Bajo ellos se extendía un teatro griego o romano (era una réplica ecléctica) con las gradas cargadas de muebles, cachivaches de todo tipo y aparatos ortopédicos. Lo más sorprendente es que parecían dotados de vida, porque se removían en los asientos. Al fondo, abajo, un altar de piedra pómez, y tras él diez seres de la misma especie que los de las gradas. Jaime pasó la mano por delante de los ojos a los recién llegados, y los muebles se transformaron en individuos con apariencia humana. Los había blancos y blancas, negros y negras, mal vestidos y

bien vestidas, con aspecto de sacerdotes o de monjas, y también con atavíos procaces.

—¡Por las reliquias de Saint Séverin! — exclamó Manolita—. Ese de allí es el Papa.

Metodio descubrió a Jristo Katranjiev en la mesa presidencial, pero se abstuvo de comentarios, se limitó a apretar la mandíbula.

El individuo que parecía más veterano dijo:

—*Peregrino Genosse* Scheuermann, háganos su resumen del mundo Veetónica.

Se levantó el aludido y con una voz de trueno que intentaba modular, empezó a recitar.

La mandíbula de Metodio cayó ligeramente por la limitada fuerza de gravedad del satélite, al descubrir la identidad de aquel *Peregrino* portavoz de Veetónica. Se preguntó cuántos alienígenas habría reclutado la *Stasi* en sus mejores tiempos.

—Os supongo enterados de la caída del Muro de Berlín. Pero quizá no sabréis todavía las consecuencias que está teniendo. El nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética ha desbaratado el viejo aparato bolchevique, está

retirando tropas de los países del Pacto de Varsovia, se ha cargado la vieja Constitución de Uliánov y ha autorizado los partidos políticos independientes. La sólida Unión Soviética se está desmembrando, y se prevén conflictos armados civiles en las repúblicas asiáticas y de tradición musulmana.

Metodio Mazón se inclinó hacia adelante sobre el parapeto de piedra. Se habría despeñado si Severo Ramires no le hubiera cogido de la chaqueta.

—El mundo socialista se descompone. Sólo aguanta la República Democrática Alemana, aunque está endeudada con su prima hermana la República Federal, y no tardará mucho en rendirse, a pesar de que la población resiste con estoicismo socialista. Los dueños del capital y la industria de Europa y América no creen lo que están viendo, la disolución del enemigo. Eso muestra que los denodados esfuerzos que han hecho para socavarlo han tenido efecto, a pesar de que ni aquellos que los urdían y dirigían tenían confianza en sus innobles actos.

—¡Esa visión es partidista! —se oyó una voz en el “mobiliario”.

—¿Es eso cierto? —tremoló la voz de Metodio, dirigiéndose a Severo—. ¿Es cierto lo que dice ese hombre?



—No es un hombre —fue la lacónica respuesta del terrateniente al comunista.

El tipo que hablaba de la debacle del socialismo hizo un resumen de los daños sufridos y sus efectos colaterales. A continuación pasó por Asia y por América. China y la India se definían como imperios emergentes, y analizó al posibilidad de que si el imperio norteamericano actuaba con atrevida violencia en los territorios debilitados, surgieran conflictos locales, nacionales e internacionales que pondrían en peligro le existencia del planeta.

De nuevo se escucharon los rumores de los *Peregrinos* escépticos, hartos de la narrativa catastrofista. Reclamaban razones menos especulativas, basadas en las leyes físicas, no en las volátiles experiencias de la sociología, la economía y la psicología. El orador continuaba hablando impertérrito.

—El capitalismo internacional sigue con interés los acontecimientos políticos en Veetónica. Ha surgido un movimiento espontáneo llamado “Massa Crítica” que empieza a adquirir más fuerza de la que pronosticaban los políticos ahora en el poder. La clase dirigente veetónica se pelea y se corrompe, y está dejando un espacio social a los

recién llegados. Por otro lado, en la región de Gerundia, un grupo de iluminados prepara su secesión del reino para convertirse en república independiente. De momento, los *Peregrinos* controlamos la zarabanda. Pero es preciso que no se produzca ninguna quiebra entre nosotros, porque podría ocasionar una catástrofe en el país.

—Necesito hablar con ese *Peregrino* — explotó Metodio.

Si en aquel momento el arconte mayor hubiera abierto un turno de réplicas, Metodio Mazón se habría precipitado entre los trastos de las gradas pidiendo la palabra.

El orador siguió dando detalles, con nombres y apellidos de los involucrados. Contó que el gran enemigo de “Masssa Crítica” estaba en su propio seno. Habían empezado a usar un lenguaje críptico que sólo los estudiantes de sociología con buena nota comprendían, mientras que al votante de izquierdas le sonaban a neologismos duros como piedras: empoderamiento, hegemonía, subjetividades, intelectual colectivo, performatividad. Hacia el final de su discurso, y de un modo accesorio, el orador nombró a Cachos de Pera y a Metodio, que respiró satisfecho en su tribuna de piedra. La historia

recogería su nombre, aunque fuera en una nota a pie de página.

El Arconte Mayor retomó la palabra y cerró la asamblea con una reflexión. Pidió a todos que tuvieran en cuenta lo que habían escuchado y que al cabo de una semana volvieran con resoluciones nítidas para tomar una determinación unánime.

—Los *Peregrinos* sabemos por experiencia que la carrera de la Humanidad hacia la tecnificación de la vida, y en especial la tecnificación física del cuerpo, está llena de riesgos, y conduce hacia un abismo próximo o lejano, depende de las circunstancias. Tratar de transformar las sensaciones carnales en sensaciones imaginarias, artificiales o virtuales, desde la inteligencia hasta el sexo, es cerrar la espita del libre albedrío y abrir el camino a un determinismo ciego, maquinal. Estos conocimientos o saberes hoy tan valiosos para los hombres y las mujeres, se disuelven poco a poco en un agua embarrada, donde precipitará el lodo de la muerte del espíritu.

Severo y Manolita sintieron ganas de aplaudir. Metodio se quedó rígido y perplejo.

Jaime les hizo una señal e indicó una especie de puerta, sin duda la entrada de otro *monopolo*.

Metodio se lanzó al agujero con desesperación.

Apareció en una habitación con aspecto de despacho, aunque instalado a medias. Severo se le echó encima. Luego Manolita y al final, Jaime.

—¿Dónde estamos? —preguntó Severo.

—En el despacho del General García.

—¿Esto es un despacho? —exclamó Manolita mirando a su alrededor.

Había una mesa grande y vacía con un sillón de mando, alto de respaldo, pero de piel sintética. Otra mesa redonda sin sillas. Cajas amontonadas al pie de las paredes, sin ningún adorno. Y apoyado en una de ellas, un enorme cuadro.

—¡El Sueño de Endimión! —casi gritaron Metodio y Severo a la vez.

—El original —remató Jaime.

—¿Y ahora? —dijo Manolita, inducida por su sentido práctico.

—Se pueden dar ustedes un paseo por Toletó —sugirió Jaime—. El general García ha trasladado aquí su despacho desde Compluto, donde no se

sentía seguro. Estamos en el viejo Alcázar de la ciudad. Yo me tengo que ir. Tischbein o el doctor Huarte no tardarán en venir. La reunión de la que han sido ustedes testigos ha debido de acabar a estas horas. Les acompaño.

Pero no fue en el sentimiento. Les precedió hasta la puerta, que abrió, y les condujo por galerías y pasillos formidables hasta la entrada del Alcázar, custodiada por un tipo de uniforme que recogía los billetes de los turistas.

De un montoncito de folletos tomó Jaime tres y los tendió a los viajeros.

—Conozco Toleto —dijo Severo guardando su folleto en el bolsillo—. Puedo hacer de guía. ¿Le suena algo de esto, Metodio? Dicen que Ybaria y Veetónica son como dos gotas de agua.

—Lo son, Severo. En mi mundo a esta ciudad la llamamos Recópolis, y es la capital del reino. No puedo aceptar que en mi mundo esté pasando lo que acabamos de escuchar.

—Pues más vale que se vaya haciendo a la idea, amigo Metodio. Estos *Peregrinos* están muy baqueteados...

Jaime se perdió tras una esquina. Los dos hombres y la mujer echaron a andar hacia la catedral. Nadie dirigía la excursión. Los caballeros parecían conocer las calles de la ciudad. Un individuo con una especie de armadura que venía hacia ellos se les plantó delante. Era un vendedor de lotería. Tenía el pecho cubierto por una cota coloreada de décimos superpuestos. Manolita le compró varios del sorteo de Navidad. A Severo le pareció un rasgo de optimismo. Metodio no manifestó ninguna opinión. Tenía su hogar en Recópolis, la conocía como la piel de sus manos. Para él Toletto era una Recópolis más adecentada, más moderna, más limpia y ordenada, como si entre ambos escenarios hubiera una distancia de décadas. No habían salido de la ciudad vieja, e ignoraba si más allá del río se expandiría una urbe millonaria.

Al pasar por un restaurante en una calle aledaña a la catedral, se dieron cuenta de que era la hora de comer, entre otras cosas porque los aromas de guiso les despertaron el hambre. Metodio preguntó a Severo si conocía algún figón de confianza. Severo vio la intención del hombre de Veetónica de hacer una prueba entre dos universos, y le cedió la iniciativa.

—En Recópolis hay un parador estupendo.

—Aquí también —confirmó Severo.

En un taxi marcharon al otro lado del río. Desde el restaurante del parador se veía el viejo macizo urbano de la ciudad, representado en multitud de cuadros y fotografías de ambos mundos. Metodio tenía que hacer un esfuerzo para situarse en Ybaria. Esta Toleto era más pequeña que Recópolis, una ciudad que se extendía por la meseta a ambas orillas del río Tajo, albergando a más de un millón de habitantes.

—¿Y ahora, qué hacemos? —dijo Manolita apurando el café.

No tuvieron que buscar ninguna respuesta. El teléfono móvil de Severo volvió a sonar. Era Onésimo. Les pedía que se trasladaran a Cecabastos, donde Tischbein se había citado con él al día siguiente.

Desde el Parador llamaron a un nuevo taxi. Hicieron el viaje por la autovía casi en silencio. Al norte, la monumental cordillera resultaba familiar a Metodio. Durante una hora rodaron por el valle del río Tejo, con la muralla rocosa a la derecha. Luego atravesaron un terreno quebrado con más árboles de los que Metodio recordaba de Veetónica. Siguieron amplios valles en los que se levantaban ciudades históricas con nombres diferentes a los que Metodio conocía, pero que quizá habían sufrido contingencias

históricas semejantes.

Al anochecer distinguieron las luces de Cecabastos, inmensa en una llanura atravesada por el mismo río que rodeaba Toleto. Severo indicó al taxista por dónde tenía que desviarse para llegar a su finca *A Toca da Raposa*.

Les esperaba Onésimo Bravo Ramires. Metodio, al escuchar su nombre, tensó el cuerpo. Era el tipo que aparecía en una de las fotografías del apartamento de Ariadna. Sucedió lo que más temía.

—¿Cómo está Ariadna? —preguntó el oso.

—Bien —carraspeó, nervioso—. Cuando salí de Veetónica se encontraba muy bien. Muy dedicada a sus investigaciones matem...

No pudo cerrar la frase. Le acometió un golpe de tos.

Manolita le dio unos golpecitos en la espalda, y pidió permiso para refrescarse y cambiarse.

—¿La teoría de Perlmutter? —Onésimo volvió a dirigirse a Metodio.

—Perdón —volvió a toser, ahora con menos espontaneidad—. ¿Qué teoría dice?



—La teoría de Perlmutter. Sostiene que la explosión inicial sigue activa. El *Big Bang* no ha parado. Pero una fuerza nueva alienta el Universo, la Energía Oscura. Algunos de nosotros pensamos que es un nombre conmovedor para ocultar nuestra ignorancia. Pero Ariadna se toma todo en serio.

Metodio pensó que no había nada malo en que las personas se tomaran las cosas en serio, pero le pareció que no era el momento de entrar en polémicas. Severo tuvo una idea semejante. Las conciencias de tan diferentes personajes empezaban a sintonizarse.

A continuación, el científico informó sobre la cueva tecnológica. Los agentes de O.D.R.E. mantenían una vigilancia constante en los accesos y no podía entrar por allí. Pero existía un estrecho pozo de ventilación por el que Onésimo se había colado con gran esfuerzo. Gracias a unas barras en forma de escalera clavadas en la pared, había llegado a la sala de control, inspeccionado los departamentos, y descubierto que la entrada del *monopolo* estaba cegada, ya no funcionaba. Alguien la había desconectado, probablemente algún *Peregrino*, porque dudaba de que el general García y su equipo estuviera dotados para algo así. Además, en la cueva había un rancio olor a tabaco, prueba de que los

*Peregrinos* la habían visitado.

En una de las últimas inspecciones, Metodio fue testigo oculto de una conspiración. Estaba metiéndose en el pozo para salir de la mina, cuando entraron de modo inexplicable tres personas. La voz de una de ellas le resultó familiar, era Conceção Galvão. Las otras eran de hombres. Dedujo que uno era Maeztu, el contable de su tío Severo, porque el otro desconocido le citó por su nombre. Este tercer infractor del sellado de la cueva tenía un nombre griego o búlgaro.

—¿Jristo Katranjiev? —dijo Metodio.

—Creo que sí. Estuvieron hablando de algo para mí incomprensible. Le llamaban *mysterium tremendum, fascinans et augustum*. Y hablaban de un sacrificio o algo así a un Hacedor de Estrellas.

Metodio y Severo se miraron a los ojos con alarma.

—*Homo necans* —dijo Severo.

—*Homo necans* —repitió Metodio con un eco ominoso.

## De Pera a García

El capitán Cachos de Pera no había revelado su condición y rango militar a Cordelia Rocín. Para ella seguía siendo un profesor rebelde y abnegado. Una debilidad psicológica de la muchacha era considerar virtuosa a cualquier persona que no viviera obsesionada con enriquecerse y dominar el mundo circundante. El ejemplo de su familia y de los individuos que giraban como satélites en torno al banquero había deformado su percepción de la vida. Había crecido rodeada de tipos sórdidos, amorales y serviles, y de un modo reflejo, automático, pensaba que los ciudadanos desconocidos y amorfos eran personas en las que se podía confiar, hasta que demostraran lo contrario.

Por eso se sintió reconfortada, cuando un día recibió la llamada de Cachos para citarse con ella.

La llamada obedecía a una partida nueva en el juego de “Massa Crítica”. El objetivo de los conspiradores era organizar a un grupo de militantes comprometidos con la devolución del poder al pueblo, que fuera capaz de minar la fuerza adquirida por Jristo Katranjiev y, a medio plazo, eliminarlo del cuartel general de M.C.

Con las elecciones generales de Veetónica a

las puertas, las jugadas debían ser en extremo cuidadosas. Descabezar “Massa Crítica” en ese instante habría sido inoportuno y considerado un atentado contra el nuevo y flamante partido, porque sin líder carismático “Massa Crítica” corría el riesgo de diluirse en el momento en que necesitaba más fuerza. Demetria y Cachos actuaban con pies de plomo y con un objetivo a medio plazo, después de la constitución de las nuevas Cortes.

El primer paso de Demetria había sido pulsar el ánimo y la disposición de Ariadna Galvão. Era público que Cachos y ella se habían separado, y Demetria necesitaba saber los vínculos que les mantenían unidos, si es que los había. Se trasladó a Sbaria con este propósito.

En aquellos momentos Ariadna estaba enfrascada en una serie de patrones matemáticos que deberían determinar la naturaleza (teórica) de la materia y la energía oscuras, no tenía tiempo ni ganas de meterse en ningún berenjenal. Pero se mostró receptiva a la propuesta de Demetria, porque tenía un saldo pendiente con Jristo, el *Peregrino Disidente* y *Medrador*. Se citó con Cachos y con Demetria en “El Sueño de Endimión”, y hablaron largo y tendido de las posibilidades de actuación. Ariadna dejó claro que ella se quedaba fuera, de momento.

La no muy lejana sugestión de Corto Caballero de urdir una conspiración contra Jristo no había cuajado en nada. Incluirle en la nueva estaba fuera de lugar, porque Demetria no le soportaba y Cordelia le tenía por un individuo lleno de dobleces. Quedó descartando.

El mayor deseo de Cachos era acorralar a Jristo y someterle a algún tipo de presión física o psicológica hasta hacerle confesar la verdad sobre su padre. Habría preguntado al coronel Abulafia qué tipo de torturas eran las más adecuadas para aplicárselas a un *Peregrino*, pero comprendió que jamás iba a obtener una respuesta práctica.

Con todas estas decisiones en la mochila, Cachos de Pera se citó con Cordelia Rocín.

Preguntó a la huérfana del banquero sobre el estado de la relación entre su madre y Jristo, y la propuesta alucinante de casarla con un banquero extraterrestre. No había nada nuevo, y Cordelia trazó ante Cachos un retrato bio-psicológico de Rosario Arrizabalaga Mendieta. Su matrimonio había sido un arreglo entre dos familias de banqueros. Una entregaba a su hija como prenda, y la otra prometía no competir con la institución financiera rival. Pero el hijo de los Rocín no tardó en abrir una guerra de

opas hostiles, y se zampó un banco tras otro hasta fusionarse con el de la familia de su mujer, que no tuvo otro remedio que rendirse. En esa atmósfera bélico-financiera había crecido Cordelia, hija única del matrimonio.

Su madre era un anticipo de lo que sería Cordelia con treinta años más. Una mujer menuda, de tez blanca, melena rubia de hada, maquillaje comedido y preciso, de poco busto y cuerpo vestido con elegancia muy cara. Tenía una nariz fina, separando dos ojos azules y claros que miraban con una tristeza resignada. Sin afeites y vestida con ropa de mercadillo habría parecido una inmigrante esclava.

Tardó en asimilar su papel decorativo al lado del banquero Rocín. Al principio de su matrimonio intentó ocupar el cargo de legado de los Arrizabalaga entre los Rocín, pero su marido instaló un campo de minas en torno a su banco, protegido además con afiladas concertinas. Lo hizo con disimulo, pero con energía, hasta que doña Rosario se dio por vencida.

La derrota de su madre lastró el amor propio de Cordelia cuando regresó de sus estudios en Inglaterra. Hasta ese momento fue ignorante de la guerra de posiciones entre ella y su padre. Entonces tomó la decisión de no ser banquera y de no casarse.

Murió el banquero de hierro y renació la lucha financiera entre las dos familias. A cargo de la entidad quedó un individuo que había estado ligado a la banca Arrizabalaga, y que había facilitado su entrega a Rocín. La viuda fingió estar hundida y sin aliados, pero se movió en las sombras. Uno de los episodios fue la cita incongruente con Corto Caballero.

Cuando apareció en su horizonte Katranjiev, con la propuesta de traer un salvador de otro mundo, doña Rosario reaccionó con ira. Estaba harta de los hombres que intervenían en su vida, y menos si le venían con propuestas mentecatas. Pero Jristo la convenció gracias a la magia, quizá la magia negra.

Esta era la conclusión de su hija Cordelia. Los argumentos de Jristo, desconocidos para ella, eran su poder superior y ajeno a la humanidad, del que dio pruebas a doña Rosario. Le aseguró que el banquero que traería era un hombre sin voluntad ni fondo moral, una especie de psicópata inofensivo que se pondría al servicio de la viuda, y la convertiría en reina, la nueva reina de Veetónica.

—¡Ese tipo es un Rasputín! —se quejó Cordelia—. Contad conmigo para borrarlo del mapa. Sin hacerle daño físico, claro. ¿O hay que utilizar la

violencia?

Cachos estuvo a punto de responder con una humorada (“a veces la violencia es necesaria”), pero temió que Cordelia le tomara en serio, y su reacción podía ser catastrófica para los planes.

—No será preciso.

Abulafia le había proporcionado unos artilugios de alta sofisticación, y entregó dos de ellos a Cordelia para que se los colocara a su madre en el bolso o en el traje en determinadas ocasiones. Dejó el control de la operación en manos de compañeros del S.I.R.V., y se repartió con Demetria el trabajo de citarse con personas de “Massa Crítica” para templar gaitas con ellos, a la espera del inicio de la campaña electoral.

Para Cachos de Pera esos fueron días memorables en un periodo de su existencia que podríamos llamar joven, un joven de cuarenta años.

Acudía con puntualidad a su clase de Física en el instituto Fleming, disfrutaba de su trabajo pedagógico y hacía disfrutar de él a sus alumnos, un grupo de chavales y chavalas que debían haber sido paridos por una variante genética humana, tan distintos eran del rebaño de asnos del curso anterior.



Almorzaba casi todos los días con Ariadna en “Guantánamo”, el comedor pisci-lácteo-ovo vegetariano.

Se hacía el encontradizo con los viejos camaradas de “Massa Crítica”, según un orden establecido con Demetria Stzakos, y uno por aquí y otra por allá urdían una tela de araña en la que confiaban atrapar al *Peregrino Disidente* Jristo Katranjiev, si bien sólo Cachos conocía su auténtica naturaleza.

De vez en cuando, Cachos recibía informes del S.I.R.V. con transcripciones de las conversaciones captadas por el artilugio que Cordelia prendía en la ropa de su madre. Una de las más desconcertantes fue cierto argumento empleado por Jristo para convencer a la viuda de su capacidad superior a la del resto de los humanos. Le dijo que había nacido en Gerundia, donde había sido educado por sus padres, inmigrantes eslavos, que se empaparon de la calidad excepcional de los oriundos de la región, personas mejores que el resto de los veetónicos.

En los ratos libres, que en aquella época no eran pocos, Cachos leía. En el momento de recibir noticias de *Homo Necans*, el capitán y profesor se complacía siguiendo a don Cleofás Leandro Pérez

Zambullo por los tejados de una ciudad famosa antaño, huyendo de la justicia por un estrupo que no había ni comido ni bebido. Dejó *El diablo Cojuelo*, firmado por Luis Vélez de Guevara, abierto sobre el sofá, y acudió a la puerta del apartamento.

Las noticias de *Homo Necans* se las trajo personalmente Ariadna a casa. Esta visita varió para siempre el curso de la vida de Cachos de Pera. Hasta el extremo de que, a partir de entonces, mudó su nombre por el de Cachos de García.

—¿Por qué nos empeñamos en encontrar una explicación lógica...—había empezado a decir Ariadna...

—... racional... —añadió Cachos...

—... y científica a cuanto nos sucede en la vida? —concluyó Ariadna.

Se echaron uno encima del otro sobre el sofá y se fueron envolviendo en la manta de lana neozelandesa que la madre de Cachos le había dejado como herencia. Rodaron por el suelo del estrecho salón de estar, apartando muebles con brazos y caderas, todavía envueltos en la manta. Estuvieron a punto de derribar un altavoz de la cadena de sonido coreana, hicieron temblar la sólida televisión

japonesa al dar un rodillazo en la mesita sobre la cual reposaba, y al medio incorporarse ante el mueble bar en busca de bebida fuerte, tuvieron que sujetar una botella de whisky escocés, una de coñac francés, una de Porto y otra de aguardiente local de hierbas que se les vinieron encima como un alud.

Al cabo de media hora, empapados de sudor, echados de espaldas sobre la alfombra, con sus cuerpos en contacto, recitaban a carcajadas una melopea que decía más o menos: cesto, cesto, cesto, incesto, cesto, cesto, cesto, de mimbre, de papel, de alambre, de esparto, de hierro, incesto, cesto, incesto, cesto. Y siguieron así hasta que les dolió la garganta.

—Tengo la convicción de que no somos hermanos —aseguró ella.

—Habría matado a Jristo si me hubiera encontrado con él en un callejón —confesó Cachos muy en serio. —Pero ahora me limitaría a hacerle una peineta.

—Jristo Katranjiev está manipulando a Rosario Arrizabalaga.

—Eso ya lo sé.

—Es que quiere utilizarla para hacer un sacrificio. Los *Peregrinos del Anuncio* llaman a esto *Homo Necans*, y se basan en los asesinatos rituales

que los seres humanos han realizado a lo largo de su historia.

—¿Te lo ha contado Abulafia? —preguntó Cachos.

—Sí. Y me ha pedido que te trajera la noticia.

—De donde deduces que nos ha echado al uno en los brazos del otro.

—Ahá.

—Con el objeto de que volvamos a trabajar juntos.

—Ahá. Y no creo que Abulafia tuviera la mente tan sucia como para incitar a dos hermanos a recrearse en el sexo.

—Abulafia no es humano. Ignoro si los *Peregrinos* tienen reproducción sexual o no, pero me figuro que les dará igual lo que hagamos con nuestros cuerpos.

Ariadna se separó del hombre y se incorporó. Cachos la admiró desde abajo, esplendida como una diosa.

—Pero enviarte a mi casa es una forma de

decir, “tranquilos, no sois hermanos”, aunque yo me llame García.

—¿No es Pera?

—No. Es García, como ese general de Ybaria. Mi padre era militar. Son dos Garcías diferentes. Estoy tan seguro que voy a cambiarme el apellido. Volveré a ser el García que me quité de encima cuando supe que mi padre había abandonado a mi madre. No hay que ser rencoroso.

Ariadna volvió a echarse, esta vez encima de Cachos de García, y pasó otra media hora antes de ponerle al corriente de las maniobras de Jristo Katranjiev para transformar a Rosario Arrizabaleta en una sacerdotisa verdugo.

—Jristo pretende tender una trampa diabólica a Rosario Arrizabaleta. Le ha mostrado pruebas de que, además de gerundio es un *Peregrino*, rompiendo un acuerdo explícito entre ellos de sólo revelar su identidad mediante consenso en el grupo de *Peregrinos* al que pertenecen. Con esas pruebas la ha convencido de que debe recibir al banquero de Ybaria.

—Para casarse con él —interrumpió Cachos.

—Eso no está claro. Puede que esa sea la visión que Cordelia tiene del asunto. Abulafia asegura que Jristo y su camarilla preparan una ceremonia sangrienta con la que iniciar una carrera hacia el caos.

—Nos quieren arrojar a los humanos al abismo. Pero, ¿para qué?

—Por la misma razón que hay seres humanos que se inmolan, matando de paso a una multitud.

—U n *Peregrino* no piensa igual que un humano, Ariadna.

—Abulafia sostiene que la banda de Jristo se ha humanizado, y busca soluciones extremas a problemas inexistentes, como hacemos nosotros desde que dejamos de andar a cuatro patas. Lo que Abulafia ha podido descubrir gracias a las grabaciones y a otros medios es que cuando llegue el banquero de Ybaria...

—El tal Mariano Caballero...

—Igual que Corto Caballero...

—Será hijo suyo...

Ambos soltaron una carcajada.

—Cuando llegue ese hombre —continuó Ariadna— intentará imponerse a Rosario Arrizabaleta, y esta reaccionará como una autómatas contra él. Porque ya no está dispuesta a someterse a ningún hombre, y menos si es un banquero, y menos si viene a apropiarse de su imperio. Entonces Jristo pondrá en su mano un puñal de ónice, y ella se lo clavará a Mariano Caballero en el corazón.

—¿Literalmente? —preguntó Cachos con cierta chunga.

—Lo intentarán. Es un sacrificio detonante. Forma parte del *Mysterium tremendum, fascinans et agustum*. Una ceremonia que ha inventado la secta y que hará pública en su momento. El escándalo que ocasionará este crimen causará una conmoción en Veetónica. Abulafia teme que tengan preparados una serie de asesinatos rituales como éste en Gerundia.

—¿Qué podemos hacer, según Abulafia?

—¿Tú y yo? —replicó Ariadna.

—Sí claro. Porque Metodio está fuera.

—Sabes que Metodio y yo hemos tenido una aventura, ¿verdad? —dijo Ariadna en tono de circunstancias.

Cachos de García, antes de Pera, no esperaba la confesión. Habría preferido que Ariadna se la hubiera ahorrado, aunque conocía el episodio, más por intuición que por testimonio de nadie. Ariadna cambió la voz, ahora a una de disculpa.

—Yo misma me pasmo de mis reacciones. A veces me domina el deseo. No puedo contenerme. Y contigo era una irresponsabilidad, un pecado.

—Creo que Metodio se ha enamorado de ti — dijo Cachos, esforzándose en asimilar el desmarque de Ariadna en la conversación de espías.

—Me ha pasado otras veces. Pero no soy ninguna casquivana. Créeme, Cachos.

Y de nuevo se envolvieron en la manta de Nueva Zelanda. En un momento del juego erótico, Cachos notó un pinchazo en las costillas. Era *El Diablo Cojuelo*, que se le clavaba.

### **Ciclos Conformadores**

Según resumió Onésimo a Severo Ramires y a Metodio Mazón, los *Peregrinos Disidentes* mantenían en Ybaria dos tramas en activo. Una era la de hacer retroceder o congelar el tiempo, encargo de Aquilino Maeztu y Concepção Galvão. La otra, el



intento de trasladar al banquero Mario Caballero de Ybaria a Veetónica.

Severo se espantó al escuchar esta relación de su sobrino. Menos por las informaciones que daba, ya conocidas, que por la nueva posición de Onésimo en el lío, con acceso a fuentes de información tan reservadas. Lo más alarmante, sin embargo, era la desaparición del general García.

—Dónde se habrá metido este hombre —lamentaba Severo.

—Lo último que sé es que se había citado con Mario Caballero. Es lo que me dijo el doctor Huarte hace unos días. Y no parecía muy contento con ese encuentro. Me dio la impresión de que mi suegro está actuando a espaldas de los *Peregrinos del Anuncio*.

—¿No habrá secuestrado el general a ese hombre? —intervino Metodio.

—Es una práctica común en los servicios de inteligencia de las películas —señaló el cinéfilo Onésimo.

—O detenido y ocultado —precisó Severo—. Si ese Caballero es un peligro para la Humanidad, lo mejor es apartarlo de la circulación.

—Sólo si esa decisión se toma siguiendo pautas predefinidas —dijo Onésimo.

Los dos próceres clavaron los ojos en él a la espera de una explicación.

—Si la Humanidad puede desaparecer por la acción de unos kamikazes, lo más prudente es eliminar a los kamikazes. Pero si la Humanidad es apenas una etapa del desarrollo del Universo, no merece la pena pararse en esas minucias. Lo que tenga que suceder, es decir, el final de la Humanidad, sucederá, por mucho que nos esforcemos en impedirlo. Los kamikazes serían una anécdota, no un agente activo.

—Está usted hablando del determinismo —le interrumpió Metodio.

El hombre de Veetónica miró a Severo, acaso dándole la oportunidad de intervenir, o acaso incitándole a alguna idea clarificadora.

—¿Espera alguna réplica de mi parte, Metodio?

—En cierta forma, sí. Usted es una persona conservadora. Yo soy un marchengueliano. Pero estamos aliados en esta aventura.

—Le agradezco que no me califique de reaccionario, que es la antítesis del marxismo.

—¿Cómo?

—Lo que usted llama marchenguelismo nosotros lo conocemos en Ybaria por marxismo. Eran dos, Carlos Marx y Federico Engels, y trabajaron de consuno. En Veetónica parece que son la misma persona.

—Lo son. Solo hay un Marchengels —dijo Metodio, admirándose una vez más de las sutiles variaciones entre los dos mundos. —Sí. Lo que esperaba de usted era una defensa del libre albedrío.

—¿Por qué? ¿Acaso no existe?

—Sin Humanidad no hay intervención en la Naturaleza. Según el principio antrópico, ni siquiera hay Naturaleza. Y esa intervención en la Naturaleza crea el libre albedrío, porque hasta ese momento, las leyes físicas funcionaban de un modo inerte. Lo que niega la ciencia es que el ser humano tenga la capacidad de intervenir en el curso de la Naturaleza, a gran escala, naturalmente, y perdón por repetirme.

—Lo cierto, Metodio, es que su razonamiento es firme —replicó Severo—. Para oponerme a él, necesitaría meditar un rato, y puede que tuviera que consultar alguna bibliografía. Así que no voy a entrar en polémicas. Admito que el libre albedrío es una

creación del ser humano, quizá una invención derivada de la necesidad de un Dios hacedor que deja al hombre libre de actuar como le plazca, para que se equivoque y aprenda.

—Y si no, palo. Al Infierno —dijo Onésimo, soltando una risita de plantígrado simpático.

—Quizá yo sea un reaccionario. Pero un reaccionario agnóstico, puede que incluso ateo —afirmó Severo, quizá para congraciarse con Metodio.

Onésimo recuperó la palabra.

—Vuelvo al punto en el que nos hemos perdido. Cargarse a Caballero o a los *Peregrinos Disidentes* no cambiará nada del Universo, sólo acelerará la desaparición de una Humanidad destinada a desaparecer por las leyes de la Física. Eso es algo que los *Peregrinos* saben, los P.A., los auténticos, y los P.D. Lo que me parece mal es que su fatalismo nos joda a nosotros... ¡Perdón, perdón, caballeros! Se me ensucia la boca cuando me excito. Me he dejado llevar por la ira. No sé si conocerán ustedes la Cosmología de los Ciclos Conformadores —hizo una pausa, pero era evidente que ni Metodio ni Severo tenían idea de ello—. Es un ajuste de la teoría del *Big Bang*. Las matemáticas nos permiten llegar a millonésimas de segundo del *Big Bang*. Pero

ahí se detienen. Igual que se detienen en la orilla de un agujero negro. Una vez que entras en él, toda información emitida se pierde, sencillamente porque no puede salir. No se puede operar.

«En el mismísimo arranque del *Big Bang* la entropía es mínima, la energía es altísima, está comprimida. Y al explotar e inflarse, la entropía aumenta sin que haya vuelta atrás posible, según la segunda ley de la termodinámica. El desorden se impone y se extiende por el infinito espacio-tiempo hasta diluirse y convertir el Universo en un desierto de partículas aburridas.

«Y si volvemos de nuevo al *Big Bang*, la acumulación brutal de energía en las millonésimas primeras tras la explosión sugiere que antes del *Big Bang* había algo. Y ese algo era solo energía. En otras palabras, no había masa. La masa procede del *Big Bang*.

Onésimo calló. Miró expectante a sus interlocutores, que no emitieron palabra.

—Esperaba que me preguntaran qué había antes del *Big Bang*, según esta teoría de los Ciclos Conformadores.

—¿Qué había? —obedecieron los dos

caballeros.

—Un ciclo anterior. El *Big Bang* expande el Universo, crea el espacio-tiempo, y se va diluyendo en una entropía gigantesca. Y cuando llega a un punto lejanísimo, cuando el Universo es un desierto aburrido, con partículas tan dispersas como la imaginación de una oveja, la masa desaparece, la energía se comprime y vuelve a estallar. Un *Big Bang* tras otro *Big Bang*. Es decir, antes del *Big Bang* que nos creó a nosotros, hubo otro *Big Bang*. Y detrás del nuestro vendrá otro, dentro de miles de millones de años.

Volvió a callar. Fue un silencio ominoso que rompió Metodío.

—Los P.D. no pueden destruir nada que no vaya a ser destruido tarde o temprano. Su acción es absurda. Nada ni nadie puede salvarse en el curso del espacio tiempo, ni ellos ni nosotros.

Severo asintió con la cabeza.

—Lo cual significa que los *Peregrinos Disidentes* están locos, una dolencia muy humana, o que nos están tomando el pelo —sentenció el terrateniente.

—Es lo que deberíamos averiguar, aunque no se me ocurre cómo —respondió el científico—. Si pudiera consultarlo con Ariadna, ella me ayudaría con los cálculos matemáticos. Por eso me preocupa la desaparición de mi suegro. Es capaz de haber quitado de en medio a Caballero.

—No. No es capaz —afirmó Severo—. Y si es capaz no me parece que lo haya hecho. Es una decisión absurda, no arregla nada. Tú lo has explicado.

—Pero él no conoce la teoría de los Ciclos Conformadores. Si pudiéramos traer a Ariadna...

—No quiere venir —saltó Metodio, que enseguida lamentó haber hablado.

—¿Por qué no vas tú allí? —propuso Severo a su sobrino.

—No, gracias. Que vaya el general. ¿No quiere recuperar a su hija?

—Y a su hijo —volvió a salir de la boca de Metodio contra su voluntad.

—¿Qué hijo? —preguntó Onésimo.

—Un militar del Servicio de Información del

Reino de Veetónica. Se casó con Ariadna, y luego han descubiertos que pueden ser hermanos.

Metodio no podía callar. Hablaba con cólera. Una ira que dirigía contra sí mismo. Si hubiera estado solo se habría dado de bofetadas.

—¡Que Ariadna se ha casado! —gritó Onésimo dando un salto—¡Pero si no nos hemos divorciado!

### **Luna nueva**

Abulafia no se anduvo con preambulos. Había citado en su despacho de Recópolis a Cachos de García, antes de Pera, y a Ariadna Galvão.

—La fecha del sacrificio será dentro de dos semanas, con la luna nueva. En la antigüedad se sacrificaban víctimas humanas y no humanas a la Luna cuando se ocultaba. Suponían que la sangre le cambiaría de humor. Los sacerdotes conocían las fases de la luna y sabían que terminaría creciendo. Pero hacían creer a la gente que era necesario derramar sangre para apaciguarla.

—¿Y cuándo llegará el banquero? —preguntó Cachos.



—Ha ocurrido algo inesperado. El general García le convocó, y se fue con él a una residencia de la O.D.R.E. en Lusitania. Todavía le tiene allí. Y no sabemos qué estará pasando. Aunque tenemos alguna idea.

—Mi padre es una persona muy tozuda. Si alguien le ha metido en la cabeza que yo estoy conviviendo con mi hermano, estará urdiendo qué hacer para intervenir —suspiró Adriana.

—Coronel, ¿por qué no quiere decirnos qué hay de verdad o de mentira en esa idea? —dijo Cachos.

—Es que no hay nada que decir. Tu madre discutió con tu padre nada más instalarse en Veetónica. Y él se marchó. Pidió un traslado a una fuerza especial, y desapareció en una misión.

—Permítame, mi coronel, que ponga en duda esa información. Es la típica excusa que se dice en el ejército. M.I.A., *Missing In Action*. ¿Qué pasó con él?

Abulafia dejó pasar unos instantes. Cachos pensó que añadía un melodramatismo innecesario a su respuesta.

—Estaba tan desilusionado con tu madre que buscaba misiones peligrosas. Para preservar su vida no se nos ocurrió otra cosa que enviarlo a Ybaria. Estábamos en deuda con él, nos había traído a la mejor descifradora del planeta.

Cachos y Ariadna tensaron sus cuerpos.

—Pero se perdió en el camino. El general García no es tu padre, hijo. Sin embargo, es una especie de réplica de él en Ybaria. Por eso Aquilino Maeztu y Concepção Galvão le han metido en la cabeza que tú eres hijo suyo.

—¿Y de mi padre de Veetónica no se ha sabido nunca nada?

—Creemos que está en algún universo remoto. Pero no nos hemos podido poner en contacto con él. Aunque lo intentamos, te lo aseguro. Ahora debe de tener tu edad.

—¿Mi edad?

—Sí. Porque los viajes galácticos a altas velocidades ralentizan el tiempo. Es la teoría general de la relatividad de Einstein —esto último lo dijo Abulafia mirando a Ariadna, que asintió sin mucho convencimiento.

—¿Tiene algo que ver con todo esto el hecho de que las elecciones generales en Veetónica tengan lugar en la luna nueva? —preguntó Ariadna.

—No lo sé —contestó con demasiada rapidez Abulafia, y se despidió de ellos.

Cachos de García y Ariadna Galvão descubrieron en esta respuesta de Abulafia ecos reticentes. No podían creer que el jefe del S.I.R.V. conociera detalles de cuanto sucedía en el Universo, y quitara importancia a una coincidencia tan sobresaliente. Además, ¿Crecía y decrecía la luna al mismo tiempo en los dos universos?

Echaron a andar sin rumbo por las callejas de la vieja Recópolis. Era un laberinto en cuesta, con caserones, palacios, iglesias y escaleras de más de mil años de antigüedad. A la deriva por el pasado de la ciudad llegaron a la vieja sinagoga. El cielo se había nublado y empezó a llover. Estaban ante una tienda de souvenirs turísticos con el escaparate lleno de espadas, platos de madera taraceados de nácar, armaduras del tamaño de muñecos y guías de la ciudad. Había cuatro o cinco tiendas como esa a lo largo de la vía. Y entre medias, un bar. Se refugiaron en él y pidieron café.

—¿Tú crees que oculta algo? —preguntó

Ariadna.

—Estoy seguro. Los servicios de inteligencia basan su inteligencia en el destilado de la información.

—¿Qué oculta Abulafia?

—Yo me pregunto por qué —dijo Cachos.

Y al acercar la taza a la boca y levantar la cabeza, vio al otro lado de la ventana que el coronel entraba en la sinagoga. Hizo una seña a Ariadna para que mirara.

—¿Qué irá a hacer ahí? —dijo Cachos—. Hoy no es viernes ni sábado.

—¿Es hebreo Abulafia?

—Sí. Además de *Peregrino*.

—¿Suele ir a la sinagoga? Quiero decir si es practicante —dijo Ariadna.

—Forma parte de la cobertura, me figuro.

Ariadna se inclinó hacia el cristal de la ventana hasta casi pegar la nariz contra él.

—¡Cachos! ¿Esa sinagoga no será otro portal *monopolo*?

—Demonios, no se me había ocurrido. Pero, Abulafia no tiene necesidad de ese portal, con uno en su despacho.

—Sí. Pero puede ir a encontrarse con alguien.

Cachos de García, antes de Pera, notó un fogonazo en su cerebro procedente del cerebro de Ariadna, donde la chispa se había originado. “Esto es más complicado de lo que parece”, fue la idea que se formuló en ambas cabezas. Se volvieron uno al otro y se desafiaron con una pregunta muda: ¿una vuelta más de tuerca?

### **Apocalipsis programado**

—He estado tomando notas. Y dentro de dos o tres semanas coinciden una serie de acontecimientos tremendos en este planeta —empezó a explicarse Onésimo.

Había asimilado la noticia del matrimonio de Ariadna en Veetónica. La interpretó como una decisión que la alejaba de él para siempre, por lo que no tenía sentido esperar que regresara sólo para echarle una mano en el desarrollo de unas fórmulas

matemáticas.

—En la Confederación Norteamericana toma posesión un nuevo presidente que está dispuesto a cerrar a su país al mundo. Es un tipo que debe de padecer del estómago, porque cada día dice una barbaridad nueva, y nunca sonríe si no es para burlarse de sus rivales. Europa entera se debate en la duda de si será capaz de llevar a cabo lo que promete o se desdirá. Mientras tanto, hay elecciones en una docena de países de la Europa Central y eslava. En Rusia, tiene todas las de ganar (por las buenas o por las malas) un individuo tan agresivo como el nuevo presidente de la Confederación Norteamericana. A todo esto se puede unir una crisis de gobierno en Ybaria. Por lo que sé de mis contactos carolunios, se está preparando un buen tomate.

—¿Un buen qué? —dijo Metodio.

—Un lío, una provocación, un escándalo. Se proponen convocar un referéndum de autodeterminación. Y lo más disparatado es que quieren reconvertirse en reino, y absorber a territorios limítrofes. Jamás fueron reino, sólo un orgulloso condado.

—No me sorprende nada —le cortó Metodio—. En Veetónica tenemos un problema parecido.

Los gerundianos no paran de inventar reproches contra el gobierno central.

Dos días después, el general García todavía estaba ausente. Empezaron a emerger como puñales noticias de Carolunia. Las primeras páginas de los periódicos, los informativos de las televisiones y los portales de la Red airearon detenciones escandalosas (las llamaban “pena de telediario”) de carolunios ilustres, acusados de estafa, fraude y de los más elaborados delitos de corrupción. No era ninguna novedad. Todo el mundo los conocía, incluso la Justicia, que durante años había recibido instrucciones de no intervenir. De pronto se había producido una brecha en la muralla del pantano que contenía un gigantesco embalse de fechorías, entre las que no faltaba ni el estupro.

Nadie fue tan imbécil para creerse que la catarata de mierda se desbordara por casualidad o por una conjunción planetaria, salvo las instancias oficiales del gobierno de Ybaria, que se sacudieron las acusaciones de manipulación con ofendida vehemencia.

Severo, Metodio y Onésimo comentaban en el Casino de Cecabastos el desarrollo de los

“esdevenimientos”, según expresión de Carlos Quinto, que había regresado de Grecia y esperaba la inminente intervención quirúrgica lanzando risotadas en la tertulia.

Metodio vivía en *A Toca de Raposa*, y Severo le había puesto a su disposición un coche con chófer. El ínclito veetónico se dejaba mimar. Hizo un viaje a la costa occidental de Ybaria, con parada en la ciudad de Olisipo, la capital de Lusitania, pero disfrutó poco de la excursión porque no tenía nadie a quien lanzar peroratas sobre la diferencia de su mundo con Ybaria y sobre la historia comparada de ambas naciones. Sus sonoras reflexiones eran ahora casi mudas, porque el chófer, una persona servicial, le sonreía durante unos minutos, y luego desconectaba amablemente.

Se hacía discursos a sí mismo, pero esto no le consolaba. Olisipo le pareció de una belleza y pulcritud casi nórdicas. Se alojó en el hotel Palacio de Ramalhete, que le había recomendado (y pagado) Severo Ramires, admirador del novelista y diplomático decimonónico lusitano Eça de Queirós, que no tenía sosias en Veetónica, y era desconocido para Metodio.

No encontró en Lusitania ninguna diferencia



entre su población y la que había observado en Toletu o en Cecabastos. Era el mismo fenotipo, varones y hembras en su mayoría morenos. Le parecieron más altos y robustos que los equivalentes en su mundo veetónico, producto quizá del afinamiento biológico, mejor alimentación y mayor prosperidad material.

Le sorprendió también un detalle que había observado en las otras ciudades de Ybaria acabadas de conocer. Muchas personas, una mayoría de los peatones con quienes se cruzaba, acostumbraban a hablar solos, con una mano en la oreja, e incluso andando y moviendo los brazos a la vez como si se dirigieran a un fantasma. Variante de esta escena común era que cientos de ciudadanos transitaban con una cajita entre las manos que tocaban con los dedos; algunos de ellos tropezaban entre sí, con farolas, con desniveles en el suelo y, se decía, eran atropellados al cruzar la calle sin mirar a los lados.

Severo le explicó que era una especie de enfermedad tecnológica de la que él se había librado hasta que el general García le plantó un teléfono móvil o celular en el bolsillo. A Metodiu le alivió saber que los individuos no hablaban solos, sino con alguien, aunque el espectáculo de miles de personas ensimismadas en un aparente soliloquio le producía

escalofríos.

Una mañana, mientras desayunaba en el hotel, porque quería recorrer las calles de Olisipo y había dado el día libre al chófer, se arrimó a la mesa una mujer morena, de pelo liso, ojos oscuros y boca de pintalabios rubí, con perfil de gorrión hambriento. Era delgada y de baja estatura y vestía traje de chaqueta. Le tendió la mano y se presentó como Conceção Galvão.

Metodio le dedicó una sonrisa mientras estrechaba su mano, puesto en pie. Las sinapsis neuronales del veetónico rastrearon en su memoria el nombre de la mujer, y recordó haberlo oído en boca de Onésimo Protos Ramires cuando relató su visita a la cueva tecnológica por el pasadizo de ventilación. Aquella mujer era una *Peregrina* conspiradora.

—Es probable que usted sepa quién soy —dijo Conceção aceptando la invitación a sentarse de Metodio.

—No con precisión. Sólo por referencias.

—Supongo que le habrán advertido contra mí y contra Maeztu —tenía voz de niña y hablaba con patetismo teatral—. Es una historia complicada, de esas que suelen explicarse de un modo tan sintético

que traiciona a la realidad... Pero no voy a aburrirle a usted... Me gustaría que me acompañara al barrio de Olivais. Podrá conocer usted a una persona que también está interesado en conocerle. El señor Guimarães.

Metodio se atusó el bigote. Luego se tomó la mandíbula con una mano y se la acarició. Después sacó la pipa del bolsillo, donde habitaba junto al paquete de picadura, y jugó con ella. Al cabo de un largo minuto de silencio miró a la mujer y se dejó conmover por su cara de gorrión.

—El señor Gimaraes acompañó a Gambetta cuando escapó en globo del cerco de París.

— L a *Commune* —sentenció Metodio, familiarizado con las derrotas de la izquierda a lo largo de la historia—. ¿Qué *Commune*, la de mundo Ybaria o la de mundo Veetónica?

—Las dos —respondió la mujer gorrión.

Metodio suspiró. Se puso en pie, y preguntó si la cita era muy lejos.

—Puedo llamar al chófer para que nos lleve.

—Es mejor que vayamos solos. Hay línea de

metro.

El señor Guimarães era un tipo arbóreo e invernal, como retrato solanesco, de una edad avanzada aunque imprecisa por su barbaza gris y su sombrero de ala ancha. Les esperaba en una terraza de café, bajo una palmera. Era una placita lusitana típica, a la izquierda de la iglesia de Santa Maria de Olivais, con pavimento de pequeños adoquines irregulares, vetustos edificios de dos plantas, la primera con fachada de azulejos, y construcciones modernas feas como bicharracos.

Metodio calculó al hidalgo más de cien años, por la forma extremadamente cortés del saludo. Guimarães tenía una mirada eléctrica, pero alimentada por una energía irreconocible, por no decir imposible.

—He pasado media vida en Francia —se arrancó Guimarães—, y allí he vivido todas las revoluciones que se desataron en Europa en el siglo XIX. Me marché joven de Ybaria, y me ahorré los tumultos que hicieron de este país una democracia burguesa estable con identidad propia, no ese sello parlamentario de los británicos, que se tiene por modelo. Volvía a Lusitania de tarde en tarde, en periodos tranquilos. Para descansar, créame. He

conocido a Proudhon, a Gambetta, a Garibaldi, y también al príncipe Kropotkin, que me impresionó menos porque no comulgo con el alma eslava. En alguna ocasión traté a Federico Engels, buena persona, pero nunca a Carlos Marx, que era un tipo ambiguo.

«El siglo XX empezó en Ybaria con densos nubarrones. Hubo varios intentos separatistas en Carolunia y en Lusitania. En aquella época la capital de la monarquía era Olisipo. Desde aquí se gestionaban las colonias africanas, la de Cuba y la de Filipinas. La pérfida Albión y sus ex colonias yanquis enconaron sus ataques insidiosos contra Ybaria en sus posesiones. Consiguieron arrancar a Cuba y a Filipinas de la metrópoli con engaños que han costado muy caros a aquellos pueblos indígenas y mestizos, según he podido saber después.

«En una revuelta militar, en la que me encontré atrapado sin esperarlo en Porto, me dieron un tiro que me dejó parálítico. En el hospital me visitó un hombre sospechoso. Yo pensé que era un policía. Me equivocaba. Me invitó a acompañarle a un lugar que denominaré Arcadia, lleno de exiliados de las más variopintas procedencias religiosas e ideológicas. Allí el tiempo no pasa, no se sucede, fluctúa como las olas o la luz de un faro. Así fue

como hice amistad con un militar que procedía de Veetónica, como usted. Y aquí es donde mi relato se une al suyo, porque como usted sabe, la Historia es una sucesión de narraciones encontradas.

El hidalgo lusitano hizo una pausa.

—¿Querría usted conocer al señor Cachos de García?

Metodio, que estaba fumando su pipa, después de haberla ido llenando mientras Guimarães hablaba, chupó con fuerza, mantuvo el humo en los pulmones y lo expulsó muy poco a poco.

—¿Con qué propósito?

—En el menor de los casos, para pasar un buen rato escuchándole y almacenando información para su conocimiento de los mundos paralelos. En el mayor, para ayudar a la salvación del mundo, modestia a parte.

Metodio miró a los lados porque había echado en falta a Concepção Galvão. Se había apartado, y hablaba con una feligresa a la puerta de la ermita.

—¿Es militar este señor García?

—Lo fue.

—¿Tiene algo que ver con un capitán del servicio de inteligencia del ejército de Veetónica, un tal Cachos de Pera?

—Es su padre.

—¿Dónde podemos verle?

—Le espera a usted dentro de la iglesia —dijo el hidalgo señalando con la mano sarmentosa el edificio blanco y sólido del costado, que tenía tanto de templo como de polvorín.

El antiguo militar estaba sentado en uno de los bancos más próximos a la puerta. Cubría su cuerpo menudo con un capote de la Guardia de Carabineros de Ybaria. El cambio de luz impidió a Metodio observarle con claridad. Pero cuando se detuvo frente a él y Cachos de García se puso en pie para saludarle, el ínclito veetónico no pudo reprimir un sobresalto. Era una copia de Cachos de Pera. Es decir, lo contrario. Lo más desconcertante era que los dos parecían de la misma edad. Estrechó su mano, y en ese instante a Metodio no le cupo duda de que Ariadna Galvão formaba parte de su pasado para siempre.

“¡Qué barbaridad, qué situación!”, pensó.

## El principio antrópico

La tarde de ese mismo día Metodio Mazón se apeaba del coche en el patio de *A Toca da Raposa*. Tras él descendieron Cachos de García y Concepção Galvão.

Severo Ramires llegó de Cecabastos al cabo de un rato. Miró con desconfianza a la mujer que había robado “El Sueño de Endimión” del Louvre y vecina de la ecoaldea biodinámica. Metodio le presentó al ex militar, y le habló de su relación con el Cachos de Pera casado con Ariadna.

Después de cenar los cuatro, Severo preguntó a Cachos si tenía alojamiento. Le dijo que sí, en la ecoaldea.

—Me va a permitir que sea directo, Concepção —dijo Severo sentándose en su butaca de cuero favorita—. Según informaciones que tengo por fidedignas, usted forma parte de una conspiración.

—*Los Peregrinos del Anuncio* no somos conspiradores, no nos unimos contra un superior o soberano ni para hacer daño a nadie. Pero ocultamos nuestra verdadera personalidad y a veces actuamos en la sombra.



—¿Están ustedes divididos? ¿Tienen diversos puntos de vista sobre cómo intervenir en la vida de los seres humanos? —preguntó ahora Metodio, dirigiendo de soslayo una mirada a Cachos de García.

—Según las fórmulas humanas de la acción política y social, sí estamos divididos. No existe una sola opinión sobre la multitud de conflictos que brotan y germinan en la Humanidad. Pero nosotros no somos activistas políticos, ni siquiera somos funcionarios públicos. El concepto que mejor casa con nuestra naturaleza es el de filósofos. Pero esto es sólo una manera de definirnos. Los *Peregrinos del Anuncio* no somos humanos, y analizarnos con unidades de medida racional humana es una pérdida de tiempo, como lo es medir la longitud del agua que hay dentro de un balde— detuvo su discurso, buscando un argumento más eficaz—. Nuestras diferencias son las que podía tener Sócrates con Aristóteles, Buda con Jesucristo, Kant con Leibnitz, si hubieran convivido.

En el salón hacía calor. Severo había encendido la chimenea, que alimentaba con cepas y tocones de encina. Metodio se desabrochó el chaleco. El veetónico recorría los mundos con su terno oscuro de lana, que no se quitaba si no era para dormir con

un pijama de seda de tonos claros, deliberada paradoja. En Cecabastos había renovado su vestuario, a cuenta de Severo, en la sastrería del terrateniente, sin variar el tono apagado de la tela. “No voy a poder reembolsarle todo esto”, había advertido Metodio. “No tenga cuidado. Son gastos de representación deducibles de impuestos”. La gran ironía es que el contable al que le habría caído en suerte el trabajo burocrático habría sido Aquilino Maeztu. Pero el giro de los “esdevenimientos”, según Carlos Quinto, lo hacía improbable.

La noche avanzaba sin retraso, como un tren de mercancías a lo largo de una cuesta abajo. Concepção se puso en pie, y Cachos de García la imitó, calculando que abandonaban la reunión.

Severo se removió en su sofá de cuero. Metodio empezó a auparse. Debió de notarse el esfuerzo, porque la muchacha se inclinó sobre él y le tendió la mano. Él la tomó, y se dejó ayudar, sintiendo en sus vísceras el conflicto entre su orgullo de varón autosuficiente y la emoción cosquilleante de ser atendido por una bella mujer.

Quedaron en pie a un palmo uno de otro. Metodio miró los ojos negros de Concepção protegidos por espesas cejas, se apartó unos pasos y

atacó.

—Si eliminamos el concepto de conspiración, nos queda el de contubernio, alianza o liga vituperable. Si no hemos entendido mal las palabras de algunos de sus, digamos, compatriotas, alguien urde una situación de violencia que podría ocasionar una debacle humana. Y cuando digo alguien me refiero a varios *Peregrinos*... —dejó la frase en suspenso—*Disidentes*. Y usted y Aquilino Maeztu en Ybaria, y Jristo Katranjiev y quién sabe si alguien más en Veetónica están en ese número. Espero que comprenda nuestro recelo.

—No tengo ninguna explicación que dar. Quiero decir que diera la que diera, sería insatisfactoria para ustedes. La racionalidad de los *Peregrinos* es distinta a la suya...

—¿Igual que la racionalidad del león es distinta a la de la gacela? —interrumpió Metodio.

—¿Posee la tempestad una racionalidad enfrentada a la del náufrago, a la del arbolillo, a la del nómada refugiado en su tienda? ¿Es superior la racionalidad de un rayo a la de un sabio despistado que ha salido de casa con un paraguas y lo abre para protegerse de la lluvia? Les aseguro que ni los *Peregrinos* estamos enfrentados ni abrigamos ningún

daño contra los seres humanos. Nos encontramos en una encrucijada. Es verdad. Pero... Metodio —se volvió hacia él y le clavó los tizones de sus ojos—, confíe en mí... —Y girándose hacia Severo—: ¿Podemos llevarnos el Land Rover, señor Ramires? Se lo devolveré mañana temprano.

—No hace falta, Concepção —le contestó el terrateniente—. Nos acercaremos nosotros a recogerlo. Quizá haya regresado Tischbein, o el general García. Hay tanto en juego...

Cuando se hubieron marchado la mujer y su silencioso acompañante, Severo volvió a su butaca.

—Metodio. ¿Cree usted que existe una racionalidad universal, o cada mundo tiene la propia?

El veetónico arrugó el entrecejo y empezó a abrocharse el chaleco. De haberle conocido antes, Severo se habría abstenido de hacer ese tipo de preguntas. Pero la sonora aspiración que hizo Metodio antes de empezar a hablar, avisó a su huésped de que el tren de la media noche pasaría de largo.

—Me tienta usted, amigo mío. Pero le confesaré antes algo. Si esa muchacha no fuera una *Peregrina*, debajo de cuya sabrosa carne no hay más

que una percha, una aspiradora o una biela, la seguiría hasta el infierno.

—¿Cree usted que se va a evaporar si la toca —dijo Severo con una sonrisa—, o está dejándose mecer por los efectos de una buena cena bien regada?

—Usted lo ha querido. Voy a hablarle del principio antrópico... Bueno, lo resumiré, porque estamos cansados y es tarde. El principio antrópico dice que la vida (no la vida inteligente, la vida orgánica, reproductora) existe al menos en nuestro universo. Y nosotros, los humanos inteligentes, ocupamos este universo. De modo que nuestra existencia determina el diseño de este universo nuestro, lo conformamos nosotros en nuestro esfuerzo por entender la naturaleza. Mientras haya Humanidad habrá Universo. Luego, no se sabe. Son legión las novelas de ciencia ficción que se han escrito con esta escenografía de fondo.

«Pero ahora resulta que hay más de un universo, probablemente una infinidad de universos. Cada uno de ellos se amolda a los seres que lo habitan de acuerdo con el principio antrópico. Por lo que conocemos de los mundos Veetónica e Ybaria, los habitamos una misma especie humana con

idénticas leyes físicas y sociales. Pero el universo del que proceden los *Peregrinos del Anuncio* debe de ser muy diferente, por lo que usted y yo hemos visto en su asamblea de la Luna. Una asamblea a la que fuimos invitados deliberadamente, no por un descuido de nuestro maquinista sideral, ese Jaime que usted conoce.»

Metodio calló de golpe, porque acababa de descubrir algo.

—¡Tiene usted razón! —saltó Severo—. En esta zarabanda no hay casualidades. Mi sobrino tenía razón. Todo está escrito.

—No, no, Severo. Nada está escrito sino los fundamentos, las leyes de la naturaleza. La vida nace, se reproduce, se expande, se adapta, evoluciona de un modo que ella misma no puede prever. Sólo desde el presente se pueden buscar las causas de las cosas en el pasado, una ilación, un propósito.

—O en un presente más vasto, entrelazado por hilos imperceptibles...

—¡Demonios! Esto es enloquecedor. Si empezamos a desenredar este enjambre de razonamientos, nos darán las uvas.

—¿Qué tienen que ver las uvas con todo eso?  
—protestó Severo.

—Es una expresión de Veetónica. Estamos demasiado fatigados para que la razón sea lúcida. Le propongo que nos vayamos a dormir, si es que podemos dormir, y esperemos que la luz del día nos ayude.

### **El sueño de Endimión**

El acecho de Cachos de García (antes de Pera) y de Ariadna a Abulafia en la sinagoga de Recópolis estaba a punto de finalizar. Llevaban una hora en el bar de la acera de enfrente consumiendo caféina. Cachos se volvió hacia la barra para llamar al camarero y pedirle la cuenta, cuando Ariadna le dio un tirón del brazo.

De la sinagoga salía fumando Mediacara, aquel tipo que Cachos había visto hablando con Ariadna en el café “El sueño de Endimión” de Sbaria, y que le había provocado celos. En realidad los celos se los había provocado otro, Tischbein, pero eran aplicables a Mediacara porque el uno se había transformado en el otro al salir de la cafetería.

—Es Ian Roamer —explicó Ariadna.

—¿Y Tischbein? ¿Son la misma persona?

—Sí, y no. La naturaleza de los *Peregrinos del Anuncio* es, digamos, variable. Los seres humanos cambiamos con el paso del tiempo. El tiempo nos afecta, nos envejece. Los *Peregrinos* viven una eternidad en comparación con nosotros, y tienen la facultad de variar su aspecto. Quizá podríamos decir que Ian Roamer sea Tischbein anciano, aunque eso es sólo una manera de hablar para entender algo enigmático, como la energía y la materia oscuras.

—¿Qué hacemos? ¿Le seguimos o esperamos a que salga Abulafia? —dijo Cachos, descargando sobre Ariadna la responsabilidad de la decisión.

—¿Y si no sale?

—¿Por qué? ¿Puede haber vuelto a su despacho a través de un *monopolo*? —no estaba muy seguro de haberlo dicho en serio.

—Eso es absurdo. No acostumbran a tomar ese tipo de atajos. Hacerlo sería muy de ejecutivo humano apurado por la agenda —aclaró la mujer.

—Pero ambos estamos recelosos de Abulafia. Tememos que nos esté engañando, que nos utilice.



—Según nuestra lógica, sí. Según la suya, la duda es una simple variable matemática.

Iam Roamer acababa de desaparecer tras una esquina. O la pareja echaba a correr o le perdían.

—Ariadna, estoy hasta las narices de tanta incertidumbre. No podemos depender de una infinidad de posibilidades para tomar una decisión.

—Pues, vamos a la sinagoga —resolvió la científica.

La sinagoga abría ese día al turismo. Era un bello edificio construido setecientos años atrás, que durante un tiempo fue iglesia cristiana y luego tuvo usos comerciales y militares. Devuelta a su uso original, se había restaurado. El edificio se sostenía por cinco filas de columnas octogonales con arcos de herradura y capiteles agrícolas de estuco. Era un templo de estilo mudéjar que evocaba también a una mezquita. Flotaba en la atmósfera esa suerte de terrible reverencia de los templos que han sufrido cambios de religión, saqueos y sacrilegios.

Ariadna y Cachos, este con una *kippá* reglamentaria en la coronilla, recorrieron casi todos los rincones de la sinagoga sin encontrar al P.H.A., *Peregrino Hebreo Abulafia*. Se detuvieron en una

especie de sacristía con la puerta cerrada. De súbito se abrió, y salió un tipo con trenzas, sombrero negro y un *talit* o manto corto. Les dio tiempo para mirar el interior del cuarto, y no había rastro de Abulafia, aunque podía estar fuera de su vista.

—Dicen que Recópolis está llena de túneles, en uno de los cuales se esconde la Mesa de Salomón —evocó Cachos—. Se habrá escapado por uno de ellos.

—¡Qué folletinesco estás! Pero no lo descarto. Vámonos a casa, Cachos. Me gustaría repasar algunos apuntes antes de dormir.

Deidre Prendergast había dejado en herencia a su hijo un amplio apartamento colgado sobre el tajo del río. Aquella noche, Cachos se fue pronto a la cama, y tardó en dormirse, escuchando un programa musical en una radio programada para apagarse al cabo de una hora. El locutor se dedicó a reproducir composiciones de los músicos populares que habían fallecido en los meses transcurridos de aquel año. Eran unos cuantos, y de bastante calidad. El locutor dijo aquella frase de “el mundo está perdiendo a sus mejores hombres y mujeres”, que fue un ensalmo para el militar en excedencia, capturado de súbito por el sueño.

Ariadna se quedó en el despacho que había arreglado para su trabajo matemático, abierto a una fea plaza de losas, con media docena de alcorques y árboles de aspecto manifiestamente mejorable, olvidados por el servicio de parques y jardines del ayuntamiento.

Despertó a Cachos el escándalo meteorológico de una tormenta. El viento azotaba las paredes del edificio, y arrojaba sobre las ventanas gruesos ramalazos de agua. Sobre el ruido de la tempestad oyó un sonido metálico muy próximo. Un sobresalto primigenio le hizo incorporarse de la cama. A su lado dormía Ariadna. Se levantó y al pasar la mirada por el dormitorio, descubrió en el suelo, cerca de una pared, varios cuchillos que solían estar en la cocina. Los recogió, y salió de la habitación escrutando en la penumbra del pasillo que se abría frente a él. Algo le distrajo un segundo a su derecha, hacia la puerta de entrada del apartamento, pero no distinguió nada alarmante. Entró en la cocina y dejó los cuchillos en un cajón. Luego avanzó hacia el final del corredor. Había dos puertas. Irrumpió en el cuarto de la izquierda de un salto, emitiendo un rugido apagado, de broma, simulando un ataque. No había nadie allí. Se volvió hacia el otro dormitorio. Abrió la puerta. Estaba en una penumbra menos oscura que la del pasillo. Al fondo, sobre un lecho, se distinguía un

bulto alargado. Cachos se acercó sin ninguna precaución. Se inclinó sobre la cabeza envuelta en la sábana, y dijo: “¿Quién eres? ¿Quién eres?” La voz salía ronca de su garganta, y sin poder modular las palabras. Estaba aterrorizado. “¿Quién eres? ¿Quién eres?” repetía con el corazón en un puño y rabioso por no poder pronunciar las consonantes, porque la boca se negaba a obedecerle, a cerrarse y abrirse. Aquello no era normal. “¿Quién eres? ¿Quién eres tú?”

Ariadna le sacudió.

—Despierta, Cachos. Tienes una pesadilla.

—¡Era Endimión!

—¿Cómo?

—El sueño de Endimión. He tenido el sueño de Endimión —dijo Cachos cuando se despabiló—. Y he visto la cara de Abulafia, la de Tischbein, la de Ian Roamer y la del doctor Huarte. Todos dormían en la misma persona. No querían despertar. No querían hablarme.

—Es curioso —dijo la mujer—. Yo también he tenido un sueño. Estaba en el laberinto, en mi laberinto, el laberinto de Ariadna. Mi padre, el general Minos, me había encargado que cuidara la puerta, que no dejara pasar a ningún extranjero. Pero

llegaba el bello Teseo, me seducía, y yo le entregaba un carrete de hilo para poder salir del laberinto después de acabar con el Minotauro, de nombre Onésimo Bravo Ramires.

—¿Era yo Teseo?

—No. Era una mezcla de Jristo Katranjiev y el doctor Huarte. Y al salir decían que había librado al Universo de un monstruo y otorgado la libertad al pueblo. Aparecía detrás de una nube Palas-Cordelia con una azagaya en una mano, dando mandobles a diestro y siniestro. Eso decía, que castigaba a los diestros y a los siniestros. Detrás de ella venía Ian Roamer, bendecía a todo el mundo, y me aseguraba que la sagrada razón estaba con ellos. Entonces es cuando me han despertado tus gemidos.

—El mundo está perdiendo a sus mejores hombres y mujeres —sentenció Cachos.

—¿A qué viene eso, Cachito?

Hacía tiempo que Ariadna no le llamaba así.

—Siento acechar a la muerte, Ariadna. No la mía, sino la de otros...

La campaña electoral “registraba giros

dramáticos”, según la prensa veetónica. Jristo Katranjiev había convocado al Comité Central Ciudadano de “Massa Crítica” para que debatiera una propuesta de llevar la *Calle* al Parlamento, ambos con mayúscula.

Demetria Skazatos se reunió con Cachos y Ariadna para preparar una acción táctica. No fueron capaces de trazar ninguna, porque ignoraban las propuestas que iba a presentar Jristo para llevar a cabo su idea de meter la *Calle* en el Parlamento. ¿Qué era la *Calle*? El S.I.R.V no había dado a Cachos ninguna pista.

—La Calle debe de ser él, el representante exclusivo y salvador de la calle con minúscula—aventuró Demetria.

Al abrir la conferencia del Comité Central Ciudadano, Jristo emitió un discurso en éstos o parecidos términos.

“El sistema que surgió tras la derrota del nazismo se desmorona. Los sistemas de protección social están siendo desmantelados por unas élites económicas que nunca aceptaron el pacto de buen grado. Disminuyen de modo drástico las rentas del trabajo y aumentan las del capital.

“Crisis de este calado no se dan más que una o dos veces cada siglo. Abren un cambio de sistema. En su desarrollo se disputa un nuevo orden.

“La movilización social es imprescindible para la refundación del país, pero por sí misma no cambia la estructura de poder. Siempre gana sus luchas cuando conecta estos conflictos con la mayoría de nuestro pueblo, articulándolo y construyéndolo políticamente.

“Debemos analizar todas las posibilidades, y entender las diferencias cifrando la unidad popular en la capacidad de construir un horizonte nuevo entre gentes muy diferentes y muy fragmentadas, como es la propia sociedad veetónica.”

Seguía proponiendo alianzas llamadas “transversales” de las que no estaban excluidas la “casta política y la económica”, con quienes había que forzar un nuevo “pacto social constructivo”.

—Está preparando el terreno para la entrega de “Massa Crítica” a la banca —dijo Demetria.

—Entonces, ¿la Calle...? —se preguntó Ariadna.

—*Dribbling* político —sentenció Cachos,

echando mano de sus años de fútbol en patio de colegio.

Estaban sentados en la grada de una antigua plaza de toros convertida en velódromo, donde se celebraba aquel Comité Central Ciudadano ampliado con tinte de asamblea.

Cachos intentaba componer en su cabeza explicaciones ideológicas y tácticas al sorprendente discurso de Jristo, hasta ese momento un pirómano político. Ariadna levantó un brazo y señaló a un lado del estrado. Por la escalera subía a él Cordelia Rocín. Jristo la anunció y empezó a batir palmas, que los asistentes convirtieron en ovación.

—Compañeros y amigos —se arrancó la huérfana del banquero—, todos me conocéis como la hija de un financiero millonario y despiadado. Sabéis que abandoné familia y patrimonio para entregarme a la causa del pueblo que me parece más justa, nosotros, “Massa Crítica” —sonoras ovaciones—. Quiero seguir en este camino de servicio a la voluntad popular. Pero he recapacitado sobre mi vinculación al proyecto de la banca Rocín. Me he involucrado en ella. He abierto una fundación para el desarrollo de la cultura, el medio ambiente y la creación de un *Think Tank* basado en la transversalidad social... Me he integrado con mi madre en el Consejo de Administración, y aspiro a



poder dirigirlo a medio plazo —silencio desconcertado, toses, alguna voz, siseos—. Por todo ello, renuncio a mi militancia activa en “Massa Crítica” y al puesto de dirección que tengo en este Comité Central —murmullos, gritos afónicos, palmas y pitos dispersos en las gradas—. Hago esto para poner a disposición de los ciudadanos los recursos financieros que heredé de mi padre, y la voluntad de ejercer la dirección de un banco privado con el espíritu de un banco público —aplausos generales, pero no rotundos, algún pito, división de opiniones—. Estamos entrando en una forma nueva de entender la economía y la política. Nos jugamos la supervivencia de la Humanidad. Estamos obligados a entendernos...

Siguió en estos términos durante un rato. Al final, Jristo se acercó al micrófono y se abrazó a ella, estampándole un beso en la boca que podía ser de tornillo. Ahora la ovación se impuso en las gradas, casi todos en pie.

Demetria, que no había movido los brazos, salió corriendo, golpeándose con la fila de cuerpos. No se había despedido de Ariadna y de Cachos. Éstos se recuperaban de la sorpresa, y dirigían miradas atónitas al estrado, donde Jristo y Cordelia seguían abrazados, ya separadas sus bocas. Pensaron que acaso Demetria había sido novia de Jristo en

algún momento.

Abandonaban el velódromo cuando distinguieron a Corto Caballero dirigiéndose al escenario por uno de los túneles. Se asomaron de nuevo por un vomitorio, y alcanzaron a verle acercándose a la pareja con ceño serio. Se puso entre medias de los dos, iluminó su rostro una sonrisa, y se abrazó a ambos. Poco a poco fue soltando a Jristo, y apretando a Cordelia, hasta unirse a ella en un beso de final inequívoco de película.

Ariadna y Cachos tuvieron la sensación de que el espectáculo había acabado en el velódromo, pero continuaría en otros escenarios.

El siguiente fue el ayuntamiento de Recópolis, donde Cordelia Rocín y Corto Caballero se casaron de manos del alcalde socialista de la ciudad.

Mientras tanto, el obituario de artistas fallecidos crecía en cada informativo audiovisual. Cachos cada vez se convencía más de que una muerte sin cara acechaba.

Intentó averiguar qué estaba pasando. Se dirigió incluso al S.I.R.V. Pero no obtuvo ninguna novedad que contradijera lo que había visto en el velódromo ni cuanto se había dicho y escrito desde entonces, convirtiendo la campaña electoral en un

circo de sorpresas.

Abulafia había desaparecido. De Huarte y de Tischbein le llegaron noticias dispersas y poco fiables.

—¿Qué hay del *Homo Necans*? —preguntó Ariadna de un modo retórico a media mañana de la jornada de reflexión.

—*Mysterium tremendum, fascinans et augustum* —sentenció Cachos de García—. ¿Nos ha engañado todo el mundo? ¿Somos tan idiotas, tan inocentes como parece? ¿Cómo ha llegado a urdirse esta trama incomprensible? ¿Qué sentido tienen las elecciones de mañana? ¿Qué partido va a votar la gente en este panorama tan confuso? No podemos llegar a ninguna conclusión. ¡Qué fastidio!

### **Tomar partido**

Como no habían fijado ninguna cita para el día siguiente, Metodio no puso el despertador y durmió como un ceporro. Le despertó una carcajada varonil. Supo que Carlos Quinto estaba en *A Toca da Raposa*. Se aseó, y salió con ropa informal a tomar el desayuno. En una mesita supletoria arrimada a una ventana tomaban café y bollería Severo y su amigo escandaloso. El salón era un espacio con paredes de piedra berroqueña revocada a media altura. De él

partían anchos pasadizos hacia otras las dependencias de la casa, de techos altos, con robustas vigas de madera, y muebles tan sólidos como las columnas, hechas con troncos de olivo recortados y superpuestos, que soportaban los techos inclinados y unidos en una geometría a primera vista anárquica.

Cada vez que veía a Carlos Quinto, a Metodio le venía a la memoria su influyente amigo emboscado bajo el quinto número primo en su agenda secreta. Por una fantástica casualidad (debía de serlo, o en su defecto, proyección misterica de un universo sobre el otro) aquel Quinto (u **once**) de Veetónica era de Gerundia, el nordeste rebelde, en simetría con el Carlos Quinto de Carolunia.

Y era Carolunia el tema de la conversación de los dos prósperos hidalgos.

—La presión de los separatistas es cada vez mayor —se quejaba Carlos Quinto—. Me alegro de no vivir en mi tierra, porque padecería. La agitación propagandística es insoportable. Y llevan así varias décadas. Pero en los últimos meses se ha vuelto una cacofonía estruendosa. Y ahora, tras las detenciones de todos esos mangantes y estraperlistas, ha emergido la histeria. Esa historia del derecho a decidir transformarse en un reino carolunio no se la

creen ni ellos. Pero nadie la entiende, se escapa a toda explicación lógica. Se dice que lo que buscan es independizarse para sacar de la cárcel a sus amigos sinvergüenzas, pero a mí me parece un objetivo imposible.

Metodio dio los buenos días, y tomó asiento en el lado libre de la mesita. La camarera, que ya conocía sus gustos, le sirvió de inmediato té negro de Ceilán, una jarrita de lecha fría, un tarrito de tomate rallado, una aceitera, sal y un par de tostadas recientes.

—Le han visitado en su propia casa —puso al corriente Severo a Metodio.

—¿Le han amenazado? —inquirió Metodio, vertiendo una nube de leche sobre su té.

—No hacen esas cosas. Van de pacifistas tranquilos. Son muy sutiles —contestó Carlos Quinto—. Pero acosan con la constancia de los Testigos de Jehová. Ayer un tipo intentó convencerme de que debía tomar partido.

—¿Cómo es eso? —dijo Metodio, dando a su voz un acento gerundiano nada creíble.

—Dicen que ha llegado la hora en la que los

buenos ciudadanos han de manifestarse y tomar partido. Aducen argumentos filosóficos, históricos, morales, éticos. Son verdaderos demonios de la retórica. Se han dedicado durante años a formar un ejército de sofistas pagados por el presupuesto del estado que ellos dicen que les roba. Y han enviado uno a mi casa para machacarme con la matraca del compromiso que tengo con mi país. Para ellos tomar partido es tomar *su* partido, claro. Otra cosa es una traición. ¿A usted qué le parece, Metodio?

—A mí no me parece mal que las personas tomen partido, y que soliciten a otras que se unan a ellas. Pero no que atiborren a la ciudadanía con sofismas. “Tomen ustedes un partido”, pueden proponer los políticos en ejercicio a la población. Incluso pueden decir, “Tomen ustedes mi partido, que es el mejor”. Pero no pueden a forzar a nadie, y tampoco reducir la panoplia política a “o estás conmigo o estás contra mí”.

—Me complace oír eso de la boca de un marxista —se congratuló Severo.

Metodio se arrellanó en la silla como una gallina clueca, inflando y desinflando sus plumas.

—Los argumentos políticos de la izquierda valieron mientras no se adueñó del poder. Cuando

los bolcheviques impusieron la dictadura del proletariado en la Unión Soviética de mi mundo Veetónica, dejaron de ser argumentos y se convirtieron en instrumentos de fuerza. No debe extrañarles a ustedes que sucediera eso. Era el punto álgido de la lucha de clases. Una y otra querían exterminarse, aun a sabiendas de que suponía su propia desaparición. En la práctica política siempre se deja margen al pragmatismo. Hay que acabar con la burguesía, pero antes tiene que enseñarnos a gestionar las fábricas y las finanzas. Hay que aplastar al proletariado, porque nos quieren colgar de las vigas de la usina, pero sólo a los levantiscos, porque si no nos quedamos sin obreros. A lo largo del siglo XX se ha ido consiguiendo un equilibrio, al menos en mi mundo, a costa de millones de muertos. Sin embargo, yo tomo partido. El partido de la razón histórica. El capitalismo acabará con el mundo si no liquidan el mundo antes los *Peregrinos del Anuncio*... Pero entiendo su irritación, señor Quinto. A mí los separatismos me sacan de mis casillas, son falsificaciones pequeñoburguesas, cantos de sirena, aberraciones...

Severo le miró de un modo sardónico y Metodio se contuvo.

—¿Qué ha hecho usted? —preguntó a Carlos

Quinto—. ¿Les ha enviado a la Cochinchina?

—Les he preguntado qué opinión tienen de los que mantenemos un partido diferente al suyo. Y me han dicho que lo respetan, pero que no comprenden que un auténtico carolunio no quiera liberarse de Ybaria. Es decir, que si ganan ellos y me pillan desprevenido, me meten en una mazmorra por traidor. Pero confío en que no lo consigan.

—Tomar partido —terció Severo—. La enfermedad del siglo XX, y de todos los momentos en los que se han librado batallas. Yo odio el conflicto. La mejor manera de evitarlo es no comprometerse.

Metodio no entendía cual era su papel en Ybaria, por qué le habían enviado allí. Pero no lo lamentaba. El viaje no le resultaba decepcionante. La cantidad de conocimientos y de información que estaba acumulando le convertirían en una autoridad indiscutible al regresar a Veetónica, el único ser humano, o el único veetónico, que había saltado de un mundo a otro y podía dar testimonio de maravillas sociales y económicas desconocidas. Adelantaría a sus conciudadanos su futuro, les diría por donde tenían que marchar, hacia dónde dirigirse, y con una



precisión inaudita hasta entonces.

Se había propuesto hablar con el teniente coronel Cachos de García esa mañana, y sacar de él réditos fabulosos. Lo podía hacer, además, combinando su marchenguelismo dogmático con la nueva visión del mundo que le habían aportado los *Peregrinos*. Se creía capaz de no renunciar al primero aprovechando la segunda. Siempre había sido un equilibrista. El ínclito Metodio Mazón sería más ínclito que nunca cuando regresara a su cátedra en la Universidad de Recópolis.

Onésimo Bravo recogió en su máquina monumental a los dos hombres de mundo, y los llevó a la ecoaldea. Carlos Quinto se volvió a Cecabastos en su propio coche.

En su juventud, el veetónico Metodio había estado en Copenhague dándose un baño europeo. Era un chaval más de su generación, pero se distinguía del estereotipo del *hippy* de la época por su pelo peinado, y porque su indumentaria era demasiado convencional. Había pasado unos días en Christiania con una alemana que le metió en una comuna. A Metodio este comunismo práctico no le convenció, y escapó de él. Se refugió en el comunismo académico, que no exigía acomodaciones físicas, sino sumisión

al dogma, y cuyo mayor riesgo era la disidencia, que siempre encontraba albergue seguro en los países con democracia no popular.

Freedonia le pareció a Metodio un fragmento de Christiania. La formaban chozas de barro y paja, la mayoría redondas, que Severo llamaba “rondável”, una construcción africana. También había alguna casa con paredes de argamasa. Los pequeños edificios estaban rodeados de jardines exquisitamente cuidados como aldea de gnomos. Freedonia era un cruce de dos calles con un ensanche en forma de plaza en la intersección. En los extremos norte y sur se encontraban la escuela y el consultorio médico. Y en los otros dos, un salón de actos colectivos y un fresco lavadero pintado de añil enmarcado de álamos. En una ancha cuesta hacia el mediodía, se extendía un huerto solar. Freedonia estaba rodeada de un bosquecillo de encinas.

Los campos de cultivo no le parecieron a Metodio tan limpios y ordenados como las viviendas, aunque se extendían en grandes alfombras de diferentes tipos de verde, o marrones si estaban en barbecho. En otros, filas de caballones recién arados creaban una atmósfera de simetría más septentrional que meridional. Severo explicó a Metodio que el aparente enmarañamiento de los cultivos se debía a

razones agroecológicas. La hierba protegía el crecimiento de las plantas adultas, y había cercas o pantallas de otras plantas protectoras, parterres de hierbas aromáticas y de flores que albergaban a una fauna de insectos devoradores de plagas.

Salió a recibirles Tischbein, recién llegado de algún rincón misterioso del Universo. Le preguntaron por Ian Roamer, y Tischbein fue a buscarle. Se metió en uno de los rondável y en menos de un segundo apareció Mediacara. Metodio no pudo soportar la curiosidad y la incertidumbre, inquietudes que para Severo Ramirez eran defectos que había que educar.

—Señor Roamer —dijo Metodio—, me gustaría que me sacara de dudas. ¿Por qué desaparece el señor Tischbein y en una fracción de segundo aparece usted, como si Tischbein hubiera sufrido una metamorfosis instantánea? ¿Son acaso la misma persona?

Roamer le dedicó media sonrisa.

—¿Se acuerda usted de Pancraccio Ejido?

—Naturalmente.

A Metodio le llamó la atención el acento de

Roamer. Era el de un anglosajón incapaz de pronunciar las *erres*, mientras que el de Tischbein era casi el de un *frrranconio* que se *rrecrea* en esa consonante.

—Cuando conoció usted a Jristo Katranjiev le confundió con él, ¿verdad?

—Es que eran la misma persona. Katranjiev se había hecho unos cambios cosméticos. Nada más.

—No anda desencaminado. Los *Peregrinos del Anuncio* no somos entidades con las características físicas de los humanos. Ustedes — señaló a Severo— han estado en la asamblea que mantuvimos en la Luna. Nos conocen en uno de nuestros estados. Porque tenemos varios estados. Los humanos se visten, se atusan, se peinan de diversas maneras. Y convendrá usted en que si lo hacen a conciencia pueden parecer personas distintas —los dos próceres asintieron, Onésimo, que estaba a su lado, arrugó el entrecejo—. Pues con nosotros pasa lo mismo, pero de un modo “más exagerado”, que viene determinado por la conversión de las leyes físicas de nuestro mundo al suyo. Yo soy Tischbein y no lo soy. Y Tischbein es Ian Roamer y no lo es. Pero como usted quería hablar con Ian Roamer, aquí me tiene. ¿Quiere que vayamos a buscar a Cachos de García?

—No. Todavía no —indicó Metodio.

—Quiero preguntarle de dónde ha sacado usted a Cachos de García —intervino Onésimo.

Roamer se arrancó a andar hacia el extremo del pueblo en el que se encontraba el salón, que contenía la cafetería. Severo, Metodio y Onésimo le siguieron. Era un lugar acogedor con muebles de formas caprichosas hechos con troncos de olivo pulidos y lacados. De las paredes colgaban pequeños tapices informes pero bellos, que debían de tener un efecto terapéutico, porque el rato en aquel ámbito fue armonioso y calmado, a pesar de que en seguida se abrió una polémica entre Metodio y Roamer. Éste olvidó o pretendió olvidar la pregunta de Onésimo.

Regando el intestino con zumos naturales, los congregados conversaron sobre la situación alarmante y crítica del mundo o los mundos. Los humanos contrastaban con el *Peregrino* el alcance de las noticias que parecían anunciar casi un Apocalipsis. Pidieron a Roamer, que se abstuvo de fumar nada más entrar en el salón, que convocara a Concepção Galvão a la tertulia, pero Mediacara se disculpó, la muchacha había salido con Cachos de García, no tardaría en volver.

—Mi sobrino asegura que dos *Peregrinos*,

Aquilino Maeztu y Concepção Galvão le han pedido que se asocie con ellos para una acción grave e inquietante. Necesitamos saber de qué se trata —y desvió la mirada hacia el científico.

Onésimo aceptó la invitación a hablar que le ofrecía su tío.

—Para que sus palabras fueran verídicas tenían que venir avaladas por Tischbein. Mi tío me contó que Tischbein le había asegurado que el regreso al pasado era algo físicamente imposible, en lo que estamos de acuerdo yo y la segunda ley de la Termodinámica. Y también que había una facción de *Peregrinos* convencidos de que la mejor manera de salvar su propia especie era acabar con la nuestra...

Ian Roamer se encogió de hombros, y acompañó este gesto de un monstruoso visaje de su cara, la hundida y la sobresaliente, como si le hubieran propuesto un problema insoluble.

—Desgraciadamente, Tischbein y yo no podemos aparecer juntos ante sus ojos. La única solución es que cuando ustedes se dirijan a mí, les conteste, y cuando quieran que hable Tischbein, corra al rondável y regrese en su apariencia.

No había ni rastro de humor en las palabras de Roamer, quizá porque los *Peregrinos* carecían de

esta cualidad humana. Hablaba en serio, y Metodio lo captó.

—No hace falta, amigo Roamer. Me gustaría preguntarle sobre esa idea de que alguien entre ustedes está convencido de que la mejor manera de salvar su propia especie es acabar con la nuestra.

—Me sitúa usted ante un conflicto —contestó Roamer. Pero no dijo más.

—¿Delatar a camaradas traidores ante un enemigo común?

—¡Nada de eso! —protestó Roamer-Mediacara.

Onésimo se había puesto a chupar una varita de madera que había tomado de un vaso lleno de ellas para revolver las bebidas calientes.

Severo observaba con interés al comunista veetónico. Le creía capaz de desentrañar el enigma más abstruso. Los marxistas o marchenguelianos están superdotados para eso. Un viejo profesor suyo de Economía en la universidad aprobaba a los marxistas por principio, dando por hecho que no se puede ser marxista sin conocer a fondo *El Capital*. Su clase estaba llena de militantes confesos y

trasnochados de la Primera Internacional, como si hubieran hecho una excursión al pasado y vuelto al presente con el *Manifiesto Comunista* impreso en las neuronas.

—Por su nombre y su acento deduzco que usted, como hombre, se ha formado en algún país anglosajón —dijo Metodio, y continuó, sin dar la oportunidad a Roamer de confirmar o negar su conjetura—. Esa idea del hombre como veneno de la Creación está arraigada en esa cultura, tomada al pie de la letra de la religión judía. La han desarrollado con mimo, con tesón. Los anglosajones se expandieron por el mundo a sangre y fuego. Y cuando decidían conquistar un territorio lo hacían sin cortapisas morales. Los indios de América del Norte, los aborígenes australianos, los negros africanos eran más animales que humanos, como mucho, hermosos y útiles animalitos a los que se podía tratar como bestias, aunque era recomendable hacerlo con cariño mientras no se pusieran bravos.

«Tantas atrocidades han dado lugar a lo políticamente correcto, como un subproducto del apabullante sentido de culpa de lo que ejecutaron sus antepasados. El anglosajón es un imperialismo depredador que no respeta ni personas ni naturaleza. Una vez que ha sometido a las primeras y se ha



impuesto a la segunda, manifiesta un pragmatismo sentimental, la vida independiente y bella del ranchero, el sentido práctico del colono urbano. En pocas palabras, y con permiso de todos ustedes, el sentido de culpa de los anglosajones es el sentimiento del hideputa clásico.

«A mí me cuesta creer que una especie no humana tenga tentaciones tan humanas y anglosajonas como eso de salvar su propia especie acabando con la nuestra. Verán ustedes, soy ocasional lector de novelas de ciencia ficción. Las mejores son anglosajonas, desde la primera registrada en la modernidad, “Los Viajes de Gulliver”, de Jonathan Swift, alegato contra la maldad y la estupidez humanas muy protestante. En muchas se plantean conflictos intergalácticos, o aparecen monstruos inhumanos a los que hay que liquidar a toda costa, o los terrícolas recorren el Universo colonizando planetas habitados por simpáticas especies a las que extinguen con fruición. Por eso no puedo evitar decir algo que suena fuerte, Señores *Peregrinos*, no nos cuenten películas.»

Metodio había ido subiendo el tono de su voz, y se notaba que estaba conteniendo una soterrada ira. Severo le observó con simpatía. Onésimo levantó el brazo pidiendo la palabra, con la expresión del

presidente de un tribunal de doctorado que se dispone a rejonear al doctorando.

—Pero, señor Mazón...

—Metodio.

—Pero, Metodio. ¿Qué tiene usted que decir del imperialismo ybárico o veetónico? No pretenderá usted que nuestra conquista del mundo ha sido diferente, y nuestro sentido de culpa de la misma naturaleza que el anglosajón. ¿Nos descarga a nosotros de esas atrocidades?

La reacción de Metodio fue fulminante.

—De esas atrocidades, sí. Sobre todo a usted y a mí, que no hemos matado a nadie al otro lado del océano. De otras, no. La biología del hombre le impulsa a la violencia para sobrevivir, lo mismo que a cualquier otro animal grande o pequeño. No estoy diciendo que los veetónicos o los ybáricos seamos distintos a los anglosajones. Ya lo creo que tenemos sentido de culpa. También nuestra cultura es cristiana, por lo que he visto aquí y sé de allí. Pero en los países latinos no arraigó el protestantismo. El catolicismo es una religión mucho más tolerante que las sectas protestantes. Y no me cuente usted pamplinas de la Inquisición y del holocausto

indígena. Persecuciones hubo en todos los bandos, y crímenes también. Pero la colonización veetónica y supongo que ybárica en el Nuevo Mundo dejó bien claro en tratados, en pragmáticas, en los claustros universitarios de la época que los indios eran tan humanos como los conquistadores. Lo que pasó es que los conquistadores eran violentos y codiciosos, y se impusieron por la fuerza. Si hubiera ocurrido al revés, el resultado habría sido el mismo, oleadas de mayas y de incas invadiendo Europa. El cristianismo sería ahora una reliquia. Y del marchenguelismo o marxismo, ni hablemos.

Metodio se daba cuenta de que su discurso era colérico, pero no hacía nada por controlarse. Sabía que tenía una razón para sentir ira, pero no conseguía identificarla.

—Todo ese torrente, que comparto —dijo Severo después de un silencio de esos que se llaman embarazosos—, viene a cuento de su desconfianza. Los argumentos de los *Peregrinos del Anuncio* sobre el inminente Apocalipsis no le parecen verosímiles.

Metodio asintió, todavía con la mente puesta en esa misteriosa fuerza que había provocado su discurso furioso.

—¿Y a usted qué le parece, Roamer? —

acorraló Severo a Mediacara con la mirada.

Había abierto el *Peregrino* su boca quebrada para hablar, cuando asomó por la puerta el general García. Detrás de él entró el recién llegado a Ybaria teniente coronel Cachos de García, acompañado por Conceção Galvão.

### **Dispositivo de seguridad**

Aquella jornada de reflexión fue la más larga en la historia de Veetónica, aunque nadie se apercibió de ello. Como todo el mundo sabe (sin saber por qué) el tiempo es una cosa elástica, y no discurre a una velocidad uniforme medida por la costumbre o por la ciencia, sino estirada o encogida por fuerzas imposibles de precisar, si no es mediante esotéricas ecuaciones matemáticas.

Una mañana puede hacerse infinita, esperando por ejemplo un diagnóstico incierto en la consulta de un médico.

Los *Peregrinos del Anuncio* parecían haberse evaporado de Veetónica. Esa era la sensación de Cachos de García, antes de Pera, y de Ariadna Galvão, que se habían afanado en la búsqueda del coronel Abulafia, de Tischbein y del doctor Huarte. Jristo Katranjiev era la excepción, permanecía a la vista, como si no fuera con él aquel eclipse. En cuanto a la pequeña multitud de *Peregrinos* dispersa por el país, nadie podía saber si seguían en su puesto

de combate o estaban ausentes, porque nadie les conocía.

Cachos hacía estas reflexiones. Como militar, analizaba las fases críticas de la realidad en términos bélicos. Y en este caso, estaba convencido de que los *Peregrinos del Anuncio* se habían colocado en sus puestos de combate ocultos, una vez liberadas las alarmas.

La jornada electoral coincidía con la fase nueva de la luna, y Cachos y Ariadna esperaban con aprensión los acontecimientos anunciados, pero no enunciados, por Abulafia. No podían prever qué tipo de sorpresa se echaría encima del electorado veetónico, pero sabían que no tardaría en ocurrir. Tratándose de un *mysterium tremendum, fascinans et augustum*, calculaban una catástrofe o un atentado terrorista monstruoso.

El dispositivo de seguridad estaba en marcha desde hacía días. Cachos había sondeado a sus compañeros del S.I.R.V., y sabía que las policías nacional y local estaban en alerta máxima, sobre todo porque el previsible ascenso de “Massa Crítica” era un detonante para la violencia de los vándalos, los energúmenos y los psicópatas. Pero no había podido sonsacarles qué tipo de acción concreta temían, si es

que tenían algo. Concluyó al fin que no había una diana sobre la que disparar en caso de necesidad. Ni siquiera tenían las armas desenfundadas.

Por eso, al despertar la mañana del domingo, la noticia cogió desprevenidos a Cachos y a Ariadna, como a la población entera de Veetónica.

### **“No me podrán quitar el dolorido sentir”**

Un abismo formal separaba al general García, director del O.D.R.E., Oficina para la Defensa de la Razón de Estado de Ybaria, de Cachos de García, ex militar de Veetónica. La diferencia más visible era la estatura, corta la del general, mediana tirando a alta la del veetónico. La delgadez del ybárico se había vuelto extrema, y su cara de roedor tenía unas ojeras que parecían pintadas. El viajero del tiempo Cachos de García era veinte años más joven, aparentaba unos cuarenta, la edad de su hijo veetónico. Irradiaba salud y confianza, incluso su parecido con el Cachos de Pera que Metodio conocía mejoraba la figura del espía y profesor de Física, dignificaba los lamidos rasgos napoleónicos del profesor, y se decía que había resucitado al suicida von Kleist y le había colocado en el Parnaso “weimariano” de Goethe y de Schiller, que codició en vano.

Severo, Metodio, Ian Roamer y Onésimo se

pusieron en pie para recibir y saludar a los recién llegados, arrimaron otra mesa y nuevas sillas, algo que no fue un ejercicio liviano, ya que los muebles pesaban como yunques, y todo esto en silencio, porque las noticias que traía el general eran más importantes que la curiosidad por escuchar las ideas de Mediacara sobre el discurso de Metodio.

—Se estarán preguntando de dónde vengo y qué nuevas traigo —los interpelados asintieron—. Son desconcertantes. Mariano Caballero se me ha escurrido entre las manos. Va hacia su perdición. Pero las consecuencias de su huida pueden ser catastróficas. No he podido impedirlo, y esto me pesa como una losa sepulcral. No podemos hacer nada...

Calló y miró a Cachos de García.

—Hace media hora, camino de *A Toca da Raposa*, me he encontrado a Concepção y a este caballero en un vehículo que es de su propiedad, Severo. Me han dicho que posiblemente se encontraba usted en Freedonia, y le acompañaba el ciudadano de Veetónica que han enviado los *Peregrinos* como interlocutor de aquel mundo.

Metodio inclinó la cabeza y sonrió con cortesía, pensando que en aquellas circunstancias la sonrisa parecía un sarcasmo.

—¿Cuándo ha llegado usted, amigo...?

—Metodio Mazón, para servirle. Hace más de una semana.

—Demasiado tiempo. Salió usted de un mundo tranquilo.

Metodio abrió los ojos, una nueva muestra de cortesía neutra.

Entonces el general se encogió como si se le hubiera roto el apéndice vermicular, y murmuró una disculpa.

—No puedo continuar. Perdónenme. Cachos, cuéntenos usted su historia. Tengo entendido que fue militar...

Todas las miradas se dirigieron al aludido. Por un instante mostró incomodidad.

—Puedo hablarles si lo desean, mientras el general se recupera.

Le incitaron a hacerlo, mirando de soslayo al doliente director de O.D.R.E..

—Si mi vida en Veetónica hubiera transcurrido con normalidad, yo debería ser ahora



general de brigada o de división. Pero me escapé de aquel mundo con el grado de teniente coronel. Creo que mi hijo es capitán, ¿no es verdad, Metodio? — este lo confirmó—. No sé quién le metió en la cabeza la carrera de las armas. Yo no, desde luego. Cuando huí, él tenía menos de diez años. Imagino que sería su madre, la experta descifradora.

«Me equivoqué con ella. En aquella época me equivocaba en casi todo. Era mal militar, mal ciudadano, un desastre. Atención, no me estoy acusando de ningún crimen ni de ninguna canallada. Yo era un pobre chico afortunado. Mi padre fue sargento del cuerpo de Carabineros cuando estalló la guerra civil en Veetónica. Los sublevados parecían condenados al fracaso, pero el desorden y el partidismo de los gubernamentales desmoronaron la joven república en pocos meses. Mi padre tuvo la fortuna de encontrarse en territorio sublevado, en el seno de una familia de labradores católicos. Eso y las fortunas de la guerra le elevaron a teniente. Diez años después, con la monarquía reinstaurada, se le presentó la oportunidad de aspirar a comandante. Entonces se retiró. Entró en el consejo de administración de una institución nacional agrícola, terreno que él conocía bien, pues había desertado del campo para hacerse guardia, como tantos otros labradores. Su familia, mi madre y mis hermanos

habíamos pasado de vivir en una casa cuartel a un lujoso piso en los barrios nuevos de Recópolis. Aquello fue un sueño que nunca asimilé.

«Recién entrado yo en la academia militar, con la cabeza a pájaros, despistado, inseguro de todo, empezando por mí mismo, la monarquía se volvió constitucional, se restablecieron las libertades y los partidos políticos. El futuro parecía maravilloso. Veetónica había sido una potencia colonial hasta finales del siglo XIX, y no le costó recuperar su fuerza económica —Cachos de García miró en ese momento de su discurso a Metodio, quizá buscando su anuencia—. Poco después, con el grado de capitán, fui destinado a una fuerza de paz en una de las guerras descolonizadoras de África. Luego me enviaron de agregado militar a la embajada de Veetónica en Canberra. Estaba de observador en unas maniobras militares del ANZAC, el *Australian and New Zealand Army Corps*, cuando conocí a la teniente Deidre Prendergast. ¿Nos enamoramos? Supongo que sí, porque ni ella ni yo éramos esos personajes que fingen, juegan y apuestan con sus sentimientos. Pedí permiso al Estado Mayor de Veetónica para casarme, y me lo concedieron, con una condición, debería de convencer a Deidre de que nos instaláramos en Recópolis. A mí me ascendían de puesto, no de grado, a ella le ofrecían trabajo.

Deidre era una pieza de caza muy preciada. Eso me dijo mi superior y compañero de academia el capitán Abulafia, metido en los entresijos del Servicio de Información militar, el S.I.M..

«En Recópolis nació nuestro hijo. Fue un alivio momentáneo en la guerra civil verbal que estalló entre Deidre y yo nada más instalarnos en la capital. Yo quería separarme, pero el Ejército no me dejaba. Solicité entonces destinos lejanos y estrambóticos. En alguna ocasión puse mi vida en riesgo. No es que quisiera morir, pero supongo que lo intentaba sin tener conciencia de ello. Mi temeridad me proporcionó alguna condecoración. Yo cada vez estaba peor. Mis superiores lo notaban. No era el único militar con problemas, pero debía de ser uno de los más conflictivos. En una empresa privada me habrían despedido por alcohólico o algo así. No caí en ningún vicio de esa naturaleza. Me convertí en un mujeriego compulsivo. Me estaba autodestruyendo con deliberación.

«En uno de mis permisos, Abulafia me llamó a su despacho. Me puso delante de un cuadro romántico francés del siglo XIX. Me dijo, “Tócalo”. Lo hice, y la mano desapareció absorbida por el lienzo. Abulafia me puso al corriente de los *Peregrinos del Anuncio*. Me ofreció entrar en el

cuadro y pasar a otra dimensión, a otro mundo, algo que no entendí. Me dio unos días para pensármelo. Por qué hacía esto, no lo sé. Por espíritu de cuerpo, por amistad, por compasión... Me daba igual. Acepté, porque mi convivencia con Deidre podía transformar aquella guerra verbal en algo explosivo. La condición era que regresaría al cabo de un tiempo no especificado, en el cual yo habría madurado y Deidre firmado la paz con su pasado.

«Llegó el día del tránsito. Las instrucciones que me dio Abulafia fueron sencillas, “déjate llevar”. Entré. Me perdí. Y fui a salir a un lugar que podría ser Jauja.

*La mar en medio y tierras he dejado  
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;  
y yéndome alejando cada día,  
gentes, costumbres, lenguas he pasado.*

«Hasta ese día nunca había sentido interés por la poesía. Nació en aquella Jauja, cuyo verdadero nombre desconozco y era isla de poetas. Uno de ellos, antepasado de un mundo desconocido para mí, llamado Garcilaso de la Vega, que también fue militar y tuvo una vida intensa, errante y llena de contratiempos sentimentales. Nos hicimos amigos.

*Quando me paro a contemplar mi 'stado  
y a ver los pasos por dó me han traído,*

*hallo, según por dó anduve perdido,  
que a mayor mal pudiera haber llegado;  
mas cuando del camino 'stó olvidado,  
a tanto mal no sé por dó he venido;  
sé que me acabo, y más he yo sentido  
ver acabar conmigo mi cuidado.*

«No había noches ni días en Arcadia, que así convine en llamar al lugar, influido por las églogas de mi camarada y amigo. Le expliqué quién era yo y cómo había llegado, si es que mi viaje a través de lo oscuro y pestilente, con un ruido zumbón que me recordaba los retrete de un club de jazz de Sydney, tenía algún sentido. Él me contó las circunstancias de su muerte y su tránsito a la isla del tiempo congelado. Estaba escalando en Francia la torre de una ciudad donde se escondían resistentes al Emperador don Carlos, cuando uno de ellos arrojó un pedrusco que tronchó la escala y dio con Garcilaso en tierra. Veinticinco días duró su agonía. Y al morir, recaló en aquella isla que parecía obra de sus églogas y sonetos.

«No sé si pasó el tiempo, porque la vida en la isla transcurría como un momento congelado, flexible, inmenso. Nada nos faltaba, ni siquiera ninfas.

*Hermosas ninfas, que en el río metidas,*

*contentas habitáis en las moradas  
de relucientes piedras fabricadas  
y en columnas de vidrio sostenidas,*

«Ni éramos felices, ni nos apremiaba la angustia, mas teñía nuestra existencia un sentimiento amargo.

*No me podrán quitar el dolorido  
sentir, si ya del todo  
primero no me quitan el sentido.*

«Quizá hayan pasado años, quizá décadas, dos al menos, a juzgar por la fecha presente, pero yo me mantengo en mi edad, mediada o media. Hasta que hace poco, no llevo la cuenta, me quedé dormido por primera vez en todo ese tiempo aislado, y desperté en la iglesia de Santa María de Olivais en Olisipo, que nosotros en Veetónica conocemos por Lisboa, la capital de la nación portuguesa, junto a un amigo de Arcadia, el señor Guimarães, donde me recibió esta señorita, y donde vino a verme don Metodio Mazón, hombre que presumo ínclito.»

Aquí concluyó su relato o confesión el comandante Cachos de García, dejando a todos en confusión y suspenso.

—Me siento frente al Retablo de las Maravillas —murmuró Metodio—, pero no me

atrevo a dudar de lo que cuenta este caballero, porque mi propio tránsito tiene mucho de milagroso y nada de razón científica.

—La ciencia, antes de formularse, es superstición o mito —dijo Conceção. Buscó con la mirada a su congénere el *Peregrino* Ian Roamer, pero no le encontró—. Ya se ha marchado —suspiró—. Infórmenos de lo que tanto le inquieta, general, si se encuentra mejor.

Nadie entendió ese “ya se ha marchado”, hasta que se dieron cuenta de que Ian Roamer no estaba. Había salido, aprovechando la fascinación del grupo por el relato del militar veetónico.

—Los *Peregrinos* ya no están entre nosotros —empezó el aludido, levantando la cabeza—, salvo usted, y supongo que esto tendrá una explicación. Pero antes daré la mía.

No recitó el general García este cuarteto de Garcilaso, pero si lo hubiera conocido, lo habría traído a cuento:

*Por ásperos caminos he llegado  
a parte que de miedo no me muevo,  
y si a mudarme a dar un paso pruebo,  
allí por los cabellos soy tornado;*

Porque los reunidos estaban sobrecogidos por un temor oscuro y nebuloso.

—Permítanme informarles de una novedad que a mí mismo me estremece, aunque se supone que debía de haberla previsto, dado mi trabajo. El presente gobierno secesionista de Carolunia ha convocado un referéndum para decidir la separación de su república federada de Ybaria, y su constitución como reino. Tendrá lugar la semana que viene. Se han movilizado a fondo sin que nadie se enterara, ni siquiera nosotros en O.D.R.E. Esto me obliga a dimitir de mis funciones, cosa que haré esta misma tarde. Pero esto no es lo peor. Se trata de una acción oportunista, en medio de un panorama internacional explosivo.

«He pasado unos días con el banquero rufián Mariano Caballero, porque le creía una clave de la crisis galáctica en la que estamos metidos hasta el corvejón —Metodio hizo un gesto, porque la expresión le pareció infortunada, pero el general no advirtió nada—. El doctor Huarte me puso sobre su pista. Ahora sé que me engañó. Una más de esa montaña de falsedades que han acumulado los *Peregrinos del Anuncio* en esta tierra y me temo que en todas las que han pisado desde que salieron de *Palimostrenconodia* eones atrás.

La expresión de Metodio Mazón, Onésimo



Bravo y Severo Ramires era de estupefacción. Cachos de García mantenía su semblante calmo y un punto pesaroso.

—Querían entretenerme, despistarme. El día que decidí llevarme a Caballero a un refugio de O.D.R.E. en la costa atlántica empezaban a llegar informaciones del éxodo de millones de musulmanes de Asia, escapando de las guerras que les enfrentan. Ciudades devastadas, milicianos de una facción religiosa y de otra, armados por norteamericanos, por rusos, por europeos, por chinos, por africanos, tirándose mutuamente bombas explosivas de apostasía y blasfemia, fanáticos sin asomo de razón o de sentimiento, monstruos asesinos devoradores de fe —hizo una pausa, como si necesitara recuperarse de una escena que parecía acuchillar su cabeza y su corazón—. Durante la estancia con el banquero en aquel caserón asomado al océano las noticias se hacían cada día más alarmantes. Por miles, esos pobres refugiados se embarcaban en lanchas podridas o en balsas construidas apresuradamente. Los naufragios se multiplicaban. El mar Interior se convertía en una sepultura líquida de familias enteras. Mientras tanto, otros centenares de miles escapaban por Anatolia hacia Occidente, y al llegar a la costa jónica se metían en esquifes proa a las islas helénicas, y de allí al continente, y por los caminos y

carreteras, una nube de desesperados andaba hacia poniente.

«La prensa daba pocas noticias, y cuando enfocaba la vista en ellos, la respuesta de la población europea era suspirar y encerrarse en casa a distraer la atención y dormirse ante la caja mágica. Qué otra cosa podían hacer, si sus dirigentes hacían oídos sordos al clamor de aquellos pobres exiliados.

Tres espectadores de este discurso, Severo, Metodio, Onésimo, se intercambiaron miradas de perplejidad. No se habían enterado de la catástrofe humanitaria que describía el director de O.D.R.E. a punto de dimitir. Concepção y el teniente coronel procedente de Arcadia no manifestaron ninguna emoción, quizá porque su naturaleza indescriptible les hacía inmunes al dolor y a la alegría. El general continuó su perorata sin reaccionar al pasmo de los seres humanos con marca registrada.

—Mientras tanto, Mariano Caballero se resistía a hablar de su compromiso con los *Peregrinos*. Decía que la actitud de Occidente hacia los refugiados era una vergüenza que Europa pagaría cara. Yo le dejaba hablar, porque en eso tenía razón, y porque esperaba que cambiara de tercio y me contara los planes que tenía, su programada cabriola

de Ybaria a Veetónica. Pero no soltaba prenda. Hubo un momento en que creí estallar. Pero no podía hacerlo. Tenía informes de que uno de los negocios más pingües del banquero rufián era el tráfico de armas. Me marché para no estrangularle.

«Durante un día le dejé a cargo de mis hombres, y me dediqué a buscar a Huarte y a Tischbein. Pero habían desaparecido. Regresé al refugio oceánico, y presioné fuerte a Caballero. “¿Qué harás si te dejas libre?”, le pregunté al final. “Volver a casa”, respondió. “¿Qué casa? ¿Por qué portal te preparas a pasar al otro universo? Los tenemos controlados todos”.

«¿Y si toda la operación denunciada por los *Peregrinos* era una comedia? Se me ocurrió entonces facilitar al banquero una falsa huida. Hice buscar a los delincuentes que había conocido en la cárcel y a quienes había confiado su seguridad. Uno de ellos era un gurú teosofista estafador y mafioso que había conseguido engatusar a aquel maestro de la mentira financiera. Le pedí que urdiera un plan de evasión verosímil, que Caballero confundiera como auténtico. Salió bien. El banquero se dirigió a Olisipo. En la ciudad intentó escabullirse. Le localizamos en la entrada del elevador de Santa Justa. Subió al *Bairro* Alto, y se metió en las ruinas

de la *Igreja do Carmo*. Por aquel ámbito sin bóvedas, entre las columnas y los arcos góticos reconstruidos, anduvo jugando al gato y al ratón con nosotros. Ordené que el despliegue se cancelase, porque estaba claro que Caballero se sabía seguido. Decidí jugármelo todo a una carta. Me aproximé a él y le tendí la mano. Estábamos ahora en el *Museu Arqueológico*, que forma parte de la iglesia. Me dio la espalda y echó a andar hacia el ábside cubierto, donde se exponen algunas tumbas. Le dejé avanzar, manteniendo una distancia que podría franquear en unos pasos. Fue derivando hacia el sepulcro del rey Fernando I de Lusitania y se puso a observar los altorrelieves en la piedra.

«No soy un experto en la historia de Lusitania. De haberlo sido, habría estado más alerta. El sepulcro de Fernando I tiene labradas escenas y símbolos alquímicos, es un antro cabalístico. Caballero rodeó la tumba de piedra y se situó al lado opuesto al mío. Fue la última vez que le vi. Tarde comprendí que era una entrada de los *Peregrinos*. Durante semanas, desde que conocí la existencia de este grupo y sus movimientos, había ordenado un catálogo de portales galácticos. Ese era uno de los que se nos habían escapado.

«Me precipité al despacho del director del

Museu hecho una furia. Me juró y perjuró que no sabía nada de lo que yo le hablaba. Por la forma de mirarme deduje que me tenía por un loco, pero mis credenciales y mi séquito de agentes eran una prueba disuasoria de que, sin juicio o cuerdo, yo era el director de la O.D.R.E.. Me lo llevé al sarcófago y le pedí que metiera la mano en él. “No, dentro, no, a través de la piedra”. Me miró perplejo, pero obedeció. Sucedió lo que debía haber previsto. La piedra era sólida.

«Le dejé ir. Mi furia se había transformado en decepción. Entonces se aproximó uno de mis agentes acompañado de una joven que enseguida identifiqué como Conceção Galvão.»

Calló el general, y por su actitud vimos que cedía la palabra a la muchacha.

—Lo primero que le confesé al general es que yo misma había cerrado el acceso a ese portal mientras él hablaba con el director del *Museu* en su despacho. Seguía instrucciones de la Mesa Directora de los *Peregrinos*. En las últimas semanas hemos ido cerrando todos los portales intercósmicos en Ybaria. Forma parte de la operación de retirada que los *Peregrinos* han programado y que está prácticamente concluida.

«Sin embargo, la huida de Caballero, no prevista, ha ocasionado una grave alteración en los portales. De pronto se han abierto remolinos en todas las latitudes del mar Interior. Por esas fauces están entrando miles de refugiados que escapan de las matanzas de Caldea, Palestina y de allende Persia. Y no sólo eso, los abismos abiertos en las aguas de la costa norte de África también se están tragando a las miriadas de saharianos y subsaharianos que huyen de la miseria y de la muerte. La gran ironía para Caballero es que ha ido a caer en una de esas barcazas llenas de refugiados, y su destino es que se lo coma un tiburón tarde o temprano.

«En lengua lusitana decimos *cair o Carmo e a Trindade*, que es “venirse el mundo abajo”, en recuerdo del terremoto de Lisboa. Es lo que está ocurriendo. El mundo de arriba es Ybaria. El de abajo, Veetónica.»

### **Invasión**

El locutor tenía una prosodia titubeante. Hablaba de una nube de cayucos, pateras, esquifes y lanchas neumáticas que navegaba por el Egeo y entraba en el mar Jónico, proa a Calabria y a Sicilia. Nadie sabía de dónde habían salido. Por otro lado, caravanas de imposibles *Peregrinos* hacían el camino

de tierra en dirección a Occidente. Tampoco se conocía su procedencia. En total eran centenares de miles, acaso millones, de hombres, mujeres, niños y ancianos al parecer desarmados.

Cachos de García, antes de Pera, y Ariadna Galvão se buscaron la mirada, aterrorizados. Ese era el *Homo Necans*, el *mysterium tremendum, fascinans et augustum*, porque aquel éxodo significaría el naufragio y la muerte por extenuación de centenares de seres humanos, a la vista de una Europa impávida.

El locutor carraspeó y siguió leyendo la nota informativa con voz tartamudeante. A la península Veetónica se dirigían miles de idénticos cayucos, pateras, esquifes y lanchas neumáticas atiborrados de magrebíes y subsaharianos. La consecuencia inevitable, en cuestión de horas, era que miles de personas hambrientas asaltarán las playas. El locutor dijo que el gobierno pedía a la población que mantuviera la calma y acudiera a los colegios electorales en orden.

Cachos se lanzó al teléfono y marcó el número particular del coronel Abulafia. Una voz átona le anunció que ya no estaba en uso. Telefonó al cuartel general del S.I.R.V., y la operadora le contestó que el Estado Mayor del Servicio estaba reunido. No, el

coronel Abulafia no estaba presente. Marcó el número de uno de sus compañeros. Con voz alterada y urgente le dijo que se dirigía al cuartel general, y le recomendaba que acudiera él también.

—Yo no tengo ninguna vía de contacto con el doctor Huarte ni con Tischbein —dijo Ariadna con desconsuelo—. ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a por Jristo Katranjiev.

Por calles desiertas, pasando ante colegios electorales con un guardia en la puerta, pero sin el menor movimiento, se dirigieron en un taxi a la sede de “Massa Crítica”. El chófer les confirmó que la población se había quedado masivamente en casa, y según había oído, muchas mesas electorales no habían podido constituirse.

La sede de “Massa Crítica” también estaba casi vacía. En el despacho del secretario general se encontraban Jristo, Demetria, Corto Caballero, Cordelia Rocín, y media docena de directivos.

—¿Qué está pasando, Jristo? —le espetó Cachos nada más entrar.

El hombre se levantó. Parecía haber encogido. Vestía un traje de chaqueta desarreglado y sucio.



Daba la impresión de no haber dormido en varias noches. Salió al pasillo y condujo a Cachos y Ariadna a un pequeño almacén con mesas y sillas apiladas. Contra las paredes había sacos de aspillera llenos de papeles, como si estuvieran preparando una destrucción de documentos.

—Ha habido un accidente —dijo dando una patada a una caja llena de camisetas de “Massa Crítica”—. El banquero Caballero se ha colado por una entrada sin clausurar en Ybaria, huyendo de la policía. Por razones que no puedo explicar porque no las conozco, se ha desencadenado un mecanismo que ha abierto compuertas en aquel mundo que desembocan en el nuestro. Se están tragando a los refugiados que huyen de la guerra y el hambre. Están apareciendo en mundo Veetónica.

—¿Un accidente o un acto premeditado, Jristo? —le interrumpió Cachos—. La guerra sucia entre vosotros, los *Peregrinos*, es la causante de este desastre.

—¡Ah, sí! —le desafió Jristo, colérico—. Los humanos no somos responsables de nada. Los alienígenas tienen la culpa...

—¿Cómo que los humanos *no* somos responsables? ¿Desde cuando eres un humano?

—Desde hace unas horas. Un puñado de *Peregrinos* hemos preferido quedarnos. Hemos *elegido* quedarnos.

—Escucha estas palabras de Abulafia, Jristo. Se han grabado a fuego en mi memoria —escupió Cachos—. “Veetónica e Ybaria no sirven a nuestro propósito de perpetuar la especie, y puesto que no pueden someter a la Humanidad, porque no les íbamos a dejar, quieren largarse. Dejarán un rastro de muerte y destrucción para evitar que la humanidad pueda perseguirles en el futuro.” ¿Quién quería someter a la Humanidad, quién quería eliminarla?

—No sabes de lo que hablas, Cachos. Los *Peregrinos* se han marchado. Todos los *Peregrinos*. Nadie quería acabar con la Humanidad. Abulafia hablaba así porque creía que era la mejor forma de impresionaros. La personalidad, la naturaleza *Peregrina* es imposible de traducir a la razón terrestre. Era una forma de hablar. Puedes creerme o no, Cachos. Era una forma de hablaros.

—Pero, ¿por qué te has quedado tú?—le preguntó Ariadna.

—Estaba harto de huir. Como esas pobres gentes que llenan los mares. Ahora hay que prepararse para esta contingencia imprevisible. ¡Qué

bobada digo! Los *think tank* del mundo la conocían bien, sabían que acabaría sucediendo. Da igual. Hay que hacer lo posible por transformar esta catástrofe en algo positivo. *Just because we have to die doesn't mean we can't party.*

—Eso es una obscenidad —dijo Ariadna.

—Ariadna, por favor, regresa a la puerta de tu laberinto y quítale el ovillo a Teseo. Juega a otra cosa—se dio media vuelta y salió del almacén.

Ariadna no se ofendió por estas palabras. Quedó convencida de que Jristo el *Peregrino* se había “humanizado”, porque sólo un humano usa el sarcasmo.

Jristo se volvió.

—Cordelia Rocín, educada en una escuela católica irlandesa, recomienda rezar... Si eso le vale... Yo estoy harto de dar vueltas por el Cosmos en busca del Hacedor de Estrellas. Que sigan persiguiéndolo mis antiguos camaradas. Yo me quedo en este mundo, y voy a tratar de que no ocurra un Apocalipsis.

Cachos y Ariadna, registrados en Recópolis, se fueron a votar. Las mesas de su colegio se habían

constituido con huecos, pero funcionaban. En la calle, cuando se iban, una muchacha que parecía de un grupo parroquial les tendió un papel. El guardia de la puerta descolgó la cabeza hacia ellos.

—No es propaganda electoral —advirtió la chica ofreciendo al policía una octavilla.

Era el anuncio de una exposición fotográfica sobre los refugiados en el mundo, organizada por una fundación clasificada entre las humanitarias, que Cachos conocía por su oportunismo y su codicia enmascaradas de altruismo. Se acaba de inaugurar una semana antes de la conmoción.

A mediodía se realizaba una mesa redonda “protagonizada por expertos”, que hablarían de “la vulneración de derechos por parte de los países europeos, y la insuficiencia de la Convención de Ginebra para la protección de personas que huyen del desplazamiento forzado por la vulneración de sus derechos económicos, sociales, culturales y ambientales (DESCA), causa principal de los desplazamientos forzados en el futuro”. Figuraban en la mesa redonda catedráticos de Filosofía del Derecho, Filosofía Política, Ética, Geopolítica y Macroeconomía.

Después de leer la convocatoria, Ariadna

guardó la octavilla en el bolso.

—Es una ironía, ¿no? O una provocación—  
dijo en voz baja.

Cachos preguntó a la activista.

—¿Te han enviado a repartir esta convocatoria  
o lo has decidido por tu cuenta?

—Las dos cosas —respondió el alma cándida.

—Ven. Queremos hablar contigo. Vamos a  
tomar un café.

Ariadna comprendió el propósito de Cachos,  
apartar a la muchacha de un escenario que podía  
costarle un disgusto.

La pareja de ex *massacríticos* se presentó en la  
dependencia universitaria que acogía la mesa  
redonda. Menos de la mitad de los catedráticos y  
profesores anunciados habían acudido dos. Cachos  
les conocía, eran activistas del sentimentalismo,  
profesionales de los seminarios del género, dos  
insomnes dedicados a sacudir las conciencias.  
Actuaban en todas las circunstancias, ante todos los  
públicos. Emitían siempre el mismo discurso, que,  
escuchado más de dos veces, se descubría lleno de

estereotipos, idénticos al primero. Cachos admiraba a estas personas, los comparaba con esos camellos tozudos y resistentes que atraviesan desiertos sin importarles la fatiga o la monotonía del paisaje.

Lo que sí llamó la atención de los dos profesores del Instituto Fleming fue la presencia en la sala de Yevgine. Estaba sentada al lado de un negrazo impresionante. Ni Cachos ni Ariadna le conocían. Pero sí el lector. Se trata del Maestro Buba que visitó a Metodio Mazón y le proporcionó un grano de café afrodisíaco. Su joroba había desaparecido. Vestía una larga chilaba de algodón blanco con motivos florales en estrechas tiras bordadas con hilos verde y carmesí. Sobre su cabeza rapada lucía un bonete tejido de cordoncillo claro.

### **El pozo**

En el salón de reuniones y cafetería de Freedonia se hizo un silencio ominoso. Nadie sabía qué hacer, y no se atrevían a cruzar la mirada, los ojos gachos o recorriendo las paredes como si estuvieran llenas de cosas fabulosas, además de tapices.

Cachos de García, el hombre llegado de Arcadia, rompió el hechizo.

—Señor Mazón, ¿le importaría hablarme de mi hijo?

Metodio agradeció la solicitud en su interior.

—En absoluto —contestó, y luego miró al general García—. A usted también puede interesarle la historia, general. Me han dicho que le han inducido a creer que tiene usted un hijo en Veetónica. Pero he ahí a su padre —y señaló a Cachos de García.

El general no manifestó ninguna reacción.

Un largo discurso dedicó al Metodio asunto, complaciéndose en detalles, afinando la retórica, desviándose en consideraciones políticas y morales, como si se estuviera dirigiendo a una asamblea de progresionales de las artes.

Severo, Onésimo y Concepção se alejaron con discreción de él. El general García quedó solo y a la deriva, con aire de zombi.

—¿Habría una forma de solucionar la anomalía de los abismos abiertos por accidente en el mar? —preguntó Metodio al acabar su informe al teniente general Cachos de García.

—¿De qué nos serviría cerrarlos? —adelantó Severo—. El mejor objetivo sería salvar a esos desgraciados de ahogarse. Si no se los comen los tiburones aquí, se los comerán en mundo Veetónica.

Concepção arrugó el entrecejo. Daba vueltas a algo en su cabeza.

—Si hubiera otro *Peregrino* que, como yo, se hubiese quedado en Ybaria... entre los dos podríamos unir las pocas facultades peregrinas que nos quedan e intentar rectificar el error... Pero no conozco a nadie que...

—¿Aquilino Maeztu?—sugirió Severo.

Concepção meneó la cabeza.

—Se ha marchado.

—¡Jaime! —exclamó de súbito el terrateniente.

—¡Jaime! —secundó Onésimo.

—¿Se habrá quedado Jaime? —especuló Concepção.

Severo extrajo de la chaqueta la cajita sabia prestada por el general.



—Llamemos a su tío Carlos Quinto y lo averiguaremos.

Pero un gesto de frustración cruzó su cara al darse cuenta de que no sabía de memoria el número.

—Puede estar en los “Contactos” —acudió en su auxilio Concepção.

—¿Eso qué es?

—La agenda de tus amigos y conocidos. Dentro de los celulares hay un espacio para ellos— explicó Onésimo.

Severo le tendió la cajita. Onésimo buscó, pero el listado estaba vacío, salvo el número del general García. Devolvió el teléfono móvil a su tío. Sin proponérselo, Severo puso el dedo sobre el único número de teléfono flotante en la pantalla. A los pocos segundos, se escuchó una melodía en algún bolsillo del jefe de la O.D.R.E., que seguía plantado como una estantigua.

El general García sacó su cajita y al descubrir quién le llamaba se quedó mirando a Severo con un gesto de desconcierto.

Severo explicó la idea de Concepção, y la

urgencia de hablar con Carlos Quinto para pedirle noticias o el teléfono de Jaime.

—¡Vámonos a Cecabastos!— ordenó más que sugirió el general García, de pronto recobrado el ánimo—. Le llamaremos de camino.

Se metieron los seis en el tanque de Onésimo. García buscó en su teléfono, y en seguida se lo pasó a Severo.

—Está llamando. Hable usted con él.

—¿Con Jaime o con Carlos?

—Con su amigo.

Saltó el contestador automático.

—¿Tiene el teléfono del casino? —preguntó Severo.

El general lo buscó, marcó y volvió a pasarle la cajita.

Les informaron de que el señor Quinto había dicho que volvería al Casino cuando saliera de la visita al médico. ¿Qué médico? El oncólogo o el urólogo, no estaba seguro.

García estuvo a punto de darse por vencido. Entonces pidió el teléfono de Severo y se lo ofreció a Concepción. El suyo era secreto de Estado.

—¿Usted estará más puesta que yo en las posibilidades de los teléfonos inteligentes?

Concepción tomó la cajita. Después de buscar un rato en Internet, apuntó dos números. Metodio y Cachos de García observaban con pasmo la operación.

Finalmente pudieron hablar con Carlos Quinto.

Les explicó que no había visto a su sobrino Jaime desde hacía dos días. Les dio la dirección de su casa. Onésimo dijo que sabía dónde era. En unos minutos aparcaron a la puerta de un adosado en la misma urbanización del astrofísico, no muy lejos del suyo.

Pensaron que lo mejor era que Concepción averiguara si Jaime se había marchado o no con los demás *Peregrinos* y, en el mejor de los casos, que hablara con él.

Concepción desapareció en el interior de la casa, y al cabo de un minuto salió en compañía del gordito y sonriente Jaime. También ella sonreía.

—Están las cosas mal, ¿verdad? —dijo acercándose.

—¡Muuy mal! —contestaron los hombres al unísono desde el furgón.

Metodio, que conocía al ex *Peregrino* de sus viajes de Delfos a la Luna y de la Luna a Toletó (Recópolis para él), se maravilló de que la solución de aquella tragedia galáctica estuviera en manos de alguien que parecía retrasado.

Diez minutos después llegaban al laboratorio de Onésimo, en la mina de blenda abandonada.

—¿Qué es esto? —preguntó Metodio en el vestíbulo, intrigado por los murales alegóricos de la prosperidad y el ingenio carolunio.

—Una mamarrachada —sentenció el general, con la contundencia de un reputado crítico de arte.

Severo se lo explicó en términos más detallados. Pero no mostró ninguna piedad estética por el desaguisado histórico, geográfico y sociológico de las glorias carolunias.

Onésimo tardó una media hora en poner en funcionamiento el complejo tecnológico. Los únicos

que parecían tranquilos eran Concepção y Jaime. El resto daba muestras de angustia y ansiedad. La supervivencia del mundo Ybaria estaba en el alero, y algo, demasiado, dependía de ellos.

—Ahora podemos entrar en el túnel donde está o estaba el *monopolo*.

El séquito se puso en marcha.

La pared que se tragaba lo que le echaran era ahora impenetrable.

—¿Esta mina tiene algún pozo?— inquirió Concepção.

—El de ventilación— contestó Onésimo.

—Otro.

Onésimo se concentró en su memoria.

—No. Que yo sepa. La mina se agotó en seguida, y las prospecciones no animaban a hacer nuevas galerías.

Empezaron a moverse con nerviosismo. Y entonces descubrieron que Jaime había desaparecido. Todos menos Concepção se sobresaltaron en extremo. Regresaron a la sala de control, que

conservaba su aire de centro de radioterapia clínica.

De la puerta blindada de la izquierda emergió Jaime.

—Las cosas no están tan mal.

Severo y Metodio se miraron, agradeciendo en silencio que no les acompañara en el sentimiento.

El joven les indicó que le siguieran. Se adentraron en una antigua galería dotada de aparatos detectores de neutrinos procedentes del espacio, la mayoría del Sol en su inacabable descomposición, explicó Onésimo. Luego pasaron a otra con aparatos para reconocer la presencia de partículas de materia oscura, que jamás habían detectado. Y al llegar a lo que parecía el final del túnel, Jaime les señaló una revuelta de la que salía un brazo desconocido para Onésimo.

Antes de meterse por él, el general García hizo un gesto. El grupo se detuvo. El hombre volvía a presentar un aspecto lastimoso, quizá por la poca luz de la galería.

—Es preciso que confiese algo. Lo necesito. Les ruego que me escuchen —y calló porque las palabras le pesaban como toneladas de plomo en la conciencia—. Hay algo que sólo supe cuando Mariano Caballero... con él... en el castillo... años en

la ignorancia... Mariano Caballero es mi hijo perdido. Era... Dios se apiade de él —y encabezó la procesión por el nuevo túnel, detrás de Jaime.

El grupo puso cara de circunstancias durante unos segundos y emprendió de nuevo la marcha. El drama personal del director de O.D.R.E. era una bagatela en comparación con la tragedia de los náufragos.

Anduvieron por aquel laberinto (Metodio sintió la presencia invisible de Ariadna, sugestionado por la presencia física del Minotauro Onésimo), alumbrándose con linternas, hasta desembocar en una pequeña cripta redonda. En medio de ella emergía el brocal de piedra de un pozo.

Era, sin embargo, una pieza singular. En lugar del cilindro ancho de piedras que circunda un agujero y emerge del suelo en torno a un eje en ángulo recto con el piso, su disposición era oblicua, unos 45 grados con el piso de roca.

—Es un pozo sagrado— explicó Jaime con su voz de trompetilla.

Metodio confirmó su prejuicio sobre la corta inteligencia del muchacho.

—¿Todavía queda algo sagrado en el mundo?  
—murmuró Cachos de García.

—Arrímense ustedes a la pared, por favor—  
pidió Concepção—. Y apaguen las linternas.

Se retiraron al húmedo muro granítico.

Los dos ex *Peregrinos* se colocaron en torno al pozo, una frente al otro, y enlazaron sus manos sobre el brocal inclinado. Permanecieron en silencio, con los ojos cerrados, durante unos minutos y luego salió de sus bocas una confusa melopea. ¿Recitaban una oración, un conjuro, una fórmula física?

Cuando los ojos del grupo se acostumbraron a la oscuridad, percibieron una tenue claridad en el techo de la cripta. Se trataba posiblemente de un estrecho caño de ventilación que atravesaba la piedra y se abría en el costado de la colina. Por la oscuridad entraba luz.

Entonces empezaron a brotar del pozo ruidos, gemidos, gritos y palabras en lenguas exóticas.

Los observadores miraban perplejos la claridad que aumentaba sobre el brocal procedente del agujero en el techo. La intensidad de la luz se hizo cegadora. Hubo un silencio. Concepção y Jaime



seguían cogidos de las manos cada uno a un lado del pozo. Al poco volvieron a surgir sonidos. Se diría que eran una tormenta marítima. Acompañaban un eco de gemidos angustiados. Y se escuchó una voz en falsete emitiendo un cántico siniestro:

*Und der Haifisch der hat Zähne  
und die trägt er im Gesicht.*

Solo captó el sentido Metodío, que conocía *La Ópera de los Tres Centavos* de Bertold Brecht. Su protagonista, Macki Messer, es comparado con un escualo que enseña los dientes, si bien el taimado oculta su cuchillo.

Imponiéndose a la canción, salieron de lo hondo dos voces nítidas, la de una niña y la de una mujer, a la vez que un fuerte chorro de luz brotaba del agujero del techo e iluminaba el pozo.

*—Decidle a la muerte, madre,  
que no me lleve.*

*—Harto le digo, hija,  
y ella no quiere.*

La pareja dio un brinco hacia atrás, deshaciendo el lazo que la unía.

—Es la hora del sacrificio —dijo Jaime con una voz ronca y solemne que no era la suya.

—La hora del valiente —remachó Concepção.

Cinco corazones pegados a la roca se encogieron. Cinco manos trémulas aferraron las linternas sin atreverse a encenderlas. La apuesta era para todos.

A Severo se le vino a la cabeza la muerte de su padre, y sintió sobre sus hombros el peso de la estirpe. Onésimo tuvo un vívido recuerdo de su primer y único orgasmo en simultaneidad con Ariadna y comprendió que siempre la echaría de menos. Metodio vio en su mente, como una serie de fotogramas, la primera vez que mintió a Honoria sobre su fidelidad, y su cara se tornó púrpura, aunque nadie lo advirtió. El ex militar Cachos de García escuchó a Garcilaso de la Vega asegurándole *No me podrán quitar el dolorido sentir*. El general García sintió los labios de su hijo, que luego fue banquero, cuando estampó un beso en su mejilla el día que se lo llevó su madre.

Y supo que era el escogido para el sacrificio. Dio unos pasos hasta el brocal inclinado, se asomó al vacío y se dejó caer. Sus compañeros, sobrecogidos, esperaban oír un grito o ver salir del brocal un surtidor de fuego. Estaban predispuestos para la magia. Incluso los más armados contra ella, Onésimo

y Metodio.

Pero no ocurrió nada, el prodigio se había realizado en una fracción de segundo y sin desencadenar ningún escándalo. El sol había pasado por su cenit y había seguido su falsa circunferencia en torno a la Tierra.

Conmovidlos, los seis testigos del prodigio salieron al exterior. Concepção y Jaime aseguraron que podían volver a sus casas, que el mundo se había salvado.

El teniente coronel Cachos de García hizo una pregunta muda a Concepção. “Yo, ¿a qué casa voy?” Ella le dirigió una mirada tranquilizadora.

Todos parecían aliviados, menos Metodio. Al ver la luz del sol en lo más alto del equinocio de otoño comprendió que jamás regresaría a su hogar de Recópolis, en la amable Veetónica.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué situación! —dijo en voz alta.

Sus amigos sonrieron. Pero él no se sintió mejor. Y en ese instante comprendió la razón de su cólera cuando disputaba con Onésimo y con el impasible Ian Roamer. En su interior, desde que

volvió de Olisipo, se empezó a precipitar de modo nebuloso una pregunta que por fin podía formular con claridad “¿Por qué me han cambiado de un mundo a otro?” Y al tiempo que escuchaba el interrogante, dio con la respuesta: “Para hacerme desaparecer de Veetónica, donde me estaba convirtiendo en un peligro para el curso de los acontecimientos políticos, para castigar mi incontinencia ideológica y erótica”. Y le vino a la cabeza la frase de un periodista gringo: *Just because we have to die doesn't mean we can't party*. Solo porque nadie escapa de la muerte vamos a convertir la vida en un funeral. Y se sonrió imaginando qué tipo de alegrías le esperaba en Ybaria hasta su muerte.

### **Cuerpo oscuro**

El prodigio cuajó en los dos mundos al mismo tiempo. Los colegios electorales de Veetónica se empezaron a llenar después de aquel mediodía equinocial de otoño, es decir las dos de la tarde, porque llevaban dos horas de adelanto. Los analistas no daban crédito al suceso. Al final de la jornada, la afluencia electoral casi llegó al 80 por ciento.

Ariadna y Cachos de García hijo se enteraron de la sorpresa a media tarde. Habían vuelto a casa y

se habían puesto a hacer el amor desesperadamente. Tras una larga siesta encendieron la televisión y conocieron la noticia. La ciudad era un hervidero de gente. Las colas en los colegios electorales, inacabables. Todo eran noticias de las elecciones, declaraciones de los políticos, el más optimista, Jristo Katranjiev. Ni una palabra de los refugiados. Conectaron el teletexto. Nada. La invasión de refugiados se había borrado de la memoria de todo el mundo, incluida la de los pocos ordenadores que funcionaban en Veetónica.

—Si tuviera algún amigo en una redacción, llamaría para preguntar sobre este misterio —dijo Cachos—. Pero quien tenía los contactos era Metodio.

—Dices bien, tenía. Ya no los tiene —sonrió Ariadna—. Se dejó en mi casa la agenda con sus contactos, los oficiales y los secretos.

Hurgó en su bolsa de viaje y sacó una libreta muy usada con tapas de hule.

A Ariadna le llamó la atención una hoja titulada “Asociación de Progresionales de las Artes”. Había veinte nombres con sus números de teléfono. El que hacía rse llamaba Quinto Primo.

—El once es el quinto número primo— dijo Ariadna —. Recuerdo haberle oído hablar con un Quinto Primo que debía de ser un personaje en los medios, por el tono de la conversación.

Cachos marcó el número de teléfono. Una máquina le advirtió que era incorrecto.

—Está en clave —afirmó Ariadna—. Pero, ¿cómo vamos a descifrarla?

—Mi madre decía que el cifrado más sencillo y útil para casos de emergencia o de poca importancia es sumar a cada dígito de un número un cardinal, empezando por el cero.

Lo hicieron, pero tampoco resultó.

—Empecemos en el uno— sugirió Ariadna.

Esta vez les contestó la voz ronca de un varón adulto.

Ariadna se presentó, y dijo hablar de parte de Metodio Mazón. Afortunadamente, el tipo al otro lado del teléfono la conocía.

—Queríamos... quería preguntarle sobre una información de esta mañana que esta tarde ha desaparecido de los noticieros.

—Sé a lo que se refiere.

Cachos había pegado su oreja a la de Ariadna.

—A todo el mundo le ha desconcertado que la afluencia electoral hasta las dos haya sido mínima, testimonial, y de pronto la gente se haya echado a la calle a votar.

—No, no me refería a eso. Es a la información sobre los refugiados.

—¿Qué refugiados?

—Los miles de refugiados árabes y subsaharianos que han invadido el mar Interior con pateras y balsas.

—No sé de lo que me está hablado, señora Galvão. No hay ninguna noticia sobre eso. Hace semanas que no llega ninguna patera a las costas de Veetónica. Y los refugiados palestinos están hoy igual que estaban hace un año, encerrados como latas de sardinas en los campos de Gaza, de Jordania y del Líbano.

—Claro. Disculpe usted. Nos hemos levantado tarde, y hemos debido de confundir una cosa con otra —se excusó Ariadna—. Muchas gracias y perdone por la molestia.

—¿Cómo está Metodio?

—Muy bien, gracias.

—Dígale que me llame un día de estos.

—Desde luego. Gracias. Hasta luego.

Ariadna colgó, sospechando que aquel Quinto Primo estaba en la creencia de que Metodio y ella seguían juntos.

El misterio ensimismó a la pareja científica. Veían la televisión y escuchaban la radio sin enterarse de nada. Y la noticia trascendental era que “Massa Crítica” había conseguido casi el cuarenta por ciento de los votos. Eran las once de la noche. Decidieron darse una vuelta por la sede del partido o movimiento ya no tan crítico.

La sede era un delirio. Pero Jristo no estaba allí. La plana mayor de “Massa Crítica” se había trasladado a un hotel de lujo perteneciente a la banca Rocín, que había puesto a su disposición una de sus salas dotada para reuniones multitudinarias.

En ella, Cordelia Rocín estaba lanzando un discurso emocionado, abocetando un futuro rosicler para la sociedad veetónica. Los banqueros y los obreros caminarían del brazo hacia un porvenir donde la pobreza y la codicia serían erradicadas. Su



madre, doña Rosario Arrizabalaga Mendieta estaba en primera fila.

Alguien les dio unos golpecitos por detrás. Al volverse reconocieron a Jristo. Les arrastró a una salita, y la cerró con pestillo, después de advertir a un mocetón que hacía de guarda espaldas suyo que no les molestara nadie.

—Los refugiados han desaparecido —fue lo primero que dijo.

—¿Ha habido una oleada de refugiados esta mañana? ¿O no? —preguntó Cachos con voz insegura.

—Centenares de miles. Millones.

—¿Y dónde están? —le acosó Ariadna.

—Han desaparecido.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Ariadna y Cachos, dos mentes científicas, se resistían a admitir el prodigio.

—Y nadie se acuerda de que hasta el informativo de la una, todo eran especulaciones sobre la llegada de las oleadas a las costas

meridionales de Europa, aquí, a Francia, a Italia...

—¿Y por qué nosotros sí nos acordamos?

—Somos cables sueltos de los *Peregrinos del Anuncio*. He percibido un débil mensaje de unos *Peregrinos* de Ybaria, que han decidido quedarse, como yo. Era allí donde se había originado la oleada de refugiados, porque viven una crisis bárbara en Asia y en África. Os lo dije esta mañana. Pero de súbito, el mar se los ha tragado a todos, y en lugar de enviarlos aquí, los ha depositado en una especie de Limbo o de Purgatorio, donde el tiempo está detenido. El director de la Oficina para la Defensa de la Razón de Estado, el S.I.R.V. de Ybaria, el general García se ha sacrificado por el bien de la Humanidad. Estaba abrumado por la culpa. Su hijo era el banquero Mariano Caballero. Y encima el separatismo carolunio, equivalente al separatismo gerundiano de Veetónica, pero mucho más enloquecido, ha convocado un referéndum para independizarse y convertirse de república en reino. El sacrificio del general García ha facilitado el tránsito de los refugiados.

—¿A otro espacio-tiempo? —dijo Ariadna.

—Sí. Pero donde no sufrirán menoscabo ni dolor.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Cachos.

—No os puedo dar detalles, la conexión con los *Peregrinos* de Ybaria era muy débil y duró poco.

—¡Qué absurdo! —exclamó Ariadna con tristeza.

—Pero qué oportuno —añadió Jristo.

Cachos y Ariadna no se quedaron a celebrar la victoria de “Massa Crítica”. La suspendida tragedia les había quitado el optimismo y la alegría del cuerpo. De nada les valía el consuelo de que aquellos millones de hombres, mujeres, niños y viejos hubieran dejado de sufrir, encerrados en una burbuja espacio-temporal.

Cachos propuso emborracharse. Se metieron en un bar desolado, sucio, auténtico, popular, veetónico. Los parroquianos celebraban algo, la victoria electoral de “Massa Crítica”, pensaron los amantes de la ciencia. No había tal. Les explicaron que eran hinchas del Real Recópolis Club de Fútbol, campeón inveterado de Ligas viejas como el siglo, estrella de la capital del reino. Celebraban la derrota por la mínima del Atlético de Alger, equipo que

recogía el espíritu nacional del territorio insumiso nordestino de Gerundia. Acababa de perder la Copa de Campeones de Liga ante el Paris Saint Germain.

Cachos y Ariadna se bebieron cuatro cubalibres consecutivos cada uno.

—Somos humanos. Somos falibles. Somos prescindibles —recitaba con voz vacilante Cachos.

—Partículas insignificantes en el Universo al que creemos dominar con nuestra inteligencia— añadió Ariadna con la misma voz—. Cuando llegue el día de nuestra destrucción, el Cosmos seguirá su curso sin inmutarse. No quedará memoria de la humanidad.

—*Just because we have to die doesn't mean we can't party* —dijo Cachos levantando el vaso.

En ese instante, la televisión, que transmitía un resumen del triste partido para los gerundios entre el regocijo de la parroquia recopolista, dejó de emitir. La pantalla emblanqueció, y un cúmulo de puntitos grises danzó por ella. De los altavoces salía un zumbido.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó un chavalín.

—Es el *Big Bang*, hijo. La Radiación Cósmica de Fondo. Las antenas de la televisión la captan cuando pierden la señal normal.

—El espectro de un cuerpo en equilibrio termodinámico —susurró Ariadna.

—El cuerpo oscuro —zanjó Cachos de García

Vale.- Burjassot, octubre de 2016-febrero de 2017